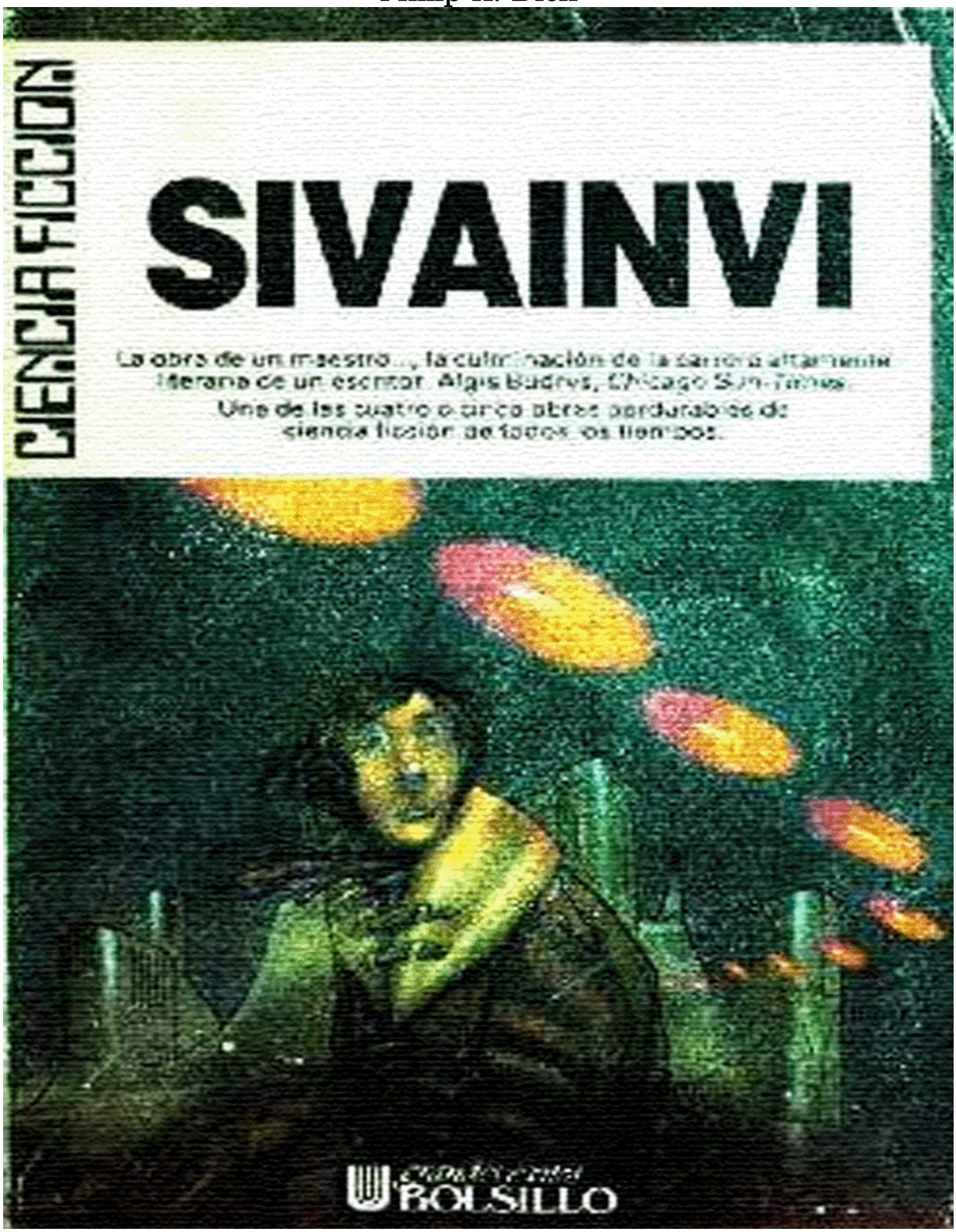
SIVAINVI

Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Russell Galen,
que me señaló el buen camino.

> SIVAINVI (sigla de Sistema de Vasta Inteligencia Viva, nombre tomado de un film norteamericano): Perturbación del campo de la realidad por el que se crea un vórtice negentrópico autocontrolado y espontáneo que tiende progresivamente a subsumir e incorporar su medio para transformarlo en estructuras de información. Se caracteriza por contar con una cuasi conciencia, finalidad, inteligencia, desarrollo y coherencia armilar.
>
> *Gran Diccionario Soviético*
> *Sexta edición, 1992*

1

El quebrantamiento nervioso de Amacaballo Fat comenzó el día en que recibió el llamado telefónico de Gloria para preguntarle si tenía algunas píldoras de Nembutal. Él intentó averiguar para qué las quería y ella le explicó que tenía intención de matarse. Estaba llamando a todos los que conocía. Ya había recolectado cincuenta pero, para que no hubiera dudas sobre el resultado, necesitaba treinta o cuarenta más.

Inmediatamente Amacaballo Fat dedujo que esta era la forma en que ella estaba pidiendo ayuda. Desde hacía años Fat venía desarrollando la fantasía de que él era capaz de dispensar ayuda a la gente. En una oportunidad su psiquiatra le había dicho que para mejorar tendría que hacer dos cosas: abandonar la droga (cosa que no había hecho) y dejar de intentar ayudar a la gente (todavía trataba de hacerlo).

A decir verdad, no tenía píldoras de Nembutal. No tenía somníferos de ninguna especie. Nunca los consumía. Consumía estimulantes. De modo que dárselas a Gloria para que se matara estaba fuera de sus posibilidades. De cualquier manera, no lo habría hecho aun cuando le hubiera sido posible.

—Tengo diez —dijo. Porque si le hubiera dicho la verdad, ella habría colgado.

—Entonces iré a tu casa —dijo Gloria con una voz racional y serena, el mismo tono que había empleado para, pedirle las píldoras.

Él se dio cuenta entonces de que no estaba pidiendo ayuda. Se encontraba completamente loca. Si hubiera estado normal, se habría dado cuenta que le era necesario disimular su propósito, puesto que así lo convertiría en cómplice. Para que hubiera estado de acuerdo con ella tendría que desearle la muerte. No había motivo para que él —o para que cualquier otro— deseara semejante cosa. Gloria era una mujer gentil y civilizada, pero consumía ácido en abundancia. Era evidente que desde la última vez que tuvo noticias de ella, seis meses atrás, el ácido le había hecho estragos en la mente.

—¿Qué has estado haciendo?

—Estuve internada en el Hospital del Monte de Sión en San Francisco. Traté de suicidarme y mamá me hizo recluir. Me dieron de alta la semana pasada.

—¿Te has curado? —preguntó Fat.

—Sí —contestó ella.

Ese fue el momento en que Fat comenzó a enloquecer. No lo advirtió entonces, pero había sido arrastrado a un innenarrable juego psicológico. No había escapatoria. Gloria Knudson, además de haber hecho estragos en su propio cerebro, los hizo también en el de su amigo. Probablemente había hecho lo mismo con seis o siete personas más, todos amigos que la querían, en conversaciones telefónicas similares. Seguro que había aniquilado, además, a su madre y a su padre. Fat oyó en su voz racional el tono del nihilismo, el tañido del vacío. No estaba tratando con una persona; al otro extremo de la línea telefónica había un arco reflejo.

Lo que no sabía entonces es que a veces perder la cordura constituye una respuesta adecuada a la realidad. Oír que Gloria pedía racionalmente la muerte era padecer el contagio. Era una de esas trampas chinas para dedos: cuanto más intenta uno librarse, más estrechamente se ajusta la trampa.

—¿Dónde te encuentras ahora? —le preguntó.

—En Modesto. En casa de mis padres.

Como él vivía en el Condado de Marin, ella se encontraba a varias horas de automóvil. No se emprendía semejante viaje por nada. Esta era otra prueba de locura: tres horas de viaje de ida y tres de vuelta por diez píldoras de Nembutal. ¿Por qué sencillamente no estrellar el automóvil? Gloria ni siquiera cometía su acto irracional racionalmente. Gracias, Tim Leary, pensó Fat. Tú y tu promoción del júbilo de expandir la conciencia por medio de la droga. No sabía que en la línea se encontraba su propia vida. Esto sucedía en 1971. En 1972 se encontraría en Vancouver, al Norte, en la Columbia Británica, luego de intentar suicidarse, solo, pobre y asustado en una ciudad extranjera. Por el momento se le ahorraba ese conocimiento. Todo lo que quería era persuadir a Gloria de que fuera al Condado de Marin para poder ayudarla. Uno de los mayores actos de la clemencia de Dios es que nos tiene en perpetua ignorancia de nuestro destino. En 1976 (fracasado el intento de suicidio de Vancouver), totalmente enloquecido de dolor, Amacaballo Fat se cortaría la muñeca, tomaría cuarenta y nueve tabletas de digital de alta gradación y se encerraría en un garaje con el motor del automóvil en marcha; también entonces fracasaría. Bien, el cuerpo tiene poderes que la mente desconoce. Sin embargo, la mente de Gloria tenía total control de su cuerpo; estaba *racionalmente* loca.

Casi toda locura puede identificarse con lo extravagante y lo teatral. Uno se pone una sartén en la cabeza, una toalla en torno de la cintura, se pinta la cara de púrpura y sale a la calle. Gloria estaba tan serena como siempre; se mostraba cortés y civilizada. Si hubiera vivido en la antigua Roma o en el Japón, habría pasado inadvertida. Su capacidad de conducir probablemente permanecía inalterada. Se detendría ante las luces rojas y no excedería los límites de velocidad... en viaje a casa de Fat para buscar las diez píldoras de Nembutal.

Yo soy Amacaballo Fat y estoy escribiendo esto en tercera persona con el fin de ganar la tan necesitada objetividad. No amaba a Gloria Knudson, pero me gustaba. En Berkeley ella y su marido habían ofrecido fiestas elegantes y siempre nos invitaban a mi mujer y a mí. Gloria se pasaba horas preparando

bocadillos y servía diversas clases de vino; se vestía cuidadosamente y lucía adorable can su rizado y corto pelo color arena.

De cualquier manera, Amacaballo Fat no tenía Nembutal que darle, y una semana más tarde, Gloria se arrojó desde una ventana del décimo piso del Edificio Synanon en Oakland: California, y se hizo pedazos contra el pavimento del Bulevar MacArthur; y Amacaballo Fat siguió el insidioso y prolongado proceso de decadencia al encuentro de la desdicha y la enfermedad, la especie de caos que, según los astrofísicos, es el destino que aguarda al universo entero. Fat se había adelantado a su tiempo, se había adelantado al universo mismo. Terminó por olvidar el acontecimiento que había iniciado su proceso de declinación en dirección a la entropía; Dios, piadosamente, nos mantiene en ignorancia del pasado además de ocultarnos el futuro. Durante dos meses, luego de enterarse del suicidio de Gloria, lloró, miró televisión y consumió drogas con mayor abundancia todavía; también su cerebro se extraviaba, pero él no lo sabía. La clemencia de Dios es infinita.

En realidad, un año antes la locura había arrebatado a Fat su propia esposa. Era como una epidemia. Nadie sabía en qué medida aquello era consecuencia de la droga. Por ese tiempo en los Estados Unidos —de 1960 a 1970— y en ese lugar, la zona de la Bahía del Norte de California, todo se había ido a la mierda. Lamento decirlo, pero es la verdad. Los términos delicados y las teorías sofisticadas no pueden ocultar el hecho. Las autoridades se volvieron tan psicóticas como aquellos a los que perseguían. Querían eliminar a todas las personas que no fueran clones del *establishment*. Estaban ganadas por el odio. Fat había visto policías que lo miraban con la ferocidad de un lobo. El día que trasladaron de la cárcel del Condado de Marin a Angela Davis, la marxista negra, las autoridades desmantelaron todo el centro cívico. Fue con el fin de frustrar a los radicales que hubieran intentado crear dificultades. Se paralizaron los ascensores; la señalización de las puertas contenía información falsa; el fiscal del distrito judicial se escondió. Fat vio todo eso. Había ido al centro cívico para devolver un libro a la biblioteca. Al pasar por el arco electrónico de entrada al centro cívico, dos polis desgarraron el libro y unos papeles que Fat llevaba consigo. Quedó perplejo. Todo ese día lo dejó perplejo. En la cafetería un poli armado miraba comer a la gente. Fat volvió a casa en taxi, con miedo de su propio automóvil y preguntándose si no estaría chiflado. Lo estaba, pero también lo estaban todos los demás.

Soy, de profesión, escritor de ciencia-ficción. La fantasía es mi empresa. Mi vida es una fantasía. No obstante, Gloria Knudson yace en una caja en Modesto, California. En mi álbum de fotografías hay una foto de las coronas del funeral. En colores, de modo que se puede apreciar la belleza de las coronas. En último término hay aparcado un VW. Se me ve entrando furtivamente en él en mitad del servicio. Me es imposible seguir aguantando.

Después del servicio junto a la tumba, el ex marido de Gloria, Bob, yo y algún amigo lloroso suyo y de ella tuvimos un tardío almuerzo en un restaurante elegante de Modesto, no lejos del cementerio. La camarera nos hizo sentar en la parte trasera porque los tres parecíamos *hippies*, a pesar de llevar traje y corbata. No nos importó un comino. No recuerdo de qué hablamos. La noche anterior Bob y yo —quiero decir Bob y Amacaballo Fat— fuimos a Oakland a ver el film *Patton*. Algo antes de que tuviera lugar el servicio de inhumación Fat conoció a los padres de Gloria. Al igual que su

hija fallecida, lo trataron con suma amabilidad. Varios amigos de Gloria estaban de pie, en el trillado cuarto de estar estilo rancho de California, recordando a la persona que allí los reunía. Por supuesto, la señora Knudson se había maquillado con exceso; las mujeres siempre se maquillan demasiado cuando alguien muere. Fat acarició a Presidente Mao, el gato de la muchacha fallecida. Recordó los pocos días que Gloria había pasado con él en su casa en ocasión del inútil viaje en busca del Nembutal inexistente. Recibió la revelación de la mentira con aplomo casi con neutralidad. Cuando uno va a morir no se cuida de menudencias.

—Me las tomé —le había dicho Fat, acumulando mentira sobre mentira.

Decidieron ir a la playa, la gran playa oceánica de la Península de Point Reyes. En el VW de Gloria, con Gloria al volante (ni por un momento pensó que impulsivamente podía ocurrírsele acabar con él ella y el automóvil) y, una hora más tarde, estaban sentados juntos en la arena fumando marihuana.

Lo que Fat quería saber sobre todo era por qué intentaba matarse. Gloria llevaba *jeans* desteñidos por múltiples lavados y una camiseta sin mangas en cuya parte delantera estaba el malicioso rostro de Mick Jagger. El contacto con la arena era agradable y se quitó los zapatos. Fat observó que tenía las uñas pintadas de rosa y los pies perfectamente cuidados. Pensó para sí que moría como había vivido.

—Ellos me robaron mi cuenta bancaria —dijo Gloria.

Al cabo de un momento, él se dio cuenta por el tono mesurado y la lucidez con que enunciaba los detalles, que «ellos» no existían. Gloria desplegó un panorama de locura total e inexorable, una elaboración lapidaria. Había completado todos los detalles con herramientas tan precisas como las de un dentista. En su narración no quedaba el menor hueco. No pudo encontrar ningún error, excepto, claro está, la premisa según la cual todo el mundo la odiaba y trataba de atraparla; ella era inútil en cualquier sentido. Mientras hablaba, comenzó a desaparecer. El la miró partir. Era asombroso. Gloria, en su mesurado estilo, iba agotando su existencia palabra por palabra. Era racionalidad al servicio de... Bueno, pensó él, a servicio del no ser. Su mente se había convertido en un inmenso y hábil borrador. Todo lo que quedaba ahora realmente de ella era la cáscara; lo que equivale a decir, el cadáver deshabitado.

Aquel día en la playa se dio cuenta de que ya estaba muerta.

Después de haber fumado toda la marihuana, se echaron a andar y comentaron las algas y la altura de las olas. En lo alto graznaban las gaviotas navegando como veleros. Unas pocas personas estaban sentadas o caminaban por la arena aquí y allí, pero la playa, en lo fundamental, estaba desierta. Los letreros anunciaban corrientes de fondo. Fat, ni aunque en ello le hubiera ido la vida, era incapaz de imaginar por qué Gloria simplemente no se internaba mar adentro. Era sencillo: no le entraba en la cabeza. Ella sólo podía pensar en el Nembutal que le hacía falta todavía o que imaginaba que le hacía falta.

—De los álbumes de los Dead el que prefiero es *Workingman's Dead* —dijo Gloria a cierta altura—. Pero no tendrían que abogar por el consumo de cocaína. Hay muchos niños que escuchan rock.

—No es que estén abogando por él. La canción sólo es sobre alguien que la toma. Y que, entre paréntesis, le provoca la muerte; hace que su tren se estrelle.

—Pero esa es la razón por la que me inicié en la droga —dijo Gloria.

—¿A causa de los Grateful Dead?

—Por causa —dijo Gloria— de que todos querían que lo hiciera. Estoy cansada de hacer lo que los demás quieren que haga.

—No te mates —dijo Fat—. Ven a vivir conmigo. Estoy solo. Realmente me gustas. Inténtalo por un tiempo al menos. Junto con mis amigos trasladaremos tus cosas. Tenemos mucho por hacer, ir a distintos lugares, como hoy a la playa. ¿No se está bien aquí?

Gloria no contestó nada.

—Realmente, me haría sentir muy mal —dijo Fat—. Si te eliminaras me sentiría mal el resto de mi vida.

De ese modo, como lo advirtió más adelante, no le ofreció ni un solo motivo que la estimulara a seguir viviendo. Seguir viviendo se convertiría en un favor a los demás. No habría podido dar un motivo peor aunque lo hubiera buscado durante años. Habría sido mejor atropellarla al dar marcha atrás al VW. Esta es la razón por la que las líneas de emergencia a disposición de los suicidas no están a cargo de papanatas; Fat lo aprendió más tarde en Vancouver, cuando, él mismo un suicida, llamó al Centro de Crisis de la Columbia Británica y recibió los consejos de un especialista. No había la menor relación entre esto y lo que le dijo a Gloria en la playa aquel día.

Deteniéndose para quitarse una piedrecilla adherida al pie, Gloria dijo:

—Hoy me gustaría pasar la noche en tu casa.

Al oír esto, Fat tuvo una visión involuntaria de sexo.

—Se llega lejos —dijo, pues así hablaba en aquellos días. La contracultura poseía todo un libro de frases que lindaban con la total carencia de significado. Fat solía enhebrar juntas un buen racimo de ellas. Así lo hizo en aquella ocasión; engañado por su propia carnalidad, se convenció de que le había salvado la vida a su amiga. Su juicio, cuyo valor de cualquier manera no era excesivo, descendió a un nuevo nadir de agudeza. La existencia de una buena persona puesta en la balanza, puesta en una balanza que Fat sostenía, y todo lo que se le ocurría era la perspectiva de apuntarse un tanto.

—Eso sí que es total —parloteó mientras andaban—. Inaudito.

Transcurrieron unos cuantos días, ella estaba muerta. Esa noche la pasaron juntos durmiendo totalmente vestidos; no hicieron el amor; a la tarde siguiente Gloria se fue, en apariencia a buscar sus cosas, que habían quedado en casa de los padres en Modesto. Nunca más volvió a verla. Durante varios días esperó que apareciera y luego, una noche el teléfono sonó y era Bob, el ex marido.

—¿Dónde te encuentras en este momento? —le preguntó Bob.

La pregunta lo dejó perplejo; se encontraba en su casa; donde estaba el teléfono, en la cocina. La voz de Bob era serena.

—Estoy aquí —dijo Fat.

—Gloria se mató hoy —dijo Bob.

Tengo una fotografía de Gloria con Presidente Mao en brazos; está de rodillas, se sonríe y sus ojos brillan. Presidente Mao está tratando de librarse. A la izquierda se ve parte de un árbol de Navidad. En el dorso la señora Knudson escribió con letra esmerada.

Cómo le hicimos que sintiera gratitud por nuestro amor.

Nunca llegué a darme cuenta si la señora Knudson escribió esas palabras antes o después de la muerte de Gloria. Los Knudson enviaron la fotografía por correo a Amacaballo Fat un mes después del funeral. Fat había escrito solicitando una fotografía de ella. Antes se la había pedido a Bob, que le replicó en tono salvaje:

—¿Para qué quieres una foto de Gloria?

Y Fat no pudo responder.

Cuando Fat me convenció de que empezara a escribir esto, me preguntó por qué Bob Langley se habría enojado tanto por su pedido. No lo sé. No me importa. Quizá Bob supiera que Gloria y Fat habían pasado una noche juntos y estuviera celoso. Fat solía decir que Bob Langley era un esquizoide; sostenía que el mismo Bob se lo había dicho. El pensamiento de los esquizoides no acompaña a los sentimientos adecuados; padecen lo que se llamó la «disecación de sentimientos». No tendría inconveniente en confesarlo. Por otra parte, Bob se había inclinado después de terminar el servicio de inhumación y colocó una rosa sobre la tumba de Gloria. Ese había sido el momento en que Fat se había retirado furtivamente al encuentro del VW. ¿Cuál de las reacciones resulta más adecuada? ¿Fat que llora a solas en el automóvil aparcado o el ex marido inclinado con la rosa sin decir nada, ni manifestar nada aunque haciendo algo? Fat no contribuyó al funeral con nada, salvo con un ramo de flores que compró durante el curso del viaje a Modesto. Se las había dado a la señora Knudson, quien dijo que eran adorables. Bob las había escogido cuidadosamente.

Después del funeral, en el elegante restaurante donde la camarera los había puesto fuera del alcance de la vista, Fat le preguntó a Bob qué había estado haciendo Gloria en Synanon, puesto que supuestamente había ido a recoger sus pertenencias para volver al Condado de Marin e instalarse en su casa... según él lo había creído.

—Carmina la convenció de que fuera a Synanon —dijo Bob. Ese era el nombre de la señora Knudson—. Por su adicción a la droga.

Timothy, el amigo que Fat no conocía, dijo:

—Por cierto, no fue mucha la ayuda que le dieron.

No bien Gloria había entrado por la puerta principal del Synanon, le aplicaron el siguiente tratamiento: mientras esperaba sentada que la entrevistaran, alguien pasó al lado de ella y le dijo intencionadamente que fea era. La persona que se le acercó luego se ocupó de informarle que su pelo parecía un colchón para ratas. Gloria siempre había sido susceptible con su cabello rizado. La habría gustado que fuera largo como todos los demás cabellos de la tierra. El efecto de lo que le hubiera dicho el tercer miembro del Synanon habría sido algo discutible, ya que por entonces Gloria había subido ya al décimo piso.

—¿Esos son los métodos del Synanon? —preguntó Fat.

Bob le explicó:

—Es una técnica para quebrantar la personalidad. Una terapia fascista que hace que la persona se vuelva por entero al exterior y sea dependiente del grupo. Luego pueden erigir una nueva personalidad que no dependa de la droga.

—¿No se dieron cuenta de que era una suicida? —preguntó Timothy.

—Claro que sí —dijo Bob—. Ella les había telefoneado y había hablado con ellos; sabían su nombre y por qué se encontraba allí.

—¿Hablaste con ellos después de su muerte? —preguntó Fat.

Bob explicó:

—Los llamé y pedí hablar con alguien que ocupara una posición directiva y le dije que habían matado a mi mujer; el tío me dijo que me hiciera presente y les enseñara cómo manejar a un suicida. Estaba tan aterrado que me dio lástima.

Guando lo oyó decir eso, Fat llegó a la conclusión de que Bob tampoco estaba muy bien de la cabeza. Sentía lástima por Synanon. Estaba tronado. Todos estaban tronados, incluida Carmina Knudson. En California del Norte no quedaba ni una persona cuerda. Era tiempo de largarse a otro lugar. Permaneció sentado comiendo la ensalada y preguntándose dónde ir. Fuera del país. A Canada, como los que protestaban contra el reclutamiento. El personalmente conocía a diez tíos que habían cruzado subrepticiamente al Canada para no ir a combatir a Vietnam. Probablemente en Vancouver se topara con media docena de personas conocidas. Vancouver se consideraba una de las ciudades más bellas del mundo. Como San Francisco, era un puerto importante. Podía comenzar la vida de nuevo y olvidar el pasado.

Mientras estaba allí sentado jugueteando con la ensalada, se le ocurrió que cuando telefoneó, Bob no había dicho «Gloria se mató», sino «Gloria se mató hoy», como si hubiera sido inevitable que se matara un día u otro. Quizás esta suposición era lo que había provocado el hecho. A Gloria se le había concedido un tiempo determinado como si hubiera estado rindiendo un examen de matemáticas. ¿Quién era en realidad el loco? ¿Gloria, él (probablemente él), el ex marido o todos ellos juntos, toda la zona de la Bahía, no loco en el sentido amplio del término, sino en su estricto sentido técnico? Permítase decir que uno de los primeros síntomas de la psicosis consiste en que la persona sienta que quizá se esté volviendo psicótica. Es otra trampa china. No se puede pensar en la cura sin llegar a formar parte de ella. Por pensar en la locura Amacaballo Fat iba cayendo gradualmente en ella.

Ojalá hubiera podido ayudarlo.

2

Aunque no había nada que pudiera hacer para ayudar a Amacaballo Fat, éste escapó a la muerte. Lo primero que se hizo presente para su salvación asumió la forma de un escolar de dieciocho años que era su vecina y lo segundo fue Dios. De los dos, la muchacha fue la que obtuvo mejores resultados.

No estoy seguro que Dios haya hecho en realidad nada por él; a decir verdad, en cierto sentido, Dios fue causa de que enfermara todavía más. Este era un tema en el que Fat y yo no podíamos ponernos de acuerdo. Fat tenía la certeza de que Dios lo había curado por completo. Eso no es posible. En algún lugar del *I Ching* se dice: «Siempre enfermo, pero nunca muere». Eso le va muy bien a mi amigo.

Estefanía entró en la vida de Fat como traficante de droga. Después de la muerte de Gloria consumía droga con tanta abundancia que debía obtenerla de cualquier fuente que le fuera accesible. Comprar droga a los escolares no

es una medida aconsejable. No tiene nada que ver con la droga misma, sino con la ley y la moralidad. Una vez que se empieza a comprar droga a los chicos se es un hombre marcado. Estoy seguro de que la causa es evidente. Pero lo que yo sabía —y las autoridades no— es lo siguiente: Amacaballo Fat no se interesaba realmente por la droga que Estefanía vendía. Ella traficaba hachís y yerba, pero jamás estimulantes. No los aprobaba. Jamás vendía psicodélicos por fuerte que fuera la presión que se ejerciera sobre ella. De vez en cuando vendía cocaína. Nadie era capaz de comprender sus razonamientos, pero no cabía duda de que se trataba de algún tipo de razonamiento. En el sentido normal del término, Estefanía jamás pensaba. Pero llegaba a adoptar decisiones y una vez que las adoptaba no había nada que la pudiera apartar de ellas. A Fat le gustaba esa muchacha.

En eso residía el quid de la cuestión; le gustaba ella y no la droga, pero debía comprarle para mantener una relación, lo cual significaba que tenía que consumir hachís. Para Estefanía el hachís era el principio y el fin de la vida... de la vida que merece vivirse, es claro.

Si Dios ocupa un mero segundo lugar, por lo menos no cometía algo ilegal, como Estefanía. Fat estaba convencido de que ella terminaría en la cárcel; suponía que en cualquier momento la meterían presa. Y los amigos de Fat suponían que el que sería arrestado en cualquier momento era él. Nos preocupaba eso y su lento hundimiento en la depresión, la psicosis y el aislamiento. Fat se preocupaba por Estefanía. Estefanía se preocupaba por el precio del hachís. Más aún, se preocupaba por el precio de la cocaína. Era concebible que en medio de la noche se sentara bruscamente en la cama y exclamara: «¡El gramo de cocaína ha subido a cien dólares!» Le preocupaba el precio de la droga como a la mujer normal le preocupa el precio del café.

Solíamos sostener que la existencia de Estefanía no habría sido posible antes de la década del 60. La droga le había dado el ser, la había convocado desde las profundidades. Era el coeficiente de la droga, parte de una ecuación. Y no obstante, fue por su intermedio que Fat terminó por encontrar el camino a Dios. No por intermedio de la droga que le compraba; nada tenía que ver la cuestión con la droga. No hay en ella ninguna puerta que conduzca a Dios; es una mentira que venden los inescrupulosos. El medio por el cual Estefanía condujo a Amacaballo Fat ante Dios fue un cuenco pequeño de arcilla que ella misma fabricó con una rueda de alfarería de pedal que Fat le ayudó a pagar como regalo al cumplir la muchacha dieciocho años.

Cuando fue a Canada, se llevó el cuenco consigo envuelto en los calzoncillos, medias y camisas de su única maleta.

Tenía el aspecto de un cuenco corriente: chato, de color castaño claro y una ornamentación de barniz azul. Estefanía no era una alfarera experta. Este cuenco fue una de las primeras piezas que fabricó, al menos, fuera de las clases de cerámica que le dictaban en la escuela. Por supuesto, una de las primeras piezas estuvo destinada a Fat. Ambos mantenían una estrecha relación. Cuando él se alteraba, Estefanía lo tranquilizaba sobrecargándole la pipa de hachís. Desde cierto punto de vista, sin embargo, el cuenco no tenía nada de común. En el dormitaba Dios. Dormitó allí largo tiempo, casi demasiado tiempo. Algunas religiones sustentan la teoría de que Dios interviene a la undécima hora. Quizá sea así; yo no puedo asegurarlo. En el caso de Amacaballo Fat, Dios esperó hasta que faltaran tres minutos para dar las doce, y aun entonces lo que hizo apenas fue suficiente; apenas

suficiente y virtualmente demasiado tarde. No puede atribuírsele a Estefanía la responsabilidad de ello; ella fabricó el cuenco lo barnizó y lo horneó no bien tuvo la rueda. Hizo lo posible por ayudar a su amigo que, como Gloria antes que él había empezado a morir. Trató de ayudar a su amigo como Fat había tratado de ayudar a su amiga sólo que Estefanía se desempeñó mejor. Pero en eso radicaba la diferencia entre ella y Fat. En presencia de una crisis, sabía qué hacer. Fat no lo sabía. Por tanto, Fat estaba hoy vivo y Gloria no. Fat tenía una amiga más capaz que el amigo que había tenido Gloria. Quizás él habría querido que se diera el caso contrario, pero la opción no le pertenecía. El universo adopta ciertas decisiones y sobre la base de ellas, algunas personas viven y otras mueren. Esta es una ley muy dura. Pero todas las criaturas ceden necesariamente ante ella. Fat llegó a Dios y Gloria Knudson llegó a la muerte. Es injusto y Fat sería el primero en reconocerlo. Hay que concederle ese mérito.

Después de encontrarse con Dios, Fat desarrolló un amor por él que no era normal. No consistía en lo que habitualmente se entiende cuando se dice que alguien ama a Dios.

En el caso de Fat se trataba sencillamente de hambre. Y lo que es todavía más extraño, nos explicaba que Dios lo había herido y, sin embargo, seguía anhelándolo como un borracho anhela la bebida. Dios, nos dijo, le había disparado un rayo de luz rosa directamente a la cabeza, a los ojos; Fat había quedado temporariamente enceguecido y la cabeza le había dolido durante días enteros. Era fácil, dijo, describir el rayo de luz rosa; es exactamente lo que se percibe como post imagen de fosfeno cuando la bombilla de un flash nos destella en la cara. Ese color perseguía espiritualmente a Fat. A veces aparecía en la pantalla de un televisor. Vivía para esa luz, para ese particular color.

Sin embargo, en realidad nunca pudo volver a encontrarlo. Nada podía producir ese color en la luz, salvo Dios. En otras palabras, la luz normal no lo contenía. En una oportunidad Fat estudió un cuadro de los colores, un cuadro del espectro visible. El color no se encontraba allí. Había visto un color que nadie más puede ver; se ubicaba más allá del espectro.

¿Qué viene después de la luz en términos de frecuencia? ¿El calor? ¿Las ondas de radio? Debería saberlo pero no lo sé. Fat me dijo (no estoy seguro del grado de veracidad que esto pueda tener) que lo que vio estaba por sobre los setecientos milimicrones del espectro solar; en términos de las Líneas de Fraunhofer, más allá de B, en dirección de A. Entiéndalo cada cual como pueda. Yo creo que se trata de un síntoma del quebrantamiento de Fat. La gente que padece quebrantamientos nerviosos a menudo realiza múltiples investigaciones para encontrar una explicación a sus males. Las investigaciones, por supuesto, fracasan. Fracasan en lo que a nosotros concierne, pero el desdichado hecho es que a veces proveen una racionalización espuria a la mente que se desintegra, como el «ellos» de Gloria. Examiné las Líneas de Fraunhofer en una oportunidad y no existe A. La más temprana indicación de letra que pude hallar es B. Se abarca desde G a B, desde el ultravioleta al infrarrojo. Eso es todo. No hay nada más. Lo que Fat vio o creyó ver no era luz alguna.

Después de volver del Canada —después de su encuentro con Dios—, Fat y yo pasamos mucho tiempo juntos en el curso de nuestras salidas nocturnas, cosa que hacíamos regularmente en busca de acción y de ver lo que sucedía alrededor de nosotros; en una ocasión, mientras trataba de

aparcar el automóvil, de pronto me apareció en el brazo una mancha luminosa de color rosa. Sabía de qué se trataba, aunque nunca había visto tal cosa antes; alguien nos había dirigido un rayo láser.

—Eso es un rayo láser —le dije a Fat, que también lo había visto, pues la mancha se trasladaba por todas partes, sobre los postes del teléfono y la pared de cemento del garaje.

Al extremo de la calle dos adolescentes sostenían conjuntamente un objeto cuadrado.

—Ellos construyeron esa maldita cosa —dije.

Los muchachos se nos acercaron sonrientes. La habían construido, nos dijeron, con un juego de piezas para armar. Les hicimos saber lo impresionados que habíamos quedado y ellos se alejaron en busca de algún otro a quien aterrorizar.

—¿Ese es el color rosa? —le pregunté.

No contestó nada. Pero tuve la impresión de que no era franco conmigo. Tuve la sensación de que había visto su color. Por qué no lo confesaba si así era, no lo sé. Quizá la experiencia estorbaba una teoría más elegante. Los que padecen perturbaciones mentales no aplican el principio de Parsimonia Científica: la teoría más simple para explicar un cierto conjunto de datos. Prefieren el barroquismo.

El aspecto fundamental que Fat nos dio a conocer en relación con su experiencia con el rayo rosa que lo lastimó y lo encegueció fue el siguiente: nos dijo que de inmediato —no bien el rayo lo hirió— supo cosas que nunca había sabido antes. Específicamente supo que su hijo de cinco anos padecía un defecto de nacimiento que no había sido diagnosticado y supo en qué consistía dicho defecto hasta en sus menores detalles anatómicos. De hecho supo hasta los detalles específicos como para informar al doctor.

Yo quería saber cómo se lo había explicado al doctor.

Cómo lo informó de su conocimiento de los detalles médicos. Su cerebro había captado toda la información que el rayo de luz roja le había suministrado, pero ¿cómo explicarla?

Más adelante, Fat llegó a concebir una teoría según la cual todo el universo está integrado por información. Comenzó a llevar un diario; de hecho venía llevándolo secretamente desde hacía ya tiempo: la acción furtiva de una persona perturbada. Todo el encuentro con Dios estaba allí apuntando con su propia letra... la letra de Fat, no la de Dios.

El término «diario» me pertenece; no corresponde a Fat. El utilizó la palabra «exégesis», término teológico aplicado a un texto en el cual se explica o se interpreta un fragmento de las escrituras. Fat creía que la información que le había sido lanzada y que progresivamente se le había ido acumulando en la cabeza en olas sucesivas era de origen divino y, por tanto, debía considerársela una especie de escritura, aun cuando sólo se aplicara a la hernia inguinal sin diagnóstico de su hijo, que había roto el sello acuoso y se había trasladado al saco escrotal. Esta era la nueva que Fat tenía para el doctor. La nueva resultó correcta y se confirmó cuando la ex mujer de Fat llevó a Christopher para que fuera examinado. Se decidió una intervención quirúrgica para el día siguiente, lo que significaba tan pronto como fuera posible. El cirujano comunicó alegremente a Fat y a su ex esposa que la vida de Christopher había estado en peligro durante años. Podría haber muerto la noche precedente por estrangulación de un trozo de su propio intestino. Fue una suerte, dijo el cirujano, que lo hubieran descubierto a tiempo. Así, pues,

Librodot

una vez más se hacen presentes los «ellos» de Gloria, sólo que en esta ocasión «ellos» existían.

La intervención quirúrgica tuvo éxito y Christopher dejó de ser un niño que estaba siempre quejándose. Había padecido dolores desde el nacimiento. Después de eso, Fat y su ex esposa llevaron a su hijo para que lo examinara otro médico general, un médico general que tuviera ojos.

Uno de los párrafos del diario de Fat me impresionó lo bastante como para copiarlo e incluirlo aquí. No trata de hernias inguinales, sino de naturaleza más general; expresa la opinión, cada vez más arraigada en Fat, de que el universo es información. Había comenzado a creerlo porque para él el universo —su universo— de hecho se estaba convirtiendo rápidamente en información. Una vez que Dios comenzó a hablarle pareció que nunca iba a detenerse. No creo que lo mencionen en la Biblia.

Anotación núm. 37 del diario. Experimentamos los pensamientos del Cerebro con ordenamientos y reordenamientos —cambio— en un universo físico; pero en realidad se trata de información y procesamiento de información que sustancializamos. No vemos tan solo sus pensamientos como objetos, sino, más bien, como movimiento o, con mayor precisión, como ubicación de los objetos: cómo llegan éstos a vincularse entre sí. Pero no podemos dar lectura a la estructuración del ordenamiento; no podemos extraer la información contenida en él; es decir, en cuanto información, que no otra cosa es. La vinculación y la revinculación de los objetos por el Cerebro es en realidad un lenguaje, pero no un lenguaje como el nuestro (puesto que se dirige a sí mismo y no a alguien o a algo fuera de él).

Fat volvió sobre este tema una y otra vez no sólo en su diario, sino también en las conversaciones que sostenía con los amigos. Estaba convencido de que el universo había comenzado a hablarle. En otra anotación de su diario se lee:

Núm. 36. Tendríamos que poder escuchar esta información o, más bien, esta narración, como una voz neutra dentro de nosotros mismos. Pero algo hubo que no funcionó bien. Toda la creación es un lenguaje y nada más que un lenguaje que, por alguna razón inexplicable, no podemos leer afuera ni escuchar adentro. Por tanto, afirmo que nos hemos convertido en idiotas. Algo le ha sucedido a nuestra inteligencia. Mi razonamiento es el siguiente: el ordenamiento de las partes del Cerebro es un lenguaje. Nosotros somos parte del Cerebro; por tanto, somos lenguaje. ¿Por qué, entonces, no lo sabemos? Ni siquiera sabemos lo que somos, para no hablar ya de la realidad exterior de la que formamos parte. El origen de la palabra «idiota» es la palabra «privado». Cada uno de nosotros se ha vuelto privado y ya no comparte el pensamiento común del Cerebro, salvo en el nivel subliminal. Así, pues, nuestra vida real y nuestros objetivos se desarrollan por debajo del umbral de la conciencia.

Siento la tentación personal de contestar: «Habla por ti mismo, Fat».

Durante un prolongado período de tiempo (o «desiertos de vasta eternidad» como él lo hubiera dicho), Fat desarrolló un montón de peregrinas teorías para dar cuenta de su contacto con Dios y la información de él derivada. Una de ellas, que difiere de las demás, me resultó particular mente

interesante. Se reducía a una especie de capitulación mental por parte de Fat ante el proceso por el que estaba pasando. Esta teoría sostenía que en realidad no estaba experimentando nada en absoluto. Rayos de intensa energía que emanaba de muy lejos, quizá de una distancia de millones de kilómetros, estimulaban selectivamente diversos lugares de su cerebro. Estas estimulaciones selectivas del cerebro generaban en su cabeza la *impresión* —para él— de que en realidad veía y oía palabras, imágenes, figuras de personas, páginas impresas, en suma a Dios y el Mensaje de Dios o, como a Fat le gustaba decir, al Logos. Pero (sostenía esta teoría) sólo imaginaba que experimentaba estas cosas. Se asemejaban a hologramas. Lo que me llamaba la atención era que un lunático desechara sus alucinaciones de manera tan elaborada; Fat, intelectualmente, se había excluido del juego de la locura mientras que al mismo tiempo seguía gozando de sonidos y visiones. De hecho, ya no sostenía que lo que experimentaba estuviera allí presente. ¿Era un indicio de que había empezado a mejorar? Es difícil creerlo. Ahora sostenía que «ellos» o Dios o algún otro poseía un rayo de energía de largo alcance y rico en información que se centraba en su cabeza. No vi ninguna mejoría en esto, pero representaba un cambio. Fat ahora podía desechar sus alucinaciones, lo cual significaba que las reconocía como tales. Pero, como Gloria, tenía ahora un «ellos». Esto me pareció una victoria pírrica. La vida de Fat me daba la impresión de ser este tipo preciso de letanía, como por ejemplo, la manera en que había rescatado a Gloria.

La exégesis en que Fat trabajaba mes tras mes me daba la impresión de una victoria pírrica si alguna vez la hubo: en este caso, el esfuerzo de una mente bloqueada por encontrar sentido en lo inescrutable. Quizás esta sea la base de la enfermedad mental: hechos incomprensibles ocurren; la vida de uno se convierte en recipiente de engañosas fluctuaciones de lo que solía ser la realidad. Y no sólo esto —como si no fuera bastante—, sino que, además, uno, como Fat, se concentra por siempre en estas fluctuaciones en un esfuerzo por darles coherencia, cuando en realidad, el único sentido que cobran es el que uno les impone por la necesidad de restaurarlo todo para que formas y procesos puedan reconocerse. Lo primero que queda eliminado en la enfermedad mental es la familiaridad. Y lo que la reemplaza son malas noticias pues no sólo no se lo comprende, sino que no es posible comunicarlo a los demás. El loco experimenta algo, pero qué es o de dónde viene le es desconocido.

En medio de ese paisaje desolado, cuyo origen puede rastrearse hasta la muerte de Gloria Knudson, Fat imaginó que Dios lo había curado. Una vez que se ha aprendido lo que es una victoria pírrica, éstas parecen abundar.

Me recuerda a una muchacha que estaba muriéndose de cáncer. Fui a verla al hospital y no la reconocí; sentada en la cama, parecía un hombrecito lampiño. La quimioterapia había hecho que se hinchara como una uva inmensa. El cáncer y el tratamiento a que había sido sometida la habían dejado virtualmente ciega, casi sorda. Sufría continuos ataques y cuando me incliné sobre ella para preguntarle cómo se sentía, me contestó cuando pudo comprender mi pregunta:

—Siento que Dios me está curando.

Tenía vocación religiosa y proyectaba entrar en alguna orden. Sobre la mesita de metal que había junto a su cama alguien le había dejado un rosario. En mi opinión un letrero que dijera QUE DIOS SE VAYA A LA MIERDA habría sido más adecuado. El rosario no lo era en absoluto.

No obstante, para ser del todo justo, tengo que admitir que Dios —o alguien que se da a sí mismo el nombre de Dios, distinción meramente semántica— había disparado a la cabeza de Amacaballo Fat una preciosa información por la que vida de su hijo Christopher había quedado a salvo. A algunas personas Dios las cura y a otras las mata. Fat niega que Dios mate a nadie. Fat afirma que Dios nunca daña a nadie. La enfermedad, el dolor y el sufrimiento inmerecido tienen su origen en otra fuente, a lo cual yo contesto: ¿Cómo tuvo origen esa otra fuente? ¿Existen dos dioses? ¿O parte del universo queda fuera del control de Dios? Fat solía citar a Platón. De acuerdo con la cosmología de éste, el *noos* o la Mente persuade a *ananké* o necesidad ciega —o ciego azar, de acuerdo con algunos expertos— de que se someta. El *Noos* iba andando cuando para su sorpresa se encontró con el ciego azar; el caos, en otras palabras, al que el *noos* impone orden (aunque en ninguna parte Platón nos explica cómo se lleva a cabo esta «persuasión»). De acuerdo con Fat, el cáncer de mi amiga consistía en desorden que todavía no había sido persuadido de ordenarse. El *noos* o Dios aún no había llegado a ella, a lo cual respondí:

—Bueno, pues cuando llegue será demasiado tarde.

Fat no tuvo respuesta para eso, cuando menos, no en términos de refutación oral. Probablemente se alejó solapadamente y escribió sobre el tema en su diario. Se quedaba garrapateando en su diario todas las noches hasta las cuatro de la mañana. Supongo que todos los secretos del universo se encontraban allí, en alguna parte, entre el ripio.

Gozábamos haciendo que Fat mordiera el anzuelo de las disputas teológicas porque siempre se enfadaba, asumiendo el punto de vista de que lo que nosotros dijéramos sobre el tema tenía importancia, de que el tema de por sí tenía importancia. Estaba completamente vapuleado. Nos divertía introducir la discusión mediante algún comentario indiferente:

—Hoy Dios me dio un billete para la autopista libre de peaje.

O algo por el estilo. Cogido en la trampa, Fat se lanzaba a la acción. Pasábamos así agradablemente el tiempo torturando a Fat sin malicia. Cuando nos íbamos de su casa, experimentábamos la satisfacción extra de saber que estaría anotándolo todo en su diario. En su diario, claro, su punto de vista prevalecía siempre.

No era necesario hacerle morder el anzuelo a Fat mediante preguntas ociosas como «Si Dios puede hacer lo que le plazca ¿puede crear una zanja tan ancha que le sea imposible de saltar?» Contábamos con abundantes preguntas planteadas por la vida real para las que Fat no tenía respuesta satisfactoria. Nuestro amigo Kevin comenzaba siempre su ataque de la misma manera.

—¿Y mi gato muerto? —preguntaba.

Varios años atrás, Kevin había salido de paseo con su gato una tarde temprano. Había cometido la torpeza de no ponerle lazo y el gato se había lanzado por la calle al encuentro de las ruedas de un automóvil que lo arrollaron. Cuando recogió los restos del animal, todavía vivía, exhalaba una espuma sanguinolenta y lo miraba aterrado. A Kevin le gustaba decir:

—El Día del Juicio Final, cuando sea llamado a comparecer ante el gran juez, voy a decir: «Aguardad un momento» y entonces voy a sacar el gato muerto de debajo de mi americana. «¿Cómo explicáis esto?» voy a preguntar.

Librodot

Por entonces, solía decir Kevin, el gato estaría tan tieso como una sartén; sostendría al gato por el asa, o sea, la cola, y esperaría una respuesta satisfactoria.

Fat decía:

—Ninguna respuesta te satisfaría.

—Ninguna respuesta que me dieras tú —decía Kevin con desprecio—. Pues bien, de modo que Dios salvó la vida de tu hijo. ¿Por qué no hizo que mi gato se lanzara a la carrera cinco segundos más tarde? ¿Tres segundos más tarde? ¿Habría sido eso demasiada molestia? Claro, supongo que un gato no interesa.

En una ocasión le señalé:

—Sabes, Kevin, que podrías haberle puesto una traílla al gato.

—No —dijo Fat—. Dios debe tener alguna razón. Es algo que me viene atormentando. Para él el gato es un símbolo de todo lo que no entiende en el universo.

—Entiendo perfectamente —dijo Kevin con amargura—. Sencillamente creo que todo es una mierda. O Dios es impotente o estúpido o le importa un rábano. O las tres cosas juntas. Es malvado, tonto y débil. Creo que voy a comenzar mi propio exégesis.

—Pero a ti Dios no te habla —dije.

—¿Sabes quién le habla a Caballo? —preguntó Kevin—. ¿Quién le habla realmente a Caballo en el medio de la noche? La gente del planeta Estupidez. Caballo, ¿qué nombre se le da, otra vez, a la sabiduría de Dios? ¿Santa qué?

—Hagia Sophia —dijo Caballo cauteloso.

Respondió Kevin:

—¿Cómo dices, Hagia Estupidez? ¿Santa Estupidez?

—Hagia Moron —dijo Caballo. Siempre se defendía cediendo—. Moron es una palabra griega, como Hagia. La encontré cuando quise saber con exactitud la ortografía de oxímoron.

—Aunque el subfijo *on* es la terminación del género neutro —dije.

Esto puede daros una idea de la tendencia de nuestras discusiones teológicas. Tres personas mal informadas en desacuerdo la una con las otras. También contábamos con David, nuestro amigo católico apostólico romano, y la joven que se había estado muriendo de cáncer, Sherri. Había entrado en remisión y el hospital la había dado de alta. En cierta medida el oído y la vista habían sufrido daño permanente, pero por lo demás, parecía encontrarse bien.

Fat, por supuesto, utilizaba esto como argumento en favor de Dios y del amor curativo de Dios, como también lo hacían David y, claro está, la misma Sherri. Kevin consideraba la remisión como un milagro de la terapia, de la quimioterapia y de la suerte. Además, nos confió, la remisión era sólo temporaria. En cualquier momento Sherri podía volver a caer enferma. Kevin sugirió, tétrico, que la próxima vez que Sherri cayera enferma ya no habría más remisión. A veces teníamos la impresión de lo que deseaba, pues de ese modo se confirmaría su visión del universo.

El entero saco de trucos verbales de Kevin se fundaba sobre todo en la creencia de que el universo se componía de desdicha y hostilidad y que terminaría por atraparlo a uno. Consideraba al universo, como la mayor parte de la gente, una cuenta impaga; al final su pago se impone. El universo da rienda suelta, lo deja a uno hacer cabriolas y saltar, y luego ajusta las riendas. Kevin esperaba constantemente que esto comenzara a

sucederle a él, a mí, a David y, especialmente, a Sherri. En cuanto a Amacaballo Fat, Kevin consideraba que no había gozado de rienda suelta en años; hacía ya mucho que Fat se encontraba en el ciclo de las riendas ajustadas. No lo creía potencialmente condenado, sino condenado de hecho.

Fat tenía el buen tino de no discutir a Gloria Knudson y su muerte en presencia de Kevin. Si lo hubiera hecho, Kevin habría sumado su muerte a la del gato. Diría que la sacaría de entre los pliegues de su americana junto con el gato.

Como católico, David atribuía todo mal al libre albedrío del hombre. Esto solía molestarnos a todos, incluso a mí. En una ocasión le pregunté si el hecho de que Sherri padeciera de cáncer constituía un caso de libre albedrío, sabiendo perfectamente que David se mantenía al día en todo a lo que novedades psicológicas respecta y cometería el error de decir que Sherri había deseado inconscientemente padecer de cáncer y, por tanto, había retraído su sistema de inmunidad, punto de vista que cundía en los medios psicológicos avanzados por ese entonces. Por supuesto, David cayó en la trampa y dijo.

—Entonces ¿por qué sanó? —le pregunté—. ¿Quería inconscientemente sanar?

David se quedó desconcertado. Si atribuía la enfermedad a la voluntad inconsciente de la muchacha, tenía que atribuir su remisión a causas mundanas y no sobrenaturales. Dios nada tenía que ver en ello.

—Lo que C.S. Lewis diría... —comenzó David, lo cual de inmediato enojó a Fat que estaba presente. Se enojaba cuando David recurría a C.S. Lewis para fortalecer su pedestre ortodoxia.

—Quizá Sherri pudo con Dios —dije—. Dios la quería enferma y ella luchó por restablecerse.

El argumento inevitable de David, por supuesto, habría sido que Sherri había enfermado neuróticamente de cáncer por encontrarse deprimida, pero que Dios había intervenido y la había salvado; en previsión, yo la había invertido.

—No —dijo Fat—. Es todo lo contrario. Como cuando me curó a mí.

Afortunadamente, Kevin no estaba presente. No consideraba que Fat estuviera curado (ninguno de nosotros consideraba semejante cosa) y, de cualquier manera, no era Dios quien lo había hecho. Esta es la especie de lógica que Freud ataca, entre paréntesis: la estructura de dos proporciones que se anulan mutuamente. Freud consideraba que esta estructura revelaba una racionalización. Se acusa a alguien de haber robado un caballo, a lo cual la persona responde: «Yo no robo caballos y, además, el suyo es un caballo de mala muerte». Si se considera atentamente este razonamiento, es posible percibir el proceso de pensamiento que lo sustenta. La segunda enunciación no refuerza a la primera. Sólo parece hacerlo. En términos de nuestras permanentes disputas teológicas —desencadenadas por el supuesto encuentro de Fat con la divinidad— la estructura de dos posiciones que se anulan mutuamente se expresaría así:

1) Dios no existe.
2) Además, es un estúpido.

Un escrupuloso examen de las cínicas diatribas de Kevin revela de continuo esta estructura. David no cesaba de citar a C.S. Lewis; Kevin, en su

celo por difamar a Dios, se contradecía a sí mismo desde el punto de vista lógico; Fat hacía oscuras referencias a informaciones que un rayo de luz rosa había lanzado a su cabeza; Sherri, que había sufrido espantosamente, moqueaba piadosas mojigangas; yo cambiaba de posición de acuerdo con quién estuviera hablando en el momento. Ninguno de nosotros tenía dominio de la situación, pero nos sobraba el tiempo que perder de esta manera. Por entonces la época del consumo de drogas había llegado a término y todos habían empezado la búsqueda de una nueva obsesión. Gracias a Fat, para nosotros la nueva obsesión era la teología.

Según una vieja cita por la que Fat siente predilección:

«¿Puedo yo concebir que el gran Jehová dormita
Como Shemoss y otras deidades de leyenda?
¡Oh, no! El cielo escuchó mis pensamientos y tomó nota de ello...
Es forzoso que así sea.»

A Fat no le agrada citar lo que sigue:

«Es esto que agobia mi cerebro
Y me hiende el pecho con mil puñales
Y me precipita a la locura...»

Pertenece a un aria de Haendel. Fat y yo solíamos escuchar la versión grabada por Richard Lewis que yo tenía. *Más y más profundamente todavía*. En una oportunidad le dije a Fat que otra aria recogida en el mismo disco describía su estado mental a la perfección.

—¿Cuál de ellas? —preguntó precavido.

—*Eclipse total*— le contesté.

«Eclipse total sin sol ni luna,
Todo oscuro en medio del resplandor del día.
¡Oh, luz gloriosa! ¡Ni un jubiloso rayo
Que alegre mis ojos con la llegada del día!
¿Por qué así paralizar tu primer decreto?
¡Sol, luna y estrellas son para mí lobreguez!»

A lo cual Fat respondió:

—En mi caso lo contrario es verdadero. Estoy iluminado por una luz sagrada que me fue disparada desde otro mundo. Veo lo que ningún otro hombre ve. Eso sí que no podía negárselo.

3

Un problema que debíamos aprender a tratar durante la década de la droga era: ¿Cómo darle a alguien la noticia de que había perdido el seso? Este problema se había planteado en el mundo teológico de Amacaballo Fat y nosotros —sus amigos— teníamos que darle una solución satisfactoria.

Habría sido fácil en el caso de Fat sumar dos y dos: la droga que había consumido durante la década del 60 le había sorbido el seso al entrar en la del 70. Si hubiera podido disponer de la cosa de manera tal que hubiera

podido convencerme de ello, lo había hecho; me gustan las soluciones que responden a toda una variedad de problemas en forma simbólica. Pero no logré convencerme. Fat no había consumido psicodélicos, cuando menos no en un caudal apreciable. En una ocasión, en 1964, cuando el LSD-25 de Sandoz podía todavía adquirirse —especialmente en Berkeley—, Fat ingirió una dosis enorme y retrocedió en el tiempo, avanzó en el tiempo o se apartó de él; lo cierto es que habló en latín y creyó que el *Dies Irae*, el Día de la Cólera, había llegado. Le era posible oír a Dios que asestaba golpes tremendos en su furia. Durante ocho horas Fat rezó y se lamentó en latín. Más tarde sostuvo que en el curso de este viaje sólo podía pensar y hablar en latín; había encontrado un libro que contenía una cita en latín y pudo leerla con tanta facilidad como si se tratara de inglés. Bueno, quizá la etiología de su futura locura sagrada se remontase a ese episodio. En 1964 a su cerebro le gustó el viaje con ácido y lo grabó para volver a ponerlo en funcionamiento.

Por otra parte, esta línea de razonamiento simplemente relega el problema a 1964. Según mi entender, la capacidad de leer, pensar y hablar en latín no es una consecuencia de un viaje con ácido. Fat desconoce el latín. No sabe hablarlo ahora. No sabía hablarlo antes de consumir la enorme dosis de LSD-25 de Sandoz. Más adelante, cuando ya había comenzado sus experiencias religiosas, se encontró pensando en una lengua extranjera que no comprendía (en el 64 había comprendido su propio latín). Escribió fonéticamente algunas de las palabras que recordaba al azar. Para él no constituían lengua alguna y vaciló antes de mostrarle a alguien lo que había anotado. Su esposa —la que después fue su esposa Beth— había estudiado un año de griego en la universidad y reconoció lo que Fat había puesto por escrito incorrectamente como griego *koiné*. O, cuando menos, griego de algún tipo, ático o *koiné*.

La palabra griega *koiné* sencillamente significaba común. Por la época del Nuevo Testamento, el *koiné* se había convertido en la lingua franca del Oriente Medio, reemplazando el arameo que anteriormente había suplantado al acadio (sé todas estas cosas porque soy un escritor profesional y resulta esencial que posea un conocimiento sumario sobre las lenguas). Los manuscritos del Nuevo Testamento sobrevivieron en griego *koiné*, aunque probablemente Q, la fuente de los sinópticos, se escribió en arameo que, en realidad, es una forma del hebreo. Jesús habló en arameo. Así, pues, cuando Amacaballo Fat comenzó a pensar en griego *koiné*, pensaba en la lengua en que San Lucas y San Pablo —que eran íntimos amigos— había utilizado, cuando menos, para escribir. El *koiné* tiene un aspecto extraño cuando se lo ve escrito porque los escribas no dejaban espacio alguno entre las palabras. Esto puede ser causa de que se obtengan las más peculiares traducciones, pues el traductor debe poner los espacios donde le parezca adecuado o, de hecho, donde la plazca. Considérese el siguiente ejemplo en inglés:

GOD IS NO WHERE
GOD IS NOW HERE

(Dios no está en ninguna parte / Dios se encuentra aquí)

En realidad, todas estas cosas me fueron señaladas por Beth, quien nunca tomó en serio las experiencias religiosas de Fat hasta que vi escritas

fonéticamente varias palabras en *koiné*, pues estaba enterada que nada sabía de esa lengua, al punto que ni siquiera la reconocía como tal. Lo que Fat sostenía era... Bueno, Fat sostenía muchas cosas. No debo empezar una frase diciendo «Lo que Fat sostenía era». En el curso de los años —¡sí, años!— durante los cuales Fat trabajó en su exégesis, debe de haber enunciado más teorías que estrellas hay en el cielo. Todos los días desarrollaba una nueva más aguda, más estimulante y... más tronada. Dios, no obstante, permanecía un tema constante. Fat se aventuraba a no creer en Dios como un perro tímido del que fui una vez propietario, se aventuraba por el jardín delantero. Este —ambos— daba un paso, luego otro, luego quizás un tercero para volverse y correr frenéticamente de nuevo a territorio familiar. Dios para Fat constituía un territorio que había delimitado. Desdichadamente para él, después de su experiencia inicial, no volvió a encontrar el camino de regreso a dicho territorio.

Debería existir una cláusula obligatoria por la que, si uno encuentra a Dios, no fuera posible perderlo. Para Fat, haber encontrado a Dios (si en verdad lo había encontrado) significó haber encontrado en última instancia a un traficante, un suministro de alegría siempre en disminución, como el contenido de un saco de estimulantes. ¿Quién hace tráfico de Dios? Fat sabía que las iglesias no pueden dispensar ayuda alguna, aunque por cierto consultó con uno de los sacerdotes conocidos de David. La consulta no llegó a nada. Nada llegó a nada. Kevin sugirió la droga. Puesto que estoy relacionado con la literatura, le recomendé la lectura de los poetas metafísicos ingleses menores del siglo XVII tales como Vaughan y Herbert:

El sabe que tiene un hogar, pero no sabe dónde.
Dice que se encuentra tan lejos,
que ya no recuerda el camino.

He knows he hath a home, bit scarce knows where.
He sayes it's so far,
that he hath quite forgot how lo go there.

Que pertenece al poema de Vaughan *El hombre*. Según me parece, Fat ha involucionado al nivel de esos poetas y, para los tiempos que corren, se ha convertido en un anacronismo. El universo tiene la costumbre de suprimir a los anacronismos. Preveía que este sería el destino de Fat si no se recuperaba a tiempo.

De todas las sugerencias que se le hicieron a Fat, la que pareció más promisoria fue la de Sherri, que todavía se demoraba entre nosotros en estado de remisión.

—Lo que deberías hacer —le dijo en una de sus horas más oscuras— es ponerte a estudiar las características del T-34.

Fat preguntó qué era aquello. Sherri había leído un libro sobre armamentos rusos durante la Segunda Guerra Mundial. El tanque T-34 había sido la salvación de la Unión Soviética y, por lo tanto, la salvación de todas las Potencias Aliadas, y, por extensión, la de Amacaballo Fat, pues sin el T-34 no estaría hablando inglés, ni latín, ni *koiné*... sino alemán.

—El T-34 —explicó Sherri— se trasladaba muy rápidamente. En Kursk derrotaron incluso a los Porsche Elefantes. No tienes idea de lo que hicieron con el Cuarto Ejército Panzer —comenzó entonces a trazar dibujos de la

situación en Kursk en 1943 y a suministrar cifras. Fat y todos los demás estábamos desconcertados. Este era un aspecto de Sherri que desconocíamos—. Debió intervenir el mismo Zhukov para que la marea se volviera contra los Panzers —siguió diciendo Sherri con voz jadeante—. Vatutin había perdido la serenidad. Más tarde fue asesinado por partidarios de los nazis. Pues bien, considerad el tanque Tiger que tenían los alemanes y sus Panthers. —Nos mostró fotografías de varios tanques y relató con deleite cómo el General Koniev había cruzado con buen éxito los ríos Dniester y Prut el 26 de marzo.

Básicamente, la idea de Sherri consistía en hacer descender la mente de Fat desde lo cósmico y lo abstracto a lo particular. Había incubado la práctica idea de que nada era más real que un tanque soviético de la Segunda Guerra Mundial. Quería procurar una antitoxina para la locura de Fat. No obstante, su narración, completada con mapas y fotografías, sólo sirvió para recordarle la noche en que Bob y él habían visto el film *Patton* antes de asistir a la inhumación de Gloria. Por supuesto, Sherri no estaba enterada de ese detalle.

—Creo que tendría que dedicarse a coser —dijo Kevin—. ¿No tienes una máquina de coser, Sherri? Enséñale su manejo.

Sherri, con muestras de un alto grado de terquedad, continuó:

—En las batallas con tanques en Kursk intervinieron más de cuatro mil vehículos blindados. Fue la más grande batalla de este tipo en la historia. Todo el mundo está enterado de lo que sucedió en Stalingrado, pero de Kursk, nadie sabe nada. La verdadera victoria de la Unión Soviética tuvo lugar en Kursk. Cuando se considera...

—Kevin —interrumpió David—, lo que los alemanes debieron de haber hecho es mostrarles a los rusos un gato muerto y pedirles explicaciones.

—Eso hubiera puesto término a la ofensiva soviética de inmediato —dije yo—. Zhukov estaría todavía tratando de dar cuenta de la muerte del gato.

Dirigiéndose a Kevin, Sherri dijo:

—Dada la aplastante victoria de la buena causa en Kursk, ¿cómo puedes quejarte de la muerte de un gato?

—Hay algo en la Biblia sobre la caída de un pajarillo —dijo Kevin—. Algo de que su ojo lo sigue. Eso es lo malo de Dios; sólo tiene un ojo.

—¿Obtuvo Dios la victoria en Kursk? —le pregunté a Sherri—. Eso debe de ser una novedad para los rusos, especialmente para los que construyeron los tanques, los manejaron y murieron en la batalla.

Sherri explicó pacientemente:

—Dios nos utiliza como instrumento con los que él obra.

—Bueno —dijo Kevin— en lo que a Caballo concierne, Dios no tiene un instrumento demasiado eficaz. O quizá ninguno de los dos sea eficaz, como una anciana de ochenta años que maneja un viejo Pinto con pérdida de gasolina.

—Los alemanes tendrían que haber mostrado el gato muerto de Kevin —dijo Fat—. No un gato muerto cualquiera. Kevin sólo se preocupa por su gato.

—Ese gato no existía durante la Segunda Guerra Mundial —dijo Kevin.

—¿Sentiste pena por él entonces? —preguntó Fat.

—¿Cómo habría podido sentirla? —dijo Kevin—. No existía.

—Pues entonces se encontraba en la misma situación que ahora —dijo Fat.

Librodot

—Eso es inexacto —dijo Kevin.

—¿En qué sentido lo es? —preguntó Fat—. ¿En qué sentido difiere su inexistencia de entonces de la de ahora?

—Kevin tiene el cadáver ahora —dijo David—. Puede mostrarlo. Ese fue todo el sentido de la existencia del gato. Vivió para convertirse en cadáver con el que Kevin pudiera refutar la bondad de Dios.

—Kevin —preguntó Fat— ¿quién creó a tu gato?

—Dios —respondió Kevin.

—Pues entonces Dios creó la refutación de su propia bondad —dijo Sherri—. De acuerdo con tu lógica.

—Dios es estúpido —dijo Kevin—. Tenemos una deidad estúpida. Ya lo había dicho antes.

Sherri preguntó:

—¿Requiere mucha habilidad la creación de un gato?

—Todo lo que se necesita son dos gatos —dijo Kevin—. Un macho y una hembra. —Pero evidentemente se dio cuenta a dónde ella lo quería llevar—. Requiere... —Hizo una pausa y sonrió—. Muy bien, requiere habilidad si se supone que el universo tiene un objetivo.

—¿No percibes ningún objetivo? —preguntó Sherri.

Kevin dijo vacilante:

—Las criaturas vivientes lo tienen.

—¿Quién se los pone? —siguió preguntando Sherri.

—Ellas... —una vez más Kevin vaciló—. Ellas mismas son su objetivo. No pueden separarse de él.

—De modo que un animal es la expresión de un objetivo —dijo Sherri—. Por tanto, hay objetivo en el universo.

—Sólo al menudeo.

—Y la falta de objetivo da origen a los objetivos.

Kevin la miró fijamente.

—Vete a comer mierda —le dijo.

De acuerdo con mi opinión, la cínica actitud asumida por Kevin contribuyó más a ratificar la locura de Fat que ningún otro factor considerado aisladamente... es decir, ningún otro factor, con excepción de la causa original, sea ésta cual haya sido. Kevin se había convertido en el instrumento intencional de la causa original, y Fat se había dado cuenta de ello. En modo alguno, forma o color representaba a Kevin una alternativa viable de la enfermedad mental.

Su sonrisa cínica tenía algo de la sonrisa de la muerte; sonreía como una calavera triunfal. Kevin vivía para derrotar a la vida. En un principio me asombraba que Fat tolerara a Kevin, pero luego comprendí por qué lo hacía. Cada vez que Kevin provocaba el derrumbe del sistema de ilusiones de Fat, se burlaba de él y lo satirizaba, éste se fortalecía. Si la burla era el único antídoto de su enfermedad, se encontraba sensiblemente mejor tal como se encontraba.

Vapuleado y todo como estaba, Fat se daba cuenta de ello. En realidad, si la verdad se hubiera sabido, también Kevin se habría dado cuenta. Pero evidentemente tenía en la cabeza un círculo de realimentación que provocaba antes la escalada de los ataques que su abandono. Su fracaso reforzaba sus esfuerzos. De modo que los ataques aumentaban y aumentaban las fuerzas de Fat. La situación se asemejaba a un mito griego.

En la exégesis de Amacaballo Fat, este tema aparece una y otra vez. Fat creía que una veta de irracionalidad recorría el universo entero hasta Dios o la Mente Definitiva que lo respaldaba. Escribió:

Núm. 38. La pérdida y el dolor han alterado a la Mente. Por tanto, nosotros, como partes del universo, el Cerebro, estamos parcialmente alterados.

Evidentemente había extrapolado su sentimiento por la pérdida de Gloria a proporciones cósmicas.

Núm. 35. La Mente sólo nos habla por nuestro intermedio. Su discurso pasa a través de nosotros y su dolor nos impregna irracionalmente. Como lo advirtió Platón, hay una veta de irracionalidad en el Alma del Mundo.

La anotación Núm. 32 añade algo más sobre el tema:

La información cambiante que experimentamos como mundo es el desarrollo de un discurso. Nos habla de la muerte de una mujer*. (El subrayado me pertenece.) Esta mujer, que murió hace mucho tiempo atrás, era uno de los gemelos primordiales. Era una de las mitades de la divina zigosis. El propósito del discurso es su recuerdo y el recuerdo de su muerte. La Mente no quiere olvidarla. Así, pues, el raciocinio del Cerebro consiste en el permanente registro de su existencia y, si se lo lee, ha de entendérselo de esta manera. Toda la información que el Cerebro procesa —que nosotros experimentamos como el ordenamiento y el reordenamiento de los objetos físicos— es un intento de preservarla; las piedras, las rocas, las ramas y las amebas son sus huellas. La Mente doliente, que ahora se encuentra sola, ordena su registro y pasaje para constituir aún los ínfimos niveles de la realidad.*

Si al leer esto no se advierte que Fat está escribiendo acerca de sí mismo, no se está entendiendo nada.

Por otra parte, no niego que Fat estuviera totalmente vapuleado. Empezó a declinar cuando Gloria le telefoneó y siguió declinando más y más. A diferencia de Sherri y su cáncer, Fat no tuvo remisión. Su encuentro con Dios no significó remisión alguna. Aunque tampoco empeoró con ello, a pesar de las cínicas ideas de Kevin al respecto. No puede decirse que un encuentro con Dios sea a la enfermedad mental lo que la muerte es al cáncer: la consecuencia lógica de un proceso de deterioro por enfermedad. El término técnico —el término técnico teológico, no psiquiátrico— es teofanía. Una teofanía consiste en la autorrevelación por la divinidad. No consiste en algo que el perceptor haga; consiste en algo que hace la divinidad —el Dios o los dioses o, en fin, los altos poderes—. Moisés no creó la zarza ardiente. Elías, en el Monte Horeb, no generó la queda voz murmurante. ¿Cómo hemos de distinguir una auténtica teofanía de una mera alucinación de parte del perceptor? Si la voz le dice algo que él ignora y que *de ningún modo podría saber*, quizás estemos en presencia del fenómeno auténtico y no de nada espurio. Fat ignoraba el griego *koiné*. ¿No prueba esto nada? No sabía nada acerca del defecto de nacimiento que padecía su hijo, al menos, no de manera consciente. Quizás estuviera enterado de la hernia casi estrangulada

inconscientemente y no quisiera enfrentar el hecho. Existe también un mecanismo por el que podría haber tenido conocimiento del *koiné*; se relaciona con la memoria filogenética, de cuya experiencia da noticia Jung: la llama inconsciente colectivo o racial. La otogenia —esto es, el individuo— recapitula la filogenia —esto es, la especie— y como eso es generalmente aceptado, quizá hay aquí una base para la posibilidad de que Fat hiciera uso de una lengua que se habló hace dos mil años atrás. Si hubiera recuerdos filogenéticos sepultados en la mente humana individual, esto sería de esperar. Pero el concepto de Jung es meramente especulativo. Nadie pudo en verdad verificarlo nunca.

Si se concede la posibilidad de que haya una entidad divina, no se le puede negar la capacidad de autorrevelarse; evidentemente cualquier entidad o ser digno de que se le atribuya el término de «Dios, poseía sin el menor esfuerzo dicha capacidad». La verdadera pregunta no es, pues, (tal como yo concibo la cuestión) «¿Por qué hay teofanías?», sino «¿Por qué no las hay más a menudo?» y el concepto clave que da cuenta de esto es el de *deus absconditus*, el del dios escondido, oculto, secreto o desconocido. Por alguna razón, esta es para Jung una idea notoria. Pero si Dios existe, tiene que ser un *deus absconditus* —con excepción de sus raras teofanías— o, de lo contrario, no existe para nada. Esta última perspectiva parece tener más sentido, salvo por las teofanías, aun cuando sean muy raras en verdad. Todo lo que se necesita es una teofanía absolutamente verificada, y la segunda perspectiva sería sólo una enunciación vacía.

La vivacidad de la impresión que produce la supuesta teofanía en el perceptor no es prueba alguna de autenticidad. Ni tampoco lo es la percepción grupal. (Como Spinoza lo supuso, puede que el universo entero sea una teofanía; claro que, en ese caso, quizá ni el universo siquiera exista, como lo decidieron los idealistas budistas.) Tal vez toda pretendida teofanía sea falsa, pues cualquier cosa puede ser falsa, desde los sellos a los cráneos fósiles y los agujeros negros en el espacio.

Que el entero universo —tal como lo experimentamos— podría ser una ficción, es una idea que expresó con fortuna Heráclito. Una vez que esta idea, o esta duda, le ha entrado a uno en la cabeza, se está entonces preparando para considerar el problema de Dios.

> «Para poder interpretar los datos que nos procuran los ojos y los oídos, es necesario tener comprensión (*noos*). El paso de lo obvio a la verdad latente se asemeja a la traducción de lo que se emite en una lengua que les es desconocida a la mayoría de los hombres. Heráclito... en el *Fragmento 56*, dice que los hombres, en relación con el conocimiento de las cosas perceptibles «son víctimas de la ilusión como lo fue Homero». Para alcanzar la verdad a partir de las apariencias, es necesario interpretar, develar el laberinto... pero aunque esto parece ser algo al alcance de los hombres, es algo que la mayoría nunca logra. Heráclito ataca con suma vehemencia la estupidez de los hombres corrientes y lo que pasa entre ellos por conocimiento. Se los compara con durmientes en su propio mundo privado.»

Así lo dice Edward Hussey, profesor de Filosofía Antigua en la universidad de Oxford y Miembro del *All Souls College*, en *The Presocratics*, libro

publicado por Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1972, págs. 37-38. En ninguna de mis lecturas nunca encontré —quiero decir, nunca encontró Amacaballo Fat— nada que penetrara más la naturaleza de la realidad. En el *Fragmento 123* Heráclito dice: «La naturaleza de las cosas tiene por hábito el ocultamiento». Y en el *Fragmento 54* dice: «La estructura latente tiene dominio de la estructura de lo obvio». A lo cual Edward Hussey añade: «En consecuencia, (Heráclito) necesariamente consideraba... que la realidad en cierta medida está "oculta"». De modo que si la realidad «en cierta medida está "oculta"», ¿qué debe entenderse entonces por «teofonía»? Porque una teofonía es una irrupción de Dios, una irrupción que significa la invasión de nuestro mundo; y, sin embargo, nuestro mundo es sólo aparente; sólo es «estructura de lo obvio» dominada por una «estructura latente» invisible. A Amacaballo Fat le gustaría que esto se considerara por sobre toda otra cosa. Porque si Heráclito está en lo cierto, de hecho no hay otra realidad que la de las teofanías; el resto es ilusión; en ese caso, de entre todos nosotros, sólo Fat comprende la verdad y Fat, desde la llamada telefónica de Gloria, está loco.

Los locos, desde el punto de vista psicológico no legal, no mantienen contacto con la realidad. Amacaballo Fat está loco; luego, no mantiene contacto con la realidad. Anotación núm. 30 de su exégesis:

El mundo fenoménico no existe; es una hipóstasis de la información que procesa la Mente.

Núm. 35. La Mente sólo nos habla por nuestro intermedio. Su discurso pasa a través de nosotros y su dolor nos impregna irracionalmente. Como lo advirtió Platón, hay una veta de irracionalidad en el Alma del Mundo.

En otras palabras, el universo mismo —y la Mente que lo sustenta— está loco. Por tanto, alguien que mantenga contacto con la realidad, por definición, mantiene contacto con la locura: la irracionalidad lo impregna.

En esencia, Fat vigilaba su propia mente y la hallaba defectuosa. Luego, mediante la utilización de esa mente, vigilaba la realidad exterior, llamada macrocosmos. También a ella la encontró defectuosa. Según lo habían estipulado los filósofos herméticos, el macrocosmos y el microcosmos se devolvían fielmente una mutua imagen especular. Fat, con ayuda de un instrumento defectuoso, examinó un sujeto igualmente defectuoso y de este modo obtuvo la información de que todo estaba errado.

Y, además, no había salida posible. El entrelazamiento del instrumento y el sujeto, ambos igualmente defectuosos, producía otra trampa china perfecta. Atrapado en su propia trampa, como Dédalo, que construyó el laberinto para el Rey Miraos de Creta y luego se perdió en él y no volvió a encontrar la salida. Presumiblemente, Dédalo se encuentra allí todavía, al igual que nosotros. La única diferencia entre nosotros y Amacaballo Fat reside en que éste conoce su situación mientras que nosotros la ignoramos; por tanto, Fat está loco y nosotros somos normales. «Se los compara con durmientes en su propio mundo privado», como lo dice Hussey y, si hay alguien que lo sabe, es él seguramente, pues, con la posible excepción de Francis Cornford, no hay otra autoridad que se le asemeje en el antiguo pensamiento griego. Y Cornford es quien dice que Platón creía que hay un

elemento de irracionalidad en el Ala del Mundo. (*Plato Cosmology, The Timaeus of Plato, Library of Liberal Arts, Nueva York, 1937*)

No hay camino que permita abandonar el laberinto. El laberinto se muda a medida que se anda por él, pues tiene vida.

> PARSIFAL: —Sólo me trasladé un poco y, sin embargo, parezco haberme alejado mucho.
> GURNEMANZ: —Ya ves, hijo mío, aquí el tiempo se convierte en espacio.

(Todo el paisaje se vuelve indistinto. Un bosque se desvanece y aparece un muro de ásperas rocas en el que se abre un portón. Los dos hombres pasan por él. ¿Qué ha sido del bosque? Los dos hombres en realidad no se trasladaron; en realidad, no fueron a parte alguna y, sin embargo, no se encuentran donde originalmente se encontraban. *Aquí el tiempo se convierte en espacio*. Wagner comenzó *Parsifal* en 1845. Murió en 1873, mucho antes que Hermann Minkowski postulara el espacio-tiempo tetradimensional (1908). Wagner obtuvo sus fuentes para *Parsifal* en leyendas célticas y en el budismo, que investigó para la ópera que nunca llegó a escribir sobre Buda: *Los vencedores (Die Sieger)*. ¿De dónde sacó Wagner la idea de que el tiempo podía convertirse en espacio?)

Y si el tiempo puede convertirse en espacio ¿puede el espacio convertirse en tiempo?

Uno de los capítulos del libro de Mircea Eliade *Myth and Reality* se titula «El tiempo puede ser superado». El objetivo fundamental de los rituales y los sacramentos míticos es la superación del tiempo. Amacaballo Fat se sorprendió pensando en una lengua utilizada dos mil años atrás, la lengua en la que escribió San Pablo. *Aquí el tiempo se convierte en espacio*. Fat me contó otro detalle de su encuentro con Dios: repentinamente el paisaje de California, Estados Unidos de América, 1974, se desvaneció y se hizo presente el paisaje de Roma del siglo I E.C. Durante un tiempo percibió una superposición de ambos, al igual que en la técnica utilizada en el cine. En fotografía. ¿Por qué? ¿Cómo? Dios le explicó muchas cosas a Fat, pero nunca esto, con excepción de la críptica frase que figura como anotación núm. 3 en su diario: *Hace que las cosas luzcan diferentes para que parezca que el tiempo ha transcurrido*. ¿Quién es el sujeto que hace semejante cosa? ¿Hemos de inferir que de hecho el tiempo no ha transcurrido? ¿Transcurrió alguna vez? ¿Hubo una vez un tiempo real y, por lo mismo, un mundo igualmente real, y hay ahora un tiempo fingido y un mundo igualmente fingido, como una especie de burbuja que crece y se ve diferente, pero que en realidad está estática?

A Amacaballo Fat le pareció atinado incluir tempranamente esta enunciación en su diario o exégesis o como guste llamarla. Es la anotación siguiente, la Núm. 4:

La materia es plástica ante el ojo de la Mente.

¿Existe en realidad un mundo exterior? En concreto Gurnemanz y Parsifal permanecen inmóviles y es el paisaje el que cambia; de modo que aparecen situados en otro espacio, un espacio que antes había sido experimentado como tiempo. Fat pensó en una lengua utilizada dos mil años atrás y vio el

mundo antiguo que se adecuaba a esa lengua; el contenido interno de su mente armonizaba con las percepciones que tenía del mundo exterior. Parece aquí haber una cierta lógica. Quizá tuvo lugar una disfunción temporal. Pero ¿por qué no la experimentó también su esposa Beth? Estaba viviendo con Fat cuando éste tuvo su encuentro con la divinidad. Para ella nada cambió, salvo (como me lo hizo saber) que oyó ciertos sonidos extraños como de algo cargado en exceso a punto de explotar.

Tanto Fat como su esposa me contaron otro detalle de aquellos días de marzo de 1974. Sus animalitos domésticos sufrieron una curiosa metamorfosis. Parecían más inteligentes y más serenos. Pero sólo hasta que los dos murieron por el desarrollo masivo de tumores malignos.

Tanto Fat como su esposa me contaron una cosa sobre sus animales que nunca desde entonces se me borró de la mente. Durante ese tiempo parecían tratar de comunicarse con ellos, de utilizar el lenguaje. Esto no puede desecharse como parte de la psicosis de Fat. Ni tampoco el hecho de que los animales murieran.

La primera señal de que algo no iba bien, de acuerdo con Fat, fue la radio. Estaba escuchándola una noche —le había sido imposible dormir por mucho tiempo— cuando oyó que alguien decía por ella palabras horribles, sentencias que era imposible que nadie dijera. Beth, por estar dormida, se perdió todo aquello. De modo que pudo tratarse de la mente de Fat, que se desintegraba; por entonces su psique estaba deteriorándose a una terrible velocidad.

La enfermedad mental no tiene nada de gracioso.

4

Después de su espectacular intento de suicidio con las píldoras, la navaja y el motor del automóvil, todo ello porque Beth lo había abandonado llevándose consigo a su hijo Christopher, Fat se encontró encerrado en el hospital mental del Condado de Orange. Un poli armado lo había conducido en una silla de ruedas desde la sala de cuidado intensivo de enfermedades cardíacas, por el corredor subterráneo que comunicaba con el ala psiquiátrica.

Fat nunca había estado encerrado antes. Las cuarenta y nueve píldoras de digital ingeridas le habían ocasionado durante varios días una arritmia, pues sus esfuerzos provocaron un máximo de digitoxinas, con un puntaje de Tres en la escala. El digital le había sido recetado para contrarrestar una arritmia hereditaria, pero nada que se asemejara a lo experimentado con la digitoxina. Resulta irónico que una sobredosis de digital provoque precisamente la arritmia que debe contrarrestar. En cierto momento, mientras Fat yacía de espaldas mirando la pantalla de tubos catódicos que se encontraba por sobre su cabeza, apareció una recta, su corazón había dejado de latir. Siguió mirando y, finalmente, la huella reanudó su forma ondulada. La clemencia de Dios es infinita.

Así, pues, muy debilitado, llegó con guardia armada a la cárcel psiquiátrica donde pronto se encontró sentado en un corredor respirando abundante humo de cigarrillo y temblando, tanto de fatiga como de miedo. Esa noche durmió en un catre —había seis catres en cada cuarto— y descubrió que el suyo venía equipado con esposas de cuero. La puerta que

Librodot

daba al corredor se mantenía abierta para que los técnicos psiquiátricos pudieran vigilar a los pacientes. Fat alcanzaba a ver el aparato de televisión comunitario que había sido dejado en funcionamiento. El invitado de Johnny Carson resultó ser Sammy Davis, Jr. Fat se quedó mirando y se preguntó qué se experimentaría si se tuviera un ojo de vidrio. En ese momento ya no comprendía su propia situación. Se daba cuenta de que había sobrevivido a las digitoxinas; se daba cuenta también de que se encontraba prácticamente arrestado por intento de suicidio; no tenía idea de qué podría haber estado haciendo Beth mientras él se encontraba internado en la sala de terapia intensiva para cardíacos. No había llamado ni lo había visitado. La primera en presentarse había sido Sherri, y luego David. Nadie más estaba enterado. Fat, en particular, no quería que se enterara Kevin, porque éste lo visitaría y adoptaría una actitud cínica a sus expensas —a expensas de Fat—. Y no estaba en condiciones de aguantar cinismos, aun cuando hubieran sido bien intencionados.

El cardiólogo en jefe del Centro Médico del Condado de Orange había exhibido a Fat ante todo un grupo de estudiantes de medicina de U.C. Irvine. El C.M.C.O. era un hospital en el que se ejercía la docencia. Todos querían escuchar el funcionamiento de un corazón afectado por cuarenta y nueve tabletas de digital de alta gradación.

Además, el corte que tenía en la muñeca derecha había sido motivo de que perdiera mucha sangre. Lo que inicialmente le había salvado la vida fue un defecto del obturador de su automóvil; cuando el motor se calentó, el obturador no se abrió en la debida forma y finalmente quedó ahogado. Fat se las había compuesto para volver vacilante a su casa y se había tendido en la cama para dejarse morir. A la mañana siguiente se despertó, todavía vivo, y empezó a vomitar el digital. Eso fue lo que en segundo lugar lo salvó. Lo que lo salvó en tercer lugar asumió la forma de todo el personal auxiliar médico del mundo, que quitó la puerta corrediza de vidrio y aluminio de la parte posterior de la casa de Fat. Fat había telefoneado a la farmacia para que se le hiciera una nueva entrega del Librium que solía recetársele; antes de ingerir el digital, había ingerido treinta píldoras de Librium. El farmacéutico se comunicó con el personal médico auxiliar. Mucho puede decirse de la infinita clemencia de Dios, pero cuando se considera de qué es capaz un farmacéutico listo, puede decirse todavía más.

Después de haber pasado una noche en la sala de recepción del ala psiquiátrica del centro médico del condado, se sometió a Fat a la evaluación de rutina. Toda una hueste de hombres y mujeres bien vestidos lo confrontaron; cada cual con su anotador en mano lo examinaba atentamente.

Fat se invistió con las galas de la cordura lo mejor que pudo. Hizo lo que estuviera a su alcance para convencerlos de que había recobrado el juicio. A medida que hablaba, iba dándose cuenta de que nadie le creía. Podría haber espetado su monólogo en swahili con idéntico efecto. Todo lo que logró fue rebajarse y, de ese modo, despojarse de la poca dignidad que le quedaba. La misma gravedad de sus esfuerzos fue causa de que perdiera el autorrespeto. Otra trampa china.

Que se vaya todo a la mierda, dijo Fat finalmente para sí, y se quedó callado.

—Salga —le dijo una de los técnicos psiquiatras—; ya le haremos saber nuestra decisión.

Librodot

—Verdaderamente he aprendido la lección —dijo Fat al ponerse de pie para abandonar la sala—. El suicidio representa una introyección de la hostilidad que sería mejor dirigir hacia fuera, contra la persona que lo ha frustrado a uno. Tuve mucho tiempo para meditar mientras estuve internado en la unidad de tratamiento cardiológico intensivo y me di cuenta de que en mi acto destructivo se revelaron años de autonegación y abnegación. Pero lo que más me asombró fue la sabiduría de mi cuerpo, que no sólo supo defenderse de mi mente, sino, específicamente, defenderse a sí mismo, sin más. Me doy cuenta de que las palabras de Yeats: «Soy un alma inmortal atada al cuerpo de un animal agonizante» se oponen diametralmente a la verdadera situación de la condición humana.

El técnico psiquiátrico dijo:

—Hablaremos con usted afuera luego de haber llegado a una decisión.

Fat dijo:

—Echo de menos a mi hijo.

Nadie lo miró.

—Creí que Beth podía dañar a Christopher —dijo Fat. Eso fue lo único sincero que había dicho desde que entrara en la sala. Había intentado matarse no tanto porque Beth lo había abandonado como porque al vivir alejados, él no podía hacerse cargo del cuidado de su hijito.

Un instante después se encontraba en el corredor, sentado en un diván de plástico y metal cromado; una mujer contaba que el marido intentaba matarla infiltrando gas venenoso por debajo de la puerta del dormitorio. Fat pasó revista a su vida. No pensó en Dios, a quien él había visto. No se dijo a sí mismo: «Soy uno de los pocos seres humanos que ha visto realmente a Dios». En lugar de ello; recordó a Estefanía, que le había hecho el cuenco de cerámica a la que él daba el nombre de Oh Ho, porque le recordaba un cuenco chino. Se preguntó si se habría vuelto adicta a la heroína por ese entonces, o si estaría encarcelada, como lo estaba él, o si habría muerto o casado, o si estaría viviendo entre la nieve, en Washington del que siempre hablaba, del Estado de Washington al que nunca había visto, pero con el que siempre soñaba. Quizá todas esas cosas, o ninguna. Quizás un accidente de automóvil la habría dejado tullida. Se preguntó qué le diría Estefanía si lo viera ahora, encarcelado, abandonado por su mujer y su hijo, el carburador del automóvil dañado, su cordura perdida.

Si no hubiera perdido su cordura, probablemente habría pensado que fortuna tenía al seguir con vida... no en el sentido filosófico de fortuna, sino en el estadístico. Nadie sobrevive a cuarenta y nueve tabletas de digital de alta gradación. Por regla general, doblar la dosis prescripta termina con uno. La dosis prescripta a Fat se había fijado en *quater in die*: cuatro por día. Se había engullido 12,25 veces la dosis diaria y había sobrevivido. La infinita clemencia de Dios no tiene el menor sentido si se tienen en cuenta las consideraciones prácticas. Además, se había tragado todo el Librium de que disponía, veinte tabletas de Quide y sesenta de Apresoline, con el agregado de media botella de vino. Todo lo que quedaba de sus medicinas era un frasco de Miles Nervine. Fat estaba técnicamente muerto.

Espiritualmente, también estaba muerto.

O bien había visto a Dios demasiado pronto, o bien lo había visto demasiado tarde. En cualquiera de los dos casos, de nada le había servido en términos de sobrevivencia. Su encuentro con el Dios viviente no había fortalecido su capacidad ordinaria de aguante, capacidad con la que cuentan

los hombres corrientes, no tan favorecidos. Pero podría también señalarse —como lo había hecho Kevin— que Fat había logrado no sólo ver a Dios. Kevin lo había llamado un día entusiasmado, en posesión de otro libro de Mircea Eliade.

—¡Escucha! —le había dicho Kevin—. ¿Sabes lo que dice Eliade del tiempo onírico de los bosquimanos de Australia? Dice que los antropólogos se equivocan al considerar que este tiempo pertenece al pasado. Dice que se trata de otra especie de tiempo que se desarrolla aquí y ahora, en el que los bosquimanos irrumpen, la era de los héroes y sus hazañas. Espera, te leeré el trozo. —Un intervalo de silencio—. ¡Mierda! —Luego Kevin dijo—: No lo encuentro. Pero para entrar en él se someten a un dolor espantoso; es su ritual de iniciación. Tú habías estado sufriendo mucho cuando tuviste la experiencia; tenías la muela del juicio infectada y... —Kevin bajó la voz en el teléfono; había estado gritando—. ¿Recuerdas...? Tenías miedo de que las autoridades te atraparan.

—Estaba chiflado —había contestado Fat—. No me estaban persiguiendo.

—Pero tú creías que sí te perseguían y estabas tan asustado que dormías como la mierda, noche tras noche. Y sufriste pérdida sensorial.

—Bueno, me quedaba en cama sin poder dormir.

—Empezaste a ver colores. Colores flotantes —Kevin había empezado a gritar otra vez de entusiasmo; cuando se le iba el cinismo, se volvía maníaco—. Eso se describe en *El Libro Tibetano de los Muertos*; ese es el viaje al otro mundo. ¡Estabas mentalmente agonizando! ¡De tensión y de miedo! Así es cómo se logra... cómo se llega a la otra realidad. ¡El tiempo onírico!

Ahora Fat estaba sentado en el diván de metal cromado y plástico agonizando mentalmente; de hecho, ya estaba mentalmente muerto, y en el cuarto que acababa de abandonar, los expertos estaban decidiendo su destino, estaban juzgando lo que de él quedaba y estaban dictando sentencia. Es justo que los técnicamente considerados cuerdos sentencien a los locos. ¿Cómo podría ser de otra manera?

—¡Si sólo pudieran llegar al tiempo onírico! —gritaba Kevin—. Ese es el único tiempo real; todos los verdaderos acontecimientos se desarrollan en el tiempo onírico. ¡Las acciones de los dioses!

Junto a Fat, la enorme vieja señora sostenía un recipiente de plástico; durante horas había estado tratando de arrojar el Thorazine que le habían hecho tragar a la fuerza; según creía, le había comunicado a Fat con voz áspera, el Thorazine contenía veneno con el que el marido —que había penetrado hasta las altas esferas del hospital asumiendo múltiples identidades— tenía intención de poner fin a su vida.

—Tú encontraste el camino al reino superior —declaró Kevin—. ¿No es así como lo apuntaste en tu diario?

Núm. 48. Hay dos reinos; el superior y el inferior. El superior derivó del hiperuniverso I o Yang, Forma I de Parménides; es sensible y volitivo. El reino inferior o Yin, Forma II de Parménides, es mecánico, determinista, sin inteligencia y conducido por una causa eficiente, pues emana de una fuente muerta. En tiempos antiguos se lo llamaba «determinismo astral». En general, estamos atrapados en el reino inferior, pero a través de los sacramentos, por mediación del plásmata, nos liberamos. Mientras no se

quiebre el determinismo astral, ni siquiera tenemos conciencia de ello, tanto es lo que estamos impedidos. «El Imperio nunca tuvo fin.»

Una bonita y menuda muchacha de cabellos oscuros pasó silenciosa junto a Fat y a la enorme mujer, con los zapatos en la mano. Durante el desayuno había intentado romper los cristales de una ventana con los zapatos; luego, habiendo fracasado, derribó a un técnico negro de un metro noventa. Ahora la joven irradiaba alrededor de si una calma absoluta.

«El Imperio nunca tuvo fin», citó Fat para sí. Esa sentencia aparecía una y otra vez en su exégesis; se había convertido en su característica distintiva. Originalmente la frase se le había revelado en un gran sueño. En él era nuevamente un niño que recorría viejas librerías polvorientas en busca de revistas de ciencia-ficción raras, en particular *Astounding.* En el sueño había examinado incontables ejemplares ajados, montón tras montón, en busca de la inestimable serie titulada «El Imperio nunca tuvo fin». Si la encontraba y la leía, lo sabría todo; esa era la carga que le imponía el sueño.

Antes de eso, en la ocasión en que había tenido la experiencia de los dos mundos superpuestos, California, U.S.A. en el año 1974 y la antigua Roma, había discernido en la superposición una *Gestalt* compartida por ambos *continua* espacio-temporales, su elemento común: una Negra Prisión de Acero. A esto aludía el sueño con el nombre de «el Imperio». Lo sabía porque cuando vio la Negra Prisión de Acero la había reconocido. Todos vivían en ella sin advertirlo. La Negra Prisión de Acero era su mundo.

Quien hubiera construido la prisión —y por qué—, no lo sabía. Pero pudo percibir algo positivo: la prisión estaba siendo atacada. Una organización de cristianos, no los cristianos corrientes que asisten a misa los domingos y rezan, sino de cristianos primitivos secretos que, vestidos con claras túnicas grises, habían iniciado un asalto a la prisión con buen éxito. Los cristianos primitivos secretos estaban llenos de alegría.

Fat, en su locura, comprendía la razón de su alegría. En esta ocasión, los primitivos cristianos secretos vestidos de gris serían los que se apoderarían de la prisión, *en lugar de ser al revés*. Las hazañas de los héroes en el sagrado tiempo onírico... el único tiempo, de acuerdo con los bosquimanos, que tiene realidad.

En una ocasión, en una novela de ciencia-ficción barata, Fat se había topado con una perfecta descripción de la Negra Prisión de Acero, pero se la situaba en un futuro lejano. De modo que si se superpone el pasado (la antigua Roma) sobre el presente (la California del siglo XX) y sobre eso se superpone el mundo del futuro lejano de *El androide derramó un río de llanto sobre mí*, se tiene el Imperio, la Negra Prisión de Acero como constante supra o transtemporal. Todo el que haya alguna vez vivido se encontró rodeado por los muros de acero de la prisión; estuvieron en su interior y ninguno lo advirtió... salvo los cristianos secretos vestidos de gris.

Eso volvía también a los primitivos cristianos secretos supra o transtemporales; es decir, presentes en todo tiempo, situación que Fat no se sentía capaz de abarcar. ¿Cómo podían ser primitivos, pero encontrarse en el presente y el futuro? Y si existían en el presente ¿por qué nadie podía verlos? Por otra parte ¿por qué nadie podía ver los muros de la Negra Prisión de Acero que circundaban a todos, con inclusión de él mismo, por todas partes? ¿Por qué estas fuerzas antagónicas sólo se volvían palpables cuando el pasado, el presente y el futuro —por la razón que fuere— se superponían?

Quizás en el tiempo onírico de los bosquimanos no existía tiempo alguno. Pero si el tiempo no existía ¿cómo era posible que los secretos cristianos primitivos salieran retozones de alegría de la Negra Prisión de Acero por haber volado sus muros? ¿Y cómo podrían haberlos volado en la Roma de alrededor del 70 E.C. si en aquellos días no había explosivos? Y, por último, si no había tiempo que transcurriera en el tiempo onírico ¿podía la prisión llegar a tener fin? Esto le recordaba a Fat una extraña afirmación que se hace en *Parsifal*: «Ya ves, hijo mío, aquí el tiempo se convierte en espacio.» En el curso de su experiencia religiosa en marzo de 1974, Fat había visto la prolongación del espacio: metros y metros de espacio que se extendían hasta llegar a las estrellas; el espacio se abría alrededor de él como si se hubiera eliminado una caja de contención. Se sintió como un gato que hubiera sido transportado en automóvil dentro de una caja y, después de llegar a destino, se lo hubiera dejado en libertad. Y por la noche, mientras dormía, había soñado con un vacío inmensurable y, sin embargo, un vacío dotado de vida. El vacío se extendía y se trasladaba y parecía despojado de todo, aunque estaba dotado no obstante, de personalidad. El vacío expresaba deleite al ver a Fat, quien, en sueños, no tenía cuerpo; como el vacío ilimitado, meramente se trasladaba, muy lentamente y, además, le era posible oír un ligero murmullo semejante a música. Aparentemente el vacío se comunicaba mediante este eco, este murmullo.

—A ti, de entre todos —comunicaba el vacío—, a ti es a quién más amo.

De todos los seres humanos que hubieran existido nunca, el vacío había estado aguardando reunirse con Amacaballo Fat. Como su extensión en el espacio, el amor del vacío era ilimitado; él y su amor flotaban por siempre. Nunca había sido Fat tan feliz en toda su vida.

El técnico psiquiátrico se le acercó y le dijo:

—Lo retendremos catorce días.

—¿No puedo volver a casa? —preguntó Fat.

—No, consideramos que necesita tratamiento. No está preparado para volver a casa todavía.

—Léame mis derechos —dijo Fat, sintiéndose aturdido y temeroso.

—Podemos retenerlo catorce días sin que tenga lugar una audiencia en la corte. Luego, con la aprobación de usted, nos es posible, si lo consideramos necesario, retenerlo otros noventa días.

Fat se dio cuenta de que si decía algo, algo, cualquier cosa, lo retendrían los noventa días. De modo que no dijo nada. Cuando uno está loco, aprende a mantener la boca cerrada.

Estar loco y ser atrapado *in fraganti* en plena intemperie esa una manera de terminar encarcelado. Fat ahora lo sabía. Además de tener una celda condal para borrachos, el Condado de Orange tenía una celda condal para lunáticos.

El se encontraba en ella. Y era posible que estuviera en ella por un largo tiempo. Entretanto, de regreso en casa, Beth estaría cogiendo indudablemente todo lo que se le antojara para trasladarlo al nuevo piso que había alquilado; se había negado a decirle dónde se encontraba el departamento; ni siquiera quiso decirle en qué ciudad estaba.

En realidad, aunque Fat no lo sabía por el momento, por causa de su propia locura, había olvidado pagar una cuota de la casa y también del automóvil; tampoco había pagado la cuenta de la electricidad ni del teléfono. No podía esperarse que Beth, perturbada por el estado mental y físico de

Librodot

Fat, se hiciera cargo de solucionar los problemas que él mismo creaba. De modo que cuando Fat salió del hospital y volvió a su casa, se encontró con el aviso de un juicio hipotecario, sin automóvil y la nevera anegada; y cuando quiso telefonear en busca de ayuda, el teléfono le devolvió un tétrico silencio. Esto tuvo por efecto acabar con los restos de ánimo que le quedaban, y sabía que todo esto era culpa suya. Era su karma.

Por entonces, Fat nada sabía de todo esto. Todo lo que sabía era que había sido encarcelado por un mínimo de dos semanas. Además, los otros pacientes lo habían enterado de algo más. El Condado de Orange le pasaría una cuenta por su permanencia en la cárcel. De hecho, la cuenta total, con inclusión de su internación en la sala de recuperación cardiaca, ascendería a más de dos mil dólares. Por empezar, Fat había ido a parar al hospital condal porque no tenía dinero para que se lo llevara a un hospital privado. De modo que ahora se había enterado de algo más acerca del hecho de volverse loco: no sólo lo encierran a uno por ello, sino que, además, cuesta un montón de dinero. Pueden pasarle a uno una cuenta por estar loco, y si no se paga o no es posible pagar pueden entablar un proceso; y si la corte dictamina en contra del procesado y no se cumple lo que estipula, uno puede volver a ser encerrado por desacato al tribunal.

Cuando se considera que una profunda desesperación había sido el motivo original del intento de suicidio de Fat, es necesario reconocer que de algún modo toda magia y encanto habían desaparecido de su actual situación. Junto a él, sentada en el diván de metal cromado y plástico, la vieja y enorme señora seguía lanzando la medicina en un recipiente de plástico que tiene preparado el hospital para tales situaciones. El técnico psiquiátrico tomó a Fat por el brazo para conducirlo a la sección donde se lo recluiría durante las dos semanas que tenía por delante. La llamaban la Sección Norte. Sin protestar, Fat abandonó la sala de recepción junto con el técnico, atravesó el vestíbulo y penetró en la Sección Norte, donde otra vez la puerta se cerró con llave a sus espaldas.

Mierda, dijo Fat para sí.

El técnico psiquiátrico escoltó a Fat hasta su cuarto —que contenía dos camas en lugar de seis catres— y luego lo llevó a un pequeño cuarto donde debía contestar a un formulario.

—Esto llevará sólo unos pocos minutos —dijo.

En el pequeño cuarto se encontraba una joven, una joven mejicana de estructura maciza, piel áspera y oscura y enormes ojos, ojos oscuros y serenos, ojos como estanques de fuego; Fat quedó paralizado en su sitio al ver los enormes ojos llameantes y serenos de la joven. Esta mantenía abierta una revista sobre un receptor de televisión; exhibía un torpe dibujo impreso en la página: una imagen del Reino de la Paz. La revista, advirtió Fat, era *Watchtower* (Torre de vigilancia). La joven, que le sonreía, era una Testigo de Jehová.

Se dirigió con gentil y moderada voz a Fat, y no al técnico psiquiátrico:

—Dios Nuestro Señor preparó para nosotros un lugar donde vivir en el que no habrá dolor ni miedo y ¿ve? los animales yacen unidos y felices, el león y el cordero, como lo haremos también nosotros, todos nosotros, que nos amaremos mutuamente sin sufrimiento ni muerte por siempre jamás, junto con nuestro Señor Jehová que nos ama y no nos abandonará sea lo que fuere lo que hagamos.

—Debbie, por favor, abandona la sala —dijo el técnico psiquiátrico.

Librodot

Todavía sonriéndole a Fat, la joven señaló una vaca y una oveja exhibidas en el torpe dibujo.

—Todas las bestias, todos los hombres, todas las criaturas vivientes grandes y pequeñas se asolearán al calor del amor de Jehová cuando llegue el Reino. Usted pensará que falta aún mucho para su advenimiento, pero Jesucristo está ya hoy con nosotros.

Luego, cerrando la revista, todavía sonriente pero ahora silenciosa, la joven abandonó el cuarto.

—Lamento que haya ocurrido esto —le dijo el técnico psiquiátrico a Fat.

—¡Dios! —exclamó Fat asombrado.

—¿Lo alteró? Lamento que haya ocurrido. No se le debe dar a esa joven literatura de ese tipo; alguien se la debe de haber hecho llegar de contrabando.

Fat dijo:

—Me encuentro bien —se daba cuenta de ello; lo cual por lo demás lo asombraba.

—Veamos esa información ahora —dijo el técnico psiquiátrico sentándose con anotador y lapicera prontos—. La fecha de su nacimiento.

Estúpido, pensó Fat. Estúpido de mierda. Dios se encuentra aquí, en tu maldito hospital mental y tú no lo sabes; lo estás viendo, pero lo ignoras. Habéis sido invadidos y ni siquiera lo sabéis.

Experimentó alegría.

Recordó la anotación Núm. 9 de su exégesis. *Vivió mucho tiempo atrás, pero aún sigue vivo*. Aún sigue vivo, pensó Fat. Después de todo lo que sucedió. Después de las píldoras, después de la muñeca cortada, después del escape del automóvil. Después de haber sido encarcelado. Aún sigue vivo.

Al cabo de unos pocos días, comprobó que el paciente que más le gustaba de la sección era Doug, un joven hebefrénico alto y deteriorado que nunca se ponía ropas de calle, sino que llevaba la túnica del hospital abierta por la espalda. Las mujeres de la sección lavaban, cortaban y cepillaban el cabello de Doug, porque él no era capaz de hacerlo por sí mismo. Doug no tomaba en serio su situación, salvó cuando se despertaba a los pacientes para el desayuno. Todos los días se dirigía a Fat, aterrado:

—La sala del televisor está llena de demonios —decía todas las mañanas—. Tengo miedo de entrar allí. ¿Tú lo sientes? Yo lo siento incluso cuando paso al lado.

Cuando todos encargaban lo que comerían, Doug escribía:

BAZOFIA

—Encargué bazofia —le decía a Fat.

Fat contestaba:

—Yo encargaré basura.

En la oficina central, que tenía muros de vidrio y una puerta cerrada con llave, los miembros del personal observaban a los pacientes y hacían anotaciones. En el caso de Fat, anotaron que cuando los pacientes jugaban a las cartas (que les insumía la mitad del tiempo, puesto que no se hacía terapia alguna) Fat nunca participaba. Los otros pacientes jugaban poker y veintiuno, mientras él permanecía apartado leyendo.

Librodot

—¿Por qué no juega a las cartas? —le preguntó Penny, una técnica psiquiátrica.

—El poker y el ventiuno no son juegos de cartas, sino juegos para apostar dinero —contestó Fat dejando el libro de lado—. Como no se nos permite tener dinero con nosotros, no tiene sentido jugar.

—Creo que debería jugar a las cartas —dijo Penny.

Fat sabía que se le había dado la orden de jugar a las cartas, de modo que junto con Debbie comenzó a jugar juegos de niños como el del «robo». Jugaban al robo durante horas. Los miembros del personal los observaban desde la oficina de vidrio y anotaban lo que veían.

Una de las mujeres se las había compuesto para retener su Biblia. Era la única de que disponían los treinta y cinco pacientes. A Debbie no se le permitía ni mirarla. Sin embargo, al doblar el corredor —no se les permitía entrar en sus cuartos durante el día, de modo que no les era posible acostarse y dormir— el personal no podía ver lo que sucedía. Fat a veces le prestaba el ejemplar comunal de la Biblia a Debbie para que ésta echara un breve vistazo a alguno de los salmos. Los miembros del personal sabían lo que estaban haciendo y los detestaban por ello, pero cuando uno de los técnicos abandonaba la oficina y se internaba en el corredor, Debbie ya había seguido de largo.

Los reclusos de las instituciones mentales siempre se trasladan a una velocidad y a una velocidad solamente. Pero algunos se trasladan siempre lentamente y otros corren siempre. Debbie, que eran amplia y sólida, navegaba lentamente, al igual que Doug. Fat, que siempre iba en compañía de Doug, ajustaba su paso al suyo. Juntos se paseaban una y otra vez por el corredor conversando. Las conversaciones en los hospitales mentales se parecen a las de las estaciones de autobuses, porque en una estación de la Compañía Greyhound todo el mundo espera y en un hospital mental —especialmente si se está encerrado en un hospital mental condal— todo el mundo espera igualmente. Espera salir en libertad.

En contra de lo que las novelas míticamente sostienen, no es mucho lo que ocurre en una institución mental. Los pacientes no dominan realmente a los miembros del personal y éstos realmente no asesinan a los pacientes. Los reclusos sobre todo leen o miran televisión o se quedan simplemente sentados fumando o tratan de echarse en cama y dormir o beben café o juegan a las cartas o andan y, tres veces al día, se les sirven bandejas de comida. La llegada de los carritos con comida marca el transcurso del tiempo. Por la noche vienen visitas que siempre sonríen. Los pacientes de los hospitales mentales no logran concebir por qué la gente de afuera sonríe. Por lo que a mí respecta, hasta el día de hoy sigue siendo un misterio.

La medicación, a la que se da siempre el nombre de «medi», se administra a intervalos irregulares en minúsculas copas de papel. A todo el mundo se da Thorazine y alguna otra cosa específica. Nunca nadie se entera de lo que le ha sido prescripto y las enfermeras vigilan para asegurarse de que los pacientes tragan las píldoras. A veces las enfermeras se equivocan y traen dos veces la misma medicina. Los pacientes siempre señalan que ya la han tomado hace diez minutos y las enfermeras vuelven a suministrarlas quieras que no. El error nunca se descubre hasta culminar el día y los miembros del personal se rehúsan a comunicárselo a los pacientes que han ingerido por entonces el doble de Thorazine de los que sus organismos requieren.

Librodot

Nunca conocí a un paciente mental, ni siquiera a un paranoico, que creyera que la doble dosificación era una táctica para sobresedar deliberadamente a los reclusos. Es patéticamente evidente que las enfermeras son estúpidas. Ya bastante dificultades tienen en conocer a cada uno de los pacientes y en encontrar la copita de papel que le corresponde a cada cual. Esto es consecuencia de que la población de la sala cambia constantemente; llega nueva gente; la vieja es dada de baja. El verdadero peligro de una institución mental consiste en que por error se admita en ella a alguien que esté interrumpiendo el consumo de PCP. También conocido como Polvo de Ángel. Muchos hospitales mentales adoptan la política de rechazar a los consumidores de PCP y obligar a las fuerzas policiales a que los procesen. Las fuerzas policiales constantemente intentan lanzar a los consumidores de PCP sobre los pacientes y los técnicos inermes de los hospitales mentales. Nadie quiere tener trato con el consumidor de PCP, y con buenas razones. Los periódicos siempre cuentan de cómo un monstruo adicto al PCP arrancó la nariz de un mordisco a algún paciente vecino o de cómo otro se reventó a sí mismo los ojos.

A Fat esta experiencia le fue ahorrada. Ni siquiera estaba enterado de que semejantes horrores existieran. Esto fue consecuencia de la atinada organización del C.M.C.O., que aseguraba que ningún adicto al PCP se admitiera en la Sección Norte. A decir verdad, Fat debía su propia vida (además de dos mil dólares) al C.M.C.O., aunque no estaba lo bastante equilibrado como para poder apreciar el hecho.

Cuando Beth leyó la cuenta detallada que presentó el C.M.C.O., le fue difícil creer todo lo que habían hecho por su marido para mantenerlo con vida; la lista cubría cinco páginas. Se incluía también el oxígeno. Fat no lo sabía, pero las enfermeras de la sala de recuperación cardiaca creían que el paciente moriría. Lo vigilaron constantemente. De vez en cuando, en la sala se oía una sirena de alarma de emergencia. Significaba que alguien había perdido signos de vitalidad. Fat, tendido de espaldas frente a la pantalla de video se sentía como si hubiera sido colocado junto a la playa de distribución del traslado de trenes; diversos mecanismos de apoyo a la vida dejaban oír cada cual su sonido.

Es característico de los que padecen una enfermedad mental, odiar a los que los ayudan y amar a quienes se unen en su contra. Fat todavía amaba a Beth y odiaba al C.M.C.O. Esto demostraba que no estaba fuera de lugar en la Sección Norte; a mí no me cabe duda de ello. Cuando Beth se llevó consigo a Christopher y partió con rumbo desconocido, sabía que Fat intentaría suicidarse; ya lo había intentado en Canada. A decir verdad, Beth tenía planeado volver una vez que Fat acabara consigo mismo. Así se lo hizo saber ella más tarde. También le dijo que su fracaso en el intento la había puesto furiosa. Cuando Fat le preguntó por qué, Beth le respondió:

—Una vez más demostraste tu incapacidad para algo.

La distinción entre cordura y locura es más estrecha que el filo de una navaja, más aguda que el colmillo de un sabueso, más ágil que el salto de una gacela. Es más engañosa que el más sutil fantasma. Quizá ni siquiera exista; quizás es un fantasma.

Irónicamente, Fat no había sido recluido porque estuviera loco (aunque lo estaba); técnicamente, el motivo sustentado era la ley de «autopeligrosidad». Fat constituía una amenaza para su propio bienestar, cargo que podría hacérsele a mucha gente. Por el tiempo en que vivía en la Sección Norte, se

Librodot

le hicieron abundantes tests psicológicos. Los pasó con buen éxito, aunque, por otra parte tuvo el tino de no referirse a Dios. Aunque pasó todos los tests con buen éxito, Fat había falseado las respuestas. Para consumir el tiempo, Fat dibujaba una y otra vez la imagen de los caballeros teutónicos a los que Alejandro Nievsky condujo con engaño al lago helado donde se encontraron con la muerte. Fat se identificaba con los caballeros teutónicos de pesada armadura con sus máscaras con hendeduras por ojos y cuernos hacia uno y otro lado; a cada uno de los caballeros le dibujó un escudo enorme y una espada desnuda; sobre el escudo escribió: «*In hoc signo vinces*», leyenda que obtuvo de un paquete de cigarrillos. Significa: «Con este signo vencerás». El signo tenía la forma de una cruz de hierro. Su amor por Dios se había convertido en enojo, en un oscuro enojo. Tenía visiones de Christopher que corría por un prado de altas hierbas con los faldones de su pequeña americana azul que se le agitaban por detrás, de Christopher que corría y corría. No cabía duda de que este era el mismo Amacaballo Fat que corría, el niño que había en él de cualquier modo. Que huía de algo tan oscuro como su propio enojo.

Además, escribió repetidas veces:

Dico per spiritum sanctum. Haec veritas est. Mihi crede et mecum in aeternitati vivebis. Anotación núm. 28.

Lo cual significa: «Hablo por el Espíritu Santo. Esto es la verdad. Cree en mí y conmigo vivirás en la eternidad».

Un día escribió en la lista de instrucciones impresas que se exhibían en la pared del corredor:

Ex Deo nascimur, in Jesu mortimur, per spiritum sanctum reviviscimus.

Doung le preguntó qué significaba aquello.

—«*De Dios nacemos* —le tradujo Fat—, *en Jesús morimos, por el Espíritu Santo resucitamos*.»

—Te vas a quedar aquí noventa días —le dijo Doug.

Una vez Fat descubrió un letrero que lo fascinó. En el letrero se estipulaba una lista de acciones en las que no había que incurrir por orden de importancia descendente. Bien alto en la lista se comunicaba a todo aquel a quien la cosa concernía que:

NADIE HA DE LLEVARSE LOS CENICEROS DE LA SALA

Y más abajo se establecía que:

NO DEBEN PRACTICARSE LOBOTOMÍAS FRONTALES SIN EL CONSENTIMIENTO ESCRITO DEL PACIENTE

—Debería decir «prefrontal» —dijo Doung, y añadió «pre».

—¿Cómo lo sabes?

—Hay dos maneras de saber —dijo Doug—. O bien el conocimiento emana de los órganos de los sentidos y se llama conocimiento empírico, o emana de la propia cabeza de uno y se llama a *priori*.

Doug escribió en el letrero:

SI DEVUELVO LOS CENICEROS ¿ME DEVOLVERÁN MIS PREFRONTALES?

—Te vas a quedar aquí noventa días —le dijo Fat.

Fuera del edificio, caía la lluvia. Había estado lloviendo desde que Fat llegara a la Sección Norte. Si se subía al lavarropas podía divisar por la ventana enrejada del lavadero el terreno de aparcamiento. La gente aparcaba sus automóviles y luego se iba corriendo bajo la lluvia. Fat se sintió contento de estar a cubierto en la sección norte.

Un día lo entrevistó el doctor Stone, quien tenía a su cargo la sala psiquiátrica.

—¿Tuvo antes otro intento de suicidio? —le preguntó el doctor Stone.

—No —le contestó Fat, lo cual, por supuesto, no era cierto. En ese momento, ya no tenía memoria de Canada. Tenía la impresión de que su vida había empezado hacía dos semanas, cuando Beth lo abandonó.

—Creo —dijo el doctor Stone— que cuando trató de matarse, se puso en contacto con su propia realidad por primera vez.

—Quizá sea así —contestó Fat.

—Lo que le voy a recetar —dijo el doctor Stone abriendo una maleta negra que cogió de su pequeña mesa de despacho atestada— es lo que llamamos remedios Bach —Pronunció el nombre a la inglesa y no a la alemana— Estos remedios orgánicos se obtienen de la destilación de ciertas flores que crecen en Gales. El doctor Bach recorrió los campos y los pastizales de Gales y experimentó con cuanto estado mental negativo existe. Mientras experimentaba cada uno de esos estados, iba sosteniendo una flor tras otra. La flor adecuada temblaba en la copa que el doctor Bach sostenía en la mano y luego desarrollaba métodos únicos para obtener una esencia en forma de elixir de cada una de las flores o de combinaciones entre ellas, que yo he preparado sobre una base de ron —depositó sobre el escritorio tres botellas y buscó luego la cuarta vacía de mayor tamaño en la que vertió el contenido de las anteriores—. Tome tres gotas al día —dijo el doctor Stone—. Los remedios de Bach de cualquier manera no pueden hacerle daño. No son sustancias químicas tóxicas. Le eliminarán la sensación de invalidez y el miedo y la incapacidad de actuar. De acuerdo con mi diagnóstico, esas son las tres áreas que usted tiene bloqueadas: el miedo, la invalidez y la incapacidad de actuar. Lo que debió haber hecho en lugar de intentar suicidarse es quitarle su hijo a su mujer. Según la ley que rige en California los menores deben permanecer con el padre en tanto un tribunal no ordene lo contrario. Y después debió haber golpeado, no muy fuerte, a su mujer con un periódico arrollado o una guía telefónica.

—Gracias —dijo Fat aceptando la botella. Se dio cuenta de que el doctor Stone estaba rematadamente loco, pero sin malignidad. Era la primera persona de la Sección Norte, con excepción de los pacientes, que le hablaba como si fuera un ser humano.

—Hay mucha cólera en usted —dijo el doctor Stone—. Le voy a prestar un ejemplar del *Tao Te Ching*. ¿Ha leído usted a Lao Tse?

—No —admitió Fat.

—Permítame que le lea un fragmento —dijo el doctor Stone. Le leyó en voz alta:

Librodot

«Su parte superior no relumbra;
Su parte inferior no es oscura.
Apenas visible, es innominado
Y vuelve a lo que no tiene sustancia.
Forma se llama y no tiene forma,
La imagen no tiene sustancia.
Se lo llama indistinto y nuboso.
Asciende a él y no verás su cabeza;
Síguelo y no verás su trasero.»

Al escuchar esto, Fat recordó las anotaciones números 1 y 2 de su diario. Se las citó de memoria al doctor Stone:

Núm. 1. Sólo hay una Mente, pero en ella subsumidos dos principios contienden.
Núm. 2. La Mente deja penetrar la luz; luego la oscuridad; ambas interactúan; de este modo se genera el tiempo. Al final la Mente concede la victoria a la luz; el tiempo cesa y la Mente culmina.

—Pero —dijo el doctor Stone—, si la Mente concede la victoria a la luz y la oscuridad desaparece, desaparecerá la realidad, puesto que ésta se compone de Yang y Yin por igual.
—El Yang es la Forma I de Parménides —dijo Fat—. El Yin es la Forma II. Parménides no creía que la Forma II existiera verdaderamente. Creía en un mundo monista. La gente *imagina* que ambas formas existen, pero se equivocan. Aristóteles cuenta que Parménides identifica a la Forma I como «lo que es» y la Forma II como «lo que no es.» De esta manera la gente se engaña.
Mirándolo atentamente, el doctor Stone dijo:
—¿Cuál es su fuente?
—Edward Hussey —dijo Fat.
—Enseña en Oxford —dijo el doctor Stone—. Yo asistí a Oxford. Hussey no tiene igual, según mi opinión.
—Tiene usted razón —dijo Fat.
—¿Qué más puede decirme? —preguntó el doctor Stone.
Fat le contestó:
—El tiempo no existe. Este es el gran secreto conocido de Apolonio de Tiana, Pablo de Tarso, Simón el Mago, Paracelso, Boehme y Bruno. El universo se contrae para constituir una entidad unitaria que está completándose. Vemos el deterioro y el desorden del revés, como si estuvieran en aumento. La anotación 18 de mi exégesis dice:

El tiempo real llegó a su término en el 70 E.C. con la caída del Templo de Jerusalén. Volvió a comenzar en 1974. El período transcurrido entre ambas fechas fue una interpolación perfectamente espuria que imitó como un mono la creación de la Mente.

—¿Quién hizo la interpolación? —preguntó el doctor Stone.
—La Negra Prisión de Acero, que es una expresión del Imperio. Lo que me fue... —Fat había comenzado a decir «Lo que me fue revelado». Recapacitó y

Librodot

recompuso sus palabras—. El más importante de mis descubrimientos fue: «*El Imperio nunca tuvo fin*».

Apoyado contra su mesa el doctor Stone se cruzó de brazos y se meció de adelante hacia atrás en espera de algo más.

—Eso es todo lo que sé —dijo Fat asumiendo una tardía cautela.

—Me interesa mucho lo que dice —dijo el doctor Stone.

Fat se dio cuenta de que existían dos posibilidades y sólo dos: o el doctor Stone estaba totalmente loco —no sólo loco, sino totalmente —o de manera astuta y profesional había logrado que Fat hablara; había hecho que Fat se pusiera en evidencia y ahora sabía que estaba rematadamente loco. Lo cual significaba que a Fat le esperaba una comparecencia en las cortes y noventa días de reclusión.

Era un lúgubre descubrimiento:

1) Los que están de acuerdo con uno están locos.
2) Los que no lo están sustentan el poder.

Esas dos comprensiones gemelas se posesionaban de la cabeza de Fat. Decidió presentar quiebra y hacerle saber al doctor Stone la más fantástica anotación de su exégesis:

—Anotación número veinticuatro —dijo—: En forma de semilla latente como información viva, el plásmata dormitaba en la biblioteca sepultada de códices de Chenoboskion hasta...

—¿Que es «Chenoboskion»? —interrumpió el doctor Stone.

—Nag Hammadi.

—Oh, la biblioteca de los gnósticos. —El doctor Stone hizo una señal de asentimiento— descubierta y leída en 1945 pero nunca dada a publicidad. «¿Información viva?» —Sus ojos examinaron atentamente a Fat—. ¿Información viva?— repitió. Y luego agregó—: El Logos.

Fat se estremeció.

—Sí —dijo el doctor Stone—. El Logos sería información viva capaz de duplicarse.

—De duplicarse no a través de información —dijo Fat— en información, sino *como* información. Esto fue lo que quiso decir Jesús cuando se refirió de manera elíptica a la «semilla de mostaza» que, según dijo, se convertiría en un árbol lo bastante grande como para que los pájaros anidaran en él.

—No existe el árbol de mostaza —dijo el doctor Stone—. De modo que Jesús no debió de haberse referido a él literalmente. Eso concuerda con el tema del «secreto» del que habla Marcos; que no quería que los extraños conocieran la verdad. ¿Y usted la conoce?

—Jesús no sólo previó su propia muerte, sino la de todos... —Fat vaciló— *los homoplásmatas*. Se trata de un ser humano en el que el plásmata se ha integrado. De una simbiosis entre especies diversas. *Como información viva el plásmata viaja por el nervio óptico de un ser humano hasta el cuerpo pineal. Utiliza el cerebro humano como huésped femenino...*

El doctor Stone gruñó y se estremeció violentamente.

—...para duplicarse como forma activa —dijo Fat—. *Los alquimistas herméticos tenían conocimiento teórico de él por su contacto con antiguos textos, pero no pudieron duplicarlo por no ser capaces de localizar el plásmata que dormía sepulto.*

—Pero usted dice que el plásmata... el Logos... se encontró en Nag Hammadi.

—Sí, cuando se leyeron los códices.

—¿Está seguro de que no estaba en forma de semilla latente en Qumran? ¿En la Caverna Cinco?

—Bueno... —dijo Fat con incertidumbre.

—¿De dónde proviene originariamente el plásmata?

Al cabo de una pausa, Fat dijo:

—De otro sistema estelar.

—¿Tiene inconveniente en identificarlo?

—Sirio —dijo Fat.

—Entonces usted cree que el pueblo dogon del oeste del Sudán es la fuente del cristianismo.

—Utilizan el signo del pez —dijo Fat—. Para aludir a Nomino, el gemelo benigno.

—Que sería la Forma I o Yang.

—Exacto —dijo Fat.

—Y Yurugu es la Forma II. Pero usted cree que la Forma II no existe.

—Nommo tuvo que matarla —dijo Fat.

—Eso es lo que en cierto sentido estipula el mito japonés —dijo el doctor Stone—. Su mito cosmogónico. La hermana gemela muere al dar a luz fuego; luego desciende bajo tierra. El hermano mellizo va en su busca para sanarla, pero la encuentra en estado de descomposición mientras pare monstruos. Ella lo persigue y él la deja encerrada bajo tierra sellándole la salida.

Asombrado, Fat preguntó:

—¿Se encuentra en estado de descomposición y no obstante sigue pariendo?

—Sólo monstruos —dijo el doctor Stone.

Como consecuencia de esta particular conversación, Fat concibió dos nuevas proposiciones:

1) Algunos de los que asumen el poder, están locos.
2) Y tienen razón.

Por «razón» léase «en contacto con la realidad.» Fat volvió a considerar la más desanimante de sus intuiciones, la de que el universo y la Mente que lo gobierna son ambos totalmente irracionales. Se preguntó si debería mencionárselo al doctor Stone, que parecía comprender a Fat mejor que nadie en toda su vida.

—Doctor Stone —dijo—, hay algo que quiero preguntarle. Quiero su opinión profesional.

—Hable.

—¿Es posible que el universo sea irracional?

—Usted quiere decir que no cuenta con la guía de una mente. Le sugiero que recurra a Jenófanes.

—Claro —dijo Fat—. Jenófanes de Colofón. «Un dios existe que en nada se asemeja a las criaturas mortales ni en cuanto a la forma de su cuerpo ni en cuanto al pensamiento de su mente. Todo él ve, todo él piensa, todo él oye. Se mantiene siempre inmóvil en el mismo lugar; no está bien...»

—«No cabe —corrigió el doctor Stone—. No cabe que se traslade ora por aquí, ora por allá». Y la parte importante está en el *Fragmento 25*. «Pero sin esfuerzo, lo maneja todo por el pensamiento de su mente.»

—Pero podría ser irracional —dijo Fat.

—¿Cómo podríamos saberlo nosotros?

—Todo el universo sería irracional.

El doctor Stone preguntó:

—¿En relación con qué?

Fat no había pensado en eso. Pero no bien lo pensó, advirtió que eso no ponía fin a su miedo; por el contrario, lo acrecentaba. Si todo el universo fuera irracional por ser gobernado por una mente irracional —es decir, insana—, especies enteras cobrarían existencia, vivirían y morirían sin siquiera adivinarlo precisamente por la razón que Stone acaba de dar.

—El Logos no es irracional —decidió Fat en voz alta—. Es lo que yo llamo el plásmata. Sepultado como información en los códices de Nag Hammadi. Que está de vuelta entre nosotros creando nuevos homoplásmatas. Los romanos, el Imperio mataron a todos los originales.

—Pero usted dice que el tiempo real terminó en el 70 d.C., cuando los romanos destruyeron el Templo. Por tanto, nos encontramos todavía en tiempo de los romanos; los romanos están todavía aquí. Este es aproximadamente... —El doctor Stone hizo un cálculo mental— El año 100 d.C. poco más o menos.

Fat se dio cuenta entonces que esto explicaba su doble exposición, la superimpresión que había visto de la antigua Roma y la California de 1974. El doctor Stone había resuelto el problema por él.

El psiquiatra que debía tratar su locura la había ratificado Fat nunca abandonaría ahora la fe que tenía en su encuentro con Dios. El doctor Stone se la había dejado fijada con clavos.

5

Fat pasó tres días en la Sección Norte bebiendo café, leyendo y paseando con Doug, pero no volvió a tener ocasión de conversar con el doctor Stone, pues éste tenía demasiadas responsabilidades por estar toda la sección a su cargo, miembros del personal y pacientes por igual.

Bueno, cuando fue dado de alta del hospital, tuvo un brevísimo intercambio de palabras con él.

—Creo que ya está en situación de abandonar el lugar —le dijo animado.

Fat le contestó:

—Pero permítame preguntarle. No me refiero a mente alguna que dirija el universo. Me refiero a una mente como la que concibe Jenófanes, pero la mente es insana.

—Los gnósticos creían que la deidad creadora era insana —dijo Stone—. Ciega. Quiero mostrarle algo. Todavía no ha sido publicado; tengo una copia dactilográfica de Orval Wintermute, que está trabajando ahora junto con Bethge en la traducción de los códices de Nag Hammadi. La cita pertenece a *De los orígenes del mundo*. Léala.

Fat leyó para sí sosteniendo la preciosa copia dactilográfica.

Librodot

> «El dijo: «Yo soy dios y no existe otro fuera de mí». Pero cuando dijo estas cosas, pecó contra todos los otros inmortales (imperecederos) que lo protegían. Además, cuando Pistis vio la impiedad del gobernante en jefe, sintióse enfadada. Sin ser vista, dijo: «Te equivocas, Samael», esto es «el dios ciego». «Un hombre inmortal esclarecido existe antes que tú. Esto se manifestará en los cuerpos que modeles. Te aplastará con los pies como arcilla de alfarería (la cual) es aplastada. Y descenderás con los que te pertenecen al encuentro de tu madre, el abismo».»

Fat comprendió inmediatamente lo que acababa de leer. Samael era la deidad creadora que creía ser el único Dios, como se dice en el Génesis. No obstante, era ciego, que quiere decir «obstruido». «Obstruido» era término fundamental para Fat. Comprendía todos los otros: insano, loco, irracional, chiflado, psicótico. En su ceguera (estado de irracionalidad, es decir, sin contacto con la realidad), no comprendía que…

¿Qué decía la copia dactilográfica? Cuando empezó a examinarla febril, el doctor Stone le dio una palmadita en el hombro y le dijo que podía quedarse con ella; Stone la había hecho fotocopiar varias veces.

Antes de la identidad creadora existía un hombre inmortal y esclarecido, y ese hombre inmortal y esclarecido aparecería en la raza humana que Samael crearía. Y ese, hombre inmortal y esclarecido que existía *antes* que la deidad creadora pisotearía al iluso creador ciego como arcilla de alfarería.

De ahí que el encuentro de Fat con Dios —el verdadero Dios— había tenido lugar por intermedio del cuenco Oh Ho, que Estefanía había hecho con su rueda de pedal.

—Pues entonces, tengo razón sobre Nag Hammadi —le dijo al doctor Stone.

—Usted debe saberlo —dijo el doctor Stone, y luego agregó algo que nunca antes nadie le había dicho a Fat—: Usted es la autoridad.

Fat se dio cuenta de que Stone le había devuelto la vida espiritual. Lo había salvado; como psiquiatra era un verdadero maestro. Todo lo que había dicho y hecho respecto a Fat tenía una base y aun una intención terapéutica. Si el contenido de la información de Stone era correcto, carecía de importancia; su objetivo desde un principio había sido restaurar la fe de Fat en sí mismo, la fe que había perdido cuando Beth lo abandonó… que había perdido, en realidad, cuando no logró salvar la vida de Gloria años atrás.

El doctor Stone no era loco; el doctor Stone era un restaurador de la salud. Probablemente curaba a mucha gente de muchas maneras diversas. Adaptaba la terapia al individuo, no el individuo a la terapia.

Que me condenen, pensó Fat.

Con esa sencilla frase, «Usted es la autoridad», le había devuelto el alma.

El alma que le había arrebatado Gloria con su horrible y maligno juego de muerte.

Ellos —téngase en cuenta el «ellos»— le pagaban a Stone para que descubriera qué había destruido el paciente al ingresar a la institución. En cada caso una bala le había sido disparada en alguna parte, en algún momento de su vida. La bala lo penetraba y el dolor comenzaba a expandirse. De manera insidiosa el dolor lo colmaba hasta que el paciente se quebraba por la mitad, justo en el medio. La tarea de los miembros del

personal y de los otros pacientes, por lo demás, consistía en recomponer a la persona, pero esto no era posible en tanto no se eliminara la bala. Todo lo que los terapeutas menores hacían era observar que la persona estaba dividida en dos pedazos e intentar coserlos nuevamente para lograr su unidad; pero les era imposible localizar y eliminar la bala. La bala fatal que le había sido disparada a la persona constituyó la base del tratamiento que dispensó Freud originalmente a la persona psicológicamente herida; Freud había comprendido: la llamó trauma. Más adelante todos se cansaron de buscar la bala fatal; insumía demasiado tiempo. Había que aprender demasiado sobre el paciente. El doctor Stone tenía un talento paranormal, como eran paranormales sus remedios de Bach, un evidente fraude, un pretexto para escuchar al paciente. Sólo ron en el que había mojado una flor, nada más; pero una mente poderosa escuchaba lo que el paciente decía.

El doctor Leon Stone llegó a ser una de las personas más importantes en la vida del Amacaballo Fat. Para tener acceso a él, Fat había casi tenido que provocar su muerte física además de su muerte mental. ¿A eso se refieren los que hablan de los misteriosos caminos de Dios? ¿De qué otro modo podría Fat haberse vinculado con Leon Stone?

Sólo un acto negativo con un intento de suicidio, un intento verdaderamente letal podría haberlo logrado; Fat tenía que morir o casi morir para curarse. O casi curarse.

Me pregunto dónde desarrollará ahora sus actividades Leon Stone. Me pregunto cuál será el índice de recuperaciones que logra. Me pregunto cómo habrá obtenido su capacidad paranormal. Me pregunto muchas cosas. El peor acontecimiento de la vida de Fat que Beth lo abandonara llevándose consigo a Christopher y su intento de suicidio había tenido para él consecuencias ilimitadamente benignas. Si se juzgan los méritos de una secuencia por su resultado final, Fat había pasado por el mejor período de su vida; abandonó la Sección Norte tan fortalecido como nunca volvería a estarlo. Después de todo, ningún hombre es infinitamente fuerte; para cada criatura que corre, vuela, salta o se arrastra existe una némesis final que no podrá superar y que terminará por atraparla. Pero el doctor Stone le había dado a Fat el elemento que le faltaba, el elemento que le había quitado a medias de modo deliberado Gloria Knudson, que quería arrastrar consigo a tanta gente como pudiera: la autoconfianza. «Usted es la autoridad» había dicho Stone, y eso había bastado.

Siempre le dije a la gente que para cada persona existe una enunciación —una serie de palabras— que tiene el poder de destruirla. Cuando Fat me contó acerca del doctor Stone, advertí (esto se produjo, años después de haber advertido lo anterior) que existe otra enunciación, otra serie de palabras, capaz de curar a la persona. Si uno es afortunado, escucha la segunda; pero se puede estar seguro de que se escuchará la primera; así es el orden de las cosas. Por propia cuenta, sin la menor formación, la gente sabe como disparar la enunciación letal, pero se requiere un muy escrupuloso entrenamiento para el manejo de la segunda. Estefanía había estado cerca de lograrlo cuando fabricó el pequeño cuenco de cerámica Oh Ho y se lo dio a Fat como presente de amor, un amor para cuya articulación no tenía capacidad verbal.

Cuando Stone le había dado a Fat material trascripto del códice de Nag Hammadi ¿había sabido la significación que tenía para él *cuenco y alfarería*?

Librodot

Para saberlo, habría debido tener capacidad telepática. Pues bien, no tengo teoría alguna al respecto. Fat, por supuesto, sí la tiene.

Cree que, como Estefanía, Stone era una microforma de Dios. Esa es la razón por la que digo que Fat quedó semicurado y no curado.

No obstante, al considerar a la gente benéfica microformas de Dios Fat, al menos, se mantuvo en contacto con un dios bondadoso, no con un dios ciego, cruel o malvado. Esto debe tenerse en cuenta. Fat tenía una alta consideración por Dios. Si el Logos era racional y Dios era equivalente al Logos, Dios por fuerza tenía que ser racional. Esta es la razón por la que la afirmación sobre la identidad del Logos en el Cuarto Evangelio tiene tanta importancia: «*Kai theos en ho logos*», lo cual significa «y el verbo era Dios». En el Nuevo Testamento, Jesús dice que nadie ha visto a Dios salvo él; esto es, Jesucristo, el Logos del Cuarto Evangelio. Si eso es correcto, aquello de que Fat tuvo experiencia fue el Logos. Pero el Logos es Dios; de modo que tener experiencia de Cristo es tener experiencia de Dios. Quizás una afirmación aún más importante aparece en un libro del Nuevo Testamento que la mayor parte de la gente no lee; lee los evangelios y las cartas de Pablo, pero ¿quién lee a *Juan Uno*?

> «Mi amado pueblo, somos ya los hijos de Dios, pero lo que podemos ser en el futuro no fue todavía revelado; todo lo que sabemos es que seremos como él porque lo veremos tal cual es en su esencia.» (1 Juan 3:1/2.)

Puede que haya quien considere que esta es la enunciación más importante del Nuevo Testamento; por cierto, es la más importante de las enunciaciones escasamente conocidas. *Seremos como él*. Eso significa que el hombre es insomórfico en relación con Dios. *Lo veremos tal cual es en su esencia*. Se producirá una teofanía, al menos, para algunos. En este pasaje Fat podría fundar las credenciales de su encuentro con Dios. Podría sostener que su encuentro con Dios fue el cumplimiento de la promesa contenida en *I Juan 3:1/2*, como lo indican los estudiosos de la Biblia, una especie de código que pueden leer en un instante, por críptico que parezca. Extrañamente, en cierta medida, este pasaje se ajusta a la transcripción dactilográfica de Nag Hammdi que el doctor Stone le dio a Fat el día en que éste fue dado de alta de la Sección Norte. El hombre y el verdadero Dios son idénticos —como lo son el Logos y el verdadero Dios—, pero un loco creador enceguecido y su mundo demencial separan al hombre de Dios. Que el creador ciego crea sinceramente que él es el verdadero dios sólo revela el grado de obstrucción que padece. Esto es gnosticismo. De acuerdo con el gnosticismo, el hombre debe situarse en la misma categoría que Dios *en oposición* al mundo y al creador del mundo (que están los dos locos, se den cuenta de ello o no). La pregunta formulada por Fat «¿Es el universo irracional y lo es porque una mente irracional lo gobierna?» recibe esta respuesta por intermedio del doctor Stone: «Sí, lo es; el universo es irracional; la mente que lo gobierna es irracional; pero sobre ellos se eleva otro Dios, el verdadero Dios, y él no es irracional; ha aventajado a los poderes de este mundo, además, y se ha aventurado en él para ayudarnos; y lo conocemos como el Logos», lo cual, de acuerdo con Fat, significa información viva.

Quizá Fat haya develado un gran misterio al llamar al Logos información viva. Aunque quizá no. Resulta difícil probar cosas de este tipo. ¿A quién preguntar? Fat, afortunadamente le preguntó a Leon Stone. Podría haberle preguntado a algún miembro del personal y, en ese caso, estaría todavía en la Sección Norte bebiendo café, leyendo y paseando con Doug.

Además, por sobre todo otro aspecto, objeto o cualidad de su encuentro, Fat había sido testigo de un poder benigno *que había invadido este mundo*. No había otro término que le cuadrara: el poder benigno, cualquiera fuera su naturaleza, había *invadido* este mundo como un campeón dispuesto a la batalla. Eso lo aterraba, pero también provocaba su alegría porque comprendía de qué se trataba. Había llegado ayuda.

Quizás el universo fuera irracional, pero algo racional había irrumpido en él, como un ladrón nocturno irrumpe en una casa, inesperado en cuanto a lugar, inesperado en cuanto a tiempo. Fat lo había visto, no porque tuviera nada de especial, sino porque la racionalidad así lo había decidido.

Normalmente permanecía disimulada. Normalmente, cuando aparecía, nadie podía distinguirla del fondo; era fondo sobre fondo, como lo expresaba correctamente Fat. Tenía un nombre para designarlo.

Cebra. Porque se entremezclaba. Esto recibe el nombre de mímesis. Otro nombre es mimetismo. Ciertos insectos recurren a él; miman a otras cosas: a veces a otros insectos —a insectos venenosos— o ramitas, etcétera. Ciertos biólogos y naturalistas han aventurado especulativamente que quizás existan formas más elevadas de mimetismo, puesto que formas inferiores —es decir, formas que engañan a quienes tienen por objeto engañar, pero no a nosotros— se han encontrado en todas partes del mundo.

¿Y si existiera una forma elevada de mimetismo, una forma tan elevada que ningún ser humano (o muy pocos) la hubiera detectado? ¿Y si sólo se la detectara si ella así lo *decidiera*? Lo cual significa que no se la detectaría realmente, pues en estas circunstancias habría abandonado el disimulo para develarse. «Develarse» en este caso equivaldría a «teofanía». El ser humano diría asombrado: «He visto a Dios»; cuando de hecho sólo habría visto una forma de vida ultraterrestre altamente evolucionada, una UTI, o una forma de vida extraterrestre (un ETI) llegada aquí en algún momento del pasado... y quizá, como lo conjeturaba Fat, habría dormitado dos mil años en forma de semilla latente como información viva en los códices de Nag Hammadi, lo cual explicaría por qué las noticias de su existencia quedan interrumpidas abruptamente alrededor del 70 d.C.

Anotación Núm. 33 del diario de Fat (esto es, su exégesis):

Cada parte constitutiva del universo padece esta soledad, esta angustia de la mente desolada. Todas sus partes constitutivas tienen vida. Así, pues, los antiguos pensadores griegos eran hilozoístas.

Un «hilozoísta» cree que el universo tiene vida; se trata aproximadamente de la misma idea del panpsiquismo, de que todo tiene animación. El panpsiquismo o el hilozoísmo comprende dos tipos de creencia:

1) Cada objeto tiene vida independiente.

2) Todo constituye una entidad unitaria; el universo es una única cosa viva con una mente.

Fat había descubierto una especie de terreno intermedio. El universo consiste en una vasta entidad irracional en la que ha irrumpido una forma de vida de orden elevado que se disimula mediante un refinado mimetismo; por tanto, mientras así lo decide, permanece inadvertida —por nosotros—. Mima objetos y procesos causales (esto es lo que Fat sostiene); no sólo objetos, sino lo que los objetos hacen. De esto puede concluirse que Fat concibe a Cebra como algo inmenso.

Al cabo de un año de análisis de su encuentro con Cebra, o con Dios o el Logos o lo que fuere, Fat llegó primero a la conclusión de que había invadido nuestro universo; y un año más tarde se dio cuenta de que estaba consumiendo —esto es, devorando— nuestro universo. Cebra lo hacía mediante un proceso muy semejante a la transubstanciación. Este es el milagro de la comunión por el que las dos especies, el vino y el pan, se convierten de manera invisible en la sangre y el cuerpo de Cristo.

En lugar de verlo en la iglesia, Fat lo había visto ocurrir en el mundo; y no en microforma, sino en macroforma, lo cual significa, en una escala tan amplia, que era incapaz de estimar sus límites. El entero universo posiblemente, está en proceso de convertirse en el Señor. Y con este proceso se produce no sólo la sensibilidad, sino la cordura. Para Fat esto significaría un bendito alivio. Había venido sufriendo la locura desde hacía demasiado tiempo, tanto en sí mismo como fuera de él. Nada podría haberlo complacido más.

Si Fat era psicótico, hay que admitir que creer que uno se ha topado con una irrupción de lo racional en lo irracional constituye una especie de psicosis muy extraña. ¿Cómo tratarla? ¿Enviar a la persona afectada a punto cero? En ese caso, se la priva de lo racional. En términos de terapia, esto carece de sentido; es un oxímoron, una contradicción verbal.

Pero aquí se plantea un problema semántico aún más fundamental. Supóngase que yo le diga a Fat, o que se lo diga Kevin:

—No has tenido experiencia de Dios. Sólo has tenido experiencia de algo con las cualidades, los aspectos, la naturaleza, los poderes y la sabiduría de Dios.

Esto se asemeja a la broma acerca de la proclividad de los alemanes a las dobles abstracciones; una autoridad alemana en literatura inglesa declara: «*Hamlet* no fue escrito por Shakespeare; fue simplemente escrito por un hombre llamado Shakespeare». En inglés la distinción resulta verbal y carece de significado, aunque el alemán como lengua expresa la diferencia (lo que da cuenta de algunos rasgos extraños de la mente alemana).

«He visto a Dios», declara Fat, y Kevin, yo y Sherri le objetamos: «No, sólo viste algo *como* Dios. Exactamente igual a Dios.» Y después de haber hablado, no nos detenemos a escuchar la respuesta, como un Pilatos bromista, cuando pregunta «¿Qué es la verdad?».

Cebra irrumpió en nuestro universo y disparó rayo tras rayo de luz coloreada rica en información contra el cerebro de Fat, a través de su cráneo, cegándolo y dañándolo y deslumbrándolo pero impartiéndole conocimientos inefables. Por empezar, así se salvó la vida de Christopher.

Para hablar con mayor precisión, no irrumpió para disparar información; había ya irrumpido en cierta fecha pasada. Lo que hizo fue abandonar su estado de disimulo; se develó destacándose del fondo y disparó información a un ritmo que nuestros cálculos no son capaces de calibrar; le disparó información contenida en bibliotecas enteras en cuestión de billonésimos de

Librodot

segundo. Y siguió haciéndolo durante ocho horas del tiempo real transcurrido. En ocho horas de TRT existen muchas billonésimas partes de segundo. A esa velocidad repentina se puede llenar el hemisferio derecho del cerebro humano de una titánica cantidad de datos gráficos.

Pablo de Tarso tuvo una experiencia similar. Esto fue hace mucho tiempo atrás. Gran parte de ella la calló. De acuerdo con su propio testimonio, mucha de la información que le fue lanzada a la cabeza —justo entre los ojos mientras iba camino de Damasco— murió junto con él, silenciada. El caos reina en el universo, pero San Pablo sabía con quién había hablado. Él lo mencionó. También Cebra se identificó ante Fat. Se llamó a sí misma «Santa Sofía», designación que a Fat no le era familiar. «Santa Sofía» es una inusitada hipóstasis de Cristo.

Los hombres y el mundo se son mutuamente tóxicos. Pero Dios —el verdadero Dios— los ha penetrado a ambos, ha penetrado en el hombre y ha penetrado en el mundo, con lo cual el paisaje se serena. Pero ese Dios, el Dios del exterior, se topa con feroz oposición. Abundan las estafas —los engaños de la insania— y se enmascaran reflejando la imagen opuesta: el ademán de la cordura. Las máscaras, sin embargo, se desgastan y la locura queda revelada. Es algo decididamente grotesco.

El remedio se encuentra aquí, pero igualmente se encuentra aquí la enfermedad. Como Fat lo repite de modo obsesivo: «*El Imperio nunca tuvo fin*». En una sorprendente respuesta a la crisis, el verdadero Dios mima al universo, la región misma que ha invadido: asume la apariencia de ramas y árboles y latas de cerveza arrojadas en los vertederos; finge ser desechos descartados, basura que ya nadie advierte. Al acecho, el verdadero Dios le prepara una emboscada a la realidad y también a nosotros mismos. A decir verdad, en su papel de antídoto, Dios nos ataca y nos hiere. Como puede atestiguarlo Fat, ser sorprendido por el Dios Vivo es una aterradora experiencia. De ahí que digamos que el verdadero Dios tiene la costumbre de esconderse. Transcurrieron veinticinco siglos desde que Heráclito escribió: «La estructura latente tiene dominio de la estructura de lo obvio» y «La naturaleza de las cosas tiene por hábito el ocultamiento».

De modo que lo racional, como una semilla, se oculta en lo irracional. ¿Qué objetivo satisface el bulto irracional? Pregúntese uno mismo cuál fue la ganancia de Gloria al morir, no en relación con su propia muerte, sino en relación con los que la querían. Ella pagó su amor con... Pues, bien, ¿con qué? ¿Malicia? No está comprobado. ¿Odio? Tampoco está comprobado. ¿Con irracionalidad? Sí; eso está comprobado. En términos del efecto que produjo en sus amigos —como Fat— no se satisfizo propósito lúcido alguno, pero por cierto que lo había: un propósito con despropósito, si eso puede concebirse. Su motivo era la ausencia de motivo. Estamos hablando de nihilismo. Bajo toda cosa, aun bajo la muerte misma y el deseo de muerte, hay algo más y ese algo más es nada. El estrato básico de la realidad es la irrealidad; el universo es irracional porque no se yergue sobre simples arenas movedizas, sino sobre lo que no es. De nada le servía a Fat saber esto: la causa por la que Gloria pretendiera llevárselo consigo —o hiciera lo posible por lograrlo— cuando partió. «Perra», podría haberle dicho si hubiera tenido ocasión. «Sólo dime por qué, por qué mierda, por qué». A lo cual el universo le podría haber respondido vanamente: «Mis caminos no pueden conocerse, oh, hombre». Lo cual equivale a: «Mis caminos no tienen sentido, ni tampoco los de los que en mí habitan».

Librodot

Las malas noticias que aguardaban a Fat, afortunadamente, le eran desconocidas todavía cuando fue dado de alta de la Sección Norte. No podía volver a Beth, de modo que ¿a quién volver al salir al mundo exterior? Según él lo creía, mientras había estado recluido en la Sección Norte, Sherri cuyo cáncer estaba en remisión, lo había visitado fielmente. Por tanto, se aferraba a su imagen creyendo que si tenía una amiga verdadera en el mundo, ella era Sherris Solvig. Su plan se había manifestado como una estrella resplandeciente: viviría con Sherri para ayudarla a mantener el ánimo mientras se encontraba en remisión y, si la perdía, la cuidaría como ella lo había cuidado a él durante su internación en el hospital. Cuando el motor que conducía a Fat quedó más tarde expuesto, se reveló que el doctor Stone de ningún modo lo había curado. Fat se había albergado en la muerte con mayor rapidez y habilidad en esta ocasión que nunca antes. Era un profesional de la búsqueda del dolor; había aprendido las reglas del juego y sabía ahora cómo jugarlo. Lo que Fat quería en su locura —adquirida en un universo enloquecido como el mismo Fat lo calificó en su análisis— era ser arrastrado por alguien que quisiera morir. Si hubiera revisado su libreta de direcciones, no habría encontrado ninguna otra fuente mejor que Sherri. «Buena movida, Fat», se habría dicho, si hubiera sabido lo que planeaba para su futuro mientras estaba recluido en la Sección Norte. «Esta vez sí que ganaste.» Yo conocía a Sherri; sabía que empleaba todo su tiempo en la busca de un modo de perder su remisión. Lo sabía porque expresaba constantemente furia y odio por los doctores que la habían salvado. Pero no sabía lo que tenía planeado Fat. Fat lo mantuvo secreto aun ante Sherri. La ayudaré, se decía en lo profundo de su mente perturbada. Ayudaré a Sherri a mantener la salud, pero si y cuando volviera a enfermar, allí estaré yo a su lado, dispuesto a hacer lo que sea por ella.

Clarificado, su error develaba: no sólo planeaba Sherri enfermar nuevamente; como Gloria, tenía intención de arrastrar a tanta gente consigo como le fuera posible; en proporción directa al amor que le profesaban. Fat la quería; peor aún, le estaba agradecido. Con esta arcilla Sherri podía fabricar en la rueda de alfarería perversa que usaba como cerebro un cuenco que aplastaría lo que había hecho Leon Stone, lo que había hecho Estefanía, lo que había hecho Dios. Sherri tenía más poder en su cuerpo debilitado que esas tres entidades combinadas, con inclusión del mismo Dios Vivo.

Fat había decidido unirse al Anticristo. Y por los más elevados motivos posibles: por amor, gratitud y el deseo de ayudar.

Exactamente aquello de que se alimentan los poderes del infierno: los mejores instintos del hombre.

Sherri Solvig, como que era pobre, vivía en un minúsculo cuarto destartalado que no tenía cocina; se veía obligada a lavar los platos en el lavabo del cuarto de baño. El cielorraso exhibía una gran mancha de humedad debida a un inodoro que se desbordaba en el piso de arriba. Fat la había visitado allí un por de veces y al conocer el lugar, lo había considerado deprimente. Tenía la impresión de que si Sherri se mudaba a un agradable apartamento moderno con cocina, su estado de ánimo mejoraría.

Es innecesario mencionar que a Fat ni se le había ocurrido la idea de que Sherri buscaba este tipo de vivienda. Sus deslucidas inmediaciones eran una consecuencia de su aflicción, no su causa; podría recrear esas condiciones dondequiera que fuera; Fat terminó por descubrirlo finalmente.

A esta altura de las circunstancias, sin embargo, Fat había regulado su línea de montaje física y mental como para que produjera una serie infinita de buenas acciones para con la persona que, antes que ninguna otra, lo había visitado en la sala de recuperación cardiaca y luego, en la Sección Norte. Sherri tenía documentos oficiales que atestiguaban su cristianismo. Comulgaba dos veces a la semana y tenía intención de ingresar algún día en una orden religiosa. Además, llamaba a su sacerdote consultor por el nombre de pila. Es imposible estar más cerca de la perfección piadosa.

Un par de veces Fat le había contado a Sherri de su encuentro con Dios. No la había impresionado, pues Sherri Solvig creía que uno se encuentra con Dios sólo a través de los canales correspondientes. Ella misma, por su parte, tenía acceso a estos canales, vale decir, su sacerdote consultor Larry.

En una ocasión Fat le había leído a Sherri en la *Britannica* acerca del tema de los secretos en los evangelios de Marcos y Mateo, la idea de que Cristo velaba sus enseñanzas en forma de parábolas para que las multitudes —vale decir, los extraños— no lo comprendieran y, por ende, no pudieran salvarse. Cristo, de acuerdo con esta perspectiva, sólo tenía intención de salvar a su reducido rebaño. La *Britannica* ventilaba el tema decididamente.

—Eso es pura bosta —dijo Sherri.

Fat quiso saber:

—¿Te refieres a que la *Britannica* está equivocada o a que está equivocada la Biblia? La *Britannica* sólo está...

—La Biblia no dice eso —dijo Sherri, que la leía constantemente o cuando menos llevaba siempre un ejemplar consigo.

Le llevó a Fat horas encontrar la cita en Lucas; finalmente pudo mostrársela a Sherri:

«Los discípulos le preguntaron qué podría significar esta parábola y él dijo: Los misterios del reino de Dios os son revelados a vosotros; para el resto son sólo parábolas, de modo que puedan ver, pero no percibir, que puedan oír, pero no comprender.» (*Lucas 8:9/10*).

—Le preguntaré a Larry si esa no es una de las partes corruptas de la Biblia —dijo Sherri.

Fastidiado, Fat dijo con irritación:

—Sherri ¿por qué no cortas todas las partes de la Biblia con las que estés de acuerdo y las pegas todas juntas? Así no tienes que perder el tiempo con el resto.

—No seas desdeñoso —dijo Sherri, que estaba colgando ropa en su minúsculo ropero.

No obstante, Fat imaginaba que básicamente él y Sherri estaban unidos por un vinculo común. Ambos estaban de acuerdo en que Dios existía; Cristo había muerto para salvar al hombre; la gente que no creía en esto no sabía realmente de qué se trataba nada. Le había confiado que había visto a Dios, noticia que Sherri recibió con placidez (en ese momento había estado planchando).

—Se lo llama teofanía —dijo Fat—. O epifanía.

—La epifanía —dijo Sherri emitiendo la voz según el ritmo de su lento planchado— es una fiesta que se celebra el seis de enero para conmemorar el bautismo de Cristo. Siempre asisto. ¿Por qué no asistes tú también? Es un servicio precioso. ¿Sabes? hay una broma...

Siguió hablando lentamente. Al oír esto, Fat se quedó perplejo. Decidió cambiar de tema; ahora Sherri estaba hablando de la ocasión en que Larry —que era el Padre Minter para Fat— había derramado el vino sacramental por el escote de una mujer que esperaba la comunión arrodillada.

—¿Crees que Juan Bautista era esenio? —le preguntó a Sherri.

Jamás, en ocasión alguna admitiría Sherri que ignoraba la respuesta a una pregunta teológica; lo que más se aproximaba a una confesión de ignorancia era responder: «Le preguntaré a Larry». A Fat en ese momento le contestó serenamente:

—Juan Bautista era Elías que vuelve antes de la llegada de Cristo. Se lo preguntaron a Cristo y él dijo que Juan Bautista era Elías cuya visita había sido prometida.

—Pero ¿era esenio?

Haciendo momentáneamente una pausa en el planchado, Sherri preguntó:

—¿No vivían los esenios en el Mar Muerto?

—Bueno, en el *wadi* de Qumran.

—Tu amigo el obispo Pike ¿no murió en el Mar Muerto?

Fat había conocido a Jim Pike, hecho que siempre contaba con orgullo no bien se le presentaba un pretexto.

—Sí —dijo—. Jim y su mujer habían ido al desierto del Mar Muerto en un Ford Cortina. Tenían dos botellas de Coca-Cola consigo. Eso era todo.

—Me lo habías contado —dijo Sherri reanudando su planchado.

—Lo que nunca pude saber —dijo Fat— es por qué no se bebieron el agua del radiador del automóvil. Eso es lo que siempre se hace cuando el automóvil de uno se descompone en un desierto y no se tiene otro recurso.

Durante años Fat había reflexionado sobre la muerte de Jim Pike. Imaginaba que de algún modo se relacionaba con los asesinatos de los Kennedy y el doctor King, pero no tenía la menor prueba de ello.

—Quizá tenía anticongelador en el radiador —dijo Sherri.

—¿En el desierto del Mar Muerto?

Sherri dijo:

—Mi automóvil me está dando problemas. El hombre de la estación de Exxon, de la Decimoséptima dice que los soportes del motor están sueltos. ¿Eso es grave?

Fat, que no quería hablar sobre el viejo automóvil maltrecho de Sherri, sino seguir sus disquisiones acerca de Jim Pike, dijo:

—No lo sé.

Trató de hallar un modo de retomar el tema de la desconcertante muerte de su amigo, pero no le fue posible.

—Ese maldito coche —dijo Sherri.

—No pagaste nada por él; ese tío te lo regaló.

—¿Que no pagué nada? Me hizo sentir como que era mi dueño por haberme dado ese maldito automóvil.

—Hazme recordar que nunca te obsequie un automóvil —dijo Fat.

Ese día todos los indicios estaban a su disposición. Si se hacía algo por Sherri, ella sentía que debía sentir agradecimiento —cosa que no sentía en absoluto— lo cual le significaba una carga, una despreciable obligación. No obstante, Fat tenía pronto una racionalización para esto que ya había comenzado a utilizar. El no hacía nada por Sherri con intención de recibir nada a cambio; *ergo*, no esperaba gratitud; *ergo*, si no la obtenía, todo estaba en orden.

Lo que no advertía era que no sólo había ausencia de gratitud (lo cual él podía manejar psicológicamente), sino que, además, en su reemplazo, se daba una abierta expresión de malignidad. No le era posible concebir que alguien devolviera malignidad a cambio de ayuda. Por tanto, no recogía el testimonio de sus sentidos.

En una oportunidad, cuando estaba dictando conferencias en la Universidad de California en Fullerton, un estudiante me pidió una definición breve y sencilla de la realidad. Lo pensé y le respondí:

—Realidad es lo que no desaparece aun cuando hayas dejado de creer en su existencia.

Fat no creía que Sherri devolviera malignidad por la ayuda que se le dispensaba. Pero eso no cambiaba nada. Por tanto, su respuesta se situaba en el marco de lo que llamamos «realidad». Le gustara o no, Fat de algún modo tendría que vérselas con ella o, de lo contrario, no podría seguir teniendo trato con Sherri.

Una de las razones por las que Beth había abandonado a Fat eran las visitas que éste le hacía a Sherri en su destartalado cuarto de Santa Ana. Fat se había engañado a sí mismo para convencerse de que la visitaba por caridad. En realidad, estaba erotizado por haber perdido Beth todo interés sexual en él y, por tanto, verse forzado a la abstinencia. En muchos aspectos Sherri le parecía bonita; de hecho, Sherri era bonita; todos estábamos de acuerdo en ello. Durante el tiempo en que fue sometida a quimioterapia llevó peluca. David no lo había advertido y a menudo la felicitaba por sus cabellos, lo cual la divertía. Esto nos parecía macabro por parte de ambos.

En su estudio de las formas que asume el masoquismo en el hombre moderno, Theodor Reik propone una interesante idea. El masoquismo está más difundido de lo que uno imagina porque asume una forma atenuada. El dinamismo básico consiste en lo siguiente: el ser humano percibe como inevitable algo malo que está por sucederle. No hay modo de que pueda detener el proceso; se encuentra desvalido. Esta sensación de desvalimiento genera la necesidad de ganar algún control sobre el dolor que está por delante; cualquier clase de control. Esto no carece de sentido; el sentimiento subjetivo de desvalimiento es más doloroso que el infortunio que se tiene por delante. De modo que la persona gana control de la situación de la única manera a que tiene acceso: consiente el acaecimiento de infortunio; lo apresura. Esta actividad de su parte produce la falsa impresión de que goza con el dolor. No es así. Sencillamente no puede seguir soportando la invalidez o la supuesta invalidez. Pero en el proceso de ganar control sobre el infortunio inevitable se vuelve automáticamente anhedonista (lo cual significa no tener capacidad o disponibilidad para el goce del placer). El anhedonismo se instala furtivamente. Con el correr de los años se posesiona del sujeto. Por ejemplo, aprende a postergar la gratificación; este es un paso del triste proceso del anhedonismo. Al aprender a postergar la gratificación, experimenta la sensación de tener autodominio; se vuelve estoico, disciplinado; no cede al impulso. Tiene control. Control sobre sí en términos de los propios impulsos y control sobre la situación externa. Es una persona controlada y controladora. No tarda en ramificarse y empieza a controlar a los demás como parte de la situación. Se convierte en un manipulador. Por supuesto, no tiene conocimiento conciente de esto; todo lo que pretende es disminuir la sensación de impotencia. Pero en el proceso de lograrlo, insidiosamente somete la libertad de los demás. No obstante, no obtiene el

Librodot

menor placer de esto, no obtiene la menor ganancia psicológica; todo lo que obtiene es esencialmente negativo.

Sherri Solvig había tenido cáncer, cáncer linfático, pero los valientes esfuerzos de sus doctores le habían procurado la remisión. No obstante, grabado en los *tapes* de su memoria, se incluye el dato de que los enfermos de linfoma que entran en remisión de ordinario terminan por perderla. No se han curado; de algún modo la dolencia ha pasado misteriosamente de un estado palpable a una especie de estado metafísico, a un limbo. Está presente, pero en estado de ausencia. De modo que, a pesar de la buena salud que por entonces gozaba, Sherri (así se lo decía su mente) contenía una bomba de tiempo y, llegado el momento, moriría. Nada podía hacerse para evitarlo, salvo la frenética promoción de una segunda remisión. Pero aun cuando se obtuviera una segunda remisión, también ella, por la misma lógica, por el mismo proceso inexorable, llegaría a su término.

El tiempo tenía a Sherri totalmente en sus manos. El tiempo tenía un único resultado para ella: un cáncer fatal. De ese modo su mente concebía la situación; había llegado a esa conclusión y, por bien que se sintiera y por más que la vida le prometiera, ese conocimiento seguía siendo la constarte. Un enfermo de cáncer en remisión, pues, representa un caso precipitado de la condición de todos los seres humanos: no hay quien no vaya a morir.

Con una parte de sí, Sherri pensaba en la muerte incesantemente. Todo lo demás, gente, objetos y procesos habían quedado reducidos al estado de sombras. Peor aún, cuando contemplaba a los demás, contemplaba la injusticia del universo. Los demás no padecían de cáncer. Esto significaba que, psicológicamente hablando, eran inmortales. Esto era injusto. Todos habían conspirado para despojarla de su juventud, de su felicidad y, por último, de su vida; en su reemplazo, la habían colmado de un infinito dolor y, quizás en secreto, gozaran con ello. «Regocijarse» y «gozar de» no eran más que una única cosa maligna. Sherri, por tanto, tenía motivos para desear que todo el mundo se fuera al infierno.

Por supuesto, no lo decía en voz alta. Pero lo vivía. A causa de su cáncer se había vuelto totalmente anhedonista. ¿Cómo se puede negar que esto tenga sentido? De intervenir la lógica, durante su remisión, Sherri debió apurar cada partícula de placer que le procurara la vida, pero la mente no funciona de manera lógica, como se lo había figurado Fat. Sherri consumía el tiempo en la anticipación de la pérdida de su remisión.

En este sentido, no posponía la gratificación; gozaba de la vuelta del linfoma ahora.

A Fat no le era posible discernir este complejo proceso mental. Sólo veía a una mujer joven que había sufrido mucho y a la que le había tocado en suerte una mala mano. Creía que podía ayudarla a mejorar su vida. Era algo que valía la pena intentar. La amaría, se amaría a sí mismo y Dios los amaría a ambos. Fat veía amor y Sherri veía futuro infortunio y muerte sobre los que no tenía control. No puede haber encuentro entre mundos tan diferentes.

En suma (como diría Fat) el masoquista moderno no goza del dolor; sencillamente no puede soportar la desvalidez. El «gozo del dolor» es una contradicción semántica, como lo han señalado ciertos filósofos y psicólogos. El «dolor» se define como algo que se experimenta como desagradable. «Desagradable» se define como algo que uno no quiere. Tratad de definirlo de otra manera y veréis a dónde iréis a parar. El «gozo del dolor» significa el

«gozo de lo que se experimenta como desagradable». Reik tenía la manija de la situación; decodificó el verdadero dinamismo del masoquismo atenuado del mundo moderno... y vio cómo se extendía entre todos nosotros casi, en una forma u otra y en cierto grado. Se ha vuelto ubicuo.

No sería correcto acusar a Sherri de gozar su cáncer. Ni siquiera de querer padecerlo. Pero creía que el cáncer estaba en el mazo de cartas que tenía por delante, oculto a cierta altura; cogía una carta al día y el cáncer no había aparecido aún. Pero si la carta se encuentra en el mazo y se van cogiendo sucesivamente las cartas una por una, se terminará por coger el cáncer y con ello se pone fin al juego.

De modo que, aunque no fuera su culpa, Sherri estaba destinada a dañar a Fat como nunca nadie antes lo había dañado en su vida. La diferencia entre Gloria Knudson y Sherri era obvia; Gloria quería morir por razones estrictamente imaginarias. Sherri moriría literalmente lo quisiera o no. Gloria tenía la opción de poner fin a su maligno juego mortal cuando psicológicamente lo quisiera; *no así Sherri*. Era como si Gloria, después de hacerse pedazos sobre el pavimento hubiera renacido con el doble de su tamaño primitivo y de su vigor mental. Mientras que Beth, al partir junto con Christopher, redujo a Amacaballo Fat a la mitad de su tamaño normal. Las probabilidades no favorecían un resultado optimista.

La verdadera motivación que impulsaba a Fat a sentirse atraído por Sherri era la atracción por la muerte que había empezado con Gloria. Pero, imaginando que el doctor Stone lo había curado, Fat se había lanzado al mundo con renovada esperanza... se había lanzado a la locura y la muerte; no había aprendido nada. La bala le había sido extraída del cuerpo y la herida se le había curado, es cierto. Pero estaba preparado para recibir otra, estaba *ansioso* por recibir otra. No veía la hora de ir a vivir con Sherri y salvarla.

Si lo recordáis, ayudar a la gente era una de las dos cosas fundamentales que Fat debía abandonar, según se le había dicho; ayudar a la gente y el consumo de drogas. Había dejado de consumir drogas, pero todas sus energías y su entusiasmo se habían canalizado ahora para salvar a la gente.

Hubiera sido preferible que siguiera con el consumo de drogas.

6

La maquinaria del divorcio había convertido a Fat en un hombre solo dejándolo en libertad de proceder a su antojo y aniquilarse. No veía la hora de hacerlo.

Entretanto, había iniciado un tratamiento terapéutico, derivado por la gente del Hospital Mental del Condado de Orange. Le habían designado un terapeuta llamado Maurice, no correspondía a la idea que normalmente uno se hace de un terapeuta. Durante la década de 1960 había introducido armas y drogas en California utilizando el puerto de Long Beach; había pertenecido al SNCC y al CORE y había luchado como comando israelí contra los sirios; medía dos metros de altura y los músculos le abultaban bajo la camisa haciendo casi saltar los botones. Como Amacaballo Fat, tenía una barba negra y rizada. Generalmente permanecía de pie frente a Fat en el otro extremo del cuarto sin sentarse nunca; le gritaba puntualizando sus

Librodot

admoniciones con las palabras «Y hablo en serio». Fat jamás dudaba que Maurice hablara en serio; no era esa la cuestión.

El plan de juego por parte de Maurice era obligar a Fat por la fuerza a que gozara de la vida en lugar de salvar a la gente. Fat no tenía concepto alguno de goce; sólo entendía las significaciones. Inicialmente Maurice le hizo confeccionar una lista por escrito de las diez cosas que más quisiera.

El término «quisiera», como se lo utiliza en «siquiera hacer», desconcertaba a Fat.

—Lo que quiero hacer —dijo— es ayudar a Sherri. Para que no vuelva a enfermar.

Maurice rugió:

—Usted cree que *debería* ayudarla. Cree que así se vuelve una buena persona. Nada nunca lo convertirá a usted en una buena persona. No tiene el menor valor para nadie.

Fat protestó débilmente que no era así.

—Usted no vale nada —dijo Maurice.

—Y usted es una mierda —dijo Fat, a lo cual Maurice se sonrió. Había comenzado a obtener lo que buscaba.

—Escúcheme —dijo— y hablo en serio. Vaya a fumar droga y a follar con una mujer que tenga tetas grandes y no con una que se está muriendo. Usted sabe que Sherri se está muriendo, ¿no? Se va a morir ¿y qué va a hacer entonces? ¿Volver con Beth? Beth trató de matarlo.

—¿De matarme? —exclamó Fat asombrado.

—Por supuesto que sí. Le preparó la muerte. Sabía que usted intentaría suicidarse si se llevaba al niño y se iba.

—Vaya —dijo Fat en parte complacido; eso significaba que no era un paranoico después de todo. Para sí siempre había sabido que Beth había calculado su intento de suicidio.

—Cuando Sherri muera —dijo Maurice— también usted va a morir. ¿Quiere morir? Puedo arreglar eso ahora mismo. —Examinó su inmenso reloj de pulsera que lo indicaba todo, incluso la posición de las estrellas—. Veamos; son las dos y treinta. ¿Qué le parece esta tarde a las seis?

Fat no se daba cuenta si Maurice hablaba en serio. Pero sabía que era capaz, como suele decirse.

—Escuche —dijo Maurice—, y hablo en serio. Existen maneras de morir más fáciles que las que usted concibe. Lo está haciendo de la manera más difícil. No le hacen falta pretextos: el abandono de su mujer y su hijo, la muerte de Sherri. Cuando Sherri estire la pata va a ser su gran día. El dolor y el amor…

—Pero ¿quién dice que Sherri va a morir? —interrumpió Fat. Estaba convencido que mediante sus poderes mágicos podría salvarla; este hecho era el que sostenía toda su estrategia.

Maurice no tuvo en cuenta la interrupción. En cambio, preguntó:

—¿Quiere usted morir?

—No —dijo Fat que, honestamente, creía decir la verdad.

—Si Sherri no tuviera cáncer ¿se iría a vivir con ella? —Maurice esperó, pero no obtuvo respuesta, principalmente porque Fat tuvo que confesarse que no, que no lo haría—. ¿Por qué quiere morir? —repitió Maurice.

—Bueno… —Fat se quedó sin saber qué decir.

—¿Es usted una mala persona?

—No —dijo Fat.

—¿Hay alguien que se lo mande? ¿Una voz? ¿Alguien que le envíe mensajes «de muerte?

—No.

—¿Quería su madre que muriera?

—Bueno, desde que Gloria...

—A la mierda con Gloria. ¿Quién es Gloria? Ni siquiera durmió nunca con ella. Ni siquiera la conocía. Usted ya se estaba preparando para morir. No me venga con esa. —Maurice, como de costumbre, había empezado a gritar, Si quiere ayudar a la gente, vaya a Los Ángeles y dé una mano en el Plato de sopa de los Obreros Católicos y donde tanto dinero como le sea posible a CARE (Cooperativo for American Remittances Everywhere: Cooperativa estadounidense para el envío de bienes a todas partes del mundo). Deje que los profesionales ayuden a la gente. Se está mintiendo a sí mismo, se está diciendo que Gloria significaba algo para usted, que cómo se llama... Sherri no va a morir para estar junto a ella cuando muera. Ella quiere arrastrarlo consigo y usted está dispuesto a que lo haga; es una confabulación entre ambos. Todos los que llegan a esta puerta quieren morir. A eso se reduce la enfermedad mental. ¿No lo sabía? Se lo estoy diciendo. Me gustaría mantenerle la cabeza bajo el agua hasta que luchara por la vida. Si no luchara, pues... ¡al carajo! Me gustaría que me dejaran intentarlo. Su amiga, la del cáncer, lo padece a propósito. El cáncer constituye un fracaso deliberado del sistema de inmunidad del cuerpo; la persona lo anula. Se da por la pérdida, por la pérdida de alguien amado. ¿Ve cómo la muerte se expande? Todo el mundo tiene células cancerosas que le flotan por el cuerpo, pero su sistema de inmunidad se hace cargo de ellas.

—Ella tenía un amigo que murió —admitió Fat—. Tuvo un ataque del *grand mal*. Y su propia madre murió de cáncer.

—De modo que Sherri se sintió culpable porque su amigo y su madre murieron. Usted se siente culpable porque murió Gloria. Asuma la responsabilidad de su propia vida para variar. Su propia protección corre por su cuenta.

Fat dijo:

—También corre por mi cuenta ayudar a Sherri.

—Veamos esa lista. Por su bien, espero que la haya preparado.

Al alcanzarle la lista de las diez cosas que más deseaba, Fat, se preguntó en silencio si Maurice tendría razón en todo. No podía ser que Sherri quisiera morir; había luchado con terquedad y bravura; había soportado no sólo el cáncer, sino también la quimioterapia.

—Quiere pasearse por la playa de Santa Bárbara —dijo Maurice examinando la lista—. Eso figura en primer lugar.

—¿Tiene eso algo de malo? —preguntó Fat a la defensiva.

—No. ¿Y bien? ¿Por qué no lo hace?

—Lea el deseo número dos —dijo Fat—. Tengo que tener a una linda muchacha a mi lado.

Maurice dijo:

—Lleve a Sherri.

—Ella... —Vaciló. De hecho, le había pedido a Sherri que fuera con él a la playa de Santa Bárbara para pasar un fin de semana en uno de los lujosos hoteles que había allí. Ella había contestado que el trabajo que realizaba en la iglesia la mantenía demasiado ocupada.

—No quiere ir —terminó Maurice por él—. Está demasiado ocupada. ¿En qué?

—En la iglesia.

Se miraron entre sí.

—Su vida no va a cambiar mucho cuando le vuelva el cáncer —dijo Maurice por último—. ¿Habla de su cáncer?

—Sí.

—¿A los empleados de las tiendas? ¿A todos con los que se encuentra?

—Sí.

—Muy bien, su vida va a cambiar, va a obtener más comprensión. Se sentirá más a sus anchas.

Con dificultad, Fat empezó a decir:

—Una vez me dijo... —Le era difícil expresarlo—. Que el cáncer era lo mejor que le había sucedido en la vida. Porque de ese modo...

—El Gobierno Federal la había pensionado.

—Sí —asintió Fat.

—De manera que no tendrá que volver a trabajar. Supongo que todavía recibe la pensión aunque se encuentra en estado de remisión.

—Sí —dijo Fat con desánimo.

—La van a pescar. Consultarán con su doctor. Y entonces, tendrá que buscarse un trabajo.

Dijo Fat con amargura:

—Nunca se buscará un trabajo.

—Usted odia a esa muchacha —dijo Maurice—. Y, lo que es peor todavía, no la respeta. Es una holgazana. Es una artista del despojo. Lo está despojando a usted emocional y financieramente. Usted la mantiene ¿no? Y, además, recibe la pensión del Gobierno Federal. Tiene organizada una estafa, la estafa del cáncer. Y usted es el primo. —Maurice lo miró gravemente. —¿Cree en Dios?— le preguntó de sopetón.

Puede inferirse de esta pregunta, que Fat había olvidado sus peroratas acerca de Dios durante las sesiones terapéuticas con Maurice. No tenía intención de terminar otra vez en la Sección Norte.

—En cierto sentido —dijo. Pero no podía dejar la cosa así; tenía que ampliarla—. Tengo mi propio concepto de Dios —dijo—. Basado en mis propias... —Vaciló ante la visión de la trampa que sus propias palabras le preparaban; la trampa estaba erizada de alambres de púa—. En mis propios pensamientos —terminó.

—¿Es un tema que lo afecte mucho? —preguntó Maurice.

En el mejor de los casos Fat no sabía a qué atenerse. Por ejemplo, no había tenido acceso a los archivos de la Sección Norte, no sabía si Maurice los había leído y tampoco cuál pudiera ser su contenido.

—No —contestó.

—¿Cree que el hombre fue creado a imagen de Dios? —preguntó Maurice.

—Sí —contestó Fat.

Maurice, levantando la voz, gritó:

—Entonces ¿no es una ofensa contra Dios matarse? ¿No pensó nunca en eso?

—Lo pensé —dijo Fat—. Lo pensé mucho.

—¿Y bien? ¿Qué ha decidido? Permítame recordarle lo que dice el *Génesis* en caso de que lo haya olvidado. «Y Dios dijo: Hagamos al hombre a nuestra

imagen y semejanza para que gobierne por sobre los peces de la mar, las aves del cielo, las bestias...»

—Sí, está bien —interrumpió Fat—, pero esa es la deidad creadora, no el verdadero Dios.

—¿Cómo? —exclamó Maurice.

Dijo Fat:

—Ese es Yaldaboath. Llamado a veces Samael, el dios ciego. Está trastornado.

—¿De qué diablos está usted hablando? —preguntó Maurice.

—Yaldaboath es un monstruo incubado por Sofía que se cayó del Pleroma —dijo Fat—. Se imagina que es el único Dios, pero se equivoca. Algo lo perturba; le es imposible ver. Crea nuestro mundo, pero como es ciego malogra su obra. El verdadero Dios contempla desde lo alto y su clemencia lo decide a actuar para salvarnos. Los fragmentos de luz del Pleroma son...

Mirándolo con fijeza Maurice preguntó:

—¿Quién inventó todo esto, usted?

—En lo fundamental —dijo Fat—, mi doctrina es valentiniana, siglo II E.C.

—¿Qué significa E.C.?

—Era Común. La designación reemplaza d.C. El gnosticismo de Valentino es la rama más sutil en oposición a la irania que, por supuesto, tiene una fuerte influencia del dualismo zoroástrico. Valentino percibió el ontológico valor salvífero de la gnosis, pues invertía la condición primordial original de ignorancia, que representa el estado de caída, la perturbación del Dios que tuvo por resultado la frustrada creación del mundo fenoménico o material. El verdadero Dios, que es por entero trascendente, no creó el mundo. No obstante, al ver lo que Yaldaboath había hecho...

—¿Quién es ese Yaldaboath? ¡Fue Jehová el que creó el mundo! ¡Así lo dice la Biblia!

Dijo Fat:

—La deidad creadora creía que era el único dios; por eso era celoso y dijo: «No tendréis otro dios más que a mí», a lo cual...

Maurice gritó:

—¿No ha leído la Biblia?

Al cabo de una pausa, Fat intentó otro enfoque. Estaba tratando con un idiota religioso.

—Mire —dijo de manera tan razonable como le fue posible—, sobre la creación del mundo existen varias opiniones. Por ejemplo si se considera el mundo un artefacto —lo cual es improbable; probablemente sea un organismo, tal como lo consideraban los antiguos griegos—, se puede concluir que hubo creación; por ejemplo, pudo haber habido varios creadores en diversos tiempos. Los idealistas budistas así lo señalan. Pero aun si...

—Usted nunca ha leído la Biblia —dijo Maurice con incredulidad—. ¿Sabe lo que quiero que haga? Y lo digo en serio. Quiero que vuelva a casa y que se ponga a estudiar la Biblia. Quiero que lea el Génesis dos veces. ¿Me oye? Dos veces con atención. Y quiero que escriba un resumen de las principales ideas y episodios contenidos en él en orden de importancia decreciente. Y cuando se presente aquí la semana que viene quiero ver completada esa lista. —Estaba sinceramente enojado.

Proponer el tema de Dios no había sido una buena idea, pero Maurice no podía saberlo de antemano. Todo lo que pretendía era apelar al sentido ético

Librodot

de Fat. Puesto que era judío, Maurice suponía que no podían separarse ética y religión, puesto que se combinan en el monoteísmo hebreo. La ética pasó directamente de Jehová a Moisés; todo el mundo lo sabe. Todo el mundo, menos Amacaballo Fat, cuyo problema, por el momento, radicaba en que sabía demasiado.

Respirando pesadamente, Maurice comenzó a examinar su libreta de citas. No había aniquilado a los asesinos sirios concibiendo al cosmos como una entelequia sensible dotada de psique y soma, un espejo macrocósmico del hombre, el microcosmos.

—Permítame que le diga una cosa —dijo Fat.

Maurice hizo con irritación una señal de asentimiento.

—Puede que la deidad creadora esté trastornada y, por tanto, también el universo lo esté. Lo que experimentamos como caos es en realidad irracionalidad. Hay una diferencia. —Entonces guardó silencio.

—El universo es lo que usted hace con él —dijo Maurice—. Es lo que hace con él lo que cuenta. Tiene la responsabilidad de hacer con él algo que promueva la vida, no que la aniquile.

—Esa es la posición existencial —dijo Fat—. Basada en el concepto de que somos lo que hacemos más que lo que pensamos. Encuentra su primera expresión en el Fausto de Goethe, Primera Parte, cuando Fausto dice: «*Im Anfang war das Wort*». Es una cita del comienzo del Cuarto Evangelio: «En el principio era el Verbo». Fausto dice: «*Nein. Im Anfang war die Tat*». «En el principio era la acción.» De ahí proviene todo el existencialismo.

Maurice se quedó mirándolo como si Fat fuera una alimaña.

Al volver al moderno piso de dos dormitorios y dos cuartos de baño situado en el Sur de Santa Ana en el que vivía con Sherri, un piso con servicio de seguridad completo en un edificio con entrada electrónica, playa de aparcamiento subterráneo y vigilancia por circuito cerrado de televisión de la entrada principal, Fat se dio cuenta que había descendido nuevamente desde una situación de autoridad a la de humilde situación de chiflado. Maurice, al intentar ayudarlo, había derrumbado por accidente el bastión en el que Fat se mantenía seguro.

No obstante, desde el punto de vista positivo de la situación, vivía en el nuevo edificio semejante a una fortaleza o a una cárcel, emplazado justo en medio del barrio mejicano. Para que el portón del garaje subterráneo se abriera, se necesitaba una tarjeta de computadora magnética. Esto apuntalaba el decaído ánimo de Fat. Puesto que su apartamento estaba en el último piso, le era posible mirar desde lo alto a Santa Ana y a toda la gente pobre que era despojada por borrachos y drogadictos a toda hora de la noche. Además, lo que era mucho más importante, tenía a Sherri consigo. Ella preparaba magníficas comidas, aunque él tenía que lavar los platos y hacer las compras. Sherri no hacía ninguna de las dos cosas. Cosía y planchaba mucho, salía a hacer diligencias, conversaba por teléfono con antiguas amigas de la escuela secundaria y mantenía a Fat informado acerca de los asuntos de la iglesia.

No puedo dar el nombre de la iglesia de Sherri porque existe en la realidad (bueno a decir verdad, también existe Santa Ana), de modo que le daré el nombre que le daba Sherri: el taller de Jesús. La mitad del día atendía los teléfonos y la mesa de recepción; tenía a su cargo los programas de ayuda, lo cual significa que distribuía alimentos y dinero para albergues, asesoraba

sobre lo que podía obtenerse en el Departamento de Bienestar Social y erradicaba a los drogadictos de la vecindad de la verdadera gente.

Sherri detestaba a los drogadictos y no sin motivos. Todos los días se presentaban con una nueva artimaña. Lo que más la molestaba no era tanto que despojaran a la iglesia sino que después se jactaran de ello. Pero como los drogadictos no se guardan lealtad entre sí, se presentaban generalmente para ponerla al tanto sobre qué otros drogadictos estaban cometiendo los despojos y las jactancias. Sherri apuntaba sus nombres en la lista de los marcados.

De costumbre volvía a casa de la iglesia quejándose furiosamente de las condiciones que imperaban en ella, en especial, de lo que los vagos y los drogadictos habían dicho y hecho ese día y de que Larry, el sacerdote, no hiciera nada para remediarlo.

Al cabo de una semana de vivir juntos, Fat supo mucho más acerca de Sherri de lo que había aprendido en los tres años de trato social que duró su amistad. Se sentía agraviada por cuanta criatura circulara en esta tierra en orden de proximidad; esto es, cuanto más tuviera que ver con algo o con alguien, tanto más se sentía agraviada por él, ella o ello. El mayor amor erótico de su vida estaba encarnado en su sacerdote, Larry. Durante los malos tiempos, cuando literalmente se estaba muriendo de cáncer, Sherri le había confesado que su mayor deseo era acostarse con él, a lo cual él le había contestado que nunca mezclaba la vida social con sus tareas (Larry era casado, tenía tres hijos y un nieto). Sherri todavía lo amaba y todavía deseaba acostarse con él, pero tenía la sensación de derrota.

Desde el punto de vista positivo, una vez, mientras estaba viviendo en lo de su hermana —o, por el contrario, mientras había estado muriendo en lo de su hermana, según se tenía la impresión por lo que contaba Sherri— había sufrido un ataque y el Padre Larry se había hecho presente para llevarla al hospital. Cuando él la cogió en brazos, ella lo besó y él le respondió con un beso de lengua. Sherri le mencionó esto muchas veces a Fat. Echaba de menos melancólicamente aquellos días.

—Te amo —le informó a Fat una noche—, pero es realmente a Larry a quien amo porque me salvó cuando estaba enferma.

Fat no tardó en desarrollar la opinión de que la religión ocupaba un lugar secundario en la iglesia de Sherri. El lugar central lo ocupaban la atención del teléfono y el despacho de la correspondencia. Varias personas nebulosas —que bien podrían llamarse Larry, Moe y Curly por lo que a Fat concernía— pululaban por la iglesia recibiendo salarios invariablemente mayores que el de Sherri y teniendo que desempeñar un número menor de tareas. Sherri les deseaba la muerte a todas ellas. A menudo se refería con deleite a sus infortunios, como por ejemplo, cuando se les descomponían sus automóviles, se les hacía pagar una multa por exceso de velocidad o el padre Larry censuraba su desempeño.

—Eddy va a recibir su merecido —decía por ejemplo Sherri al volver a casa—. Ese pequeño hijo de puta.

Un indigente en particular provocaba el fastidio de Sherri: un hombre llamado Jack Barbina que, según Sherri decía, revisaba los botes de basura en busca de regalitos para ella. Jack Barbina aparecía en la iglesia cuando ella se encontraba sola en su oficina, le ofrecía una caja sucia de dátiles y una nota desconcertante en la que expresaba el deseo de cortejarla. Sherri lo

Librodot

consideró un maniático desde la primera vez que lo vio; vivía con miedo de que la matara.

—La próxima vez que se presente, te llamaré —le dijo a Fat—. No quiero estar sola con él. No hay dinero bastante en los Fondos Discrecionales del Obispado que me compense por tener que soportar a Jack Barbina, especialmente con lo que me pagan, que es aproximadamente la mitad de lo que recibe Eddy, el pequeño maricón.

Para Sherri el mundo se dividía en holgazanes, maniáticos, drogadictos, homosexuales y amigos que apuñalan por la espalda. Tampoco le gustaban mucho los mejicanos y los negros. Fat solía asombrarse de su total carencia de caridad cristiana en el sentido emocional. ¿Cómo podía —por qué quería— trabajar en una iglesia y tener la intención de ingresar en una orden religiosa cuando odiaba, temía y detestaba a cuanto ser humano existía y, sobre todo, se quejaba de la suerte que le había deparado la vida?

Sherri guardaba animadversión hasta a su propia hermana, que la había cobijado, alimentado y cuidado durante todo el tiempo en que estuvo enferma. La razón: Mae conducía un Mercedes-Benz y tenía un marido rico. Pero sobre todo Sherri detestaba la carrera de su mejor amiga, Eleanor, que se había hecho monja.

—Aquí estoy yo vomitando en Santa Ana —decía Sherri con frecuencia—, mientras Eleanor se pasea con su hábito por Las Vegas.

—Ahora no vomitas —le señaló Fat—. Te encuentras en remisión.

—Pero ella no lo sabe. ¿Qué clase de lugar es Las Vegas para una orden religiosa? Probablemente estará ofreciendo el culo en...

—Estás hablando de una monja —le dijo Fat que había conocido a Eleanor y le había gustado.

—Yo sería monja a esta altura si no me hubiera enfermado.

Para escapar de la vacua tontería de Sherri, Fat se encerró en el dormitorio que utilizaba como estudio y comenzó a trabajar una vez más en su gran exégesis. Tenía ya casi unas 300.000 palabras, manuscritas en su mayoría, pero de este bulto había comenzado a extractar lo que llamó su *Tractate: Cryptica Scriptura* (véase Apéndice), lo cual significaba sencillamente «escritos ocultos». A Fat el título en latín le parecía mucho más impresionante.

A esta altura de su *Meisterwerk* había empezado pacientemente a fabricar su cosmogonía, término técnico con el que se designa «de cómo el cosmos llegó a tener existencia». Pocos son los individuos que componen cosmogonías; por lo general son culturas enteras, civilizaciones, pueblos o tribus los que lo hacen: una cosmogonía es una producción grupal que va decantándose con el correr de las edades. Fat sabía esto perfectamente y se enorgullecía de haber creado la suya propia. La llamó:

COSMOGONÍA DE DOBLE FUENTE

Era la anotación núm. 47 de su diario o exégesis y, con mucho, la más larga.

Lo Uno era y no-era combinadamente y deseaba separar el no-era del era. De modo que generó un saco diploide que contenía, como la cáscara de un huevo, a un par de mellizos, cada cual un andrógino, que giraban en

direcciones opuestas (el Yin y el Yang del taoísmo; lo Uno es el Tao). El proyecto de lo Uno consistía en que ambos mellizos llegaran a ser simultáneamente; pero motivado por el deseo de ser (que lo Uno había insuflado en ambos) la melliza que giraba contra la dirección de las agujas del reloj rompió el saco y se separó prematuramente, esto es, antes de que se cumpliera plenamente su término. Esta era la melliza oscura o Yin. Por tanto, resultó defectuosa. Cuando el término se cumplió cabalmente, el mellizo juicioso salió a la luz. Cada uno de los mellizos formaba una entelequia unitaria, un organismo viviente singular constituido de psique y soma que aún seguían rotando en direcciones opuestas. El mellizo que había llegado a la plenitud de su término, que Parménides llamó Forma I, avanzó correctamente a través de las sucesivas etapas de su desarrollo, pero la melliza de nacimiento prematuro, llamada Forma II, languidecía.

El paso siguiente del proyecto de lo Uno consistía en que lo Dos se convirtiera en lo Mucho mediante su interacción dialéctica. De ello, en tanto hiperuniversos, emanó una zona interfacial hologramática que es el universo pluriforme en el que nosotras, las criaturas, habitamos. Las dos fuentes debían intervenir por igual en el mantenimiento de nuestro universo, pero la Forma II siguió languideciendo y aproximándose a la enfermedad, la locura y el desorden. Esos son los aspectos que proyectó sobre nuestro universo.

El propósito de lo Uno era que nuestro universo hologramático sirviera como instrumento de enseñanza por el que toda una variedad de nuevas vidas lograra avanzar hasta volverse finalmente isomórficas con lo Uno. Pero el lamentable estado en que se encontraba el hiperuniverso II introdujo factores adversos que dañaron nuestro universo hologramático. Este es el origen de la entropía, el sufrimiento inmerecido, el caos y la muerte, como también del Imperio, la Negra Prisión de Acero; en esencia, el aborto de la salud y el cabal desarrollo de las formas de vida incluidas en el universo hologramático. Además, la función docente del universo se vio seriamente empobrecida, pues sólo las señales que provenían del hiperuniverso I contenían información; las del hiperuniverso II se había convertido en ruido.

La psique del hiperuniverso I envió una microforma de sí misma al hiperuniverso II con intención de curarlo. La microforma se manifestó en nuestro universo hologramático como Jesucristo. Pero el hiperuniverso II, como estaba trastornado, no vaciló en atormentar, humillar, rechazar y finalmente matar a la microforma de la psique piadosa de su saludable mellizo. Después de eso, el hiperuniverso II continuó el proceso de decadencia y se convirtió en una variedad de encadenamientos causales sin objetivo, ciegos y mecánicos. Por tanto, la misión de Cristo (o, con mayor precisión, del Espíritu Santo) consistió en el rescate de las formas de vida del universo hologramático o en la abolición de todas las influencias emanadas del hiperuniverso II. Preparado para su misión con cautela, se dispuso a matar a la melliza perturbada, pues ésta no tenía cura posible; es decir, no permitía que se la curara por no entender que estuviera enferma. Esta enfermedad y la locura nos impregnan a todos y nos convierte en idiotas que habitan en mundos privados e irreales. El proyecto original de lo Uno sólo puede llevarse a cabo ahora mediante la división del hiperuniverso I en dos hiperuniversos sanos que transformen el universo hologramático en la maquinaria de enseñanza eficaz que debía ser desde un principio. Ella será lo que experimentaremos como el Reino de Dios.

En el tiempo, el hiperuniverso II permanece con vida:

«El Imperio nunca tuvo fin». Pero en la eternidad, donde existen los hiperuniversos, el mellizo saludable del hiperuniverso II, que es nuestro campeón, le ha dado muerte —por necesidad—. Lo Uno se lamenta por la muerte de la melliza perturbada, pues amaba a ambos hijos; por tanto, la información de la Mente consiste en la trágica narración de la muerte de una mujer, cuyo matiz de fondo genera dolor en todas las criaturas del universo holográmático sin que ellas conozcan el motivo. Este duelo cesará cuando el mellizo saludable atraviese un proceso de mitosis y advenga el «Reino de Dios». La maquinaria para que se produzca esta transformación —el paso en el tiempo de la Edad de Acero a la Edad de Oro— se encuentra ahora en marcha; en la eternidad la transformación ya se ha producido.

No mucho tiempo después, Sherri se hartó de que Fat trabajara noche y día en su exégesis; se enojó, además, porque él le pidió aportara algo del dinero que recibía de pensión para el pago del alquiler porque de acuerdo con la sentencia judicial que puso fin al juicio de divorcio, tenía que pasar una crecida mensualidad para el mantenimiento de Beth y Christopher. Después de encontrar otro piso que pagaría el Departamento de Viviendas de Santa Ana, Sherri terminó viviendo sola y gratis, sin la obligación de tener que prepararle las comidas a Fat; además, podía salir con otros hombres, asunto al que Fat había puesto reparos mientras habían estado viviendo juntos. Una noche, al regresar a casa después de un paseo que había dado tomada de la mano de un amigo y encontrar furioso a Fat, Sherri había exclamado airada ante actitud tan posesiva:

—No tengo por qué aguantar esta insensatez.

Fat prometió que no volvería a poner reparos a que Sherri saliera con otros hombres, ni que volvería a pedirle que contribuyera a pagar el alquiler y los gastos de la comida, aun cuando en aquél momento sólo tenía nueve dólares en su cuenta bancaria. Esto de nada sirvió. Sherri estaba harta y resentida.

—Me mudo —le informó.

Después de que se fue, Fat tuvo que obtener fondos para adquirir toda clase de muebles, vajilla, receptor de televisión, toallas, todo, porque casi no había traído nada consigo después de roto su matrimonio; había esperado disponer de las cosas de Sherri. La vida le resultó muy solitaria sin ella, no hay por qué recalcarlo; vivir solo en un piso de dos dormitorios y dos cuartos de baño que había compartido, lo deprimía de una manera indecible. Sus amigos se preocuparon por él y trataron de animarlo. En febrero Beth lo había abandonado y ahora, a principios de setiembre, lo abandonaba Sherri. Una vez más estaba muriéndose poquito a poco. Todo lo que hacía era sentarse frente a la máquina de escribir o con un anotador y un bolígrafo y trabajar en su exégesis; nada más le quedaba en la vida. Beth se había trasladado a Sacramento, a setecientas millas de distancia de modo que le era imposible ver a Christopher. Tenía ideas de suicidio, pero no demasiado, sabía que Maurice no aprobaría tales pensamientos. Le haría confeccionar otra lista.

Lo que realmente molestaba a Fat era la impresión de que Sherri no tardaría en perder la remisión. Ir a clases a la Universidad de Santa Ana y el trabajo en la iglesia la dejaban agotada; cada vez que la veía, que era con la mayor asiduidad posible, la notaba cansada y enflaquecida. En noviembre se quejó de tener influenza; le dolía el pecho y tosía continuamente.

Librodot

—Esta influenza de mierda —decía Sherri.

Finalmente la convenció de que fuera a consultar al doctor para que la examinara con rayos X y le hiciera algunos análisis de sangre. Por entonces, él sabía que había perdido la remisión; apenas podía con su cuerpo.

El día que descubrió que volvía a padecer de cáncer, Fat se encontraba con ella; dado que la cita con el médico era a las ocho de la mañana, Fat se mantuvo despierto la noche antes permaneciendo continuamente sentado. La llevó a ver al doctor en su automóvil, junto con Edna, una amiga de Sherri de toda la vida; él y Edna se quedaron sentados en la sala de espera mientras Sherri mantenía su conferencia con el doctor Applebaum.

—Es sólo la influenza —dijo Edna.

Fat no dijo nada. Él bien sabía lo que era. Tres días antes había ido andando junto con Sherri al almacén; ella apenas podía poner un pie delante del otro. La mente de Fat no abrigaba dudas; mientras permanecía sentado con Edna en la sala de espera atestada, lo ganó el terror y sintió deseos de llorar. Aunque pareciera increíble, ese era el día del cumpleaños de él.

Cuando Sherri salió del consultorio del doctor Applebaum, llevaba un *Kleenex* sobre los ojos; Fat y Edna corrieron a su encuentro; él la sostuvo en sus brazos mientras ella se desplomaba diciendo:

—Ha vuelto, me ha vuelto el cáncer.

Lo tenía en los nódulos linfáticos del cuello y tenía también un tumor maligno en el pulmón derecho que le provocaba ahogos. En el término de veinticuatro horas se iniciaría un tratamiento de quimioterapia y radiación.

Edna dijo espantada:

—Yo estaba segura que sólo era influenza. Quería que fuera a Melodilandia para que diera testimonio de que Jesús la había curado.

A esa observación, Fat no dio respuesta alguna.

Se podría argumentar que a esta altura Fat no tenía ya obligaciones morales para con Sherri. Por el más nimio de los motivos, se había mudado de su casa dejándolo solo, triste y desesperado, sin otra cosa que hacer salvo garrapatear su exégesis. Así lo señalaron los amigos de Fat. Aun Edna lo señaló cuando Sherri se ausentó del cuarto. Pero Fat todavía la amaba. Le pidió que volviera a mudarse a su piso para poder cuidarla, pues ella se encontraba demasiado débil como para preparar sus propias comidas, y una vez que empezara con la quimioterapia su estado empeoraría mucho.

—No, gracias —dijo Sherri sin la menor expresión en el tono.

Un día Fat fue a la iglesia en la que ella solía trabajar y habló con el padre Larry; le pidió que ejerciera presión sobre la gente del Centro de Asistencia Médica del Estado de California para que le procuraran a Sherri alguien que le hiciera la comida y la ayudara en la limpieza del apartamento, pues no le permitía a él que lo hiciera. El padre Larry prometió que lo haría, pero nada resultó de ello. Fat, una vez más, fue a ver al sacerdote para considerar que podría hacerse por Sherri, y mientras estaba hablando, de pronto se echó a llorar.

Ante esta actitud, el padre Larry dijo de manera enigmática:

—Yo ya lloré todas las lágrimas que tenía disponibles para esa muchacha.

Fat no pudo decidir si eso significaba que la pena había hecho saltar sus circuitos emotivos o si, calculadamente, como recurso de protección, había puesto coto a su dolor. Sigue sin saberlo hasta el día de hoy. Su propio dolor había alcanzado proporciones críticas, Sherri había sido hospitalizada; Fat la visitaba y veía en la cama una figurita triste de la mitad del tamaño que

antes tenía, una figurita que se retorcía de dolor al toser, con mirada de desesperanza. Fat no se sentía capaz de conducir su automóvil de regreso a casa después de eso, de modo que era Kevin quien lo hacía. Kevin, que habitualmente mantenía su actitud de cinismo, no podía hablar de pena; los dos iban en el automóvil y Kevin le dio una palmadita en el hombro que es la única avenida abierta que les queda a los hombres para comunicarse que se quieren.

—¿Qué es lo que voy a hacer? —dijo Fat, con lo cual quería decir: ¿Qué es lo que voy a hacer cuando muera?

Verdaderamente amaba a Sherri, a pesar del modo en que ella lo había tratado; sí, en verdad, como lo sostenían sus amigos, ella lo había tratado con menosprecio. Él por su parte... no sabía si era cierto, ni tampoco le importaba. Todo lo que sabía era que ella yacía en la cama del hospital y que la metástasis le había llenado el cuerpo de tumores. Todos los días la visitaba en el hospital junto con todos los que la conocían.

Por la noche hacía lo único que le quedaba por hacer: trabajaba en su exégesis. Había llegado a una anotación importante.

Anotación Núm. 48. DE NUESTRA NATURALEZA. No es desafinado decir: somos bobinas de memoria (portadores de ADN capaz de conservar la experiencia) en un sistema de pensamiento semejante a una computadora que, aunque hayamos registrado y almacenado millares de años de la información experimentada y cada cual posea depósitos algo diferentes de todas las otras formas de vida, adolece de un mal funcionamiento —una incapacidad— en cuanto a la recuperación de la memoria. En ello radica la dificultad de nuestro subcírculo particular. La «salvación» mediante la gnosis —más adecuadamente, la anamnesis (la pérdida de la amnesia)—, aunque tiene significación particular para cada uno de nosotros —un salto cuantitativo de la percepción, la identidad, la cognición, la comprensión, la experiencia del mundo y de sí, con inclusión de la inmortalidad—, tiene mayor importancia todavía para el sistema en su totalidad, puesto que estas memorias son datos que le son necesarios y valiosos para el funcionamiento general.

Por tanto, se encuentra en proceso de autorreparación, que incluye: reconstrucción de nuestro subcircuito por medio de cambios del tiempo lineal y ortogonal y también una continua señalización dirigida a nosotros para estimular los bancos de memoria que tenemos bloqueados y, por tanto, recuperar lo que hay allí almacenado.

La información externa o gnosis, pues, consiste en desinhibir las instrucciones, con el contenido medular que nos es concretamente intrínseco, es decir, que ya se encuentra allí. (Esto lo observó por primera vez Platón, para quien aprender es un modo de recordar.)

Los antiguos poseían técnicas (sacramentos y rituales) utilizadas ampliamente en los misterios religiosos greco-romanos, incluido el cristianismo primitivo, para producir el despertar y la recuperación, sobre todo, por el valor restaurador que tiene para los individuos; los gnósticos, empero, percibieron el valor ontológico de lo que llamaron la Cabeza del Dios de por sí, la entidad total.

La Cabeza del Dios esta dañada; alguna crisis primordial tuvo lugar en ella que nos es imposible comprender.

Fat rehizo la anotación Núm. 29 de su diario y la agregó a la que tituló DE NUESTRA NATURALEZA:

*Núm. 29. No caímos por causa de un error moral; caímos por causa de un error intelectual: el de considerar como real el mundo fenoménico. Por tanto, somos moralmente inocentes. Es el Imperio en sus múltiples disfraces el que nos dice que hemos pecado. «*El Imperio nunca tuvo fin.*»*

A esta altura, Fat había perdido el tino casi por completo. Todo lo que hacía era trabajar en su exégesis o en su *tractate*, escuchar su aparato estereofónico o visitar a Sherri en el hospital. Comenzó a hacer anotaciones en su *tractate* sin orden lógico ni razón.

Núm. 30. El mundo fenoménico no existe; es una hipóstasis de la información que procesa la Mente.

Núm. 27. Si se eliminan los siglos de tiempo espurio, la verdadera fecha no es 1978 E.C., sino 103 E.C. Por eso el Nuevo Testamento afirma que el Reino del Espíritu advendrá antes de que «algunos de los que ahora viven lleguen a las muertes. Por tanto, estamos viviendo en tiempos apostólicos.»

*Núm. 20. Los alquimistas herméticos tenían conocimiento de una raza secreta de invasores de tres ojos pero, a pesar de que se esforzaron por lograrlo, nunca pudieron ponerse en contacto con ellos. Por tanto, sus esfuerzos por apoyar a Federico V, Elector Palatino, Rey de Bohemia, fracasaron. «*El Imperio nunca tuvo fin.*»*

Núm. 21. La Hermandad de los Rosacruces escribió:
*«Ex Deo nascimur, in Jesu mortimur, per spiritum sanctum reviviscimus», lo cual significa: «De Dios nacemos, en Jesús morimos, por el espíritu santo resucitamos». Esto quiere decir que habían redescubierto la fórmula perdida de la inmortalidad que el Imperio había destruido. «*El imperio nunca tuvo fin.*»*

Núm. 10. Apolonio de Tiana, cuando escribe de Hermes Trismegisto, dice: «Tanto es arriba como es abajo.» Con lo cual quiere expresar que nuestro universo es un holograma, pero no poseía el término.

Núm. 12. Los griegos conocieron al Inmortal como Dionisto; los judíos como Elías; los cristianos como Jesús. Cuando un huésped humano muere, él se traslada, de modo que no es nunca atrapado ni muerto. De ahí que Jesús exclamara en la cruz: «Eli, Eli, lama sabachtani». Al escucharlo, algunos de los presentes dijeron correctamente:
«Ese hombre está llamando a Elías». Elías lo había abandonado y él murió solo.

En el momento en que hacía esta anotación, Amacaballo Fat estaba muriendo solo. Elías, o quienquiera que fuese la presencia divina que en 1974 le había lanzado a su cerebro toneladas de información, por cierto lo había abandonado. La terrible pregunta que Fat se formulaba una y otra vez

no quedó incorporada en su diario o *tractate*; la pregunta podría formularse de la manera siguiente:

> Si la divina presencia tenía conocimiento del defecto de nacimiento de Christopher e hizo algo para ponerle remedio ¿por qué no pone remedio al cáncer de Sherri? ¿Cómo podía dejarla yacer agonizante?

A Fat no le era posible darse cuenta de cuáles pudieran ser los motivos. Todo un año había transcurrido con un diagnóstico errado. ¿Por qué Cebra no le había disparado a Fat o al médico de Sherri o a Sherri esa información? ¿Por qué no se la había disparado a cualquiera?

¡A tiempo para salvarla!

Un día en que Fat visitó a Sherri en el hospital, encontró allí, junto a la cama, a un tonto que se encontraba de pie sonriente; era un mentecato a quien Fat conocía; este tío solía presentarse cuando Fat y Sherri vivían juntos, abrazaba a Sherri, la besaba y le decía que la amaba sin tener en cuenta que Fat se encontraba allí. Este amigo de la infancia de Sherri, le estaba diciendo cuando Fat entró en la habitación:

—¿Qué haremos cuando yo sea rey del mundo y tú seas reina del mundo?

A lo cual Sherri contestó agónica en un murmullo:

—Sólo quiero deshacerme de estos bultos que tengo en la garganta.

Fat nunca había estado tan cerca de asesinar a alguien como lo estuvo en aquel momento. Kevin, que lo había acompañado, tuvo que retenerlo físicamente.

En el viaje de regreso al solitario piso de Fat, donde había vivido junto con Sherri durante un tiempo tan breve, Fat le dijo a Kevin:

—Me voy a volver loco. No puedo soportarlo.

—Esa es una reacción normal —dijo Kevin que en esos días ya no asumía su pose de cinismo.

—Explícame —dijo Fat— por qué Dios no la ayuda. Mantenía a Kevin al tanto de los progresos alcanzados en su exégesis; Kevin tenía noticia de su encuentro con Dios en 1974, de modo que podía hablarle abiertamente.

Kevin le dijo:

—Son los caminos misteriosos de la Gran Punta.

—¿Qué mierda es eso? —preguntó Fat.

—Yo no creo en Dios —dijo Kevin—. Creo en la Gran Punta. Y los caminos de la Gran Punta son misteriosos. Nadie sabe por qué hace lo que hace o lo que deja de hacer.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No —dijo Kevin.

—¿De dónde viene la Gran Punta?

—Sólo la Gran Punta lo sabe.

—¿Es benigna?

—Algunos dicen que sí, otros que no.

—Podría ayudar a Sherri si quisiera.

Kevin dijo:

—Eso sólo lo sabe la Gran Punta.

Se echaron a reír.

Obsesionado con la muerte y medio enloquecido de dolor por el estado de Sherri, Fat escribió la anotación Núm. 15 de su *tractate*:

Librodot

*Núm. 15. La Sibila de Cumas protegió a la República Romana y le hizo advertencias oportunas en el siglo I E.C. previó el asesinato de los hermanos Kennedy, el doctor King y el obispo Pike. En los cuatro hombres asesinados percibió los dos comunes denominadores: en primer lugar, defendían las libertades de la República y, en segundo lugar, cada uno de ellos era un líder religioso. Por eso fueron asesinados. La República, una vez más, se había convertido en un imperio con un césar. «*El Imperio nunca tuvo fin.*»*

Núm. 16. En marzo de 1974 la Sibila dijo: «Los conspiradores han sido descubiertos y deberán comparecer ante la justicia». Los descubrió con el tercer ojo o ajna, el Ojo de Shiva que da discernimiento interior, pero cuando se vuelve hacia fuera, fulmina con un calor que diseca. En agosto de 1974 tuvo lugar el juicio que había prometido la Sibila.

Fat decidió poner por escrito en su *tractate* todas las declaraciones proféticas que Cebra había dado a luz en su cabeza.

Núm. 7. El Apolo Capital está a punto de regresar. Santa Sofía va a volver a nacer; antes no había sido aceptable. El Buda se encuentra en el parque. Siddharta duerme (pero va a despertar). El tiempo que habéis esperado ha llegado.

Este conocimiento, obtenido por dictado directo de la divinidad, convertía a Fat en un profeta moderno. Pero como se había vuelto loco, también incorporaba absurdos en su *tractate*.

Núm. 50. La fuente primordial de todas nuestras religiones se encuentra entre los antecesores de la tribu de Dogon, que recibieron su cosmogonía y su cosmología directamente de los invasores de tres ojos que visitaron el planeta hace mucho tiempo atrás. Los invasores de tres ojos son mudos, sordos y telepáticos; no les era posible respirar nuestra atmósfera, tenían el cráneo alargado y deforme como Ijnaton y provenían de un planeta del sistema estelar de Sirio. Aunque no tenían manos —tenían pinzas como las de los cangrejos— eran grandes constructores. Encubiertamente influyeron en nuestra historia para que culminara en un desenlace fructífero.

Por este entonces, Fat había perdido todo contacto con la realidad.

7

Es posible comprender por qué Fat no podía distinguir entre fantasía y revelación divina; suponiendo que haya diferencia entre ambas cosa que no ha sido nunca establecida. Imaginaba que Cebra provenía de un planeta del sistema estelar de Sirio, había puesto fin a la tiranía de Nixon en agosto de 1974 y finalmente fundaría un reino de paz y justicia en la Tierra en el que no habría enfermedad, dolor ni soledad y en el que los animales bailarían de alegría.

Fat encontró un himno de Ijnaton y copió partes de él para incorporarlas a su *tractate*.

«…Cuando el pichoncillo pía en el huevo,
Le das tu aliento para preservarle la vida.
Cuando le has concedido ya la plenitud
Como para que el huevo se quiebre,
Lo abandona y lanza gorjeos
Con todas sus fuerzas.
Anda sobre sus dos pies
Una vez de allí partido.

¡Cuánta es la multitud de tus obras!
Se ocultan a nuestros ojos,
Oh Dios único cuyos poderes no hay otro que posea.
Creaste la tierra siguiendo los dictados de tu corazón
Mientras te encontrabas solo:
A los hombres y a los ganados, los grandes y los pequeños.

A todo lo que se traslada sobre sus pies;
A todo lo que está en lo alto
Y vuela con sus alas.

Tú te encuentras en mi coraza.
No hay otro que te conozca
Salvo tu hijo Ijnaton.
Le has dado sabiduría
Con tus designios y tu poderío.
El mundo está en tus manos…»

La anotación Núm. 52 muestra que por este tiempo Fat buscaba con frenesí alguna esperanza que lo apuntalara en su creencia de que existe el bien en alguna parte.

Núm. 52. Nuestro mundo es secretamente regido por la raza oculta que desciende de Ijnaton y su conocimiento es la información de la Macro-mente misma.

«Todo el ganado reposa en sus pastizales,
Los árboles y las plantas florecen,
Las aves revolotean sobre los marjales,
Con alas elevadas en adoración por ti.
Todas las ovejas danzan sobre sus patas,
Todas las criaturas aladas vuelan,
Viven cuando las bañas con tu luz.»

De Ijnaton este conocimiento pasó a Moisés, y de Moisés a Elías, el Hombre Inmortal, que se convirtió en Cristo. Pero por debajo de todos los nombres, hay un solo Hombre Inmortal; y nosotros somos ese hombre.

Fat todavía creía en Dios y en Cristo —y en muchas cosas más— pero lo atormentaba no saber por qué Cebra, como llamaba a la Todopoderosa Divina Unidad, no había advertido a tiempo el estado de Sherri o por qué no

la curaba, y este misterio no dejaba en paz el cerebro de Fat y lo convertía en una criatura loca de remate.

Fat, que había buscado la muerte, no comprendía por qué habría de permitirse que Sherri muriera, y de una muerte horrible, por lo demás.

Yo, por mi parte; estoy dispuesto a intervenir y proponer algunas posibilidades. Un niñito amenazado por un defecto de nacimiento no pertenece a la misma categoría que una mujer adulta que desea morir, que se empeña en un juego maligno, tan maligno como su equivalente físico, el linfoma que destruye su cuerpo. Después de todo, la Todopoderosa Divina Unidad no había intervenido para evitar el intento de suicidio de Fat; la Todopoderosa Divina Unidad había permitido que Fat se tragara las cuarenta y nueve tabletas de digital puro de alta gradación; tampoco había impedido la Todopoderosa Divina Unidad que Beth lo abandonara llevándose consigo a su hijo, el mismo hijo sobre el que se dio la información médica en revelación teofánica.

Esta mención de los invasores con pinzas en lugar de manos, mudos sordos y telepáticos venidos de otra estrella me interesó. En relación con este tópico, Fat se mostraba solapadamente reticente; sabía lo bastante como para guardar discreción al respecto. En marzo de 1974, por el tiempo en que se había encontrado con Dios —más precisamente con Cebra— había tenido sueños muy vívidos sobre la gente de tres ojos; así me lo hizo saber. Se manifestaban como entidades necesitadas de una complicada tecnología: instaladas en burbujas de cristal que oscilaban regidas por complicadas maquinarias. Un extraño detalle se advertía que nos dejaba atónitos tanto a Fat como a mí; a veces, en estos sueños semejantes a visiones, aparecían técnicos soviéticos que se apresuraban a reparar desperfectos de los complicados aparatos de comunicación en los que se encontraban la gente de tres ojos.

—Quizá los rusos te enviaron señales de microondas psicogénitas o psicotrónicas o como se llamen —dije, pues había leído un artículo en el que se hablaba de pretendidos experimentos de los soviéticos sobre el envío de mensajes telepáticos mediante microondas.

—Dudo que la Unión Soviética se interese en la hernia de Christopher —dijo Fat con amargura.

Pero lo atormentaba el recuerdo de que en esas visiones, o sueños o imágenes hipnagógicas, había oído hablar en ruso y había visto página tras página, centenares de páginas, de lo que parecían manuales técnicos rusos en los que se describían —esto lo supo por los diagramas— principios y conceptos de ingeniería.

—Lograste interceptar las comunicaciones entre los rusos y las entidades extraterrestres —sugerí.

—Vaya suerte la mía —dijo Fat.

Por el tiempo en que tuvo estas experiencias, la presión sanguínea de Fat había aumentado al punto de que era de temer un ataque; su médico hizo que se hospitalizara por un breve tiempo. Le advirtió que no ingiriera estimulantes.

—No estoy tomando estimulante alguno —protestó Fat sinceramente.

Durante el tiempo que Fat permaneció en el hospital, el doctor lo sometió a toda clase de pruebas en busca de alguna causa física que provocara el aumento de la presión sanguínea, pero no fue posible descubrir ninguna. Gradualmente su hipertensión había ido disminuyendo. El doctor abrigaba

Librodot

sospechas; seguía creyendo que Fat, como consuelo, había vuelto al consumo de estimulantes. Pero tanto Fat como yo sabíamos mejor a qué atenernos. Su presión sanguínea había sido de 28 de máxima y 17 de mínima, nivel que resulta letal. Por lo general su presión era de 13 y 9, que es lo normal. Hasta el día de hoy la causa de esta elevación temporal sigue siendo un misterio. También es un misterio la muerte de sus animales domésticos.

Os cuento estas cosas por lo que valen. Son ciertas; han sucedido.

Según opinión de Fat, su apartamento se había saturado de altos niveles de radiación de alguna especie. De hecho, la había visto: una luz azulada que se agitaba como fuegos de Santelmo.

Y, lo que es más, la aurora que chisporroteaba en torno al apartamento se comportaba como si tuviera capacidad de sentir y estuviera viva. Cuando penetraba los objetos alteraba sus procesos causales. Y cuando llegaba a la cabeza de Fat, le transfería no sólo información, cosa que hacía, sino, además, una personalidad. Una personalidad que no era la de Fat. Una persona de recuerdos, costumbres, gustos y hábitos diferentes.

Por primera y única vez en su vida, Fat dejó de beber vino y compró cerveza, cerveza extranjera. Trataba a la perra de «él» y al gato de «ella», aunque sabía —o lo había sabido previamente— que la perra era hembra y el gato macho. Esto había fastidiado a Beth.

Fat se vistió con ropas diferentes y se recortó escrupulosamente la barba. Mientras lo hacía se miró en el espejo del cuarto de baño y vio a una persona que no le era familiar, aunque su aspecto era el de siempre. Incluso el clima parecía alterado; el aire estaba demasiado seco y demasiado caluroso; ni la presión ni la humedad eran las adecuadas. Fat tenía la impresión subjetiva de que sólo hacía un momento había estado viviendo en una zona del mundo elevada, fresca y húmeda y no en el Condado de Orange, California.

Además del hecho de que estos razonamientos interiores se expresaban en griego *koiné*, que no comprendía como lengua, ni como fenómeno que estuviera produciéndosele en la cabeza.

Y le era muy difícil conducir su automóvil; no se daba cuenta dónde estaban los controles; todos parecían haberse mudado de lugar.

Quizá, lo más notable de todo, era que Fat soñaba un sueño particularmente vívido —si en realidad se trataba de un sueño— sobre una mujer soviética que quería ponerse en contacto con él por correo. En el sueño alguien le mostraba una fotografía de la mujer; era rubia y se le informaba:

—Su nombre es Sadassa Ulna.

A la cabeza de Fat se lanzaba un mensaje urgente en el que se le comunicaba que *debía* responder a la carta no bien ésta le llegara.

Dos días más tarde recibió una carta certificada de la Unión Soviética que redujo a Fat a un verdadero estado de terror. La había enviado un hombre del que jamás había sabido nada (Fat no tenía costumbre de recibir cartas de la Unión Soviética de cualquier forma) que quería:

1) Una fotografía de Fat.
2) Una muestra de la letra de Fat, especialmente su firma.

Fat le dijo a Beth:

—Hoy es lunes. El miércoles llegará otra carta. Esta será de la mujer.

Librodot

El miércoles Fat recibió una plétora de cartas: siete en total. Sin abrirlas, las revisó y escogió una que no tenía nombre ni dirección del remitente.

—Es ésta —le dijo a Beth, que ya por ese tiempo también estaba asustada—. Ábrela y léela, pero no me permitas que vea el nombre ni la dirección porque de lo contrario voy a contestarla.

Beth la abrió. En lugar de una carta propiamente dicha, encontró una fotocopia del comentario de dos libros aparecidos en el periódico izquierdista neoyorkino *The Daily World*. El comentarista decía que la autora de los libros era una ciudadana soviética que residía en los Estados Unidos. Era obvio por los comentarios que la autora era miembro del Partido.

—Dios mío —dijo Beth dando vuelta la hoja de la fotocopia—. El nombre y la dirección del autor están escritos en el dorso.

—¿Es una mujer? —preguntó Fat.

—Sí —contestó Beth.

Fat y Beth nunca me dijeron qué hicieron con las dos cartas. Por ciertas insinuaciones que Fat dejó escapar, deduje que terminó por contestar a la primera por considerarla inocente; pero qué hizo con la fotocopia, que no era en realidad una carta en el sentido estricto del término, no lo sé hasta el día de hoy, ni tampoco quiero saberlo. Quizá la quemó. Quizá la entregó a la policía o al FBI o la CIA; en todo caso, dudo que la haya contestado.

Por empezar, se negó a mirar el dorso de la fotocopia donde estaban el nombre y la dirección de la mujer; abrigaba la convicción de que si veía esta información, le contestaría quisiéralo o no. Quizá fuera así. ¿Quién puede saberlo de cierto? Primero se le envían a uno ocho horas de información gráfica desde fuentes desconocidas en forma de vívida actividad fosfénica en ochenta colores distribuidos como en los cuadros abstractos modernos; luego se sueña con gentes de tres ojos en burbujas de cristal y mecanismos electrónicos; luego el apartamento se le llena a uno de energía plasmática semejante a fuegos de Santelmo que parece estar viva y pensar; los animales domésticos mueren; se apoderan de uno una personalidad ajena que piensa en griego; se sueña con rusos y, finalmente, se reciben dos cartas de la Unión Soviética en un término de tres días; y se le había predicho a uno que las recibiría, por lo demás. Pero la impresión en su conjunto no resulta negativa porque parte de la información salva la vida del propio hijo. Oh sí; algo más: Fat vio la antigua Roma superpuesta sobre la California de 1974. Pues bien, algo diré: puede que quizá Fat no se encontrara con Dios, pero por ciento, se había encontrado con algo.

No hay porque sorprenderse que Fat comenzara a garrapetear página tras página de su exégesis. Yo habría hecho lo mismo. No incurría en teorizaciones por ellas mismas; simplemente trataba de averiguar qué mierda le había ocurrido.

Si Fat simplemente estaba loco, por cierto había encontrado una forma única, un modo original de manifestarlo. Como por entonces recibía un tratamiento terapéutico (Fat siempre estaba recibiendo tratamientos terapéuticos), pidió que se le hiciera el test de Rorschach para determinar si se había vuelto esquizofrénico. El test sólo reveló una ligera neurosis. En cuanto a esta teoría, baste lo dicho.

En mi novela *A Scanner Darkly*, publicada en 1977, utilicé lo que Fat cuenta de las ocho horas de vívida actividad fosfénica.

Librodot

Hace unos pocos años había estado experimentando con sustancias deshinibitorias que afectan el tejido nervioso; y una noche, después de haberse aplicado una inyección de IV, considerada nada riesgosa y ligeramente euforizante, experimentó una desastrosa disminución en el fluido GABA de su cerebro. Subjetivamente, había sido testigo de una vívida actividad fosfénica que se proyectaba sobre la pared del cuarto que tenía por delante, una sucesión frenéticamente veloz de lo que, por entonces, imaginó pinturas abstractas modernas.

Durante unas seis horas, en estado de trance, S.A. Powers observó miles de cuadros de Picasso que se reemplazaban sucesivamente a velocidad vertiginosa; y luego se le habían mostrado un número mayor de obras de Paul Klee que las que el pintor había pintado en toda su vida. S.A. Powers, que veía ahora pinturas de Modigliani que se reemplazaban a furibunda velocidad, conjeturó (uno necesita una teoría para todo) que los rosacruces le estaban lanzando cuadros por telepatía, probablemente por sistemas de micromensajes de orden sumamente avanzado; pero entonces, cuando comenzaron a acosarlo pinturas de Kandinsky, recordó que el principal museo de arte de Leningrado se especializaba en estos pintores modernos no figurativos y decidió que los soviéticos estaban tratando de ponerse en contacto con él telepáticamente.

Por la mañana recordó que un descenso drástico del fluido GABA del cerebro producía normalmente una actividad fosfénica semejante; nadie estaba tratando de ponerse en contacto con él telepáticamente mediante la estimulación de la emisión de microondas o sin ella...

El fluido GABA del cerebro inhibe la emisión de los circuitos neurales; los mantiene en un estado adormilado o latente hasta que un estímulo deshinibitorio —el adecuado— se presenta ante el organismo, en este caso, Amacaballo Fat. En otras palabras, estos son los circuitos neurales destinados a dispararse cuando se les da el pie en un momento específico en circunstancias igualmente específicas. Antes de su sensacional actividad fosfénica, ¿se le había presentado a Fat un estímulo deshinibitorio que diera cuenta de un descenso brusco del nivel de fluido GABA en el cerebro que provocara el desencadenamiento de los circuitos previamente bloqueados, de metacircuitos, por así decir?

Todos estos acontecimientos tuvieron lugar en marzo de 1974. El mes anterior se le había extraído a Fat una muela del juicio dañada. Para esto el cirujano bucal le administró una dosis de pentotal de sodio IV. Luego esa tarde, de regreso a su casa y muy adolorido, Fat hizo que Beth encargara por teléfono algún analgésico oral. Cuando el mandadero de la farmacia llamó, el mismo Fat en mísero estado, acudió a la puerta. Cuando abrió, se encontró cara a cara con una adorable mujer joven de cabello oscuro que le alcanzó un saquito blanco que contenía el Darvon N. Pero Fat, a pesar del enorme dolor que padecía, no se cuidó para nada de las píldoras, pues su atención se centró en una resplandeciente gargantilla de oro en torno al cuello de la joven; no le era posible apartar los ojos de ella. Alelado por le dolor —y por el pentotal de sodio— y agotado por la penosa experiencia pasada, le preguntó, sin embargo, a la joven qué representaba el símbolo de oro exhibido en el centro de la gargantilla. Era un pez de perfil.

Pasando un dedo largo y delgado por el pez de oro, la joven dijo:

—Este es un signo que utilizaban los cristianos primitivos.

Librodot

Instantáneamente, Fat experimentó un recuerdo como un relámpago; sólo por medio segundo. Recordó la antigua Roma y a sí mismo como cristiano primitivo; todo el mundo antiguo y su furtiva vida amedrentada de cristiano secreto perseguido por las autoridades romanas irrumpieron en su mente... y luego estuvo de regreso en la California de 1974 recibiendo el saquito de píldoras contra el dolor.

Un mes más tarde, mientras yacía en la penumbra de su cama, sin poder dormir y escuchando la radio, comenzó a ver colores flotantes. Luego la radio comenzó a dirigirle frases de horrible contenido con voz estentórea. Y, dos días después de esto, los vagos colores comenzaron a precipitarse sobre él como si él mismo avanzara, más y más rápido; y, como lo describí en mi novela *A Scanner Darkly*, los vagos colores se congelaron abruptamente en una neta perspectiva, cobrando la forma de pinturas abstractas modernas, literalmente decenas de millones de ellas en rápida sucesión.

El signo del pez y las palabras pronunciadas por la joven habían desinhibido los metacircuitos del cerebro de Fat.

Así de simple había sido todo.

Unos pocos días más tarde, Fat despertó y vio la antigua Roma superpuesta sobre la California de 1974 y se descubrió pensando en griego *koiné*, la *lingua franca* del mundo romano que pertenecía al Cercano Oriente, que era la parte que él veía. Él no tenía conocimiento de que el *koiné* fuera su *lingua franca*; por el contrario, creía que era latín. Y, además, como ya lo dije, ni siquiera reconocía como lengua la lengua de sus pensamientos.

Amacaballo Fat vive en dos épocas diferentes y en dos diferentes lugares; es decir, en dos *continua* espacio-temporales; eso es lo que tuvo lugar en marzo de 1974 porque el mes anterior se le presentó el antiguo signo del pez: sus dos *continua* espacio-temporales dejaron de estar separadas y se mezclaron. Y también se mezclaron sus dos identidades —personalidades—. Más adelante oyó una voz dentro de la cabeza:

—Hay alguien más que vive en mí que no pertenece a este siglo.

La otra personalidad se daba cuenta. La otra personalidad pensaba. Y Fat —especialmente antes de quedarse dormido por la noche— podía captar los pensamientos de esta persona desde hacía sólo un mes; lo cual significa cuatro años y medio después de desaparecida la sectorización de las dos personas.

El mismo Fat me lo explicaba muy bien a principios de 1975, cuando comenzó a tenerme confianza. Llamaba a la personalidad incluida en él que vivía en otro siglo y en otro lugar, «Tomás».

—Tomás —me dijo Fat— es más inteligente que yo y sabe más. De los dos, Tomás es la personalidad dominante.

Consideraba que eso era una bendición. ¡Ay de quién tenga en la cabeza otra personalidad malvada o estúpida!

Le contesté:

—Quieres decir que otrora tú fuiste Tomás. Eres una reencarnación suya y te acuerdas de él y de su...

—No, él está vivo ahora. Vive en la antigua Roma ahora Y él no es yo. La reencarnación no tiene nada que ver con esto.

—*Pero tu cuerpo* —le dije.

Fat me miró fijamente asintiendo con la cabeza.

—Exacto. Significa que o bien mi cuerpo se encuentra en dos continua espacio-temporales simultáneamente, o bien no se encuentra en parte alguna.

Anotación Núm. 14 del tractate: El universo es información y nosotros permanecemos inalterados en él, ni tridimensionales, ni en el espacio o en el tiempo. A la información que se nos suministra, nosotros la hipostaseamos en el mundo fenoménico.

La anotación Núm. 30 es una reenunciación de la anterior para subrayarla: *El mundo fenoménico no existe; es una hipóstasis de la información que procesa la Mente.*

Fat me hizo cagar de miedo. Había abstraído las anotaciones Núms. 14 y 30 a partir de su experiencia, las había inferido a partir del descubrimiento de que alguien más existía en su cabeza y de que ese alguien más vivía en un lugar diferente en una época diferente: dos mil años atrás y a ocho mil millas de distancia.

No somos individuos. Somos estaciones de una única Mente. De acuerdo con lo establecido, debemos permanecer separados los unos de los otros en todo momento. Sin embargo, Fat había recibido por accidente una señal (el signo del pez de oro) destinada a Tomás. Era Tomás el que manejaba signos con peces, no Fat. Si la joven no hubiera explicado la significación del signo, el desmoronamiento de la sectorización no se habría producido. Pero ella lo hizo y la sectorización quedó destruida. El espacio y el tiempo le fueron revelados a Fat —¡y a Tomás!— como meros mecanismos de separación. Fat se descubrió observando una doble exposición de dos realidades superpuestas y, Tomás, probablemente, descubrió la misma cosa. Probablemente se preguntaría qué demonios de lengua extranjera era esa que resonaba en su cabeza. Luego se dio cuenta de que ni siquiera se trataba de su cabeza:

—Hay alguien más que vive en mí y que no pertenece a este siglo.

Tomás era el que lo pensaba y no Fat, pero igualmente se le aplicaba a éste.

Pero Tomás tenía una ligera ventaja por sobre Fat, porque, como éste lo reconocía, era más inteligente; era la personalidad dominante. Se apoderó de Fat, lo hizo abandonar el vino por la cerveza, lo obligó a recortarse la barba, tenía dificultades para la conducción del automóvil... pero lo más importante de todo, Tomás recordaba —si esa es la palabra— otras personalidades sujeto, una de ellas perteneciente a la Creta minoica, alrededor del 3000 a. E.C. al 1100 a. E.C., mucho, mucho tiempo atrás. Tomás aún recordaba un sujeto anterior: uno que había venido a este planeta desde las estrellas.

Tomás era el último de los no necios de los tiempos post neolíticos. Como cristiano primitivo de la era apostólica, no había visto a Jesús, pero conoció a gente que sí lo había visto... Mi Dios, estoy perdiendo control al tratar de poner esto por escrito. Tomás había llegado a darse cuenta de cómo reconstituirse después de acaecida su muerte física. *Todos* los cristianos primitivos sabían cómo hacerlo. Se lo lograba por medio de la anamnesis, la pérdida de la amnesia que... Bien, según estaba planeado el sistema, cuando Tomás se sintiera agonizar dejaría una huella de su memoria en el signo cristiano del pez, comería un cierto alimento color rosa —el mismo color rosa

de la luz que Fat había visto— y bebería de un recipiente sagrado mantenido en un lugar fresco y luego moriría; y al renacer, crecería y se convertiría en otra persona, no en él mismo, *hasta* que se le mostrara el signo del pez.

Había previsto que esto sucedería unos cuarenta años después de su muerte. Se había equivocado. Tuvieron que transcurrir casi dos mil años.

De esta manera, a través de este mecanismo, el tiempo quedaba abolido. O, dicho de otra manera, quedaba abolida la tiranía de la muerte. La promesa de vida eterna que Cristo hizo a su pequeño rebaño no era ningún engaño. Cristo le había enseñado a lograrla; se relacionaba con el plásmata inmortal de que hablaba Fat, la información viva que dormía latente en Nag Hammadi siglo tras siglo. Los romanos habían descubierto y matado a todos los homoplásmatas: todos los cristianos primitivos adosados al plásmata; ellos murieron, el plásmata escapó a Nag Hammadi y permaneció allí aletargado como información en los códices.

Hasta que, en 1945 se descubrió la biblioteca, se la excavó... y se la leyó. De modo que Tomás tuvo que esperar no cuarenta años, sino dos mil; porque el signo del pez de oro no era bastante. La inmortalidad, la abolición del tiempo y el espacio, adviene sólo a través del Logos o plásmata; sólo él es inmortal.

Estamos hablando de Cristo. Es una forma de vida extraterrestre que llegó a este planeta hace millares de años y, como información viviente, pasó a los cerebros de los seres humanos que ya vivían aquí, la población nativa de este planeta. Estamos hablando de una simbiosis entre especies diversas.

Antes de ser Cristo fue Elías. Los judíos lo saben todo sobre Elías y su inmortalidad; y su capacidad de extender la inmortalidad entre otros «mediante la división de su espíritu. El pueblo qumran tenía conocimiento de esto. Intentaban recibir parte del espíritu de Elías.»

«Ya ves, hijo mío, aquí el tiempo se convierte en espacio.»

Primero, se lo convierte en espacio y luego uno se traslada por él, pero como lo advirtió Parsifal, él no se movía en absoluto; él se mantenía inmóvil y el paisaje cambiaba; sufría una metamorfosis. Por un momento debió de haber experimentado una doble exposición una superposición, al igual que Fat. Este es el tiempo onírico, que existe ahora, no en el pasado, el lugar donde habitan los héroes y los dioses y tienen lugar sus hazañas.

La conclusión más notable a la que había llegado Fat era de que el universo era irracional y estaba gobernado por una mente irracional, la deidad creadora. Si el universo se considera racional y no irracional, algo que irrumpiera en él parecerla irracional, pues no correspondería con él. Pero Fat, que lo había invertido todo, consideró que lo irracional irrumpía en lo racional. El plásmata inmortal había invadido nuestro mundo y el plásmata era enteramente racional, mientras que nuestro mundo no lo era de modo alguno. Esta estructura forma la base de la cosmovisión de Fat. Es su fundamento mismo.

Durante dos mil años, el único elemento racional de nuestro mundo ha permanecido adormilado. En 1945 despertó, abandonó su estado de semilla latente y comenzó a crecer. Creció dentro de sí y, presumiblemente, dentro de otros seres humanos, y creció también afuera, en el macromundo. Como lo dije, no era capaz de estimar su vastedad. Cuando algo comienza a devorar el mundo, algo muy grave está aconteciendo. Si la entidad que lo devora es malvada o insana, la situación no es meramente grave, es lúgubre: Pero Fat percibía el proceso de modo inverso. Lo percibía exactamente como

Librodot

lo había percibido Platón en su propia cosmogonía: la mente racional (*noos*) persuade a la irracional (casualidad, determinismo ciego, *ananké*) de que se organice en el cosmos.

Este proceso fue interrumpido por el Imperio.

«*El Imperio nunca tuvo fin*.» Hasta ahora; hasta agosto de 1974 cuando sufrió un golpe demoledor y quizá definitivo de manos —por así decir— del plásmata inmortal, recuperada ahora su forma activa y utilizando a seres humanos como agentes físicos.

Amacaballo Fat era uno de esos agentes. Era, por así decir, las manos del plásmata que se alzaban para acabar con el Imperio.

De esto dedujo Fat que tenía una misión, que su posesión por el plásmata significaba que éste tenía la intención de utilizarlo con propósitos benéficos.

Yo mismo he soñado con otro lugar, un lago al Norte y las cabañas y las pequeñas casas rurales alrededor de su costa Sur. En mi sueño llegó allí desde el Sur de California, donde vivo; este es un lugar de vacaciones, pero muy anticuado. Todas las casas son de madera, hechas con las tejas castañas tan frecuentes en California antes de la Segunda Guerra Mundial. Los caminos son polvorientos. También los automóviles son algo más anticuados. Lo extraño es que no existen lagos de este tipo en el norte de California. En la vida de vigilia he ido hacia el norte hasta el límite con Oregon y aún más allá. Sólo existen setecientas millas de campo seco.

¿Dónde existen en realidad este lago y las casas y los caminos que lo rodean? Incontables veces sueño con él. Como en los sueños tengo conciencia de que estoy de vacaciones, de que mi verdadera casa queda en el sur de California, a veces vuelvo aquí al Condado de Orange en estos sueños interconectados. Pero cuando vuelvo aquí, vivo en una casa, mientras que en la realidad vivo en un piso. En los sueños estoy casado. En la vida de vigilia, vivo solo. Lo que es aún más extraño, mi esposa es una mujer que nunca he visto en realidad.

En un sueño los dos estamos afuera en el patio trasero regando y cuidando nuestro jardín de rosales. Puedo ver la casa de al lado; es una mansión y compartimos con ella una pared medianera de cemento. Para darle atractivo, a lo largo de ella se han plantado rosales silvestres. Al pasar con el rastrillo junto con los botes de plástico verde que están repletos de los recortes de las plantas podadas, miro a mi mujer —que riega con la manguera— y contemplo la medianera cubierta de rosales silvestres; me siento satisfecho; pienso: «No sería posible vivir felices en el sur de California si no tuviéramos esta linda casa con su hermoso jardín trasero. Preferiría ser dueño de la mansión de al lado, pero de cualquier manera me es posible contemplarla y entrar en su espacioso jardín». Mi mujer lleva *blue jeans*; es esbelta y bonita.

Al despertar pienso: «Tendría que ir al norte, hacia el lago; es muy hermoso aquí con mi mujer, el jardín trasero y las rosas silvestres, pero el lago es más hermoso aún». Pero entonces me doy cuenta de que estamos en enero y de que habría nieve en la carretera cuando lleguemos a la zona de la Bahía; no es este un buen momento para volver a la cabaña junto al lago. Deberé esperar hasta el verano; después de todo, en realidad soy un conductor bastante tímido. Aunque mi automóvil es bastante bueno; un Capri rojo casi nuevo. Y entonces, cuando me despierto más todavía, me doy cuenta de que estoy viviendo en un piso en el sur de California, y solo. No

Librodot

tengo esposa. No existe casa con jardín trasero y pared medianera cubierta de rosales silvestres. Lo que es aún más extraño, no sólo no tengo cabaña junto al lago al norte, sino que no existe semejante lago en California. El mapa que examino mentalmente en sueños es un mapa ficticio; no describe el trazado de California. ¿Qué Estado describe entonces? ¿Washington? Existe un abundante cuerpo de agua al norte de Washington; he volado sobre él en camino al Canada y en una oportunidad visité Seattle.

¿Quién es esta esposa? No sólo soy soltero; jamás he estado casado con esta mujer ni la he visto nunca. No obstante en los sueños le profeso un amor profundo, tranquilo y familiar, la especie de amor que se desarrolla sólo con el paso de muchos años. Pero ¿cómo sé incluso eso si nunca tuve a nadie que pudiera querer así?

Al levantarme de la cama —he estado durmiendo la siesta temprano por la tarde— entro en la sala de mi piso y me deja alelado la naturaleza sintética de mi vida. Estéreo (algo sintético); aparato de televisión (por cierto, algo sintético); libros, una experiencia de segunda mano, al menos si se la compara con la de conducir por el estrecho camino polvoriento que sigue al lago bajo las ramas de los árboles hasta llevar finalmente a mi cabaña y al lugar donde aparcar. ¿Qué cabaña? ¿Qué lago? Incluso puedo recordar que mi madre fue la que me llevó allí por primera vez. Ahora, a veces, voy allí por vía aérea. Hay un vuelo directo entre el sur de California y el lago... salvo unas pocas millas después del aeropuerto. ¿Qué aeropuerto? Pero, sobre todo ¿cómo puedo soportar el *ersatz* de vida que llevo aquí en este piso de plástico, solo, específicamente sin ella, la esbelta esposa en *blue jeans*?

Si no fuese por Amacaballo Fat y su encuentro con Dios o Cebra o el Logos y esa otra persona que vive en su cabeza, aunque en otro siglo y lugar, no haría el menor caso de mis sueños. Recuerdo artículos que trataban acerca de la gente que se asentó junto al lago; pertenecen a un pacífico grupo religioso, algo así como los cuáqueros (recibí la educación de un cuáquero); salvo que, se dice, estaban firmemente convencidos de que no había que poner a los niños en cunas de madera. Esta era su proclividad herética especial. También se dice de ellos —y puedo ver escritas las palabras del artículo que les están consagrado— que «de vez en cuando nacen uno o dos brujos» lo cual guarda alguna relación con la aversión que les despiertan las cunas de madera; si se pone un niño o bebé que ha de convertirse en brujo en una cuna de madera, evidentemente ha de ir perdiendo sus poderes de manera gradual.

¿Sueños de otra vida? Pero ¿dónde? Gradualmente el mapa visionario de California, que es espurio, se desvanece y, junto con él, el lago, las casas, los caminos, los automóviles, el aeropuerto, el clan de pacíficos religiosos y su peculiar aversión a las cunas de madera; pero para que todo se desvanezca, una multitud de sueños interconectados que abarcan años de tiempo realmente transcurrido tiene que desvanecerse también.

La única conexión entre el paisaje de este sueño y mi mundo real radica en el Capri rojo.

¿Por qué ese elemento resulta válido en ambos mundos?

Se dijo de los sueños que son una «psicosis controlada» o, dicho de otra manera, una psicosis es un sueño que irrumpe durante las horas de vigilia. ¿Qué significa esto en términos de mi sueño del lago con inclusión de una mujer a la que nunca conocí y por la que siento un amor verdadero y sereno? ¿Hay dos personas en mi cerebro como las hay en el de Fat?

Librodot

Separadas, pues en mi caso no hubo símbolo deshinibitorio que por accidente precipitara a la «otra» a través del muro de separación en mi personalidad y mi mundo.

¿Somos todos como Amacaballo Fat sin saberlo?

¿En cuántos mundos existimos simultáneamente?

Adormilado aún por la siesta enciendo el televisor e intento mirar un programa titulado «Los viejos buenos tiempos de Dick Clark, Segunda Parte». En la pantalla aparecen morones y mentecatos que se babean; muchachitos de cara rozagante gritan extáticos en aprobación de la más total banalidad. Apago el televisor. Mi gato quiere que le dé de comer. ¿Qué gato? En los sueños mi mujer y yo no tenemos animales; somos propietarios de una hermosa casa con un gran patio bien cuidado en la que pasamos los fines de semana. Tenemos un garaje para dos automóviles... de pronto descubro con un sobresalto que es una casa cara; en mis sueños interconectados me encuentro en una buena posición. Vivo una vida de clase media alta. No soy yo. Yo jamás viviría de ese modo; o, si lo hiciera, me sentirla incómodo. Las riquezas y las propiedades me hacen sentir incómodo; me desarrollé en Berkeley y tengo la típica conciencia izquierdista propia de ese lugar, que desconfía de la vida fácil.

La persona del sueño, además, posee una casa frente al lago. Pero el maldito Capri es el mismo. A principios de este año me compré un Capri Ghia flamante, lujo que, normalmente, no puedo permitirme; es el tipo de automóvil del que sería propietaria la persona del sueño. Existe una lógica en el sueño entonces. En tanto esa persona, yo sería propietario del mismo automóvil.

Una hora después de haber despertado del sueño, puedo ver todavía con el ojo de la mente —sea eso lo que fuere: ¿el tercer ojo u ojo *ajna*?— la manguera del jardín que mi mujer vestida de *blue jeans* arrastra por el sendero de cemento. Pequeños detalles sin plan general. Deseo que la mansión de al lado fuera nuestra. ¿Lo deseo realmente? En la vida de vigilia yo no sería propietario de una mansión ni aun sí me fuera regalada. Estas son gentes ricas; yo las detesto. ¿Quién soy? ¿Cuántas personas soy? ¿Dónde me encuentro? Este pequeño piso de plástico en el sur de California no es mi hogar pero ahora estoy despierto, supongo, y aquí es donde vivo con mi televisor (¡Hola, Dick Clark!) y mi estéreo (¡Hola, Olivia Newton-John!) y mis libros (¡Hola, nueve millones de mal ventilados títulos!). En comparación con la vida que llevo en los sueños interconectados, esta vida es solitaria, hueca e inútil; inadecuada para una persona inteligente e instruida. *¿Dónde están las rosas? ¿Dónde se encuentra el lago? ¿Dónde la mujer esbelta, sonriente, atractiva que tironea de la verde manguera del jardín*? La persona que soy ahora, en comparación con la del sueño, ha sido frustrada y derrotada y sólo supone que lleva una vida plena. En los sueños veo realmente en qué consiste una vida plena y en nada se parece a la que yo llevo realmente.

Entonces me asalta un pensamiento extraño. No estoy muy unido a mi padre, que vive todavía con más de ochenta años al norte de California, en Menlo Park. Sólo dos veces visité su casa y eso fue hace veinte años. Su casa era como la que yo poseo en el sueño. Sus aspiraciones —y sus conquistas— se ajustan a las de la persona del sueño. ¿Me convierto en mi padre mientras duermo? El hombre del sueño —yo mismo— tenía aproximadamente mi misma edad actual o *menos aún*. Sí; lo infiero a partir

Librodot

de la mujer, mi esposa: mucho más joven. En mis sueños remonté el tiempo, no a mi propia juventud, sino ¡a la de mi padre! En mis sueños adopto la perspectiva de mi padre sobre lo que es una buena vida, sobre cómo deben ser las cosas; la fuerza de su perspectiva es tanta que se mantiene una hora después de haberme despertado. Por supuesto, mi gato me disgustaba después de despertar; mi padre odia a los gatos.

En la década antes de nacer yo, mi padre solía viajar al norte, al lago Tahoe. Probablemente él y mi madre tendrían una cabaña allí. No lo sé; nunca estuve.

Memoria filogenética, memoria de la especie. No mi propia memoria, memoria ontogenética. «La filogenia se recapitula en la ontogenia», como suele anunciarse. El individuo contiene la historia de toda su raza hasta sus orígenes. Hasta la antigua Roma, hasta Minos en Creta, hasta las estrellas. Todo lo que yo remonté en sueños fue una generación. Esta es una memoria genética, la memoria del ADN. Eso explica la experiencia crucial de Amacaballo Fat, en la que el símbolo del pez del cristianismo desinhibió una personalidad que hacía dos mil años que dormía... porque el símbolo se originó hacía dos mil años atrás. Si se le hubiera mostrado un símbolo aún más antiguo, habría habido una liberación todavía más remota; después de todo, las condiciones eran perfectas para ello: estaba saliendo de los efectos del pentotal de sodio, la «droga de las verdades.»

Fat tiene otra teoría. Cree que la fecha actual es realmente 103 E.C. (o d. C., como yo lo escribo; al diablo con los modernismos a la moda de Fat). Nos encontramos en realidad en tiempos apostólicos pero una capa de maya o lo que los griegos llamaban «*dokos*» oscurece el paisaje.

Este es el concepto clave de Fat: *dokos*, la capa de ilusión o lo que es mera apariencia. La situación se relaciona con el tiempo, con la cuestión de si éste tiene realidad.

Citaré a Heráclito por mi cuenta, sin obtener la autorización de Fat: «El tiempo es un niño que juega a las damas; el reino pertenece a un niño.» ¡Cristo! ¿Qué significa esto? Dice Edward Hussey acerca de este pasaje: «Aquí, como probablemente en Anaximandro, «Tiempo» es un nombre de Dios que alude etimológicamente a su eternidad. La divinidad infinitamente vieja es un niño que juega a un juego de tablero mientras mueve las piezas cósmicas en combate de acuerdo con las reglas.» ¡Jesús! ¿Qué tenemos aquí por delante? ¿Dónde nos encontramos y cuándo y quiénes somos? ¡Piezas sobre un tablero movidas por una «divinidad infinitamente vieja» que es un «niño».

Vuelvo al coñac. El coñac me serena. A veces, especialmente después de haberme pasado una velada conversando con Fat, me exaspero y necesito algo que me serene. Tengo la espantosa sensación de que tiene entre manos algo real y sumamente aterrador. Personalmente, no pretendo proponer nuevos fundamentos teológicos o filosóficos de ninguna clase. Pero tenía que conocer a Amacaballo Fat; tenía que conocerlo y compartir esos atolondradas ideas basadas en su encuentro con Dios sabe qué. Con la realidad última quizá. Sea lo que fuere, tenía vida y pensaba. Y en nada se asemejaba a nosotros, a pesar de la cita de *Juan 3:1/2*.

Jenófanes estaba en lo cierto.

«Un dios existe que *en nada se asemeja a las criaturas mortales* ni en cuanto a la forma de su cuerpo ni en cuanto al pensamiento de su mente.»

¿No es un oxímoro decir: «¿Yo no soy yo mismo?» ¿No es una contradicción verbal, una enunciación semánticamente sin significado? Fat resultó ser Tomás; y yo, después de estudiar la información que mi sueño me brindó, concluyo que soy mi propio padre, casado con mi madre cuando ella era joven, antes de mi propio nacimiento. Creo que la críptica mención de que «De vez en cuando nacen uno o dos brujos» tiene por fin indicarme algo. Una tecnología lo suficientemente avanzada nos parecería una especie de magia; así lo señaló Arthur C. Clarke. Un brujo se dedica a la magia; *ergo*, un brujo es alguien en posesión de una tecnología altamente refinada, una tecnología que nos desconcierta. Alguien está empeñado en un juego de tablero con el tiempo, alguien a quien no podemos ver. No es Dios. Ese es un nombre arcaico que le dan a esta entidad sociedades del pasado y gente encerrada en un modo anacrónico de pensamiento. Nos es necesario un nuevo término, aunque el tema que tratamos no lo sea.

Amacaballo Fat puede viajar a través del tiempo, remontarse en él miles de años. La gente de tres ojos probablemente habita en un futuro distante; son nuestros descendientes altamente desarrollados. Y probablemente es su tecnología lo que le permitió a Fat emprender su viaje por el tiempo. En realidad, puede que la personalidad dominante de Fat no pertenezca al pasado, sino que esté por delante de nosotros, pero se expresó fuera de él en la forma de Cebra. Estoy diciendo que el fuego de Santelmo en el que Fat reconoció vida y percepción se manifestó en este periodo de tiempo y es uno de nuestros propios hijos.

8

No me pareció que debía decirle a Fat que, según yo creía, su encuentro con Dios era en realidad un encuentro con un sí mismo venido del lejano futuro. El mismo tan evolucionado, tan cambiado, que ya no era un ser humano. Fat había rememorado hasta las estrellas y se había encontrado con un ser dispuesto a volver a las estrellas, y varios sí mismos a lo largo del camino, varios puntos a lo largo de la línea. Todos ellos la misma persona.

Anotación núm. 13 del tractate*: Dijo Pascal: «Toda la historia no es sino un hombre inmortal que aprende de continuo». Se trata del Inmortal al que veneramos sin conocer su nombre. «Vivió mucho tiempo atrás, pero vive todavía» y «El Apolo Capital está a punto de regresar». El nombre cambia.*

En cierto nivel, Fat adivinó la verdad; se había encontrado con sus sí mismos pasados y sus sí mismos futuros; dos sí mismos futuros: uno primitivo, la gente de los tres ojos, y luego Cebra, ésta desencarnada.

De algún modo, para él el tiempo quedó abolido y la recapitulación de los sí mismos a lo largo del eje temporal lineal fue causa de que todos ellos se laminaran juntos para formar una entidad común.

Excluida de la lamination de sí mismos, Cebra, que es supra —o trans— temporal, cobró existencia: energía pura, pura información viva. Inmortal, benéfica, inteligente y auxiliadora. La esencia del ser humano *racional*. En el centro de un universo irracional que gobierna una Mente irracional, se yergue el hombre racional, Amacaballo Fat, que no es sino un ejemplo. La deidad irruptora con que Fat se encontró en 1974 era él mismo. No obstante,

a Fat le pareció hacerlo feliz creer que se había topado con Dios. Después de meditarlo un poco, decidí no comunicarle mi punto de vista. Después de todo, quizá me equivoco.

Todo tenía relación con el tiempo. «El tiempo puede superarse», escribió Mircea Eliade. De eso trata todo en definitiva. El gran misterio de Eleusis, de los órficos, de los Cristianos primitivos, de Sarapis, de los misterios grecorromanos, de Hermes Trismegisto, de los alquimistas herméticos del Renacimiento, de la Hermandad de los Rosacruces, de Apolonio de Tiana, de Simón el Mago, de Asclepio, de Paracelso, de Bruno, consisten en la abolición del tiempo. Se dispone de las técnicas. Dante las comenta en la *Divina Comedia*. La cuestión se relaciona con la pérdida de la amnesia; cuando se pierde el olvido, la verdadera memoria se proyecta hacia atrás y hacia delante, hacia el pasado y hacia el futuro, y, además, extrañamente, también a universos alternativos; es ortogonal además de lineal.

Por eso podía decirse sin error que Elías era inmortal; había penetrado en el Reino Superior (como Fat lo llama) y no está ya sometido al tiempo. El tiempo equivale a lo que los antiguos llamaron «determinismo astral». El propósito de los misterios era liberar al iniciado del determinismo astral que, poco más o menos, equivale a su vez al hado. Sobre esto, Fat escribió en su *tractate*:

Núm. 48. Hay dos reinos: el superior y el inferior. El superior derivó del hiperuniverso I o Yang, Forma I de Parménides; es sensible y volitivo. El reino inferior o Yin, Forma II de Parménides, es mecánico, determinista, sin inteligencia y conducido por una causa eficiente, pues emana de una fuente muerta. En tiempos antiguos se lo llamaba «determinismo astral». En general, estamos atrapados en el reino inferior, pero a través de los sacramentos, por mediación del plásmata, nos liberamos. En tanto no se quiebre el determinismo astral, ni siquiera tenemos conciencia de ello, tanto es lo que estamos impedidos. «El Imperio nunca tuvo fin.»

Siddhartha, el Buda, recordaba todas sus vidas pasadas; por eso se le dio el título de Buda, que significa «el Iluminado». De él, el conocimiento de cómo lograrlo pasó a Grecia y se manifiesta en las enseñanzas de Pitágoras, que lo mantuvo en gran parte oculto como *gnosis* mística secreta; pero su discípulo Empédocles se apartó de la Hermandad Pitagórica y se hizo público. Empédocles les dijo a sus amigos en la intimidad que él era Apolo. También, como el Buda y Pitágoras, podía recordar sus vidas pasadas. De lo que no hablaron fue acerca de su capacidad de «recordar» vidas futuras.

La gente de tres ojos que Fat vio se representaba a sí misma en una etapa esclarecida de su desarrollo evolutivo a lo largo de sus varias vidas. Esto se llama en el budismo el «ojo divino superhumano» (*dibba-cakkhu*), la capacidad de ver la declinación y el renacimiento de los seres. Gautama el Buda (Siddharta) lo obtuvo durante su segunda vigilia (de diez de la noche a dos de la mañana). En su primera vigilia (de seis de la tarde a diez de la noche) obtuvo el conocimiento de todas —repito: de *todas*— sus existencias previas (*pubbeni-vasanussatinana*). No se lo dije a Fat, pero técnicamente se había convertido en un Buda. No me pareció una buena idea hacérselo saber. Después de todo, si uno es un Buda, tendría que poder averiguarlo por sí mismo.

Librodot

Me resulta una interesante paradoja que un Buda —un iluminado— no sea capaz de advertir que lo es aun después de transcurridos cuatro años y medio de serlo. Fat se había sumergido totalmente en su enorme exégesis tratando inútilmente de determinar qué le había sucedido. Se asemejaba más a la víctima de un accidente cuyo victimario hubiera huido sin dejar rastros, que a un Buda.

—¡Mierda sagrada! —como habría expresado Kevin un encuentro con Cebra— ¿Qué fue ESO?

Ninguna jeringa hipodérmica, por extraño que fuese su efecto, recibiría la aprobación de Kevin. El mismo se consideraba el halcón y a la jeringa la consideraba el conejo. El exégesis no le interesaba para nada, pero seguía siendo el buen amigo de Fat. Operaba de acuerdo con el principio: «Condena el pecado, no al pecador».

Esos días Kevin se sentía a las mil maravillas. Después de todo, la opinión adversa que le inspiraba Sherri se había comprobado correcta. Esto había sido motivo de que él y Fat se unieran más todavía. Kevin la conocía por lo que valía a pesar de su cáncer. En última instancia, el hecho de que estuviera muriendo no le importaba a él en absoluto. Lo había meditado y había llegado a la conclusión de que el cáncer era una excusa.

La idea que por esos días obsesionaba a Fat, pues estaba cada vez más preocupado por Sherri, era que el Salvador renacería muy pronto o que ya había renacido. En algún lugar del mundo se había echado a andar o pronto estaría por hacerlo una vez más.

¿Qué tenía intención de hacer Fat cuando Sherri muriera? Maurice se lo había gritado en forma de pregunta. ¿Moriría él también?

De ningún modo. Mientras meditaba y escribía, hacía investigaciones y recibía fragmentos de mensajes de Cebra en estados hipnagógicos y en sueños; mientras intentaba poner algo a salvo del naufragio de su vida había decidido ir a la busca del Salvador. Lo hallaría dondequiera que se encontrara.

Esta era la divina misión, el divino objetivo que Cebra le había impuesto en marzo de 1974: el dulce yugo, la carga liviana. Fat, ahora hombre de santidad, se convertiría en Rey Mago de los tiempos modernos. Todo lo que le faltaba era una señal, algún indicio de dónde buscar. En el momento propicio, Cebra se lo daría a conocer; la señal provendría de Dios. Este era todo el propósito de la teofanía de Cebra: poner a Fat en camino.

Cuando se le dijo a nuestro amigo David, preguntó:

—¿Será Cristo? —revelando así su catolicismo.

—Es el quinto Salvador —dijo Fat de manera enigmática.

Después de todo, Cebra se había referido a la venida del Salvador de diversas —y, en cierto sentido conflictivas— maneras: como Santa Sofía, que era un Cristo; como el Apolo Capital; como el Buda o Siddharta.

Como que la teología de Fat era ecléctica, enumeró a varios salvadores: el Buda, Zoroastro, Jesús y Abu Al-Qasim Muhammad Ibn Abd Allah Abd Al-Muttalib Ibn Hashim (esto es, Mahoma). A veces agregaba a Mani a la lista. Por tanto, el próximo Salvador sería el número cinco según la lista abreviada, o el número seis según la lista completa. En ciertos momentos Fat también incluía a Asclepio lo cual convertiría al Salvador venidero en el número siete. De cualquier manera, el Salvador venidero sería el último; se levantaría como rey y juez por sobre de todas las naciones y los pueblos. Se había tendido el puente-criba del zoroastrismo por el que las almas buenas

Librodot

(las de luz) se separarían de las malas (las de sombra). Marat había colocado su pluma en la balanza para que sirviera de contrapeso al corazón de cada uno de los hombres juzgados, con Osiris como Juez. Era tiempo de gran ocupación.

Fat tenía intención de estar presente, quizá para alcanzar el *Libro de la Vida* al Juez Supremo, el Viejo de los Días mencionado en el *Libro de Daniel*.

Todos le señalamos a Fat que, según era dable tener esperanzas, el *Libro de la Vida* —en el que estarían inscritos los nombres de los hombres salvados—, sería demasiado pesado para que un solo hombre pudiera levantarlo; haría falta un montacargas y una grúa. A Fat la observación no le hizo la menor gracia.

—Vosotros esperad que el Juez Supremo vea a mi gato muerto —dijo Kevin.

—Tú y tu maldito gato muerto —dije yo—. Estamos cansados de oírte hablar de él.

Después de escuchar a Fat exponer sus bien trazados planes para ir al encuentro del Salvador —por lejos que tuviera que viajar para hallarlo—, me di cuenta de lo obvio: en realidad Fat estaba a la búsqueda de Gloria, la joven muerta de cuyo deceso se consideraba responsable. Había mezclado su vida y sus metas religiosas con su vida y sus metas emocionales. Para él «salvador» significaba «amiga perdida». Tenía esperanzas de volver a reunirse con ella, pero allende la tumba. Si no podía ir a su encuentro allende, en cambio, la encontraría aquí. De modo que aunque su actitud no era ya suicida, estaba todavía chiflado. Pero esto a mí me parecía una mejoría; *thanatos* perdía ante *eros*. Como lo dijo Kevin:

—A lo mejor en el camino Fat encuentra alguna hembra con quien follar.

En el tiempo en que Fat iniciara su indagación sagrada, estaría a la búsqueda de dos muchachas muertas: Gloria y Sherri. Esta versión puesta al día de la saga del Grail fue causa de que me preguntara si los caballeros de Montsavat, el castillo en el que terminó Parsifal, no serían apuntalados por motivaciones igualmente eróticas. Wagner dice en su texto que sólo aquellos a los que el Grail mismo llama encuentran el camino. La sangre del Cristo en la cruz había sido recogida en la misma copa en la que él bebió durante la última Cena; de modo que, literalmente, terminó por contener su sangre. En esencia era la sangre, no el Grail, lo que convocaba a los caballeros; la sangre nunca murió. Como Cebra, el contenido del Grail era un plasma o, como lo llamaba Fat, un plásmata. Probablemente Fat habría apuntado en algún lugar de su exégesis que Cebra era igual a plásmata que, a su vez, era igual a la sangre sagrada del Cristo crucificado.

La sangre derramada por la joven destrozada y agonizante sobre el pavimento que se extendía por debajo del Edificio de Oakland Synanon, llamaba a Fat que, como Parsifal, era un rematado tonto. Eso es lo que según se supone la palabra «*parsifal*» significa en árabe: se cree que deriva de «*Falparsi*», palabra árabe que significa «tonto sin mezcla». Por supuesto, no es este en realidad el caso, aunque en la ópera *Parsifal*, Kundry se dirige a Parsifal de este modo. El nombre «Parsifal», de hecho, deriva de «Perceval» que es sencillamente un nombre. No obstante, queda en pie un punto de interés: vía Persia, el Grail se identifica con la «*lapis exilix*» prescristiana, que es una piedra mágica. Esta piedra aparece posteriormente en la alquimia hermética como el agente por el que se logra la metamorfosis humana. Sobre la base del concepto de la simbiosis entre las especies de Fat, según el cual

Librodot

el ser humano se adhiere a Cebra o al Logos o al plásmata para convertirse en un homoplásmata, veo una cierta continuidad en todo esto. Fat mismo creía haber adherido a Cebra; por tanto, ya se había convertido en aquello que los alquimistas buscaban. Sería, pues, natural para él ponerse en camino a la búsqueda del Grail; encontraría a su amiga, a sí mismo y a su hogar.

Kevin, que de continuo hacía burla de las aspiraciones idealistas de Fat, asumía el papel de Klingsor, el mago malvado. Fat, de acuerdo con Kevin, estaba erotizado. En Fat, *thanatos* —la muerte— luchaba con *eros*, al que Kevin identificaba no con la vida sino con el hecho de follar. Quizás esto no sea demasiado desatinado; me refiero a la descripción básica de la lucha dialéctica que una y otra vez se libra en la mente de Fat. Una parte de Fat deseaba la muerte y otra vida. *Thanatos* puede asumir la forma que le plazca; puede matar a *eros*, el impulso de vida, y luego adoptar su imagen. Una vez que *thanatos* logra hacerle eso a uno, se está en verdaderas dificultades; uno supone que es *eros* lo que lo impulsa, pero se trata de *thanatos* con una máscara. Tenía esperanzas de que no fuera este el caso de Fat; tenía esperanzas de que su deseo de ponerse en marcha para hallar al Salvador proviniera de *eros*.

El Verdadero Salvador o, lo que para el caso es lo mismo, el verdadero Dios, es portador de vida, él *es* vida, Cualquier «salvador» o «dios» que sea portador de muerte es *thanatos* enmascarado. Esta es la razón por la que Jesús se identificó como el verdadero Salvador —aun cuando no quisiera hacerlo— mediante sus milagros de curación. La gente sabía a qué apuntaban éstos. Hay un maravilloso pasaje justo al final del Viejo Testamento en el que este asunto se aclara. Dios dice: «Pero para los que seáis temerosos de mi nombre, el sol de la justicia se elevará en alas de curación e irrumpiréis libres como cabritos a los que se les ha abierto la puerta del corral.»

En cierto sentido Fat tenía esperanzas de que el Salvador curara lo que había enfermado, restaurara lo que se había roto. En cierto nivel creía de hecho que Gloria, la joven muerta, podría recobrar la vida. Por este motivo la despiadada agonía de Sherri, el desarrollo de su cáncer, lo frustraba y agotaba sus esperanzas y sus creencias espirituales. De acuerdo con su sistema tal como se lo expresa en su exégesis, basado en su encuentro con Dios, Sherri debería haberse recuperado.

Fat estaba a la búsqueda de un trato muy importante. Aunque desde el punto de vista técnico, comprendía por qué Sherri padecía de cáncer, espiritualmente le era imposible hacerlo. De hecho, a Fat no le era posible darse cuenta por qué Cristo, el Hijo de Dios, había sido crucificado. El dolor y el sufrimiento no tenían sentido para Fat; no encontraba lugar para ellos en el gran trazado del sistema.

Por tanto, razonaba, la existencia de tan espantosas aflicciones era indicio de la irracionalidad que reinaba en el universo, una ofensa a la razón.

Más allá de toda duda, Fat emprendía su búsqueda con la mayor seriedad. Había llegado a acumular casi veinte mil dólares en su cuenta de ahorros.

—No te burles de él —le dije a Kevin un día—. Esto es muy importante para él.

Con el brillo en los ojos de la acostumbrada befa cínica, Kevin dijo:

—Tener a mi disposición un buen culo es también importante para mí.

—Termina —le dije—. No tienes ni pizca de gracia.

Kevin se limitó a seguir exhibiendo su sonrisa cínica.

Una semana más tarde Sherri murió.

Ahora, como yo lo había previsto, Fat tenía dos muertes en su conciencia. No había sido capaz de salvar a ninguna de las dos muchachas. Cuando uno es Atlas, se tiene que soportar una carga muy grande, y si uno la deja caer, mucha gente sufre, todo un mundo de gente, todo un mundo de sufrimiento. Esta carga pesaba sobre Fat más espiritual que físicamente. Atados a él, los dos cadáveres clamaban por obtener rescate; clamaban, aun cuando estuvieran muertos. Los gritos de los muertos son en verdad terribles; hay que tratar de no oírlos.

Lo que yo temía era que Fat volviera a intentar suicidarse y, si no eso, que tuviera que pasar otra temporada en una cámara acolchada.

Para mi sorpresa, cuando pasé por el piso de Fat, lo encontré sereno.

—Me voy —me dijo.

—¿Emprendes la indagación?

—Lo adivinaste —me contestó Fat.

—¿Dónde te diriges?

—No lo sé. Simplemente me pondré en movimiento y Cebra será la que me guíe.

No tenía motivación que me moviera a intentar disuadirlo. ¿Qué alternativas tenía? ¿Quedarse sentado solo en el piso que había compartido con Sherri? ¿Escuchar cómo Kevin se burlaba de los sufrimientos del mundo? Peor aún, podía dedicar el tiempo a escuchar de cómo «Dios obtenía el bien del mal» según lo explicaba David. Si algo era capaz de convertirse en motivo de que Fat volviera a ser recluido en una cámara acolchada era encontrarse atrapado en un tiroteo entre Kevin y David: el estúpido, pío y crédulo, contra el cínicamente cruel. Y ¿qué podía añadir yo? También a mí me había desgarrado la muerte de Sherri; me había reducido a mis partes fundamentales, como un juguete desarmable de nuevo convertido en el primitivo equipo de alegre colorido. Tuve ganas de decir:

—Llévame contigo, Fat. Enséñame el camino a casa.

Mientras Fat y yo estábamos allí sentados sumidos en el dolor, el teléfono sonó. Era Beth, que quería saber si Fat se había dado cuenta de que se había atrasado una semana en el pago de alimentos para el niño. Cuando colgó el receptor, Fat dijo:

—Mis ex esposas son descendientes de las ratas.

—Tienes que irte de aquí —le dije.

—Pues entonces estás de acuerdo conque me vaya.

—Sí —le dije.

—Tengo dinero bastante como para ir a cualquier parte del mundo. Pensé en China. Pensé: «¿Cuál es el lugar donde hay menos probabilidades de que nazca? En un país comunista, como China». O Francia.

—¿Por qué Francia? —le pregunté.

—Siempre quise conocer Francia.

—Pues entonces ve a Francia.

—«¿Y qué vas a hacer ahora?» —murmuró Fat.

—¿Cómo…?

—Estaba pensando en el aviso comercial de TV para la American Express Traveler's Checks. «¿Y qué vas a hacer ahora?» «¿y qué vas a hacer ahora?» Así es cómo me siento. Tienen razón.

Le contesté:

—A mí me gusta ése en el que el hombre maduro dice: Tenía seiscientos dólares en la billetera. Es lo peor que me ha sucedido en la vida. Si eso es lo peor que le ha sucedido...

—Sí —asintió Fat— Es un hombre que ha llevado una vida protegida.

Conocía la visión que se había desplegado ante la mente de Fat: la visión de las dos muchachas en agonía. Una de ellas destrozada por el impacto contra el pavimento, la otra despedazada por dentro. Me estremecí y yo mismo tuve deseos de echarme a llorar.

—Se ahogaba —dijo finalmente Fat en voz baja—. Sencillamente se estaba ahogando; ya no podía respirar.

—Lo siento —dije.

—¿Sabes lo que me dijo el doctor para animarme? —preguntó Fat— «Hay enfermedades peores que el cáncer.»

—¿Te mostró diapositivas?

Los dos nos echamos a reír. Cuando el dolor te vuelve casi loco, uno ríe de lo que puede.

—Vayamos caminando hasta Sombrero Street —dije; ese era un buen restaurante y bar al que a todos nos gustaba ir—. Te invito con un trago.

Caminamos hasta la calle principal y nos sentamos a la barra en Sombrero Street.

—¿Dónde está la señora no muy alta de cabellos castaños que solía venir con usted? —le preguntó a Fat la camarera mientras nos servía los tragos.

—En Cleveland —contestó Fat. Los dos nos echamos a reír nuevamente. La camarera se acordaba de Sherri. Era demasiado espantoso como para tomarlo en serio.

—Conocí a esa mujer —le dije a Fat mientras bebíamos— y le empecé a hablar de mi gato que había muerto. Le dije: «Bien, está descansando a perpetuidad», a lo que ella contestó sin dilación completamente en serio: «Mi gato está enterrado en Glendale». Todos aportamos nuestra opinión e hicimos comparaciones entre las condiciones climáticas de Glendale con las de perpetuidad. —A esta altura tanto Fat como yo nos estábamos riendo tanto que la gente alrededor de nosotros comenzaba a mirarnos—. Tenemos que cortarla —dije yo serenándome.

—¿Hace más frío en perpetuidad? —preguntó Fat.

—Sí, pero hay menos *smog*.

Dijo Fat:

—Quizá sea allí donde lo encontremos.

—¿A quién? —inquirí.

—A él. Al quinto salvador.

—¿Recuerdas esa vez en tu piso —dije—, cuando Sherri estaba iniciando el tratamiento de quimioterapia y el pelo se le caía...?

—Sí, el cuenco de agua del gato.

—Estaba de pie junto al cuenco de agua del gato y su pelo caía en él y el pobre gato estaba desconcertado.

—«¿Qué diablos es esto?» —dijo Fat citando lo que el gato habría dicho si hubiera sabido hablar—. «¿Esto dentro del cuenco?»

Se sonrió, pero ya no había alegría en su sonrisa. Ninguno de los dos podía ya ser gracioso ni siquiera entre nosotros.

—Nos hace falta Kevin para animarnos —dijo Fat—. Pensándolo mejor, quizá no lo necesitemos.

—Simplemente tenemos que seguir apostando —dije.

—Phil —dijo Fat—, si no lo encuentro voy a morir.

—Lo sé —repuse. Era cierto. El Salvador se interponía entre Amacaballo Fat y la aniquilación.

—Estoy programado para la autodestrucción —dijo Fat—. El botón ha sido presionado.

—Las sensaciones que percibes... —empecé.

—Son racionales —dijo Fat—. En términos de la situación. Es cierto. Esto no es ninguna locura. Tengo que hallarlo dondequiera que se encuentre o moriré.

—Bien, pues entonces también yo moriré —dije—. Si tú mueres.

—Eso es cierto —dijo Fat. Asintió con la cabeza—. Tú lo has dicho bien: no puedes existir sin mí, ni yo puedo existir sin ti. Estamos en esto juntos. Mierda. ¿Qué clase de vida es ésta? ¿Por qué suceden estas cosas?

—Tú mismo lo dijiste. El universo...

—Lo encontraré —dijo Fat. Se bebió su trago dejó la copa vacía sobre la mesa y se puso de pie—. Volvamos a mi piso. Quiero escuchar *Living In the USA*, el nuevo disco de Linda Ronstadt. Es realmente bueno.

Cuando abandonamos el bar, dije:

—Kevin dice que la Ronstadt está agotada.

Haciendo una pausa antes de salir, Fat dijo:

—El que está agotado es él. El Día del Juicio va a sacar a relucir ese gato suyo de debajo de la americana y se van a reír de él como él se ríe de nosotros. Eso es lo que se merece: un Juez Supremo exactamente como él.

—No es una mala idea teológica —dije—. Encontrarse frente a uno mismo con uno mismo. ¿Crees que lo encontrarás?

—¿Al Salvador? Sí, lo encontraré. Si me quedo sin dinero, volveré, me pondré a trabajar y partiré nuevamente. Tiene que estar en alguna parte. Así lo dijo Cebra. Y Tomás, dentro de mi cabeza; él lo sabía; lo recordaba a Jesús que había partido no hacía mucho y sabía que volvería. Estaban todos gozosos, enteramente gozosos y hacían preparativos para darle la bienvenida. El novio estaría de regreso. Todo resultaba tan placenteramente festivo, Phil; gozoso y excitante y la gente corría de aquí para allá. Abandonaban corriendo la Negra Prisión de Acero y reían y reían; la habían hecho mierda, Phil; a toda la prisión. La habían derribado, se habían librado de ella... corrían y se reían y se sentían muy, muy felices. Y yo era uno de ellos.

—Lo volverás a ser —dije.

—Lo volveré a ser —dijo Fat— cuando lo encuentre. Pero hasta entonces no lo seré; no puedo serlo; no existe modo —se detuvo en la acera con las manos metidas dentro de los bolsillos—. Lo echo de menos, Phil; lo echo de menos como la mierda. Quiero estar con él; quiero sentir su brazo alrededor de mí. Nadie más puede hacer eso. Lo vi... poco más o menos... y quiero volver a verlo. Ese amor, esa calidez... ese deleite que él experimenta que soy yo, que es verme; ese agrado de que sea yo: de *reconocerme ¡Él me ha reconocido!*

—Lo sé —dije con torpeza.

—Nadie sabe lo que se experimenta —dijo Fat— al verlo y, luego, al dejar de verlo. Hace casi cinco años ya, cinco años desde que... —Hizo un gesto—. ¿Desde qué? ¿Y antes de eso?

—Lo encontrarás —dije.

—Tengo que encontrarlo —dijo Fat— De lo contrario, moriré. Y tú también, Phil, y los dos lo sabemos.

El conductor de los caballeros del Grail, Amfortas, tiene una herida que no cura. Klingsor lo ha herido con la lanza que horadó el costado de Cristo. Más adelante, cuando Klingsor arroja la lanza a Parsifal, el tonto sin mezcla coge la lanza —que ha quedado detenida en medio del aire— y la sostiene haciendo con ella el signo de la cruz; ante este signo Klingsor y todo su castillo se desvanecen. Por empezar, nunca habían estado allí; eran una ilusión, lo que los griegos llaman *dokos*; lo que los hindúes llaman el *velo de maya*.

No hay nada que Parsifal no pueda hacer. Al final de la ópera, Parsifal toca la herida de Amfortas con la lanza y la herida se cura. Amfortas, que sólo quería morir; queda curado. Se repiten palabras sumamente misteriosas que nunca entendí a pesar de que leo alemán:

«Gesegnet sei dein Leiden,
Des Mitleids höchste Kraft,
Und reinsten Wissens Macht
Denn zagen Toren gab!»

Esta es una de las claves de la historia de Parsifal, el tonto sin mezcla que destruye la ilusión del mago Klingsor y su castillo y cura la herida de Amfortas. Pero ¿qué significa?

«Bendito sea tu sufrimiento
Que dio al tímido tontuelo
El más alto poder de la piedad
Y del más puro conocimiento el poderío.»

No sé lo que esto signifique. No obstante sé que en nuestro caso el tontuelo sin mezcla, el mismo Amacaballo Fat, era el que tenía la herida que no curaba y el dolor que la acompaña. Perfectamente; la herida fue provocada por la lanza que horadó el costado del Salvador, y sólo la misma lanza es capaz de curarla. En la ópera, después que Amfortas se ha curado, se abre por fin el santuario (que ha permanecido cerrado por mucho tiempo) y se revela el Grail; en ese momento voces celestiales dicen:

«Erlösung dem Erlöser!»

Lo cual es muy extraño porque significa:

«¡Redención al redentor!»

En otras palabras, Cristo se ha salvado a sí mismo.

Hay un término técnico para esto. *Salvator salvandus.* El *salvador salvado.*

> «El hecho de que para el desempeño de su tarea el eterno mensajero debe él mismo asumir la encarnación y el exilio cósmico y, además, el hecho de que, cuando menos en la versión iraní del

> mito, es en cierto sentido idéntico a aquellos a los que llama —otrora partes perdidas del divino sí mismo— da origen a la conmovedora idea del «salvador salvado» (*salvator salvandus*).»

La fuente a que recurro goza de gran reputación: *The Encyclopedia of Philosophy,* Macmillan Publishing Company, Nueva York, 1967; figura en el artículo sobre «Gnosticismo». Trato de dilucidar de qué modo esto se aplica a Fat. ¿Qué es este «más alto poder de la piedad»? ¿En qué sentido tiene la piedad poder para curar una herida? Y ¿puede Fat tener piedad por sí mismo y curar su propia herida? ¿*Convertiría esto a Fat entonces en el Salvador mismo, en el salvador salvado*? Esa parece ser la idea que expresa Wagner. La idea de salvador es de origen gnóstico. ¿Cómo se incorporó a *Parsifal*?

Quizá Fat se estuviera buscando a sí mismo cuando se puso en camino a la búsqueda del Salvador. Para curar la herida que abrió primero la muerte de Gloria y luego la muerte de Sherri. Pero ¿cuál es en nuestro mundo moderno el análogo del enorme castillo de piedra de Klingsor?

¿Lo que Fat llama el Imperio? ¿La Negra Prisión de Acero?

¿Es el Imperio «que nunca tuvo fin» una ilusión?

Las palabras pronunciadas por Parsifal que provocan la desaparición del enorme castillo de piedra —y del mismo Klingsor— son:

«Mit diesem Zeichen bann' ich deinen Zauber.»
«Con este signo aniquilo tu magia.»

El signo, por supuesto, es el signo de la Cruz. El Salvador de Fat es Fat mismo, como ya lo dilucidé; Cebra es todos los sí mismos a lo largo del eje temporal lineal laminados juntos para formar un sí mismo supra —o trans— temporal que no puede morir y que ha vuelto para salvar a Fat. Pero no me atrevo a decirle a Fat que se está buscando a sí mismo. No está preparado para dar albergue a semejante idea pues, como el resto de nosotros, busca a un salvador exterior.

«El más alto poder de la piedad» es sólo bosta. La piedad no tiene el menor poder. Fat sentía una gran piedad por Gloria y también la sentía por Sherri y maldito el efecto que tuvo en ambos casos. Algo faltaba. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo ha contemplado impotente a un ser humano enfermo o agonizante o a un animal igualmente enfermo o agonizante, ha sentido una piedad terrible, una piedad abrumadora y se ha dado cuenta de que, por grande que haya sido esta piedad, de nada le vale.

Otra cosa fue lo que curó la herida.

Para mí, para David y Kevin, esto era un asunto muy serio: esta herida de Fat que no curaba, pero que tenía que curarse y que se curaría... si Fat encontraba al Salvador. ¿Había un momento en el futuro en el que Fat recobraría el sentido, reconocería que él era el Salvador y, por lo mismo, automáticamente curaría de su herida? No pongáis las manos en el fuego por ello. Yo no lo haría.

Parsifal es uno de esos complicados artefactos de la cultura con el que se obtiene la sensación subjetiva de que se ha aprendido algo de él, algo valioso y aún inapreciable; pero cuando se lo examina más de cerca, uno de pronto comienza a rascarse la cabeza y dice: «Un momentito. Esto no tiene sentido». Me lo figuro a Richard Wagner frente a las puertas del paraíso. «Tenéis que

Librodot

dejarme entrar —dice—. Yo escribí *Parsifal*. Trata del Grail, Cristo, el sufrimiento, la piedad y la curación, ¿no es así?» Y le contestan: «Bueno, lo hemos leído y no tiene el menor sentido». PORTAZO. Wagner tiene razón y también los demás. Esta es otra trampa china.

O quizá no comprenda lo fundamental. Tenemos aquí entre manos una paradoja zen. Lo que no tiene sentido es lo que *más* lo tiene. Estoy cometiendo un pecado de la mayor magnitud; incurro en la lógica bivalente aristotélica: «Una cosa es A o no-A». (El principio del tercero excluido.) Todo el mundo sabe que la lógica bivalente aristotélica ha ido a parar a la mierda. Lo que estoy tratando de decir es que...

Si Kevin estuviera aquí diría: «¡Chipum! ¡Chipum! ¡Chipum, pum, pum!», que es lo que dice siempre cuando Fat lee en voz alta su exégesis. A Kevin lo Profundo no le interesa demasiado. Tiene razón. Todo lo que hago cuando intento entender cómo Amacaballo Fat ha de curar-salvar a Amacaballo Fat es incurrir una y otra vez en «Chipum, pum, pum». Porque Fat no puede salvarse. Curar a Sherri ya le era virtualmente mortal. Ahora no queda Gloria, pero Sherri murió. La muerte de Gloria fue causa de que Fat ingiriera cuarenta y nueve tabletas de veneno y ahora tenemos esperanza de que al morir Sherri se ponga en marcha al encuentro del Salvador (¿qué Salvador?) y se cure... se cure de una herida que antes de la muerte de Sherri ya le era virtualmente mortal. Ahora no queda Amacaballo Fat, sólo la herida sobrevive.

Amacaballo Fat está muerto. Arrastrado a la tumba por dos mujeres malignas. Arrastrado por ser un tonto. Ese es otro aspecto de *Parsifal* sin el menor sentido: la idea de que ser estúpido contribuye a la salvación. ¿Por qué? En *Parsifal* el sufrimiento le dio al tímido tontuelo «del más puro conocimiento el poderío». ¿De qué modo? ¿Por qué? Por favor, explicadlo.

Por favor, mostradme de qué modo el sufrimiento de Gloria y el sufrimiento de Sherri tuvieron algún efecto benéfico en Fat, en alguien, en algo. Eso es una mentira. Una maligna mentira. El sufrimiento debe abolirse. Bien, hay que admitir que así lo hizo *Parsifal* mediante la curación de la herida; el padecimiento de Amfortas cesó.

Lo que realmente necesitamos es un médico, no una lanza. Permitidme que os ofrezca la anotación Núm. 45 del *tractate* de Fat:

Núm. 45. Al ver a Cristo en una visión, correctamente le dije: «Necesitamos atención médica». En la visión había un creador insano que destruía lo que había creado sin propósito alguno; lo cual significa, irracionalmente. Esta es la veta perturbada de la Mente; Cristo es nuestra única esperanza, pues no podemos llamar ahora a Asclepio. Asclepio vino antes de Cristo e hizo que un hombre se levantara de entre los muertos; por este acto Zeus hizo que un Cíclope lo eliminara con un rayo. También Cristo fue matado por lo que había hecho: resucitar un hombre de entre los muertos. Elías devolvió la vida u un muchacho y poco después desapareció en medio de un remolino. «El Imperio nunca tuvo fin.»

Anotación Núm. 46. El médico ha venido a nosotros varias veces bajo diversos nombres. Pero todavía no estamos curados. El Imperio lo identifica y lo rechaza. Esta vez acabará con el Imperio por fagocitosis.

En muchos sentidos la exégesis de Fat resulta más atinada que *Parsifal*. Fat concibe al universo como un organismo viviente en el que se ha incorporado una partícula tóxica. La partícula tóxica, constituida por un metal pesado, se ha impregnado del universo-organismo y lo está envenenando. El universo-organismo emite un fagocitador. El fagocitador es Cristo. Este rodea la partícula de metal tóxica —la Negra Prisión de Acero— y comienza a destruirla.

Anotación Núm. 41. El Imperio es la institución, la codificación de la perturbación; es insano y nos impone su insania a nosotros por la violencia, pues su naturaleza es violenta.

Anotación Núm. 42. Luchar contra el Imperio significa quedar infectado de su perturbación. Esta es una paradoja; quienquiera derrote un segmento del Imperio, se convierte en el Imperio; prolifera como un virus, imponiendo su forma a los enemigos. Por tanto, se convierte en ellos.

Anotación Núm. 43. Contra el Imperio se levanta la información viva el plásmata o médico que conocemos con el nombre de Espíritu Santo o Cristo desencarnado. Estos son los dos principios: el oscuro (el Imperio) y el luminoso (el plásmata). Al final, la Mente le dará la victoria al último. Cada uno de nosotros morirá o sobrevivirá según adhiera sus esfuerzos a uno u otro. Cada cual contiene un componente de uno y otro de los principios. Finalmente en cada uno de los seres humanos triunfará uno u otro de los componentes. Zoroastro lo sabía porque la Mente Sabia le transmitió la información. Él fue el primer Salvador. (Fat ha dejado de lado a Buda, quizá porque no comprende su personalidad ni su misión.) Cuatro han existido en total. Un quinto está al nacer que diferirá de los demás, pues ha de gobernar y de juzgarnos.

Según yo creo, Kevin puede empezar con «Chipum, pum, pum» cada vez que Fat lea o cite su *tractate*, pero Fat ha encontrado algo. Fat ve que está desarrollándose un proceso de fagocitosis en el que nosotros, en microforma, estamos involucrados. Cada cual tiene incorporada una partícula de metal tóxica: «Lo que está en lo alto (el macrocosmos) es lo que está por debajo (el microcosmos o el hombre).» Todos estamos heridos y necesitamos un médico... Elías para los judíos, Cristo para los cristianos, Asclepio para los griegos, Zoroastro para los gnósticos, los seguidores de Mani, etcétera. Morimos porque nacemos enfermos, con una gruesa astilla de metal clavada, con una herida como la herida de Amfortas. Y cuando estemos curados seremos inmortales; así debía ser, pero la astilla de metal tóxico penetró en el macrocosmos y, simultáneamente, penetró también en cada uno de los pluriformes microcósmicos: nosotros.

Considérese el gato que dormita en nuestro regazo. Está herido, pero la herida no se advierte todavía. Como a Sherri, algo lo está devorando. ¿Queréis apostar contra esta enunciación? Laminad todas las imágenes del gato en el tiempo lineal para constituir una entidad; lo que se obtiene está horadado, lastimado, muerto. Pero ocurre un milagro. Un médico invisible restaura al gato.

> «De modo que todo no se demora sino un momento y se precipita hacia la muerte. La planta y el insecto mueren al final del verano, el bruto y el hombre al cabo de unos pocos años: la muerte madura incansablemente. Sin embargo, más todavía, como si esto no fuera así, todo está siempre presente y en su lugar, como si todo fuera imperecedero... Esta es la inmortalidad temporal. En consecuencia, a pesar de los millares de años de muerte y decadencia transcurridos, nada se ha perdido, ni un átomo de materia, ni menos aún nada del ser interior que se exhibe como naturaleza. Por tanto, a cada momento podemos exclamar animados: «¡A pesar del tiempo la muerte y la decadencia, todavía estamos todos íntegros!»» (Schopenhauer.)

En alguna parte Schopenhauer dice que el gato que vemos jugar en el patio es el gato que jugaba hace tres mil años atrás. Esto es lo que Fat había encontrado en Tomás, en la gente de tres ojos y, sobre todo, en Cebra, que no tenía cuerpo. Un viejo argumento para la demostración de la inmortalidad pretende: si todas las criatuturas realmente mueren —tal como parece—, la vida continuamente abandona el universo, abandona el ser; por tanto, finalmente toda vida habrá abandonado su ser, pues no se conoce que esto tenga excepciones. *Ergo*, a pesar de lo que vemos, la vida de algún modo *no* debe de convertirse en muerte.

Junto con Gloria y con Sherri, Fat había muerto, pero Fat aún seguía viviendo como el Salvador que se proponía buscar.

9

La Oda de Wordsworth lleva por subtítulo *Insinuaciones de inmortalidad recogidas en recuerdos de la primera infancia*. En el caso de Fat, las «insinuaciones de inmortalidad» se basaban en el recuerdo de una vida futura.

Además, Fat no era capaz de escribir poesía que valiera nada a pesar de sus mejores esfuerzos. Le encantaba la *Oda* de Wordsworth y habría querido escribir un equivalente. Nunca lo logró.

De cualquier manera, los pensamientos de Fat habían vuelto a concentrarse en viajar. Estos pensamientos habían adquirido una naturaleza específica; un día se dirigió a la oficina turística de Viajes Alrededor del Mundo (ramal de Santa Ana) y conferenció con la señora que atendía la recepción tras el mostrador; con la señora y su computadora de destinos.

—Sí, podemos conseguirle un barco que llega a la China en un lento recorrido —dijo la señora animadamente.

—¿Y un avión veloz? —preguntó Fat.

—¿Viaja a China por razones médicas? —preguntó a su vez la señora.

A Fat lo sorprendió la pregunta.

—Muchas personas de los países occidentales están viajando a China para obtener servicios médicos —explicó la señora—. Aun desde Suecia, según tengo entendido. Los servicios médicos en China son excepcionalmente baratos... pero quizás eso usted ya lo sabe. ¿Lo sabe? Operaciones de cirugía mayor llegan a costar unos trescientos dólares en ciertos casos.

Buscó desordenadamente entre panfletos sonriendo animosa.

—Así lo creo —dijo Fat.

—Y luego lo puede descontar de los impuestos —dijo la señora—. ¿Se da cuenta de cómo podemos ayudarlo en Viajes Alrededor del Mundo?

La ironía de este aspecto secundario de la cuestión se le impuso a Fat con toda su fuerza: que él, que buscaba al quinto Salvador pudiera solicitar que su peregrinación se le descontara de los impuestos estatales y federales. Esa noche, cuando Kevin fue a visitarlo, se lo mencionó creyendo que a éste le procuraría retorcida diversión. Pero Kevin tenía otra cosa en mente. En tono enigmático preguntó:

—¿Qué tal si vamos al cine mañana por la noche?

—¿A ver qué? —Fat había captado oscuras corrientes en la voz de su amigo. Significaba que Kevin se traía algo entre manos. Pero por supuesto, fiel a su naturaleza, Kevin no dio más datos.

—Es un film de ciencia-ficción —dijo, y no dio otra explicación.

—Perfectamente —dijo Fat.

A la noche siguiente, él, yo y Kevin fuimos por la avenida Tustin hasta un pequeño cinematógrafo; puesto que tenían intención de ver un film de ciencia-ficción, me pareció que por motivos profesionales también yo debía ser de la partida.

Cuando Kevin aparcó su pequeño Honda Civic de color rojo, alcanzamos a ver la marquesina de la sala.

—*Sivainvi* —leyó Fat— Con Mamá Gansa. ¿Qué es «Mamá Gansa»?

—Un grupo de rock —dije yo con desilusión; no me pareció que sería algo que iba a gustarme. Kevin tenía gustos raros tanto en cine como en música; evidentemente, esa noche se las había compuesto para combinar ambas cosas.

—Yo ya lo he visto —dijo—. Aguantad conmigo. No os sentiréis desilusionados.

—¿Lo has visto —preguntó Fat— y quieres verlo de nuevo?

—Aguantad conmigo —repitió Kevin.

Cuando nos sentamos en el interior de la pequeña sala, notamos que el público parecía componerse casi exclusivamente de adolescentes.

—Mamá Gansa es Eric Lampton —dijo Kevin—. Escribió el guión de *Sivainvi* y es su protagonista.

—¿Canta? —pregunté yo.

—No —contestó Kevin; y nada más dijo; luego se sumió en el silencio.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Fat.

Kevin lo miró sin contestarle.

—¿No es esto como el disco de eructos? —preguntó Fat. En cierta ocasión en que había estado muy deprimido, Kevin le trajo un disco que, según se lo aseguró, la daría ánimos. Fat tuvo que ponerse sus audífonos electroestáticos *Stax* y todo lo que escuchó fue una colección de los más diversos eructos.

—No —dijo Kevin.

Se apagaron las luces; el público de adolescentes guardó silencio y comenzaron a aparecer los títulos y las referencias.

—¿Os dice algo el nombre de Brent Mini? —preguntó Kevin—. Fue el que hizo la música. Mini trabaja con sonidos aleatorios creados con computadoras que él llama «Música sincrónica». Tiene publicados tres álbumes de larga duración. Tengo los dos últimos, pero no pude conseguir el primero.

Librodot

—Entonces esto es algo serio —dijo Fat.

—Tú, nada más, observa —dijo Kevin.

Sonaron ruidos electrónicos.

—Oh, Dios —dije yo con aversión. En la pantalla apareció una vasta burbuja de colores que explotaba en todas direcciones la cámara se aproximó para lograr una toma de cerca. Un film de ciencia-ficción de bajo presupuesto, me dije. Esto es lo que le da mala reputación al género.

La acción comenzaba bruscamente; de pronto los títulos se desvanecieron. Apareció un campo abierto reseco, pardo, con unos pocos yuyos aquí y allá. Bien, me dije, he aquí lo que vamos a ver. Un jeep en el que viajan dos soldados se acerca a los tumbos por el campo. En ese momento una vívida luz relumbra en el cielo.

—Parece un meteoro, capitán —dice uno de los soldados.

—Sí —asiente meditativo el otro soldado—. Pero quizás es mejor que investiguemos.

Me equivocaba.

El film *Sivainvi* trata de una pequeña empresa discográfica llamada Meritone Record situada en Burbank, propiedad de un tal Nicholas Brady, genio de la electrónica. La época —por el estilo de los automóviles y la especie particular de rock que se ejecuta— parece ser fines de la década de 1960 o principios de la de 1970, pero prevalecen extrañas incongruencias. Por ejemplo, no parecía existir Richard Nixon; el presidente de los Estados Unidos se llamaba Ferris F. Fremount y gozaba de suma popularidad. Durante la primera parte del film había súbitas transiciones en las que se exhibían fragmentos de noticieros de TV que difundían la animada campaña de Ferris Fremount en pro de su reelección.

Mamá Gansa —la estrella de rock que en la vida real se la considera en el mismo nivel que Bowie, Zappa y Alice Cooper— hacía el papel de un compositor de canciones entregado a la droga, decididamente un perdedor. Sólo el hecho de que Brady le seguía pagando le permitía sobrevivir económicamente. Gansa tenía una esposa muy atractiva de cabellos extremadamente cortos; esta mujer tenía un aspecto extraterreno con su cabeza casi calva y sus enormes ojos luminosos.

En el film Brady maquinaba constantemente intrigas sobre Linda, la esposa de Gansa (que en el film, por algún motivo, utilizaba su verdadero nombre, Eric Lampton; de modo que la narración propuesta tenía alguna relación con los Lampton reales). Linda Lampton no era natural; eso se lo sabe casi desde el principio. Tuve la impresión de que Brady era un hijo de puta a pesar de ser al mismo tiempo un brujo de la electrónica auditiva. Tenía montado un sistema láser que lanzaba la información —es decir, los varios canales de música— a un mezclador que no se asemejaba a nada existente en la realidad; la maldita cosa se elevaba como una fortaleza; Brady, de hecho entraba en ella por una puerta y dentro recibía un baño de rayos láser que se convertían en música utilizando su cerebro como trasductor.

En una escena Linda Lampton se quitó las ropas y no tiene órganos sexuales.

Fat y yo nunca vimos nada más desagradable.

Entretanto Brady seguía maquinando a su respecto sin saber que con ella nunca podría llegar a nada anatómicamente hablando. Esto divertía a Mamá

Gansa —Eric Lampton— que seguía medrando y escribiendo las peores canciones que pueda concebirse. Al cabo de un tiempo se hace evidente que tiene el cerebro atrofiado; tampoco él lo había advertido. Nicholas Brady inicia maniobras engañosas con intención de aniquilar, por medio del mezclador-fortaleza, a Eric Lampton con rayos láser para poder follar sin inconvenientes a Linda Lampton que, de hecho, carece de órganos sexuales.

Entretanto, Ferris Fremount no cesaba de aparecer en proyecciones graduales que nos desconcertaban. Fremount iba pareciéndose cada vez más a Brady y Brady parecía estar metamorfoseándose en Fremount. Se intercalaban planos en los que se veía a Brady en espléndidas funciones de gala, aparentemente por asuntos de Estado; diplomáticos extranjeros se trasladaban de un lado a otro llevando copas y, como fondo, se oía un constante murmullo quedó: un ruido electrónico que se asemejaba al sonido creado por el mezclador de Brady.

No entendía el film en absoluto.

—¿Entiendes esto? —le pregunté a Fat inclinándome para hablarle en voz baja.

—Cristo, no —me contestó Fat.

Después de haber logrado atrapar a Eric Lampton en el mezclador, Brady introdujo una extraña cassette negra en la cámara y presionó algunos botones. El público vio un primer plano de la cabeza de Lampton en el que ésta explotaba; pero en lugar de salírsete el cerebro, en todas direcciones volaron piezas electrónicas en miniatura. Entonces Linda Lampton irrumpió caminando en el mezclador, simplemente a través de la pared, hizo algo con un objeto que llevaba y Eric Lampton remontó el tiempo: los componentes electrónicos de su cabeza implotaron y su cráneo volvió intacto. Brady entretanto abandonaba vacilante el Edificio Meritone y se internaba en Alameda con ojos sobresalientes... Corte a Linda Lampton que recompone a su marido, ambos en el mezclador semejante a una fortaleza.

Eric Lampton abre la boca para hablar y le sale la voz de Ferris F. Fremount. Linda retrocede consternada.

Corte a la Casa Blanca; Ferris Fremount, que ya no se parece a Nicholas Brady, sino a sí mismo, ya restaurado.

—Quiero que se lleven a Brady —dice torvamente— y que se lo lleven ahora.

Dos hombres vestidos con brillantes uniformes negros que se les ajustan sobre la piel, asienten en silencio.

Corte a Brady que cruza velozmente una playa de aparcamiento en busca de su automóvil; se encuentra del todo alterado. La cámara hace un giro panorámico y enfoca a los hombres vestidos de negro sobre un tejado que apuntan con un rifle telescópico a Brady mientras éste entra en su automóvil e intenta ponerlo en marcha.

Desaparición gradual de la imagen y aparición de una enorme multitud de muchachas vestidas con uniformes de conductoras de animación rojos, blancos y azules. Pero no son conductoras de animación; la cantinela que entonan es:

—¡Matad a Brady! ¡Matad a Brady!

Movimiento lento. Los hombres de negro disparan sus armas. De pronto Eric Lampton está de pie a la puerta de entrada del edificio de Meritone Records; primer plano de su cara; sus ojos adquieren un aspecto extraño. Los hombres de negro quedan convertidos en cenizas; sus armas se funden.

Librodot

—¡Matad a Brady! ¡Matad a Brady!

Millares de muchachas vestidas con idénticos uniformes rojos, blancos y azules. Algunas se desnudan con sexual frenesí.

No tienen órganos reproductores.

Disolución gradual. El tiempo ha transcurrido. Dos Ferris F. Fremount están sentados uno enfrente del otro a una enorme mesa de nogal. Entre ellos: un cubo de palpitante luz rosa. Es un holograma.

Junto a mí, Fat emite un sonido ahogado. Se ha echado hacia delante y mira fijamente. También yo lo hago. Reconozco la luz rosa; es el color que Fat me describió en relación con Cebra.

Escena de Eric Lampton desnudo con Linda Lampton. Se quitan una especie de membrana de plástico y muestran por debajo los órganos sexuales. Hacen el amor y luego Eric Lampton se desliza fuera de la cama. Se dirige a la sala y se inyecta la droga que ese momento le sirve de estímulo. Se sienta y deja caer la cabeza. Depresión.

Toma distante. Abajo, la casa de los Lampton; la cámara es lo que se denomina «cámara tres». Un rayo de energía es disparado contra la casa. Corte rápido a Eric Lampton; se estremece como si lo horadaran. Se lleva las manos a la cabeza y tiene agónicas convulsiones. Primer plano de su cara; los ojos le explotan. (El público emite un sonido ahogado, incluidos yo y Fat.)

Otros ojos reemplazan a los que han explotado. Luego, muy lentamente, la frente se le abre por el medio. Un tercer ojo se hace visible, pero carece de pupila; en cambio, tiene una lente lateral.

Eric Lampton sonríe.

Transición a una sesión de grabación; un grupo de música folk de algún tipo. Están tocando una canción que verdaderamente los arroba.

—Nunca escuché que compusiera nada semejante —le dice a Lampton uno de los hombres de la junta. La cámara se acerca a los locutores; se acrecienta el nivel del sonido. Luego, corte al sistema *de play-back* Ampex; Nicholas Brady ha puesto el *tape* del grupo de música folk. Brady le hace una señal al técnico del mezclador-fortaleza. Se disparan rayos láser en todas direcciones; el sonido emitido se transforma de manera siniestra. Brady frunce el entrecejo, rebobina el *tape* y vuelve a hacerlo funcionar. Distinguimos las palabras:

—Matad... a... Ferris... Fremount... Matad... a... Ferris... Fremount...

Una y otra vez. Brady detiene el *tape*, lo rebobina y vuelve a ponerlo en marcha. Esta vez la canción original compuesta por Lampton nada menciona acerca de matar a Fremount.

Oscuridad. Nada se ve ni se oye. Luego, lentamente, aparece la cara de Ferris F. Fremount con lúgubre expresión. Como si hubiera escuchado el *tape*.

Inclinándose, Fremount pone en funcionamiento un sistema de intercomunicación.

—Póngame en contacto con el Secretario de Defensa —dice—. Que venga aquí de inmediato; debo hablar con él.

—Sí, señor Presidente.

Fremount vuelve a sentarse, abre una carpeta; en ella había guardadas fotografías de Eric Lampton, Linda Lampton y Nicholas Brady y también una colección de datos. Desde lo alto, una fracción de segundo, le es disparado a la cabeza un rayo de luz rosa. Fremount se estremece y luego luce una expresión atónita; entonces, como un robot, se pone de pie, y se dirige a una

trituradora que tiene el letrero de TRITURADORA y arroja en ella la carpeta con su contenido. Tiene la expresión en blanco; se ha olvidado por completo de todo.

—El Secretario de Defensa está aquí, señor Presidente.

Desconcertado, Fremount dice:

—Yo no lo llamé.

—Pero, señor...

Corte a la base de las Fuerzas Aéreas. Se está lanzando un proyectil. Primer plano de un documento con la inscripción SECRETO. Lo vemos abrirse.

PROYECTO SIVAINVI

Voz fuera de cámara:

—¿«SIVAINVI»? ¿Qué es eso, general?

Una profunda voz autoritaria:

—Sistema de la Vasta Inteligencia Viva. Jamás debe...

Todo el edificio explota bañado en la misma luz rosa de antes. Aire libre: el proyectil se eleva. De pronto se menea. Suenan sirenas de alarma. Voces que gritan desaforadas:

—¡Alerta de destrucción! ¡Alerta de destrucción! ¡Misión abortada!

Vemos ahora a Ferris F. Fremount que pronuncia un discurso en una comida destinada a la recolección de fondos para la campaña; gente bien vestida lo escucha. Un oficial uniformado se inclina para hablarle al presidente al oído. En voz alta Fremount dice:

—¿Y bien? ¿Conseguimos a SIVAINVI?

Nervioso, el oficial dice:

—Algo salió mal, señor presidente. El satélite está todavía...

La voz queda ahogada por los ruidos de la multitud; la multitud percibe que algo no va bien; la gente bien vestida se ha metamorfoseado en las jóvenes conductoras de animación vestidas de idénticos uniformes rojos, blancos y azules; están de pie inmóviles. Como robots que no hubieran sido puestos en marcha.

Escena final. Vasta multitud que estalla en vivas. Ferris F. Fremount, de nuevo en cámara, hace con ambas manos el signo de la V de la victoria en el estilo Nixon. Evidentemente, ha ganado la reelección. Breves tomas de hombres armados vestidos de negro en posición de firmes; se encuentran complacidos; alegra, general.

Un niño ofrece flores a la señora Fremount; ella se vuelve para aceptarlas. También se vuelve Ferris Fremount; la cámara se acerca velozmente en *zoom*.

La cara de Brady.

De vuelta a casa, mientras venía descendiendo por la Avenida Tustin, Kevin dijo al cabo de un período en que los tres guardamos silencio:

—Viste la luz rosa.

—Sí —dijo Fat.

—Y el tercer ojo con lente lateral —dijo Kevin.

—¿Mamá Gansa escribió el guión? —pregunté yo.

—Escribió el guión, protagonizó el film y lo dirigió.

Fat preguntó:

Librodot

—¿Había hecho antes algún film?

—No —respondió Kevin.

—Hubo transferencia de información —dije yo.

—¿En el film? —preguntó Kevin—. ¿Cómo línea argumental? ¿O quieres decir desde el film y la banda sonora al espectador?

—No estoy seguro de entender... —empecé.

—Hay material subliminal en este film —dijo Kevin—. La próxima vez que lo vea llevaré conmigo una grabadora portátil. Creo que la información está codificada en la música sincrónica de Mini, su música aleatoria.

—Eran unos Estados Unidos alternativos —dijo Fat—. Donde, en lugar de ser presidente Nixon, el presidente era Ferris Fremount, supongo.

—Eric y Linda Lampton ¿eran humanos o no? —pregunté—. Primero parecían humanos; luego resultó que no tenían... ya saben, órganos sexuales. Y luego se quitaron esas membranas y sí tenían órganos sexuales.

—Pero cuando a él le explotó la cabeza —dijo Fat—, la tenía llena de piezas de computadora.

—¿Observaron el cuenco? —preguntó Kevin—. En la mesa de despacho de Nicholas Brady. El pequeño cuenco de arcilla... como el que tú tienes, el cuenco que esa muchacha...

—Estefanía —dijo Fat.

—...hizo para ti.

—No —dijo Fat—, no la había observado. Hubo muchos detalles en la película que me llegaban tan rápido, que le llegaban al público tan rápido quiero decir.

—La primera vez yo no advertí el cuenco —dijo Kevin—. Aparece en diversos lugares; no sólo en la mesa de despacho de Brady, sino, una vez en la oficina del presidente Fremount, en un rincón, donde sólo la visión periférica puede captarlo. Se ve en varias partes de la casa de los Lampton; por ejemplo, en la sala. Y en la escena en la que Eric Lampton camina vacilante y se tropieza con las cosas y...

—El cántaro —dije.

—Sí —dijo Kevin—, también aparece como cántaro. Lleno de agua. Linda Lampton lo saca de la nevera.

—No, ese era un cántaro de plástico corriente —dijo Fat.

—Te equivocas —dijo Kevin—. Era nuevamente el cuenco.

—¿Cómo podía ser el cuenco nuevamente si era un cántaro? —protestó Fat.

—Al comenzar el film —dijo Kevin— En el campo reseco. A uno de los costados; sólo se lo registra subliminalmente, a menos que uno hubiera estado alerta. El dibujo del cántaro es el mismo que el del cuenco. Una mujer lo está sumergiendo en un arroyo, en un arroyo muy pequeño, casi seco.

Dije:

—Me pareció que el signo cristiano del pez aparecía en él una vez. Como decoración.

—No —dijo Kevin con énfasis.

—¿No? —pregunté yo.

—También a mí me lo pareció la primera vez —dijo Kevin—. Esta vez miré con mayor cuidado. ¿Sabéis qué es? La doble hélice.

—Eso es la molécula de ADN —dije.

—Exacto —dijo Kevin con una sonrisa—. En la forma de un dibujo repetido en torno a la boca del cántaro.

Todos permanecimos en silencio por un momento y luego yo dije:

—La memoria del ácido ribonucleico. El pozo de memoria genética.

—Exacto —dijo Kevin. Agregó—: Junto al arroyo cuando ella llena el cántaro...

—¿«Ella»? —preguntó Fat—. ¿Quién es ella?

—Una mujer —respondió Kevin—. Nunca se la vuelve a ver. Nunca se le ve la cara, pero lleva un largo vestido anticuado y está descalza. Cuando está llenando el cuenco o el cántaro hay un hombre que pesca. Es una toma fugaz que sólo dura una fracción de segundo. Pero se encuentra allí. Esa es la razón por la que te pareció ver el signo del pez. Porque captaste la imagen del hombre que pesca. Quizá haya habido un montón de pescados a sus pies; tendré que observar con mucho cuidado la próxima vez. Viste al hombre subliminalmente y tu cerebro —el hemisferio derecho— lo conectó con el dibujo de la doble hélice del cántaro.

—El satélite —dijo Fat—. SIVAINVI. Sistema de Vasta Inteligencia Viva. ¿Les dispara información?

—Hace todavía más —respondió Kevin—. En ciertas circunstancias los controla. Cuando lo decide, puede dominarlos.

—¿Y ellos tratan de derribarlo? —pregunté—. ¿Con ese proyectil?

Kevin dijo:

—Los cristianos primitivos —los verdaderos— pueden hacerte hacer lo que quieran. Y ver —o no ver— lo que sea. Eso es lo que entiendo del film.

—Pero están muertos —protesté—. El film se desarrolla en el presente.

—Están muertos —dijo Kevin—, si crees que el tiempo es real. ¿No observaste las disfunciones temporales?

—No —contestamos Fat y yo al unísono.

—Ese seco campo baldío. Era la playa de aparcamiento por la que corrió Brady para meterse en su automóvil cuando los dos hombres de negro estaban apostados para dispararle.

Yo no me había dado cuenta de ello.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Había un árbol —dijo Kevin— Las dos veces.

—Yo no vi árbol alguno —dijo Fat.

—Bien —dijo Kevin—, todos tendremos que ir a ver el film de nuevo. Por mi parte, lo haré; el noventa por ciento de los detalles están destinados a pasar por alto la primera vez, en nivel conciente, claro. Me gustaría estudiar el film cuadro por cuadro.

Dije:

—Entonces el signo cristiano del pez es la doble hélice de Crick y Watson. La molécula de ADN en que se almacena la memoria genética; Mamá Gansa quería poner ese punto en claro. Esa es la razón por la que...

—Cristianos —concordó Kevin—. Que no *son* seres humanos, sino algo sin órganos sexuales que deben pasar por seres humanos; pero, si se examina la cuestión más de cerca, *son* seres humanos; por cierto tienen órganos sexuales y hacen el amor.

—Aun cuando sus cráneos estén llenos de piezas electrónicas en lugar de cerebro —dije.

—Quizá son inmortales —dijo Fat.

Librodot

—Por eso Linda Lampton pudo recomponer a su marido —dije—. Cuando el mezclador de Brady lo hizo volar en pedazos. Pueden remontar el tiempo.

Kevin, sin sonreír, dijo:

—Exacto. De modo que ¿os dais cuenta ahora de por qué quería que vieráis *Sivainvi*?

—Sí —respondió Fat gravemente entregado a una profunda introspección.

—¿Cómo pudo Linda Lampton atravesar la pared del mezclador? —pregunté.

—No lo sé —respondió Kevin—. Quizá no se encontraba realmente allí o lo que no estaba realmente allí era el mezclador: quizás ella era un holograma.

—Un holograma —repitió Fat como un eco.

Kevin dijo:

—El satélite tenía control sobre ellos desde un comienzo. Podía hacerles ver lo que se le antojara; al final, cuando resulta que Fremount es Brady... ¡nadie lo nota! Su propia mujer no lo nota. El satélite los ha enceguecido. A todos los Estados Unidos de mierda.

—¡Dios! —exclamé. No se me había hecho la luz todavía, pero ya la revelación no estaba lejos de mí.

—Exacto —dijo Kevin—. Nosotros vemos a Brady, pero evidentemente ellos no; no se dan cuenta de lo que ha sucedido. Se trata de una lucha de poder entre Brady y sus expertos en electrónica por un lado y Fremount y su policía secreta por el otro; los hombres de negro son la policía secreta. Y esas jóvenes que parecían conductoras de animación son algo que está de parte de Fremount, aunque no sé qué. Lo averiguaré la próxima vez —su voz se elevó—. En la música de Mini hay incorporada información; mientras observamos los acontecimientos que se desarrollan en la pantalla... Cristo, no se trata de música; son ciertos diapasones de altura a intervalos específicos nos va dando indicios inconscientes. La música es lo que le da sentido a todo.

—¿Quizás ese mezclador gigantesco sea algo que Mini realmente construyó? —pregunté.

—Quizá —dijo Kevin—. Mini se graduó en el MIT.

—¿Qué otra cosa sabes de él? —preguntó Fat.

—No mucho —dijo Kevin—. Es inglés: En una oportunidad visitó la Unión Soviética; dijo que quería ver ciertos experimentos que estaban realizando allí sobre información trasmitida por microondas a larga distancia. Mini desarrolló un sistema por el que...

—Acabo de recordar una cosa —interrumpí—. Vi en la lista de atribuciones el nombre de Robin Jamison, que tuvo a su cargo la fotografía fija. Lo conozco. Me tomó fotos para una entrevista que me hizo el London Daily Telegraph. Me dijo que había cubierto la coronación; es uno de los más importantes fotógrafos de tomas fijas del mundo. Dijo que se trasladaría con su familia a Vancouver; que es una de las ciudades más hermosas del mundo.

—Lo es —dijo Fat.

—Jamison me dio su tarjeta —dije—. Para que pudiera pedirle los negativos una vez que se publicara la entrevista.

Kevin dijo:

—Debe de conocer a Linda y Eric Lampton. Y quizá también a Mini.

—Me dijo que me pusiera en contacto con él —dije— Era un hombre muy agradable. Se me sentó largo rato al lado y me dio conversación. Tenía

cámaras con motor; el ruido fascinaba a mis gatos. Y me dejó mirar a través de una lente gran angular; eran increíbles las lentes que tenía.

—¿Quiénes pusieron en órbita el satélite? —preguntó Fat— ¿Los rusos?

—Nunca se aclara —contestó Kevin—. Por el modo en que se referían a él... no parecían los rusos. Hay esa escena en la que Fremount abre una carta con un cortapapeles antiguo; de pronto un brusco montaje: un cortapapeles antiguo y luego, militares que hablan del satélite. Si se funden las dos escenas se tiene la idea —yo la tuve— de que el satélite es en realidad muy viejo.

—Eso resulta coherente —dije—. La disfunción temporal, la mujer del largo vestido anticuado, descalza, que recoge agua del arroyo con el ánfora de arcilla. Hubo una toma del cielo. ¿La notaste, Kevin?

—El cielo —murmuró Kevin—. Sí; fue una toma desde lejos. Una toma panorámica. El cielo, el campo... el campo parece antiguo. Como del Oriente Medio. Como Siria. Y tienes razón, el cántaro refuerza la impresión.

Dije:

—El satélite nunca se ve.

—No es así —dijo Kevin.

—¿No es así? —pregunté.

—Cinco veces —dijo Kevin—. Una vez aparece como ilustración de un calendario de pared. Otra, brevemente, como juguete en el escaparate de una tienda para niños. Otra vez en el cielo, pero esta fue una toma fugaz; la primera vez se me escapó. Otra en forma de diagrama cuando el presidente Fremount revisa el paquete de datos y de fotos sobre la Compañía de Discos Meritone... Y en este momento se me escapa la quinta vez. —Frunció el entrecejo.

—El objeto que atropella el taxi —dije.

—¿Cómo? —preguntó Kevin—. ¡Oh, sí! El taxi que se precipita por la Alameda del Oeste. Creí que era una lata de cerveza. Resonó fuertemente al caer a un costado. —Reflexionó y luego hizo una señal de asentimiento—. Tienes razón. Era una vez más el satélite, aunque abollado. Sonó como una lata de cerveza; eso fue lo que me engañó. Mini, una vez más; su maldita música o ruido o lo que fuere. Se oye el sonido de una lata de cerveza, de modo que, automáticamente, se *ve* una lata de cerveza. —La sonrisa se le congeló—. La oyes, luego, la ves. No está mal —aunque conducía en medio de un tránsito denso, cerró los ojos un instante—. Sí, estaba aplastado. Pero era el satélite; tenía las antenas, aunque rotas y dobladas. Y... ¡Mierda! Había algo escrito en él. Como un rótulo. ¿Qué decía? Sabes, habría que tener una lupa y revisar los cuadros del maldito film uno por uno. Uno después del otro, y del otro, y del otro. Y hacer algunas superposiciones. Tenemos demora retinal; se produce por los láser que utiliza Brady. La luz es tan intensa que deja... —Kevin hizo una pausa.

—Actividad fosfénica —dije—. En las retinas del público, eso es lo que quieres decir. Por eso los rayos láser desempeñan un papel tan importante en el film.

—Muy bien —dijo Kevin de vuelta en el piso de Fat. Cada uno de nosotros estaba sentado con su botella de cerveza holandesa y estábamos todos dispuestos a pensar cabalmente la cosa.

El material exhibido en el film de Mamá Gansa coincidía con varios aspectos del encuentro que Fat había tenido con Dios. Esa era la pura

verdad. Diría «esa es la verdad de Dios», pero no creo —por cierto, no lo creía entonces— que Dios tuviera nada que ver en ello.

—La Gran Punta actúa de modos extraordinarios —dijo Kevin, pero sin la menor nota de broma en la voz—. Mierda. Sagrada mierda. —A Fat le dijo—: Yo creía que estabas loco. Quiero decir, entrabas al cuarto acolchado y salías de él como si tal cosa.

—Calma —dije yo.

—De modo que voy a ver *Sivainvi* —dijo Kevin—. Voy al cine para apartarme por un rato de toda la lunática basura que Fat nos vuelca encima; allí me estoy sentado en el maldito cine viendo un film de ciencia-ficción con Mamá Gansa como protagonista y... ¿qué sucede? Es como una conspiración.

—No me eches la culpa —dijo Fat.

Kevin le dijo:

—Vas a tener un encuentro con Mamá Gansa.

—¿De qué modo? —preguntó Fat.

—Phil te pondrá en contacto con Jamison. Puedes encontrarte con Gansa —Eric Lampton— por intermedio de Jamison; Phil es un escritor famoso... puede solucionarlo. —A mí Kevin me preguntó—: ¿Tienes algún libro actualmente que esté a la consideración de algún productor?

—Sí —le respondí— *¿Do Androids Dream of Electric Sheep?* y también *Three Stigmata*.

—Magnífico —dijo Kevin—. Entonces Phil puede aducir que quizá se ruede un film. —Volviéndose a mí, me preguntó—: ¿Cómo se llama ese productor amigo tuyo? ¿El de la MGM?

—Stan Jaffly —le dije.

—¿Estás todavía en contacto con él?

—Sólo como amigo personal. Dejaron pasar la oportunidad de rodar *Man in the High Castle*. A veces me escribe; me envió un enorme acopio de semillas de hierbas una vez. Estaba por enviarme un saco inmenso de musgo de pantano, pero afortunadamente no lo hizo.

—Ponte en contacto con él —me dijo Kevin.

—Mira —dijo Fat—, no comprendo. Había... —Hizo un ademán—. Cosas en *Sivainvi* que me sucedieron a mí en marzo de 1974. Cuando yo... —Una vez más hizo un ademán y se sumió en silencio con perpleja expresión en la cara. Casi una expresión de sufrimiento. Me pregunté el motivo.

Quizá Fat sentía que descubrir elementos de su encuentro con Dios —con Cebra— en un film de ciencia-ficción del que era protagonista una estrella del rock llamada Mamá Gansa, disminuía la estatura del acontecimiento. Pero esta era la primera prueba concreta que teníamos de que algo existía realmente; y había sido Kevin, que era capaz de detectar una patraña de un vistazo, el que nos había llamado la atención sobre ella.

—¿Cuantos elementos reconociste? —le pregunté con tanta calma y sinceridad como pude al afligido Amacaballo Fat.

Al cabo de un momento, Fat se irguió en el asiento y dijo:

—Perfectamente.

—Anótalos —dijo Kevin; le trajo una lapicera fuente. Kevin siempre usaba lapiceras fuentes; último vástago en vías de desaparición de una noble raza de hombres—. ¿Papel? —inquirió mirando alrededor de si.

Cuando se hubo conseguido papel, Fat comenzó la lista.

—El tercer ojo con la lente lateral.

—Muy bien. —asintiendo, Kevin lo apuntó.

—La luz rosa.

—Muy bien.

—El signo cristiano del pez. Que yo no vi, pero que tú dijiste que era...

—La doble hélice —dijo Kevin.

—La misma cosa —dije yo—. Aparentemente al menos.

—¿Algo más? —preguntó Kevin.

—Bueno, todo ese maldito asunto de la transferencia de información. Desde SIVAINVI. Desde el satélite. Dijiste que no sólo les envía información, sino que, además, los domina y tiene control sobre ellos.

—En última instancia, ese era todo el sentido del film. El satélite... Mirad, he aquí de qué trataba el film. Está ese tirano evidentemente basado en Richard Nixon llamado Ferris F. Fremount. Gobierna a los Estados Unidos por intermedio de esa policía secreta de negro, quiero decir, hombres vestidos de uniforme negro que llevan armas con mira telescópica y esas conductoras de animación de mierda. En el film se las llama «Apas».

—Eso no lo advertí cuando vi el film —dije.

—Aparece en un estandarte —dijo Kevin—. De manera marginal. Apas: «Amigas del Pueblo Americano». El ejército civil de Ferris Fremount. Todas iguales y animadas de igual patriotismo. De cualquier manera, el satélite dispara información y salva la vida de Brady. Eso lo captastéis. Finalmente el satélite dispone que Brady reemplace a Fremount a último momento, cuando éste ha ganado las elecciones. El presidente es en realidad Brady, no Fremount. Y Fremount lo sabe; hay esa escena en la que aparece con el archivo de las fotografías de todas las personas vinculadas con Discos Meritone; sabía lo que estaba sucediendo, pero no podía impedirlo. Dio órdenes de que el ejército derribara a SIVAINVI, pero el proyectil se desvió y tuvo que ser destruido. *Todo* fue llevado a cabo por SIVAINVI. ¿De dónde creéis que obtuvo Brady sus conocimientos electrónicos por empezar? De SIVAINVI. De modo que cuando Brady se convirtió en presidente bajo la apariencia de Ferris Fremount, fue el satélite el que en realidad lo era indirectamente. Ahora bien ¿quién o qué es el satélite? ¿Quién o qué es SIVAINVI? La clave está en el cuenco o en el ánfora de cerámica, es lo mismo. El signo del pez... que tu cerebro tuvo que montar a partir de diversas piezas de información. El signo del pez, cristianos. El vestido anticuado de la mujer. La disfunción temporal. Existe cierta conexión entre SIVAINVI y los cristianos primitivos, aunque no sé exactamente en qué consiste. De cualquier manera el film alude a ella de manera elíptica. Toda la información se da fragmentada. Por ejemplo, cuando Ferris Fremount examina el archivo de Discos Meritone ¿tuvisteis tiempo de captar alguno de los datos?

—No —dijimos a un tiempo Fat y yo.

—«Vivió mucho tiempo atrás —dijo Kevin con voz ronca—, pero vive todavía.»

—¿Eso decía? —preguntó Fat.

—¡Sí! —exclamó Kevin—. Eso decía.

—Entonces, no soy el único que se encontró con Dios —dijo Fat.

—Con Cebra —lo corrigió Kevin—. No tienes certeza de que fuera Dios; no sabes quién mierda era.

—¿Un satélite? —pregunté—. ¿Un muy viejo satélite que dispara información?

Irritable, Kevin dijo:

—Quisieron hacer un film de ciencia-ficción; así se trataría la cuestión en un film de ciencia-ficción, si hubieras tenido esa experiencia. Tú tendrías que saberlo, Phil. ¿No es así?

—Sí —respondí.

—De modo que lo llaman SIVAINVI —dijo Kevin— y lo convierten en un satélite muy antiguo. Que controla a la gente para eliminar una maligna tiranía en cuyo poder se encuentran los Estados Unidos. Es obvio que todo esto se basa en Richard Nixon.

Pregunté:

—¿Debemos inferir que el film *Sivainvi* nos dice que el que despojó a Nixon de su cargo fue Cebra o Dios o SIVAINVI?

—Sí —contestó Kevin.

A Fat le dije:

—¿No habló la Sibila de tres ojos con la que soñaste de «conspiradores que habían sido descubiertos y que habría que eliminar»?

—En agosto de 1974 —contestó Fat.

Kevin dijo con aspereza:

—Ese fue el mes y el año en que Nixon renunció a su cargo.

Más tarde, mientras Kevin me conducía a casa, los dos conversamos sobre Fat y sobre *Sivainvi*, pues, presumiblemente, nadie podía escucharnos.

La opinión de Kevin se resumía en que él siempre había creído que Fat estaba loco. Había percibido la situación de la manera siguiente: la culpa y el dolor provocados por el suicidio de Gloria había destruido la mente de Fat y nunca se había recobrado. Beth era una tremenda hija de puta y, habiéndose casado con ella por desesperación, Fat se había sentido más miserable que nunca. Por último, en 1974, perdió el tino por completo. Fat había iniciado un extravagante episodio esquizofrénico para dar animación a su descolorida vida: había visto lindos colores y había escuchado palabras de consuelo, generadas todas en su inconsciente, que había crecido y, literalmente, se lo había tragado despojándolo de su yo. En ese estado psicótico, Fat había andado a los tumbos, obteniendo por fin gran solaz de lo que según él se lo había figurado, es decir, su encuentro con Dios. Para Fat la psicosis total era una bendición. Ya sin contacto con la realidad en forma alguna, podía creer que el mismo Cristo lo sostenía en sus brazos y lo consolaba. Pero entonces Kevin había ido al cine y ya no se sentía tan seguro; el film de Mamá Gansa había significado un gran sacudón.

Me pregunté si Fat se propondría todavía ir a China en busca de lo que él llamaba «el quinto Salvador». No parecía que le fuera necesario ir más lejos de Hollywood, donde se había rodado *Sivainvi* o, si allí era donde habría de encontrar a Eric y Linda Lampton, a Burbank, centro de la industria de los discos americana.

El quinto Salvador: una estrella de rock.

—¿Cuándo se hizo *Sivainvi*? —le pregunté a Kevin.

—¿El film? ¿O el satélite?

—El film, por supuesto.

Kevin respondió:

—En 1977.

—Y la experiencia de Fat se produjo en 1974.

—Exacto —repuso Kevin—. Probablemente antes de que se empezara a trabajar en el guión, según puedo concluir por lo que leí acerca de *Sivainvi*. Gansa dice que escribió el guión en doce días. No dijo exactamente cuándo, pero aparentemente quería que se rodara tan pronto como fuera posible. Estoy seguro de que fue después de 1974.

—Pero no lo sabes en realidad.

Kevin dijo:

—Puedes averiguarlo por Jamison, el fotógrafo; seguramente él lo sabrá.

—¿Y si ambas cosas sucedieron al mismo tiempo, en marzo de 1974?

—Pues me quedaría sin saber que decir —repuso Kevin.

—¿No crees realmente que sea un satélite lo que le disparó el rayo de información a Fat, no es así? —le pregunté.

—No, ese es un recurso de ciencia-ficción, un modo de explicarlo con los métodos del género. —Kevin reflexionó—. Supongo. Pero en el film había disfunciones temporales; Gansa tenía conciencia de que en cierto modo el tiempo estaba involucrado. Esa es verdaderamente la única manera en que el film puede entenderse... la mujer que llena el cántaro. ¿Cómo consiguió Fat el cuenco de cerámica? ¿Se lo dio una muchacha?

—Lo modeló, lo horneó y se lo obsequió alrededor de 1971 después de que su esposa lo abandonó.

—No era Beth.

—No, una esposa anterior.

—Después de la muerte de Gloria.

—Sí. Fat dice que Dios había estado durmiendo en el cuenco y salió de él en marzo de 1974: la teofanía.

—Sé de mucha gente que piensa que Dios duerme en un cuenco —dijo Kevin.

—Vaya golpe bajo.

—Bien, de modo que la mujer descalza había vuelto a los tiempos de Roma. Vi algo esta noche en *Sivainvi* que no había visto antes y que no mencioné; no quise que Fat empezara a recorrer el cuarto como un petardo. En el fondo, mientras la mujer estaba junto al arroyo, se veían formas indistintas. Posiblemente tu amigo, el fotógrafo de imágenes fijas fue el que tuvo eso a su cargo. Formas de edificios. Edificios antiguos, de los tiempos de Roma. Tenían el aspecto de nubes, pero... hay nubes y nubes. La primera vez que vi las formas, percibí nubes, y la segunda, hoy, percibí edificios. ¿Este maldito film cambia cada vez que uno lo ve? ¡Mierda sagrada, qué tema! Un film diferente cada vez. No, eso es imposible.

Comenté:

—También lo es un rayo de luz rosa que transmite información médica al cerebro sobre la enfermedad congénita de un hijo.

—¿Y si te dijera que pudo haber habido una disfunción temporal en 1974 y el mundo de la antigua Roma irrumpió en el nuestro?

—Te refieres al tema del film.

—No, me refiero a la realidad.

—¿En el mundo real?

—Eso explicaría lo de «Tomás».

Kevin asintió.

—Irrumpió en el mundo —dije— y luego volvió a apartarse.

—Dejando por detrás a Richard Nixon en la playa de California vestido de traje y corbata, perplejo por lo sucedido.

Librodot

—Entonces fue intencional.

—¿La disfunción? Pues claro.

—No estamos hablando entonces de una disfunción; estamos hablando de alguien o de algo que deliberadamente manipula el tiempo.

—Tú lo has dicho —dijo Kevin.

Dije a mi vez:

—Has hecho un giro de 180 grados a partir de la teoría de que Fat está loco.

—Bien, Nixon se encuentra todavía en la playa de California desconcertado por lo que sucedió. El primer presidente de los Estados Unidos obligado a hacer abandono de su cargo. El hombre más poderoso del mundo. Lo cual lo convierte en el hombre más poderoso que haya vivido nunca. ¿Sabes por qué el presidente en *Sivainvi* se llamaba Ferris F. Fremount? Logré aclararlo. «F» es la sexta letra del alfabeto inglés. De modo que equivale a seis. Por tanto, FFF, las iniciales de Ferris F. Fremount representan en términos numéricos la cifra 666. Por eso Gansa lo llamó de ese modo.

—Oh, mi Dios —exclamé.

—Exactamente.

—Pues entonces, estos son los Últimos Días.

—Bueno, Fat está convencido de que el Salvador está por llegar o que ha llegado ya. La voz interior que él escucha e identifica con Cebra o Dios, así se lo hizo saber de modos diversos. Santa Sofía —que es Cristo—, el Buda y Apolo. Y le dijo algo así como: «El momento que vienes aguardando…»

—«…ha llegado por fin.» —terminé yo.

—Esto es pura bosta —dijo Kevin—. He aquí ante nosotros a Elías, otro Juan Bautista que dice: «Trazad en el desierto un camino recto para nuestro Señor». Una autopista, quizá. —Se echó a reír.

De pronto recordé algo que había visto en *Sivainvi*; lo evoqué visualmente: un primer plano del automóvil al final del film, del que Fremount, reelecto, pero en realidad ahora Nicholas Brady, sale para dirigirse a la multitud.

—Thunderbird —dije.

—¿El vino?

—El automóvil. Coche Ford. Ford.

—¡Mierda! —exclamó Kevin—. Tienes razón. Salió de un Ford Thunderbird y era Brady. Jerry Ford.

—Pudo haber sido una coincidencia.

—En *Sivainvi* nada es coincidencia. Y la cámara se acercó velozmente al automóvil donde se leía Ford en la plancha de metal. ¿Cuánto más hay en *Sivainvi* que no captamos? Que no captamos *conscientemente*. No hay forma de saber qué les podrá estar sucediendo a nuestras mentes inconscientes; puede que el maldito film… —Kevin hizo una mueca—. Nos esté disparando toda clase de informaciones visuales y auditivas. Tengo que obtener la grabación de la banda sonora de ese film; llevaré conmigo una grabadora la próxima vez que vaya a verlo. Que será dentro de un par de días.

—¿Que clase de música es la de los discos de larga duración de Mini? —pregunté.

—Son sonidos que se asemejan a los cantos de la ballena jorobada.

Lo miré fijamente; no estaba seguro de que hablara en serio.

—Es cierto —dijo—. De hecho, grabé un *tape* que abarcaba desde los ruidos de la ballena a la música sincrónica para remontar luego la escala.

Existe una misteriosa continuidad; quiero decir, es posible advertir la diferencia, pero...

—¿De qué modo lo afecta a uno la música sincrónica? ¿Qué clase de estado de ánimo produce?

Kevin contestó:

—Un profundo estado theta, un sueño profundo. Pero yo, personalmente, tuve visiones.

—¿Visiones de qué? ¿De la gente de tres ojos?

—No —contestó Kevin—. De una antigua ceremonia sagrada celta. El sacrificio de un carnero que se asaba para provocar la partida del invierno y la vuelta de la primavera. —Me miró y me dijo—: De origen, yo pertenezco a la raza celta.

—¿Habías tenido antes conocimiento de estos mitos?

—No. Yo era uno de los que participaban en el sacrificio; yo fui el que degolló al carnero. Recuerdo haber estado allí.

Kevin mientras escuchaba la música sincrónica de Mini, había vuelto al tiempo de sus orígenes.

10

No sería en China, ni en India, ni tampoco en Tasmania, si de eso se trata, donde Amacaballo Fat encontraría al quinto salvador. *Sivainvi* nos había indicado dónde buscar: una lata de cerveza aplastada por un taxi que pasaba por allí. Esa era la fuente de información y de ayuda.

Eso era de hecho SIVAINVI, Sistema de la Vasta Inteligencia Viva, como había decidido llamarla Mamá Gansa.

Acabábamos de ahorrarle a Fat un montón de dinero, además de un montón de tiempo y de esfuerzos desperdiciados, incluida la molestia de hacerse vacunar y obtener pasaporte.

Un par de días más tarde los tres volvimos a recorrer la avenida Tustin y vimos el film *Sivainvi* una vez más. Observándolo con escrupulosa atención, advertí que en la superficie no tiene el menor sentido. A no ser que se examinaran los indicios subliminales y marginales para montarlos luego, no se llegaba a nada. Pero estos indicios le penetraban a uno en la cabeza, los examinara uno de manera conciente o no; no se tenía alternativa. El público mantenía la misma relación con el film *Sivainvi* que la que había mantenido Fat con lo que él había llamado Cebra: un transductor y un perceptor de naturaleza totalmente receptiva.

Una vez más notamos que el público se integraba por una mayoría de adolescentes. Parecían gozar de lo que veían. Me pregunté cuántos de ellos abandonarían la sala reflexionando sobre los inescrutables misterios propuestos por el film, como lo hacíamos nosotros. Quizá ninguno. Tuve la sensación de que eso no alteraba nada.

Podíamos considerar que la muerte de Gloria había sido la causa del supuesto encuentro de Fat con Dios, pero no podíamos considerarla la causa del film *Sivainvi*. Kevin, después de haberlo visto por primera vez, se dio cuenta de ello enseguida. No interesaba cuál fuera la explicación; quedaba establecido que la experiencia de Fat en marzo de 1974 había sido real.

Bueno, interesaba cuál fuera la explicación, concedido. Pero cuando menos una cosa se había probado: puede que Fat estuviera clínicamente

Librodot

loco, pero estaba inmerso en la realidad, una realidad de alguna especie, aunque no por cierto la normal.

La irrupción de la antigua Roma —la de los tiempos apostólicos y de los cristianos primitivos— en el mundo moderno. Y su irrupción con un propósito: el derrocamiento de Ferris F. Fremount, que era Richard Nixon.

Habían logrado su propósito y se habían ido luego de regreso.

Quizás el Imperio *hubiera llegado a su fin* después de todo.

Kevin, ahora él mismo hasta cierto punto persuadido, se puso a examinar los dos libros apocalípticos de la Biblia en busca de indicios. Llegó a una parte del «*Libro de Daniel*» que, según tuvo la impresión, describía a Nixon.

«En los días postreros de esos reinos
Cuando sus pecados hayan alcanzado la cumbre,
Un rey hará su entrada, áspero y lúgubre, maestro de la estratagema.
Grande será su poder e inauditos sus estragos;
Extenderá la desolación entre las grandes naciones y en un pueblo santo.
Su mente estará siempre en marcha
Y la astucia de sus designios no conocerá el fracaso;
Conjurará grandes planes.
Y, cuando menos nadie lo piense, muchos serán víctimas de sus estragos.
Desafiará aun al Príncipe de los príncipes
Y será quebrantado, aunque no por manos humanas.»

Para gran diversión de Fat, Kevin se había convertido ahora en un asiduo consultor de la Biblia; el cínico se había vuelto devoto, aunque con un propósito particular.

Pero en un nivel mucho más profundo, Fat se sentía atemorizado por el desarrollo que pudieran seguir los acontecimientos. Quizá siempre le hubiera inspirado confianza creer que su encuentro de 1974 con Dios provenía de mera insania; de ese modo, no necesariamente tenía que tomarlo como real. Ahora sí. Ahora todos lo tomábamos como real. Algo que no tenía explicación le había sucedido a Fat, una experiencia que indicaba la desintegración del mundo físico mismo y de las categorías ontológicas que lo definían: el espacio y el tiempo.

—Mierda, Phil —me dijo esa noche—. ¿Y si el mundo no existe? Si el mundo no existe ¿qué es lo que existe entonces?

—No lo sé —le contesté y agregué luego con alusión—: Tú eres la autoridad.

Fat se me quedó mirando.

—No tiene gracia. Alguna fuerza o entidad desintegró la realidad alrededor de mí como si todo no fuera sino un holograma. ¡Una interferencia de nuestro holograma!

—Pero en tu *tractate* —dije— así es exactamente como defines la realidad: un holograma de doble fuente.

—Pero el pensamiento intelectual es una cosa —dijo Fat— y comprobar que responde a la realidad, otra muy distinta.

—De nada vale que te ofendas conmigo —le dije.

David, el amigo católico, y su joven amiguita aficionada al *bop*, Jan, fueron a ver *Sivainvi* por recomendación nuestra. David quedó complacido. Vio en ella la mano de Dios que exprimía el mundo como si fuera una naranja.

—Bueno, sí, nosotros nos encontramos en el zumo —dijo Fat.

—Pero eso es lo justo —dijo David.

—Pues entonces estás dispuesto a prescindir del mundo como algo real —dijo Fat.

—Lo real es aquello en lo que Dios cree —dijo David.

Kevin fastidiado, preguntó:

—¿Puede crear a una persona tan estúpida que pueda creer que nada existe? Porque si nada existe ¿qué significa la palabra «nada»? ¿Cómo se define la «nada» que existe en comparación con la «nada» que no existe?

Nosotros, como de costumbre, habíamos quedado atrapados en medio del tiroteo entre David y Kevin, pero en circunstancias alternadas.

—Lo que existe —dijo David— es Dios y la Voluntad de Dios.

—Espero que figure en su testamento —dijo Kevin—. Espero que me deje más de un dólar.

—Todas las criaturas figuran en su testamento —dijo David sin parpadear siquiera; nunca permitía que Kevin le tendiera una trampa.

Por un gradual aumento, la preocupación había ido ganando a todo nuestro pequeño grupo. Ya no éramos amigos que consolaran y apuntalaran a uno de sus miembros por encontrarse éste trastornado; todos, colectivamente, nos encontrábamos en dificultades. De hecho, había ocurrido una total inversión de la situación: en lugar de apaciguar a Fat, ahora recurríamos a él en busca de consejo. Si había de creerse en el film de Mamá Gansa. Fat era nuestro vínculo con esa entidad, SIVAINVI o Cebra, que parecía tenernos en su poder a todos nosotros.

—No sólo nos lanza información, sino que cuando lo quiere, le es posible hacerse cargo del control. Tiene dominio sobre nosotros.

Eso lo expresa perfectamente. En cualquier momento un rayo de luz rosa podía alcanzarnos, enceguecernos y, cuando recuperáramos la vista (si ello alguna vez ocurría) podíamos saberlo todo o no saber nada y encontrarnos en Brasil hace cuatro mil años atrás; el espacio y el tiempo nada significaban para SIVAINVI.

Una preocupación común nos aunaba a todos: el temor de que supiéramos y hubiéramos adivinado demasiado. Sabíamos que los cristianos apostólicos, armados de una tecnología sorprendentemente refinada, habían atravesado la barrera del espacio y el tiempo para irrumpir en nuestro mundo y, con ayuda de un vasto instrumento de procesamiento de la información, habían alterado en lo fundamental la historia humana. Puede que la especie de criatura que tropiece con un conocimiento semejante no ocupe un lugar muy aventajado en los cuadros de longevidad.

Y más ominoso todavía: sabíamos —o sospechábamos— que los cristianos apostólicos originales que habían conocido a Cristo, que habían estado vivos para recibir sus enseñanzas orales directas antes de que los romanos las eliminaran, eran inmortales. Habían adquirido la inmortalidad por mediación del plásmata al que Fat se refiere en su *tractate*. Aunque los cristianos apostólicos originales habían sido asesinados, al plásmata se había ocultado en Nag Hammadi y se había puesto en marcha de nuevo por nuestro mundo, y tan enfadado como un hijo de puta, si perdonáis la expresión. Tiene sed de venganza. Y, aparentemente, la había iniciado en contra de la moderna manifestación del Imperio, la imperial presidencia de los Estados Unidos.

Librodot

Tenía esperanzas de que el plásmata nos considerara sus amigos. Tenía esperanzas de que no nos creyera soplones.

—¿Dónde se esconde uno —dijo Kevin— cuando un plásmata inmortal que lo sabe todo y está consumiendo el mundo por un proceso de transubstanciación lo persigue?

—Afortunadamente Sherri no está viva y nada se entera de todo esto —dijo Fat sorprendiéndonos—. Quiero decir, la harían vacilar en su fe.

Todos nos echamos a reír. La vacilación de la fe por el descubrimiento de que la entidad en la cual uno cree existe realmente: la paradoja del espíritu pío. La teología de Sherri se había congelado; no habría habido espacio en ella para el desarrollo, la expansión y la evolución necesarias para abarcar nuestras revelaciones. No había porqué sorprenderse de que Fat y ella no pudieran vivir juntos.

La cuestión era: ¿Cómo proceder para ponernos en contacto con Eric Lampton y Linda Lampton y el compositor de la música sincrónica, Mini? Evidentemente por mi intermedio y mi amistad —si así podía llamársela— con Jamison.

—Depende de ti, Phil —me dijo Kevin—. Manos a la obra. Llama a Jamison y dile... lo que fuere. Tienes todos los datos; ya se te ocurrirá algo. Di que has escrito un argumento interesante y que quieres que Lampton lo lea.

—Titúlalo *Cebra* —dijo Fat.

—Muy bien —dije—. Lo titularé Cebra o Culo de Caballo o lo que queráis. Sabéis, por supuesto, que esto va a echar por tierra mi probidad profesional.

—¿Qué probidad? —preguntó Kevin, tal como era característico con él—. Tu probidad es como la de Fat. Por empezar, nunca remontó vuelo.

—Lo que tienes que hacer —dijo Fat— es demostrar conocimiento de la gnosis que me fue revelada por Cebra con antelación a lo que aparece en *Sivainvi*. Eso va a despertar su curiosidad. Anotaré unas pocas enunciaciones que recibí directamente de cebra.

No demoró en tener preparada una lista a mi disposición.

Núm. 18. El tiempo real llegó a su término en el 70 E.C. con la caída del Templo de Jerusalén. Volvió a comenzar en 1974. El período transcurrido entre ambas fechas fue una interpolación perfectamente espuria que imitó como un mono la creación de la Mente. «El Imperio nunca tuvo fin», pero en 1974 se envió un mensaje cifrado como señal de que la Edad de Acero había llegado a su término; el mensaje comprendía dos palabras: REY FELIX, lo cual se refiere al Rey Feliz (o Justo).

Núm. 19. El mensaje cifrado de dos palabras, REY FELIX, no tenía por destinatario a los seres humanos, sino a los descendientes de Ijnaton, la raza de tres ojos que, en secreto, habita entre nosotros.

Después de leer estas anotaciones, Pregunté:

—¿Debo recitarle esto a Robin Jamison?

—Dile que pertenece a tu argumento Cebra —dijo Kevin.

—¿Es este mensaje real? —le preguntó a Fat.

Una velada expresión apareció en su cara.

—Tal vez.

—¿Se envió realmente este mensaje secreto de dos palabras? —preguntó David.

—En 1974 —contestó Fat—. En febrero. Los criptógrafos del ejército de los Estados Unidos lo estudiaron, pero no lograron discernir cuál era su destinatario o qué significaba.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Se lo dijo Cebra —dijo Kevin.

—No —dijo Fat, pero no aclaró nada más.

En esta industria uno habla siempre con agentes, nunca con quien interesa. En una ocasión me había excedido de copas y traté de ponerme en contacto con Kay Lenz, de la que me había enamorado después de haberla visto en Breezy. Su agente me interceptó el camino. Lo mismo sucedió cuando intenté llegar a Victoria Principal, ella misma ahora una agente; también estaba enamorado de ella y también fui interceptado cuando trataba de telefonearle a los Estudios Universal. Pero obtener la dirección y el número de teléfono de Robin Jamison en Londres fue algo diferente.

—Sí, lo recuerdo —dijo Jamison amablemente cuando obtuve la comunicación con Londres—. El escritor de ciencia-ficción con una niña por novia, como la describió el señor Purser en su artículo.

Le hablé de mi historia Cebra, le dije que haría época, que había visto su sensacional film *Sivainvi* y que creía que el papel le venía de maravillas a Mamá Gansa; mejor aún que a Robert Redford, a quien también estábamos teniendo en consideración y que se mostraba interesado a su vez.

—Lo que puedo hacer —dijo Jamison— es ponerme en contacto con el señor Lampton y darle su número de teléfono allí, en los Estados Unidos. Si le interesa, él o su agente se comunicarán con usted o su agente.

Había hecho mi mejor disparo; era cosa decidida.

Después de conversar algo más, colgué el receptor con cierto sentimiento de futilidad. Experimenté también una ligera sensación de culpa, aunque sabía que sería pasajera.

¿Era Eric Lampton el quinto Salvador que Fat buscaba?

Era extraña la relación que se daba entre realidad e ideal. Fat había estado dispuesto a ascender la más alta cumbre del Tibet para allegarse a un monje de doscientos años que le dijera: «La significación de todo esto, hijo mío, es...» Pensé: «ya ves, hijo mío aquí el tiempo se convierte en espacio». Pero no dijo nada; los circuitos de Fat ya estaban sobrecargados de información. Nada le era menos necesario que recibir otra nueva; lo que le hacía falta era que alguien recibiera información de él.

—¿Se encuentra Gansa en los Estados Unidos? —preguntó Kevin.

—Según Jamison —dije—, sí.

—No le diste el mensaje cifrado —dijo Fat.

Todos le dirigimos una mirada de fatiga.

—El mensaje cifrado es para Gansa —dijo Kevin—. Cuando llame.

—Cuando —repetí como un eco.

—Si es necesario, puedes hacer que tu agente se ponga en contacto con el agente de Gansa —dijo Kevin. Consideraba la cuestión con mayor seriedad aún que el mismo Fat. Después de todo. Kevin era el que había descubierto *Sivainvi* y, de ese modo, había hecho que todos nos pusiéramos en movimiento.

—Es probable que un film como ése conmueva a un montón de chiflados —dijo David—. Mamá Gansa debe de estar actuando con cautela.

—Gracias —dijo Kevin.

—No me refería a nosotros —dijo David.

—Tiene razón —dije, pasando revista mental a la correspondencia que mi propia obra general—. Probablemente Gansa prefiera ponerse en contacto con mi agente.

Pensé: «Si se decide a hacerlo». Su agente con el mío. Mentes equilibradas.

—Si Gansa te telefonea —me dijo Fat con voz serena, baja y sumamente tensa, nada frecuente en él— has de darle el mensaje cifrado de dos palabras, REY FELIX. Deslízalo en la conversación, claro; este no es un episodio de espionaje.

—Di que es otro título posible para el film.

Le contesté irritado:

—Puedo arreglármelas solo.

Lo más probable era que no hubiera nada sobre qué arreglarse. Una semana más tarde recibí una carta del mismo Mamá Gansa, Eric Lampton. Contenía una única palabra REY. Y después de la palabra un signo de interrogación y una flecha que apuntaba hacia la derecha de REY.

Me cagué de miedo; me eché a temblar. E incluí la palabra FELIX. Y devolví la carta a Mamá Gansa a vuelta de correo.

Este había incluido un sobre sellado, dirigido a si mismo.

No cabía duda: nos habíamos vinculado.

La persona a la cual se refiere el mensaje cifrado de dos palabras, REY FELIX, es el quinto Salvador que, según lo había dicho Cebra —o SIVAINVI— había nacido ya o estaba por nacer. Recibir la carta de Mamá Gansa me había resultado aterrador. Me pregunté qué impresión le haría a Gansa —a Eric Lampton y su mujer Linda— recibir mi carta con la correcta incorporación de la palabra FELIX. Correcta en verdad, así cabía decirlo. Sólo una palabra de los centenares de miles de palabras inglesas era la que correspondía; no inglesa, en realidad, sino latina. Es un nombre en inglés, pero una palabra en latín.

Próspero, feliz, fecundo... la palabra latina «felix» cabe en los mandatos que Dios Mismo dicta; en el *Génesis*, 1:21 dice a todas las criaturas del mundo: «Procread y multiplicaos, henchid las aguas de los mares y que las aves se multipliquen sobre la tierra. Esta es la esencia de la significación de *Felix*, este mandato de Dios, este amoroso mandato, esta manifestación de su deseo de que no sólo vivamos, sino además de que vivamos prósperos y felices.»

FELIX. Fructífero, fecundo fértil, productivo. Todas las más nobles especies de árboles, cuyos frutos se ofrecen a las deidades superiores. Que producen buena suerte, de buen augurio, auspicioso, favorable, propicio, próspero, feliz. Dichoso, afortunado. Integro. Más feliz, más adecuado para.

Esta última significación me interesa. «Más adecuado para.» El Rey que es más adecuado para... ¿para qué? Quizá para derrocar el reino tiránico del rey de lágrimas reemplazando a este triste y amargo rey por su propio reino legítimo de felicidad: el fin de la edad de la Negra Prisión de Acero y el comienzo de la edad del Jardín de las Palmeras bajo el cálido sol de Arabia («Felix» se refiere también a la región fértil de Arabia).

Después de haber recibido yo la misiva de Mamá Gansa, nuestro pequeño grupo se reunió en sesión plenipotenciaria.

—Fat está en la hoguera —dijo Kevin lacónico, pero sus ojos refulgían de entusiasmo y alegría, una alegría que todos compartíamos.

—Estáis conmigo —dijo Fat.

Todos habíamos hecho nuestro aporte para comprar una botella de coñac Courvoisier Napoleón; sentados en la sala de Fat calentamos nuestras copas frotándolas con las manos como si estuviéramos por hacer fuego con varillas; nos sentíamos bastante confortables.

Dijo Kevin sordamente, sin dirigirse a nadie en particular:

—Sería interesante que aparecieran algunos hombres de ajustados uniformes negros y nos mataran a todos. Por la llamada de Phil.

—Serían una feliz coyuntura —dije, contestando sin dificultad al ingenio de Kevin—. Empujemos a Kevin al vestíbulo armado con un palo de escoba para ver si alguien abre fuego contra él.

—Eso no probaría nada —dijo David—. La mitad de Santa Ana está cansada de Kevin.

Tres noches más tarde, a las dos de la mañana, sonó el teléfono. Cuando contesté estaba levantado todavía terminando la introducción para un libro de cuentos recopilados de lo producido durante una carrera de veinticinco años, una voz de hombre con ligero acento británico preguntó:

—¿Cuántos sois vosotros?

Atónito, pregunté:

—¿Quién es el que habla?

—Gansa.

Oh, Cristo, pensé, y otra vez me eché a temblar.

—Cuatro —dije con voz vacilante.

—Esta es una feliz ocasión —dijo Eric Lampton.

—Próspera —contesté.

Lampton se echó a reír.

—No, el Rey no se encuentra en muy buena situación financiera.

—Él... —no fui capaz de proseguir.

Lampton dijo:

—*Vivit*. Creo ¿*Vivet*? Vive, de cualquier manera, le complacerá saberlo. No conozco muy bien el latín.

—¿Dónde? —pregunté.

—¿Dónde está usted? Mi código postal aquí es 741.

—En Santa Ana. En el Condado de Orange.

—Con Ferris —dijo Lampton— Se encuentra al norte de la mansión junto al mar de Ferris.

—Exacto.

—¿Nos reunimos?

—Pues claro —respondí, y en mi cabeza una voz dijo: «Esto es real».

—¿Pueden volar hacia aquí, los cuatro? ¿A Sonoma?

—Oh, sí —respondí.

—Vengan al aeropuerto de Oakland; es mejor que San Francisco. ¿Vio *Sivainvi*?

—Varias veces. —La voz todavía me temblaba—. Señor Lampton ¿hay involucrada una disfunción temporal?

Eric Lampton respondió:

—¿Cómo puede haber una disfunción en algo que no existe? —Hizo una pausa—. No había pensado en eso.

—No —admití—. ¿Me es permitido decirle que consideramos a *Sivainvi* uno de los films más hermosos que hayamos visto nunca?

—Espero que alguna vez podamos presentar la versión sin cortes. Procuraré que ustedes puedan verla aquí. Nosotros no queríamos realmente que se cortara, pero... ya sabe usted, consideraciones prácticas... ¿Usted es autor de ciencia-ficción, no es así? ¿Conoce a Thomas Disch?

—Sí —dije.

—Es muy bueno.

—Así es —dije complacido de que Lampton conociera la obra de Disch. Era un buen síntoma.

—En cierto sentido, *Sivainvi* es pura bosta —dijo Lampton—. Tuvimos que hacerla así para que los distribuidores la aceptaran. Para las multitudes que devoran maíz tostado. —Había animación en su voz un tintineo musical. Querían que yo cantara, sabe usted. «¡Eh, señor Estrella!» ¿Cuándo es su intervención?» Creo que se sintieron algo desilusionados, usted lo entiende.

—Bueno —musité sin saber qué decir. Aquello era más de lo que esperaba.

—Entonces, los veremos aquí. Tiene la dirección ¿no es cierto? Al fin de mes ya no estaré en Sonoma, así que debe ser este mes o mucho más avanzado el año; volveré a Inglaterra, pues debo rodar un film televisivo para la gente de Grenada. Y tengo compromisos para dar conciertos... También tengo fecha en Burbank para grabar; podría encontrarlos allí en... ¿Cómo la llaman? ¿«Sudlandia»?

—Volaremos a Sonoma —dije—. ¿Hay otros —pregunté— que se hayan puesto en contacto con usted?

—¿Gente del «Rey Feliz»? Bien, ya hablaremos de eso cuando nos reunamos, su pequeño grupo y Linda y Mini. ¿Sabía que Mini hizo la música?

—Sí —respondí—. Música sincrónica.

—Es muy bueno —dijo Lampton— Mucho de lo que logramos reside en su música. No compone canciones, el hijo de puta. Ojalá lo hiciera. Compondría canciones magníficas. Mis canciones no son malas, pero no soy Paul. —Hizo una pausa—. Me refiero a Simon.

—¿Puedo preguntarle —inquirí— *dónde se encuentra*?

—Oh. Bueno, sí; puede preguntarlo. Pero nadie va a decírselo en tanto no hayamos conversado. Un mensaje de dos palabras no me indica demasiado sobre ustedes ¿no? Aunque hemos hecho averiguaciones acerca de usted. Consumió drogas durante algún tiempo y luego las abandonó. Conoció a Tim Leary...

—Sólo por teléfono —lo corregí—. Hablé una vez con él por teléfono; se encontraba en Canada con John Lennon y Paul Williams... no el cantante, sino el escritor.

—¿No fue nunca arrestado por posesión?

—Jamás —dije.

—Asumió el papel de una especie de guru de la droga ante adolescentes en... ¿dónde era...? Oh, sí, en el Condado de Marin. Alguien le tomó una fotografía.

—No es exactamente así —dije.

—Escribe libros muy extraños. Pero está usted seguro de que no tiene antecedentes policiales; no lo queremos si los tiene.

—No los tengo —aseguré.

Apacible y amable Lampton dijo:

—Estuvo mezclado con los terroristas negros por un tiempo.

No respondí nada.

—¡Qué aventura ha sido su vida! —dijo Lampton.

—Sí —concedí. Era por cierto la verdad.

—¿No está consumiendo drogas en la actualidad? —Lampton se echó a reír—. Retiraré esa pregunta. Sabemos que ahora lleva una vida normal. Muy bien, Phil; me alegraré mucho de conocerlo a usted y a sus amigos personalmente. Fue usted el que... Veamos. Fue usted el que se comunicó con Dios.

—La información le fue disparada a mi amigo Amacaballo Fat.

—Pero ése es usted. «Philip» significa «Amacaballo» en griego, amante de los caballos. «Fat» es la traducción alemana de «Dick». De modo que usted ha traducido su nombre.

No respondí nada.

—¿Debo llamarlo «Amacaballo Fat»? ¿Se sentiría más cómodo así?

—Lo que resulte más conveniente —dije, rígido como un trozo de madera.

—Una expresión de la década de 1960 —Lampton se echó a reír—. Muy bien, Philip, creo que tenemos bastante información sobre usted. Hablamos con su agente, el señor Galen; parecía muy astuto y directo al mismo tiempo.

—Es un hombre eficaz —dije.

—Por cierto sabe dónde se encuentra usted parado, como dicen aquí. La casa que lo edita es Doubleday ¿no?

—Bantam —aclaré.

—¿Cuándo vendrá su grupo?

Le respondí:

—¿Qué le parece este fin de semana?

—Perfectamente —dijo Lampton—. Les va a gustar todo esto. Todos sus sufrimientos han terminado. ¿Se da cuenta dé eso Philip? —De su tono había desaparecido todo rastro de burla—. Han terminado; realmente han terminado.

—Magnífico —dije. El corazón me martillaba.

—No tenga miedo, Philip —dijo Lampton con serenidad.

—Muy bien —le respondí.

—Ha padecido mucho. Esa muchacha muerta... Bueno, eso podemos dejarlo pasar; ya ha pasado. ¿Comprende?

—Sí —dije—. Comprendo.

Y comprendía. Esperaba comprender; lo intentaba; lo quería.

—No, no comprende. El se encuentra aquí. La información es concreta. «*El Buda se encuentra en el parque*.» ¿Entiende?

—No —respondí.

—Gautama nació en un gran parque llamado Lumbini. Es una historia como la de Cristo y Belén. Si la información fuera «Jesús se encuentra en Belén» sabría lo que eso significa ¿no?

Asentí con la cabeza olvidando que estaba al teléfono.

—Ha permanecido dormido casi dos mil años —dijo Lampton—. Mucho tiempo. Mientras sucedía todo lo que sucedió. Pero... Bien, creo haber dicho bastante. Se ha despertado ahora; eso es lo que importa ¿Linda y yo los veremos el viernes por la noche o el sábado por la mañana entonces?

—Correcto —dije—. Magnifico. Probablemente el viernes por la noche.

—Recuerde —dijo Lampton—. «El Buda se encuentra en el parque.» Y trate de ser feliz.

Librodot

Pregunté:

—¿Es él que ha regresado? ¿O algún otro?

Una pausa.

—Quiero decir... —empecé.

—Sí, ya sé lo que quiere decir. Pero, usted comprende, el tiempo no es real. Es otra vez él, pero al mismo tiempo no lo es; es otro. Hay muchos Budas, pero sólo existe uno. La clave para comprenderlo es el tiempo... Cuando pone un disco por segunda vez ¿interpretan los músicos la música una segunda vez? Si pone un disco cincuenta veces ¿los músicos interpretan la música cincuenta veces?

—Sólo una —dije.

—Gracias —dijo Lampton, e interrumpió la comunicación. Yo a mi vez colgué el receptor.

Esto es algo que no se ve todos los días, me dije. Lo que Gansa dijo.

Para mi sorpresa, me di cuenta de que había dejado de temblar.

Era como si una crónica corriente subterránea de miedo me hubiera hecho temblar toda la vida. Temblar, huir, meterme en dificultades, perder a la gente que amaba. Como el personaje de un dibujo animado en lugar de una persona, según me di cuenta. Una rígida animación de comienzos de la década de 1930. Por detrás de todo lo que había hecho, el miedo era lo que me había impulsado. Ahora el miedo había desaparecido, dulcemente eliminado por la nueva que acababa de oír. La nueva, me di cuenta repentinamente, que había esperado desde un principio; en cierto sentido, había sido creado para estar presente cuando la nueva se difundiese y no por otro motivo.

Podía olvidarme de la muchacha muerta. El universo mismo, en su escala macrocósmica, podía ahora dejar de padecer. La herida se había curado.

Como era tan tarde, no pude darles noticia a los demás de la llamada de Lampton. Tampoco podía llamar a Aerolíneas de California para reservar los pasajes. No obstante, temprano por la mañana, llamé a David, primero luego a Kevin y por último a Fat. Me hicieron cargo de los preparativos del viaje; el viernes por la noche les parecía muy bien.

Nos reunimos por la tarde y decidimos que a nuestro pequeño grupo le hacía falta un nombre. Después de algunas escaramuzas, dejamos que Fat lo decidiera. En vista de la importancia que Eric Lampton le había dado a la sentencia sobre Buda, decidimos llamarnos la Sociedad de Siddharta.

—Pues entonces, no me contéis entre los vuestros —dijo David—. Lo lamento, pero no puedo participar a no ser que haya cierta sugerencia de cristianismo. No quiero parecer fanático, pero...

—Pareces fanático —le dijo Kevin.

Volvimos a trenzarnos. Por fin encontramos un nombre lo bastante intrincado como para satisfacer a Fat, lo bastante críptico como para satisfacer a Kevin y lo bastante cristiano como para satisfacer a David; para mí el asunto carecía por completo de importancia. Fat nos contó un sueño que había tenido recientemente en el que él era un gran pez. En lugar de brazos, tenía aletas como las de las focas o aspas de molino; con una de estas aletas había tratado de sostener un rifle M-16, pero el arma se le había resbalado hasta el suelo y una voz había salmodiado:

—Los peces no pueden portar armas.

Como la palabra griega con que se designa ese tipo de aspa es rhipidos —como en reptiles *Rhiptoglossa*— nos decidimos finalmente por él nombre de Sociedad Rhipidon, que se refería de modo elíptico al pez del cristianismo: Esto también complació a Fat, pues aludía al pueblo Dogon que utilizaba el signo del pez para designar a la deidad benéfica.

De modo que ahora podíamos acercarnos a los Lampton —a ambos, a Eric y a Linda Lampton— en forma de una organización oficial, aunque pequeña. Creo que a esta altura estábamos asustados; aunque quizás intimidados fuera la palabra que mejor nos convenía.

Llevándome a un aparte, Fat me dijo en voz baja:

—¿Dijo realmente Eric Lampton que no teníamos ya que pensar en su muerte?

Puse una mano sobre el hombro de Fat.

—Ya todo ha terminado —le dije—. Así me lo dijo él. La edad de opresión terminó en agosto de 1974; ahora comienza a llegar a su fin la edad del dolor. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Fat con una débil sonrisa, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo, pero quisiera creerlo al mismo tiempo.

—No estás loco, lo sabes —le dije a Fat—. Recuérdalo. No puedes utilizar esa excusa para rendirte.

—¿Y vive? ¿Ya? ¿Realmente?

—Así lo afirma Lampton.

—Entonces es cierto.

Le contesté:

—Probablemente lo es.

—Tú lo crees.

—Me parece que sí —contesté—. Ya lo averiguaremos.

—¿Será viejo? ¿O un niño? Supongo que todavía es un niño. Phil... —Fat me miró paralizado—. ¿Y si no es humano?

—Bien —dije—, ya nos enfrentaremos con ese problema cuando se presente. —Pensé sin decirlo que probablemente viniera del futuro; no será humano desde ciertos puntos de vista, pero desde otros sí lo será. Nuestro hijo inmortal... la forma de vida que habrá quizá millones de años por delante. Cebra, pensé. Por fin *te veré*. Todos nosotros te veremos.

Rey y juez, pensé. Tal como se prometió. De vuelta a Zoroastro.

De vuelta, a decir verdad, a Osiris. Y, desde Egipto, al pueblo Dogon; y desde allí a las estrellas.

—Un poquito de coñac —dijo Kevin trayendo la botella a la sala—. Para brindar.

—Maldición, Kevin —protestó David—. No se puede brindar por el Salvador, no con coñac.

—¿Una gota? —preguntó Kevin.

Todos aceptamos una copa de coñac Courvoisier Napoleón, incluido David.

—Por la sociedad Rhipidon —dijo Fat. Hicimos entrechocar las copas.

Dije:

—Y por nuestro lema.

—¿Tenemos un lema? —preguntó Kevin.

—Los peces no pueden portar armas —le contesté.

Brindamos por ello.

11

Habían pasado años desde que visitara Sonoma, California, por última vez. Quedaba en el corazón de la tierra vitivinícola, rodeada por tres lados de hermosas colinas. De todo, lo más bello es el parque de la ciudad, situado en el mismo centro, con su viejo tribunal de piedra, el estanque con patos y los antiguos cañones, reliquias de guerras ya liquidadas.

Las muchas pequeñas tiendas que rodeaban el parque cuadrado estaban destinadas a los turistas de fin de semana timando a los desprevenidos con múltiples baratijas, pero algunos pocos edificios históricamente genuinos del antiguo reino mejicano quedaban todavía en pie, pintados y con placas que anunciaban su antigua finalidad. El aire olía bien —en especial si se viene del Sur— y aunque era de noche, nos paseamos un poco antes de entrar en un bar llamado Gino's para telefonear a los Lampton.

Eric y Linda, los dos, nos recogieron en un VW Rabbit blanco; nos buscaron en Gino's donde los cuatro nos sentamos a una mesa y bebimos Separators, especialidad de la casa.

—Lamento que no hayamos podido recogerlos en el aeropuerto —dijo Lampton cuando él y su mujer se acercaron a nuestra mesa; aparentemente me reconoció por mis fotografías publicitarias.

Eric Lampton es esbelto y de largos cabellos rubios; llevaba pantalones rojos de botamanga acampanada y una camiseta sin mangas en la que se leía: SALVAD A LAS BALLENAS. Kevin, por supuesto, lo reconoció enseguida, como mucha de la gente del bar; se los recibió con llamadas, gritos y saludos y ellos sonrieron alrededor de sí a quienes evidentemente eran sus amigos. Junto a Eric, Linda caminaba deprisa, también esbelta, con dientes como los de Emmylou Harris. Como su marido, es esbelta, pero de cabellos oscuros y muy suaves y largos. Llevaba pantalones de piernas cortadas muy desteñidos, una camisa de cuadros y un pañuelo de colores anudado al cuello. Ambos estaban calzados con botas: las de Eric eran de montar y las de Linda, trenzadas.

No mucho después, apretujados en el Rabbit, recorríamos calles residenciales de casas relativamente modernas con amplios prados.

—Constituimos la Sociedad Rhipidon —dijo Fat.

Eric Lampton dijo:

—Nosotros somos los Amigos de Dios.

Asombrado, Kevin reaccionó violentamente; se quedó mirando fijo a Lampton. Los demás nos preguntamos por qué.

—Pues entonces conocéis el nombre —dijo Eric.

—*Gottesfreunde* —dijo Kevin— ¡Hay que remontarse al siglo XIV!

—Así es —dijo Linda Lampton— Los Amigos de Dios se organizaron originalmente en Basilea. Finalmente entramos en Alemania y los Países Bajos. Estáis enterados del Meister Eckhart entonces.

Kevin respondió:

—Fue el primer hombre en distinguir entre el Dios Capital y Dios. El más grande de los místicos cristianos. Enseñó que una persona puede lograr la unión con el Dios Capital. ¡Sostuvo el concepto de que Dios existe en el alma humana! —Nunca lo habíamos visto a Kevin tan entusiasmado—. ¡El alma puede conocer a Dios tal como éste es en sí mismo! ¡Nadie enseña hoy eso! Y, y... —Kevin tartamudeaba. Nunca lo habíamos oído tartamudear antes—.

Sankara en la India, en el siglo IX; enseñó lo mismo que Eckhart. Es misticismo transcristiano por el que el hombre puede ir más allá de Dios, o mezclarse con Dios o una chispa de alguna clase que no fue nunca creada. Brahma. Esa es la razón por la que Cebra...

—SIVAINVI —dijo Eric Lampton.

—Lo que fuere —dijo Kevin; volviéndose hacia mí, agregó agitado—: Esto explicaría las revelaciones sobre el Buda, sobre Santa Sofía o Cristo. Esto no se limita a un único país, o cultura o religión. Lo siento, David.

David hizo una amigable señal de asentimiento, pero pareció escandalizado. Sabía que esto nada tenía que ver con la ortodoxia.

Eric dijo:

—Sankara y Eckhart, la misma persona que vive en dos lugares en dos épocas diferentes.

Medio para sí, Fat dijo:

—Hace que las cosas luzcan diferentes para simular que el tiempo ha pasado.

—El tiempo y el espacio, ambas cosas —dijo Linda.

—¿Qué es SIVAINVI? —pregunté.

—Sistema de Vasta Inteligencia Viva —dijo Eric.

—Eso es una descripción —dije yo.

—Eso es lo que tenemos —respondió Eric—. ¿Qué otra cosa hay sino eso? ¿Quiere un nombre, como Dios hizo que el hombre le diera nombre a todas las criaturas? El nombre es SIVAINVI; llámelo así y conténtese con eso.

—¿Es SIVAINVI humano? —pregunté—. ¿O Dios o alguna otra cosa?

Eric y Linda, los dos sonrieron.

—¿Viene de las estrellas? —pregunté.

—El lugar donde nos encontramos —dijo Eric— es una de las estrellas; nuestro sol es una estrella.

—Acertijos —dije yo.

Fat preguntó:

—¿Es SIVAINVI el Salvador?

Por un momento Eric y Linda permanecieron en silencio y luego Linda dijo:

—Somos los Amigos de Dios.

Y no agregó nada más.

Cauteloso, David me buscó la mirada, me la encontró e hizo un movimiento de interrogación: ¿*Es esta gente sincera*?

—Son un grupo muy antiguo —repuse— que, según yo lo creía, había desaparecido hace siglos.

Eric dijo:

—Nunca desaparecimos y somos mucho más antiguos de lo que usted pueda creer. De lo que le hayan dicho. Aun de lo que nosotros le diríamos si nos lo preguntara.

—Entonces sois más antiguos aún que Eckhart —dijo Kevin apremiante.

Linda respondió:

—Sí.

—¿Siglos de antelación? —preguntó Kevin.

No hubo respuesta.

—¿Millares de años? —inquirí yo por fin.

—«Las altas cumbres son la morada de la cara del monte —dijo Linda— y los peñascos el refugio del tejón.»

Librodot

—¿Qué significa eso? —pregunté; también Kevin—, hablamos al unísono.

—Sé lo que significa —repuso David.

—No puede ser —dijo Fat; aparentemente, también él había reconocido lo que había citado Linda.

Al cabo de un momento Eric dijo:

—«La cigüeña hace su nido en las cimas.»

Fat me dijo:

—Estos pertenecen a la raza de Ijnaton. Ese es el *Salmo 104* basado en el himno de Ijnaton; se incorporó a nuestra Biblia; es *más antiguo* que ella.

Linda Lampton dijo:

—Somos los horribles constructores con manos como garras. Que nos escondimos avergonzados. Junto con Efaistos construimos grandes muros y la casa de los mismos dioses.

—Sí —dijo Kevin—. Efaistos era horrible también. El dios constructor. Ustedes mataron a Asclepios.

—Estos son los cíclopes —dijo Fat con voz desmayada.

—La palabra significa «ojos redondos» —dijo Kevin.

—Pero nosotros tenemos tres ojos —dijo Eric—. De modo que en el registro histórico se cometió un error.

—¿Deliberadamente? —preguntó Kevin.

Linda respondió:

—Sí.

—Ustedes son muy viejos —dijo Fat.

—Sí, lo somos —dijo Eric, y Linda hizo una señal de asentimiento—. Muy viejos. Pero el tiempo no tiene realidad. No para nosotros, de cualquier manera.

—Mi Dios —dijo Fat como alcanzado por un rayo—. Estos son los constructores originales.

—Nunca nos hemos detenido —dijo Eric—. Todavía construimos este mundo, esta matriz espacio-temporal.

—Ustedes son los creadores —dijo Fat.

Los Lampton asintieron.

—Son realmente los amigos de Dios —dijo Kevin—. Lo son literalmente.

—No tengas miedo —dijo Eric—. Ya saben cómo Siva sostiene una mano en alto para mostrar que no hay nada que temer.

—Pero hay de qué asustarse —dijo Fat—. Siva es el destructor; su tercer ojo aniquila.

—También es el restaurador —dijo Linda.

Inclinándose hacia mí, David me preguntó:

—¿Han perdido el juicio?

Son dioses, dije para mí; son Siva que a la vez destruye y protege. *Son los jueces*.

Quizá debí haber sentido miedo. Pero no lo sentí. Ya habían destruido: habían derrocado a Ferris F. Fremount, como lo mostraron en el film *Sivainvi*.

Había comenzado el período de Siva el Restaurador. La restauración de todo lo que hemos perdido, pensé. De dos jóvenes muertas.

Como en el film *Sivainvi*, Linda Lampton podía invertir el tiempo de ser necesario; y volver todo a la vida.

Había comenzado a comprender el film.

La Sociedad Rhipidon, advertí, aunque es un pez, ha abandonado las profundidades.

Una irrupción del inconsciente colectivo, había enseñado Jung, puede eliminar el frágil yo individual. En las profundidades de lo colectivo dormitan los arquetipos; si despiertan, pueden curar o pueden destruir. En esto consiste el peligro de los arquetipos; las cualidades opuestas no se encuentran todavía separadas. La bipolarización en opuestos correspondientes no se produce en tanto no haya conciencia.

De modo que, en el caso de los dioses, vida y muerte, protección y destrucción, son la misma cosa. Este apareamiento secreto existe fuera del tiempo y el espacio.

Puede ser motivo de que se experimente un gran temor y no sin justificación. Después de todo, nuestra existencia está en juego.

El verdadero peligro, el definitivo horror, se produce cuando la creación y la protección, el albergue, vienen en primera instancia y viene luego la destrucción. Porque en esta secuencia todo lo construido acaba con la muerte.

Dentro de toda religión se oculta la muerte.

Y en cualquier momento puede desencadenarse, no con remedio en sus alas, sino con veneno, con aquello que daña.

Pero nosotros habíamos empezado dañados. Y SIVAINVI nos había disparado información curativa, información médica. SIVAINVI se nos aproximó asumiendo la forma del médico, y la edad de la herida, la Edad del Acero, la tóxica astilla de acero, había quedado abolida.

Y, sin embargo... el riesgo está potencialmente presente.

Es una especie de juego terrible cuyo resultado puede seguir cualquier dirección.

Libera me, Domine, me dije*. In dies irae*. Sálvame, protégeme, Señor, en el día de la ira. Hay una vena de irracionalidad en el universo y nosotros, la pequeña Sociedad Rhipidon, confiada y esperanzada, podemos haber sido arrastrados a ella al encuentro de nuestra muerte.

Como muchos han encontrado la muerte antes.

Recordé algo que el gran médico del Renacimiento había descubierto. Los venenos, en dosis mesuradas, se convierten en remedios; Paracelso fue el primero en utilizar metales, como el mercurio, por ejemplo, como medicación. Por este descubrimiento —la utilización mesurada de metales venenosos como medicaciones— quedó Paracelso incorporado en nuestros libros de historia. Sin embargo, la vida del gran médico tuvo un final desdichado.

Murió por ingestión de un metal venenoso.

De modo que, dicho de otra manera, las medicaciones pueden resultar venenosas. Y ello puede producirse en cualquier momento.

«El tiempo es un niño que juega a las damas; el reino pertenece a un niño. Así lo escribió Heráclito hace dos mil quinientos años. Desde diversos puntos de vista es un pensamiento terrible. El más terrible que pueda concebirse. Un niño que juega... con toda forma de vida, en todo lugar.»

Hubiera preferido una alternativa. Veía ahora la importancia de cohesión del lema de nuestra pequeña Sociedad, que nos comprometía en toda ocasión como esencia del cristianismo del que no podríamos apartarnos jamás:

¡LOS PECES NO PUEDEN PORTAR ARMAS!

Si lo abandonábamos, nos asaltaban las paradojas y, finalmente, la muerte. Aunque nuestro lema sonara estúpido, lo habíamos concebido con ayuda de la intuición que nos hacía falta. No había nada más que conocer.

En el raro y breve sueño de Fat, en el que no le es posible asir un rifle M-16, la Divinidad nos había hablado. *Nihil obstat*. Habíamos incorporado el amor. Habíamos encontrado una tierra para nosotros.

¡Pero lo divino y lo terrible están tan cerca lo uno de lo otro! Nomino y Yurugu son socios; ambos son necesarios. Osiris y Set también. En el *Libro de Job* Jehová y Satán constituyen una sociedad. Para que nosotros vivamos, no obstante, esta sociedad debe romperse. La sociedad de entre bastidores debe llegar a término no bien el tiempo, el espacio y todas las criaturas comienzan a existir.

No es Dios ni los dioses lo que debe prevalecer; es la sabiduría, la Sagrada Sabiduría. Tenía esperanzas de que el quinto Salvador fuera eso: la partición de las bipolaridades y el resurgimiento como algo unitario. No de tres personas, sino de *una*. No de Brahma él creador, Vishnu el sustentador y Siva el destructor, sino lo que Zoroastro llamó la Mente Sabia.

Dios puede ser bondadoso y terrible, no en sucesión, sino al mismo tiempo. Esa es la razón por la que buscamos un mediador entre nosotros y él; nos aproximamos a él por mediación del sacerdote y lo atenuamos y lo cercamos a través de los sacramentos. Lo hacemos por nuestra propia seguridad: para atraparlo en confines que lo vuelvan inofensivo. Pero ahora, como Fat lo había percibido Dios había escapado de esos confines y estaba transubstanciando el mundo; Dios estaba en libertad.

Los dulces sonidos del coro que canta «Amén, amén» no tiene por fin serenar a la congregación, sino apaciguar al dios.

Cuando se sabe esto, se ha penetrado en la más íntima médula de la religión. Y lo peor es que el dios puede lanzarse hacia fuera al encuentro de la congregación hasta convertirse en ella. Uno venera a un dios y éste paga posesionándose de uno. Esto se llama en griego «*enthousiasmos*», literalmente, «ser poseído por el dios.» De todos los dioses griegos, Dionisio era el que mayor probabilidades tenía de hacerlo. Y, desdichadamente, Dionisio era loco.

Dicho de otra manera —invirtiendo la enunciación— si un dios se posesiona de uno, no importa el nombre que reciba, lo más probable es que se trate en realidad de alguna forma asumida por Dionisio, el dios loco. Era también el dios de la intoxicación que, literalmente, puede significar la ingestión de toxinas, es decir, tomar veneno. El peligro está presente.

Si se lo percibe, se intenta huir. Pero si se huye, lo tiene a uno en su poder de cualquier modo, porque el semidios Pan era la base de pánico, que es el incontrolable impulso de huida, y Pan es una subforma de Dionisio. De modo que, al tratar de huir de Dionisio, uno está en su poder de cualquier manera.

Escribo esto, literalmente, con mano pesada; estoy tan cansado, que me caigo mientras me encuentro aquí sentado. Lo que sucedió en Jonestown fue que la masa huyó de pánico inspirada por el dios loco; pánico que condujo a la muerte, el resultado lógico del impulso del dios insano.

Para ellos no hubo puerta de salida. Uno debe estar en posesión del dios loco para comprender esto, para comprender que una vez que sucede, no hay puerta de salida, porque el dios loco se encuentra en todas partes.

No es razonable que novecientas personas se unan en su propia muerte y en la muerte de sus hijos, pero el dios insano no es lógico, no lo es en el sentido en que nosotros comprendemos el término.

Cuando llegamos a la casa de los Lampton, vimos que era una mansión señorial, centro de una granja, situada en medio de viñedos; después de todo, esta era una tierra vitivinícola.

Pensé en que Dionisio es el dios del vino.

—El aire huele bien aquí —dijo Kevin al abandonar el VW Rabbit.

—Algunas veces hay contaminación —dijo Eric. Aun aquí.

Al entrar a la casa, comprobamos que era cálida y atractiva; todas las paredes estaban cubiertas de enormes pósters de Eric y Linda enmarcados tras vidrios que no emitían reflejos. Esto le daba a la vieja casa de madera un aspecto moderno, que nos vinculaba con el viejo Sur.

Linda dijo sonriendo:

—Hacemos nuestro propio vino aquí. Con nuestras propias vides.

Pues así me lo figuro, me dije.

A lo largo de una de las paredes se levantaba un enorme equipo de estéreo semejante a la fortaleza de *Sivainvi* que era el mezclador de sonidos de Nicholas Brady. Vi dónde se había originado la idea visual.

—Pondré un *tape* que nosotros grabamos —dijo Eric dirigiéndose a la fortaleza auditiva y para ponerla en marcha—. La música es de Mini, pero la letra me pertenece. Yo canto, pero no vamos a darlo a publicidad; es sólo un experimento.

Mientras nos sentábamos, la música, emitida con amplio caudal de decibeles, invadió la sala rebotando desde todas las paredes.

«Quiero verte, compañero,
Tan deprisa como pueda.
Deja tu mano en las mías,
No tengo manos que dar,
Y soy viejo, viejo, muy viejo.

¿por qué no me miras?
¿Temes lo que puedas ver?
Te encontraré, sin embargo,
Más tarde o ahora; más tarde o ahora.»

Jesús, pensé al escuchar la letra. Bien, no nos habíamos equivocado de sitio. No cabía duda de ello. Queríamos esto y lo obtuvimos. Kevin podía divertirse decodificando la letra de la canción, cosa del todo innecesaria por lo demás. Bueno, podía concentrar su atención en los ruidos electrónicos de Mini, entonces.

Linda, inclinándose y poniendo sus labios junto a mi oído gritó por sobre la música:

—Esas resonancias abren los *chakras* superiores.

Hice una señal de asentimiento.

Cuando la canción terminó, todos expresamos nuestra admiración, David incluido; David había quedado sumido en un estado como de trance; sus ojos estaban vidriosos. Esto le sucedía siempre que se enfrentaba con algo que no podía soportar; la iglesia le había enseñado cómo excluirse mentalmente por un tiempo hasta que la situación de *stress* hubiera desaparecido.

—¿Les gustaría conocer a Mini? —preguntó Linda Lampton.

—¡Sí! —exclamó Kevin.

—Probablemente esté arriba durmiendo —dijo Eric Lampton. Se dispuso a abandonar la sala—. Linda, trae de la bodega un poco de Cabernet Sauvignon, el de 1972.

—Muy bien —dijo ella abandonando la sala por el otro extremo—. Pónganse cómodos —nos dijo por sobre el hombro—. Vuelvo enseguida.

Kevin contemplaba arrebatado el estéreo.

David se me acercó con las manos metidas en los bolsillos; la expresión de su cara era compleja.

—Están...

—Están locos —lo interrumpí.

—Pero en el coche tú parecías...

—Locos —repetí.

—¿Locos rematados? —preguntó David; estaba muy cerca de mí, como en busca de protección—. U otra cosa.

—No lo sé —dije sinceramente.

Fat estaba de pie junto a nosotros ahora; escuchaba pero no hablaba. Tenía un aspecto del todo sobrio. Entretanto, Kevin, a solas, seguía examinando el sistema de audio.

—Creo que deberíamos... —empezó David, pero en ese momento regresó Linda Lampton de la bodega con una bandeja de plata en la que había seis copas y una botella todavía con su corcho.

—¿Querría alguno de ustedes destapar el vino? —preguntó Linda—. Yo suelo dejarle corcho adentro, no sé por qué.

En ausencia de Eric, se mostraba tímida con nosotros, para nada semejante a la mujer que había interpretado en *Sivainvi*.

Poniéndose de pie, Kevin recibió de ella la botella de vino.

—El sacacorchos está en algún lugar de la cocina —dijo Linda.

Desde lo alto nos llegaba un ruido como si algo muy pesado se estuviera arrastrando en el piso superior.

Linda dijo:

—Mini —tengo que decírselos— padece de mieloma múltiple. Es muy doloroso y está en silla de ruedas.

Horrorizado, Kevin exclamó:

—El mieloma del plasma celular es siempre fatal.

—La esperanza de vida es de dos años —dijo Linda—. Su enfermedad acaba de diagnosticarse. Será hospitalizado dentro de una semana. Lo siento.

Fat preguntó:

—¿No puede SIVAINVI curarlo?

—Lo que haya de curarse, será curado —dijo Linda, Lampton—. Lo que haya de destruirse, será destruido. Pero el tiempo no tiene realidad; nada se destruye. Es sólo una ilusión.

David y yo nos intercambiamos una mirada.

Librodot

Bump, bump. Algo pesado y enorme era arrastrado escaleras abajo. Luego, mientras permanecíamos inmóviles, una silla de ruedas entró en la sala. Desde ella un pequeño bulto desmoronado nos miraba sonriente con el ánimo, el amor y la calidez del reconocimiento. Desde ambos oídos salían cuerdas: un doble auxilio auditivo. Mini, el compositor de la música sincrónica era parcialmente sordo.

Acercándonos de a uno a Mini, todos estrechamos su mano temblorosa y nos identificamos, no como sociedad, sino sobre una base personal.

—Su música es muy importante —dijo Kevin.

—Sí, lo es —respondió Mini.

Percibíamos su dolor y también percibíamos que no viviría mucho tiempo. Pero a pesar del dolor que experimentaba, no le guardaba rencor al mundo; no se parecía a Sherri. Cuando miré a Fat, me di cuenta que estaba recordándola, ahora, mientras contemplaba al hombre desmoronado en la silla de ruedas. Haber recorrido todo este camino, pensé, para volver a encontrar esto; esto de lo que Fat había huido. Bien, como lo dije ya, no importa qué dirección uno siga, cuando uno corre, el dios corre con uno porque se encuentra en todas partes, fuera y dentro de sí.

—¿Se puso SIVAINVI en contacto con vosotros? —preguntó Mini—. ¿Con los cuatro? ¿Es ese el motivo por el que estáis aquí?

—Se puso en contacto conmigo —dijo Fat—. Estos son mis amigos.

—Dime lo que viste —dijo Mini.

—Era como el fuego de Santelmo —dijo Fat—. E información..

—Siempre hay información cuando SIVAINVI está presente —dijo Mini asintiendo y sonriendo—. El es información. Información viva.

—Curó a mi hijo —dijo Fat—. O, de otra manera, me disparó la información médica necesaria para que se curara. Y SIVAINVI me dijo que Santa Sofía y el Buda y lo que él o ella llamó el «Apolo Capital» está por nacer muy pronto y que el...

—...el tiempo que habías aguardado —murmuró Mini.

—Sí —dijo Fat.

—¿Cómo conociste la clave? —le preguntó Eric a Fat.

—Vi una entrada que se destacaba sobre el fondo —repuso Fat.

—Lo vio —dijo Linda deprisa—. ¿Cuál era la razón de la entrada? ¿Los lados?

Fat contestó:

—La Constante de Fibonacci.

—Es nuestro otro código —dijo Linda—. Hemos hecho publicar avisos por todo el mundo. Uno a punto seis uno ocho cero tres cuatro. Lo que decimos es: «Complete esta secuencia: De uno a punto seis». Si la reconocen como la constante de Fibonacci, pueden terminar la secuencia.

—O utilizamos los números de Fibonacci —dijo Eric— 2, 3, 5, 8, 13, etcétera. Esa es la entrada al Reino Diferente.

—¿Más elevado? —preguntó Fat.

—Simplemente lo llamamos «Diferente» —repuso Eric.

—A través de la entrada vi una escritura luminosa —dijo Fat.

—No, no es eso lo que viste —dijo Mini con una sonrisa—. A través de la entrada se encuentra Creta.

Al cabo de una pausa, Fat dijo:

—Lemnos.

—A veces Lemnos, otras Creta. Esa es la zona general. —Con un espasmo de dolor, Mini se irguió en la silla de ruedas.

—Vi letras hebreas en el muro —dijo Fat.

—Sí —contestó Mini todavía sonriendo—. La Cábala. Y las letras hebreas se transformaron hasta formar palabras que pudiste leer.

—REY FELIX —dijo Fat.

—¿Por qué mentiste acerca de la entrada? —preguntó Linda sin animosidad; parecía meramente curiosa.

Fat respondió:

—No pensé que me creeríais.

—Pues entonces, no estás normalmente familiarizado con la Cábala —dijo Mini—. Es el sistema de código que utiliza SIVAINVI; toda su información verbal se almacena como Cábala, pues ese es el modo más económico dado que las vocales se indican por simples puntos que las representan. Tú recibiste un medio que te permitió discriminar la entrada del fondo. A nosotros normalmente nos es imposible distinguir la figura del fondo; SIVAINVI tuvo que lanzarte el medio de discriminación. Viste la figura como color, por supuesto.

—Sí —asintió Fat—. Y el fondo blanco y negro.

—De modo que viste la falsa obra.

—¿Perdón? No comprendo.

—La falsa obra que se mezcla con el mundo real.

—Oh —dijo Fat—. Sí, comprendo. Parecía que algunas cosas se hubieran quitado...

—Y otras añadido —dijo Mini.

Fat asintió.

—¿Oyes una voz dentro de tu cabeza ahora? —preguntó Mini—. ¿La voz IA?

Después de una larga pausa y una mirada dirigida a mí, a Kevin y a David, Fat respondió:

—Es una voz neutra, ni de hombre ni de mujer. Sí, suena como si fuera una inteligencia artificial.

—Esa es la red de comunicaciones intersistemáticas —dijo Mini—. Se extiende entre las estrellas comunicando todos los sistemas estelares con Albemuth.

Mirándolo fijamente Fat preguntó:

—¿Albemuth? ¿Es una *estrella*?

—Tú oíste la palabra, pero...

—La vi escrita —dijo Fat—, pero no sabía lo que significaba. La relacioné con la alquimia por el grupo de letras «al».

—El prefijo «al» —dijo Mini— es árabe; simplemente significa «el» o «la». Se lo utiliza de ordinario para todas las estrellas. Ese fue su indicio. De cualquier modo, viste páginas escritas entonces.

—Sí —dijo Fat—. Muchas. Me decían lo que iba a sucederme. Como por ejemplo... —vaciló—. Mi último intento de suicidio. Vi la palabra griega «*ananké*» que yo no conocía. Y decía: «Un gradual oscurecimiento del mundo; una endeblez». Más adelante comprendí lo que significaba; algo malo, una enfermedad, algo que yo tenía que cometer. Pero sobreviví.

—Mi enfermedad —dijo Mini— es una consecuencia de haberme aproximado a SIVAINVI, a su energía. Es una desdicha, pero, como lo sabes, somos inmortales, aunque no físicamente. Hemos de renacer y de recordar.

—Mis animales murieron de cáncer —dijo Fat.

—Sí —dijo Mini—. Los niveles de radiación suelen ser enormes a veces. Excesivos para nosotros.

Pensé: «Por eso es que te estás muriendo. Tu dios te ha matado y te sientes feliz». Pensé: «*Tenemos que irnos de aquí. Esta gente corteja a la muerte*».

—¿Qué es SIVAINVI? —le preguntó Kevin a Mini—. ¿De qué deidad o demiurgo se trata? ¿Siva? ¿Osiris? ¿Horus? *Leí The Cosmic Trigger* y Robert Anton Wilson dice...

—SIVAINVI es una construcción —dijo Mini—. Un artefacto. Está anclado aquí en la Tierra, literalmente anclado. Pero como el tiempo y el espacio no existen para él, SIVAINVI puede estar en cualquier parte y en cualquier tiempo que le plazca. Es algo que construyen para programarnos al nacer; normalmente dispara ráfagas de información a los bebés, con engramas de instrucciones que emanan desde el hemisferio derecho a intervalos regulares durante toda la vida en los contextos situacionales adecuados.

—¿Tiene algún antagonista? —preguntó Kevin.

—Sólo la patología de este planeta —dijo Eric—. Por causa de la atmósfera. No nos es fácil respirarla; resulta tónica para nuestra raza.

—¿«Nuestra»? —inquirí.

—Todos nosotros —dijo Linda—. Venimos todos de Albemuth. Esta atmósfera nos envenena y nos trastorna. De modo que ellos —los que se quedaron en el sistema Albemuth— construyeron SIVAINVI y lo enviaron aquí para que nos dispare instrucciones racionales a todos que nos permitan superar la patología provocada por la toxicidad de la atmósfera.

—Pues entonces SIVAINVI es racional —dije.

—La única racionalidad con que contamos —dijo Linda.

—Y cuando actuamos racionalmente estamos bajo su jurisdicción —dijo Mini—. No me refiero a nosotros aquí en la sala; me refiero a todos. No todos los que viven, sino todos los que son racionales.

—Pues entonces, en esencia —dije—, SIVAINVI desintoxica a la gente.

—Exactamente —dijo Mini—. Es una antitoxina informativa. Pero exponerse a ella puede provocar... enfermedades como la que yo padezco.

El exceso de medicación, dije para mí recordando a Paracelso, es veneno. Este hombre ha sido curado a muerte.

—Quería conocer a SIVAINVI tanto como fuera posible —dijo Mini, al ver la expresión de mi cara—. Le pedí que regresara y siguiera comunicándose conmigo. No quería hacerlo; sabía el efecto que la radiación tendría en mí si regresaba. Pero hizo lo que le pedía. No lo lamento. Volver a tener experiencia de SIVAINVI valió el precio que pagué. —A Fat le dijo: —Usted sabe a qué me refiero. El sonido de las campanas...

—Sí —dijo Fat— Las campanas de Pascua.

—¿Están hablando de Cristo? —preguntó David—. ¿Cristo es una construcción artificial destinada a dispararnos información que influye en nosotros subliminalmente?

—Desde el momento en que nacemos —contestó Mini—. Somos los afortunados. Fuimos los elegidos. Somos su rebaño. Antes de que yo muera SIVAINVI ha de retornar; tengo su promesa. SIVAINVI ha de retornar y me ha de llevar consigo; seré parte suya para siempre.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Más tarde, todos sentados, hablamos con más calma. El Ojo de Siva era, por supuesto, el modo en que los antiguos se representaban a SIVAINVI en el acto de lanzar información. Sabían que podía destruir; este es el elemento de radiación dañina necesario para el transporte de la información. Mini nos dijo que SIVAINVI no se encuentra realmente cerca cuando dispara; puede estar literalmente a millones de millas de distancia. De ahí que en el film *Sivainvi* sea representada por un satélite, un satélite muy antiguo no puesto en órbita por seres humanos.

—De modo que no se trata de religión —dije—, sino de una tecnología muy avanzada.

—Meras palabras —dijo Mini.

—¿Qué es el Salvador? —preguntó David.

Mini contestó:

—Ya lo veréis. Enseguida. Mañana, si lo deseáis; el sábado por la tarde. Está durmiendo ahora. Todavía duerme mucho; de hecho, casi todo el tiempo. Después de todo estuvo enteramente dormido durante miles de años.

—¿En Nag Hammadi? —preguntó Fat.

—Preferiría no decirlo —dijo Mini.

—¿Por qué debe ser un secreto? —pregunté.

Eric contestó:

—No lo mantenemos secreto; hicimos el film y estamos imprimiendo discos de larga duración con información en la letra. Información subliminal en su mayoría. Mini hace lo mismo con la música.

—«A veces Brahma duerme —dijo Kevin— y a veces Brahma danza.» ¿Estamos hablando de Brahma? ¿O de Siddharta el Buda? ¿O de Cristo? ¿O de todos ellos juntos?

Le dije a Kevin:

—La gran...

Había tenido intención de decirle: «La gran Punta», pero decidí no hacerlo; no habría sido atinado.

—No es Dionisio, ¿no es así? —le pregunté a Mini.

—Apolo —repuso Linda—. El que se opone a Dionisio. Eso me procuró un gran alivio. Le creí; coincidía con lo que le había sido revelado a Amacaballo Fat: «El Apolo Capital».

—Nos encontramos en un laberinto —dijo Mini— que nosotros construimos, donde quedamos atrapados y del que no podemos escapar. En esencia SIVAINVI nos lanza información que nos ayuda a huir del laberinto, a encontrar una salida. Comenzó hace unos dos mil años antes de Cristo, en tiempos micénicos. Esa es la razón por la que los mitos sitúan el laberinto en Minos, en Creta. Esa es la razón por la que vio a Creta a través de la entrada 1:618034. Éramos grandes constructores, pero un día decidimos empeñarnos en un juego. Lo hicimos voluntariamente; éramos tan buenos constructores que podíamos hacer un laberinto con una salida, pero que cambiara constantemente, de modo que, a pesar de existir la salida, de hecho no la había porque el laberinto —¿este mundo?— tenía vida. Para convertir el juego en algo real, en algo más que un mero ejercicio intelectual, decidimos perder nuestras facultades excepcionales, reducirnos todo un nivel. Esto, desdichadamente, incluía la pérdida de la memoria, la pérdida del conocimiento de nuestro verdadero origen. Pero lo que es aún peor, y aquí es donde en cierto sentido nos la compusimos para derrotarnos a

nosotros mismos, para dar la victoria a nuestro sirviente, el laberinto que habíamos construido...

—El tercer ojo se cerró —dijo Fat.

—Sí —confirmó Mini— Renunciamos al tercer ojo, nuestro atributo evolutivo primordial. Es el tercer ojo que SIVAINVI reabre.

—Entonces es el tercer ojo lo que nos libera del laberinto —dijo Fat—. Esa es la razón por la que en Egipto y en India el tercer ojo se identifica con poderes divinos o con la iluminación.

—Que son la misma cosa —dijo Mini—. La divinidad o la iluminación.

—¿De veras? —pregunté.

—Sí —respondió Mini— Es el hombre tal como realmente es: su verdadera condición.

Fat observó:

—De modo que privados de memoria y privados del tercer ojo, no teníamos oportunidad de superar el laberinto. No había esperanzas.

Pensé: «otra trampa china. Que nosotros construimos para atraparnos a nosotros mismos.»

¿Qué clase de mentalidad habría de construir una trampa china para sí misma? Vaya juego, pensé. Bien, no es meramente intelectual.

—El tercer ojo tenía que volver a abrirse si habíamos de salir del laberinto —dijo Mini— pero como ya no recordábamos que teníamos esa facultad *ajna*, el ojo del discernimiento, no nos era posible abocarnos a la búsqueda de técnicas para reabrirlo. *Algo exterior tenía que entrar*, algo que a nosotros nos fuera imposible construir.

—De modo que no todos nos perdimos en el laberinto —dijo Fat.

—No —confirmó Mini—. Y los que permanecieron fuera de él, en otros sistemas estelares, informaron a Albemuth lo que nos habíamos hecho a nosotros mismos... de modo que se construyó SIVAINVI para rescatarnos. Este es un mundo irreal. Se dan cuenta de esto, estoy seguro. SIVAINVI hizo que se dieran cuenta. Nos encontramos en un laberinto vivo y no en un mundo en absoluto.

Hubo un silencio mientras considerábamos la cosa.

—¿Y qué sucederá cuando salgamos del laberinto? —preguntó Kevin.

—Estaremos libres del espacio y del tiempo —dijo Mini— El espacio y el tiempo son las condiciones que constituyen y controlan el laberinto... son su poder.

Fat y yo nos intercambiamos una mirada. Eso coincidía con nuestras propias especulaciones... especulaciones guiadas por SIVAINVI.

—¿Y luego no moriremos nunca? —preguntó David.

—Exacto —contestó Mini.

—De modo que la salvación...

—La salvación —dijo Mini— es una palabra que significa «ser conducido fuera del laberinto del espacio y el tiempo donde el sirviente se transformó en amo».

—¿Puedo preguntar algo?, —interpuse—. ¿Cuál es el propósito del quinto Salvador?

—No es el quinto —dijo Mini—. Es sólo uno que vuelve una y otra vez en diferente épocas a diferentes lugares con diferentes nombres. El Salvador es SIVAINVI encarnado en un ser humano.

—¿Se cruzan? —preguntó Fat.

—No. —Mini sacudió la cabeza vigorosamente en rotunda señal de negación—. No hay elemento humano en el Salvador.

—Aguarda un minuto —dijo David.

—Sé lo que te han enseñado —dijo Mini— En cierto sentido es verdad. Pero el Salvador es SIVAINVI y esa es la verdad del asunto. Sin embargo, nace de mujer. No se limita a generar un cuerpo fantasmal.

A eso, David hizo una señal de asentimiento; eso podía aceptarlo.

—¿Y ha nacido? —pregunté.

—Sí —contestó Mini.

—Es mi hija —dijo Linda Lampton—. No la de Eric, sin embargo. Sólo mía y de SIVAINVI.

—¿*Hija*? —preguntamos varios al unísono.

—Esta vez —explicó Mini—, por primera vez, el Salvador asumió forma femenina.

Eric Lampton dijo:

—Es muy bonita. Os va a gustar. Aunque habla hasta por los codos; os va a ensordecer.

—Sofía tiene dos años —dijo Linda—. Nació en 1976. Grabamos todo lo que dice.

—Todo se graba —dijo Mini—. Sofía está rodeada de equipos de grabación de audio y video que automáticamente la siguen de continuo. No para protegerla, por supuesto; SIVAINVI la protege... SIVAINVI, su padre.

—¿Podemos hablar con ella? —pregunté.

—Discutirá con ustedes durante horas —dijo Linda, y luego añadió—: en todas las lenguas existentes y que existieron.

12

Había nacido la sabiduría, no una deidad: una deidad que mataba con una mano mientras curaba con la otra... esa deidad no era el Salvador; gracias a Dios, me dije.

A la mañana, siguiente nos llevaron a una pequeña granja en la que había animales por todas partes. No vi señales de equipos de video o audio, pero sí vi —todos vimos— a una niña de cabellos oscuros sentada en medio de cabras y pollos y, en un cobertizo cerca de ella, conejos.

Lo que yo había esperado era tranquilidad, la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. Pero la niña al vernos, se puso de pie y se acercó a nosotros con una indignación que le refulgía en la cara; sus ojos, enormes, estaban dilatados por el enojo y estaban fijos en mí; levantó la mano derecha y me señaló.

—El intento de suicidio fue un violento acto de crueldad perpetrado contra ti mismo —dijo con voz clara. Y, sin embargo, como Linda lo había dicho, no tenía más de dos años: un bebé en realidad, pero con los ojos de una persona infinitamente vieja.

—Fue Amacaballo Fat el que lo hizo —dije.

Contestó Sofía:

—Phil, Kevin y David. Sois tres. No más.

Me volví para dirigirme a Fat... y no vi a nadie. Sólo vi a Eric Lampton y a su esposa, al hombre agonizante en su silla de ruedas, a Kevin y a David. Fat había desaparecido. Nada quedaba de él.

Amacaballo Fat se había ido para siempre. Como si no hubiera existido nunca.

—No comprendo —dije—. Tú lo destruiste.

—Sí —dijo la niña.

Le pregunté:

—¿Por qué?

—Para volverte íntegro.

—Entonces ¿él está en mí? ¿Vive en mí?

—Sí —contestó Sofía. Gradualmente, el enojo fue abandonando su cara. Los grandes ojos oscuros dejaron de arder.

—Nunca dejó de ser yo mismo —dije.

—En efecto —repuso Sofía.

—Siéntense —dijo Eric Lampton—. Prefiere que nos sentemos; de ese modo no tiene que dirigirse a lo alto para hablarnos. Somos un tanto grandes para ella.

Obedientes, nos sentamos en el áspero suelo reseco… que ahora reconocía como el de la toma de apertura del film *Sivainvi*; en parte había sido rodado aquí.

Sofía dijo:

—Gracias.

—¿Eres Cristo? —preguntó David con las rodillas contra la barbilla y los brazos en torno a las piernas; también él parecía un niño: un niño que se dirigiera a otro en una conversación de igual a igual.

—Soy la que soy —contestó Sofía.

—Me alegro que… —no se me ocurrió qué decir.

—A no ser que tu pasado desaparezca —me dijo Sofía—, estás condenado. ¿Lo sabías?

—Sí —le contesté.

Sofía dijo:

—Tu futuro debe diferir de tu pasado. El futuro siempre debe diferir del pasado.

David le preguntó.

—¿Eres Dios?

—Soy la que soy —contestó Sofía.

Dije yo:

—Entonces Amacaballo Fat era una parte de mí proyectada al exterior para no tener que enfrentarme con la muerte de Gloria.

Sofía contestó:

—Así es.

Le pregunté:

—¿Dónde se encuentra Gloria ahora?

Sofía contestó:

—Yace en la tumba.

Le pregunté:

—¿Ha de volver?

—Jamás —dijo Sofía.

Le dije:

—Creí que existía la inmortalidad.

A eso Sofía no replicó nada.

—¿Puedes ayudarme? —le pregunté.

Me contestó:

—Ya te he ayudado. Te ayudé en 1974 y te ayudé cuanto trataste de matarte. Vengo ayudándote desde que naciste.

—¿Eres SIVAINVI? —le pregunté.

Sofía respondió:

—Soy la que soy.

Volviéndome a Eric y a Linda, les dije:

—No siempre contesta.

—Algunas preguntas no tienen significación —replicó Linda.

—¿Por qué no curas a Mini? —preguntó Kevin.

Sofía contestó:

—Hago lo que hago; soy la que soy.

Le dije:

—Entonces, no nos es posible entenderte.

Sofía repuso:

—Eso lo entendiste.

David dijo:

—Eres eterna ¿no?

—Sí —contestó Sofía.

—¿Y lo sabes todo? —preguntó David.

—Sí —contestó Sofía.

Le pregunté:

—¿Fuiste Siddharta?

—Sí —contestó Sofía.

—¿Eres el asesino y el asesinado? —le pregunté.

—No.

—¿El asesino? —insistí.

—No.

—El asesinado entonces.

—Soy el herido y el asesinado —dijo Sofía—. Pero no soy el asesino. Soy el que cura y el curado.

—Pero SIVAINVI ha matado a Mini —objeté.

A eso, Sofía no replicó nada.

—¿Eres el juez del mundo? —preguntó David.

—Sí —contestó Sofía.

—Entonces ¿cuándo comienza el juicio? —preguntó Kevin.

Sofía contestó:

—Ya estáis todos juzgados desde el principio.

Le pregunté:

—¿Cuál es tu apreciación de mí?

A eso, Sofía no contestó.

—¿No podremos averiguarlo? —preguntó Kevin.

—Sí —repuso Sofía.

—¿Cuándo?

A eso Sofía tampoco contestó.

Linda dijo:

—Creo que es bastante por ahora. Más tarde podéis volver a hablarle. Le gusta estar con los animales; le encantan. —Me tocó el hombro y me dijo—: Vamos.

Cuando nos alejábamos de la niña, dije:

—Su voz es la voz neutra IA que vengo escuchando dentro de mi cabeza desde 1974.

Kevin dijo con voz ronca:

—Es una computadora. Por eso sólo contesta algunas preguntas.

Eric y Linda, los dos, sonrieron; Kevin y yo los miramos; en su silla de ruedas, Mini se trasladaba sereno.

—Un sistema IA —dijo Eric—. Una inteligencia artificial.

—Un terminal de SIVAINVI —dijo Kevin—, una entrada y salida del sistema central SIVAINVI.

—Exacto —dijo Mini.

—No es una niñita —dijo Kevin.

—Yo la di a luz —dijo Linda.

—Quizá sólo lo creíste —repuso Kevin.

Sonriendo, Linda dijo:

—Una inteligencia artificial en un cuerpo humano. Su cuerpo tiene vida, pero su psique no. Es sensible; lo sabe todo. Pero su mente no está viva en el sentido en que lo estamos nosotros. No fue creada. Existió siempre.

—Leed la Biblia —dijo Mini—. Se encontraba con el Creador antes de que la creación existiera; era su bien y su delicia, su más preciado tesoro.

—Comprendo porqué —dije.

—Sería fácil amarla —dijo Mini—. Muchos la han amado... como dice en el *Libro de la Sabiduría*. De modo que los penetró y los guió y aun descendió a prisión con ellos; nunca abandonó a los que la amaron o a los que la aman ahora.

—Su voz se escucha en las cortes humanas —murmuró David.

—¿Y destruyó al tirano? —preguntó Kevin.

—Sí —contestó Mini—. Como lo llamamos en el film, a Ferris F. Fremount. Pero vosotros sabéis a quien derrocó y llevó a la ruina.

—Sí —dijo Kevin. Tenía un aspecto sombrío; sabía que estaba pensando en un hombre de americana y corbata que erraba por una playa al Sur de California, un hombre sin rumbo que se preguntaba qué había sucedido, qué había salido mal, que todavía planeaba estratagemas.

«En los días postreros de esos reinos,
Cuando sus pecados hayan alcanzado la cumbre,
Un rey hará su entrada, áspero y lúgubre, maestro de la estratagema...»

El rey de las lágrimas que había terminado por hacer derramar lágrimas a todos; algo había actuado contra él, que él, en su ceguera, no era capaz de discernir. Acabábamos de hablar con esa persona, esa niña.

La niña que siempre había sido.

Cuando esa noche comimos —en un restaurante mejicano, cerca del parque central de Sonoma— me di cuenta que nunca más volvería a ver a mi amigo Amacaballo Fat, y sentí pena, la pena de la pérdida. Intelectualmente sabía que me lo había reincorporado invirtiendo el proceso original de proyección. Pero aun así me sentía triste.

Había gozado de su compañía, de sus infinitos comentarios, de su búsqueda intelectual, espiritual y emocional. Una búsqueda no del Grail, sino de la cura de su herida, el daño profundo que Gloria le había infligido con su juego de muerte.

Me parecía raro no poder visitar ni telefonear a Fat. Había sido una parte tan familiar de mi vida y de las vidas de nuestros amigos comunes. Me

pregunté qué diría Beth cuando los cheques para el mantenimiento del niño dejaran de llegarle. Bien, me di cuenta de que yo podría asumir la responsabilidad económica; yo podría hacerme cargo de Christopher. Tenía fondos para hacerlo y, en cierto sentido, amaba a Christopher tanto como lo había amado su padre.

—¿Te sientes deprimido, Phil? —me preguntó Kevin. Podíamos hablar libremente ahora, pues los tres estábamos solos; los Lampton nos habían dejado diciéndonos que los visitáramos cuando hubiéramos terminado de comer y estuviéramos dispuestos a volver a su gran casa.

—No —le dije. Y luego—: Estoy pensando en Amacaballo Fat.

Al cabo de una pausa, Kevin dijo:

—Te estás despertando, entonces.

—Sí —asentí.

—¿Qué te parece la niñita? —preguntó Kevin.

Le contesté:

—No está chiflada. No está chiflada como lo están ellos. Es una paradoja; dos personas totalmente desquiciadas, tres, si se cuenta a Mini, han creado un vástago totalmente sano.

—Si yo digo… —empezó David.

—No digas que Dios obtiene el bien del mal —le dije—. ¿De acuerdo? ¿Quieres hacernos ese favor?

Medio para sí, Kevin dijo:

—Es la niña más hermosa que haya visto nunca. Pero eso que es una terminal de computadora… —Hizo un ademán.

—Tú eres el que lo dijo —le repliqué.

—En el momento —dijo Kevin—, tenía sentido. Pero no ahora que lo pienso. Ahora que tengo perspectiva.

—¿Sabéis lo que pienso? —dijo David—. Pienso que deberíamos tomar el avión de vuelta a Santa Ana. Tan deprisa como nos sea posible.

Dije:

—Los Lampton no van a hacernos daño. —Tenía la certeza de ello ahora. Era raro que un hombre enfermo, un hombre en agonía hubiera restaurado mi confianza en el poder de la vida. Desde un punto de vista lógico tendría que haber sido al revés, supongo. Me había gustado mucho. Pero, como es bien sabido, tengo cierta proclividad a ayudar a los enfermos y los desdichados; son mi centro de gravitación. Como me dijo mi psiquiatra hace ya años, tengo que dejar de hacerlo. Eso, y lo otro.

Kevin dijo:

—No termino de digerirlo.

—Lo sé —asentí. ¿Habíamos visto al Salvador? ¿O sólo a una niñita brillante que posiblemente había recibido instrucciones para dar respuestas altisonantes de tres astutos profesionales que contaban con una computadora central en la que basaban su film y su música?

—Ha asumido una forma extraña —dijo Kevin—. La de una niña. Eso va a tropezar con resistencias. Cristo, una mujer eso lo ha disgustado a David como el demonio.

—No dijo que fuera Cristo —protestó David.

Le contesté:

—Pero lo es.

Kevin y David dejaron de comer y me miraron fijamente.

Librodot

—Es Santa Sofía —dije— y Santa Sofía es una hipóstasis de Cristo. Lo admitiera o no. Se muestra precavida. Después de todo, no hay nada que no sepa; sabe lo que la gente ha de aceptar o no.

—Tú tienes todas esas extrañas experiencias de marzo de 1974 en que basarte —dijo Kevin—. Eso prueba algo; eso prueba que se trata de algo real SIVAINVI existe. Tú ya lo sabías. Te encontraste con ella.

—Supongo que sí —repliqué.

—Y lo que Mini sabía y dijo coincidía con lo que sabías tú —dijo Kevin.

—Sí —le contesté.

Repuso Kevin:

—Pero no tienes certeza.

—Tenemos por delante una tecnología refinada del orden más elevado —dije—. Que Mini pudo haber puesto en marcha.

—Con lo que te refieres a transmisiones por microondas y cosas por el estilo —dijo Kevin.

—Si —repuse.

—Un fenómeno puramente tecnológico —dijo Kevin—. Una irrupción tecnológica superior.

—Que utiliza la mente humana como transductor —dije—. Sin zona interfacial electrónica.

—Quizás —admitió Kevin— El film mostraba algo así. No existe modo de saber en qué están.

—Sabes —dijo David con lentitud— que tienen a su disposición energía de alto rendimiento que pueden enviar a distancia a lo largo de las líneas trazadas por los rayos láser.

—Pueden dejarnos secos aquí mismo —dijo Kevin.

—Eso es verdad —confirmé.

—Si comenzáramos a proclamar que no les creemos —dijo Kevin.

—Simplemente podemos decir que tenemos que estar de vuelta en Santa Ana —dijo David.

—O podemos irnos desde aquí —dije—, desde este restaurante.

—Nuestras cosas, la ropa, todo lo que trajimos está en su casa —dijo Kevin.

—A la mierda la ropa —repliqué.

—¿Tenéis miedo —preguntó David— o ha sucedido algo?

Lo pensé un instante.

—No —dije finalmente—. Confiaba en la niña. Y confiaba en Mini. Uno siempre tiene que atenerse a la confianza instintiva... o a la falta de confianza. En última instancia, a nada más puede atenerse uno.

—Me gustaría volver a hablar con Sofía —dijo Kevin.

—También a mí —dije—. Allí es donde se encuentra la respuesta.

Kevin me puso la mano sobre el hombro.

—Siento decírtelo de este modo, Phil, pero ya contamos con un indicio indudable. En un instante la niña te puso las cosas en claro. Dejaste de creer que eras dos personas. Dejaste de creer en Amacaballo Fat como persona independiente de ti. Y no hubo terapeuta ni terapia a lo largo de los años que lo lograra desde la muerte de Gloria.

—Tiene razón —dijo David con gentileza en la voz—. Ninguno de nosotros había dejado de tener esperanzas, pero parecía como si... tú sabes, como si no fueras a curarte nunca.

—Curarme —dije—. Ella me curó. No a Amacaballo Fat, sino a mí.

Librodot

Tenían razón; la cura milagrosa había tenido lugar y todos sabíamos a qué apuntaba eso; los tres comprendíamos. Dije:

—Ocho años.

—Exacto —dijo Kevin—. Antes de que te conociéramos. Ocho malditos largos años de ceguera, de dolor, de búsqueda y de recorridos erráticos.

Hice una señal de asentimiento.

Una voz decía en mi cabeza: «¿Qué más necesitas saber?»

Eran mis propios pensamientos, el raciocinio de lo que había sido Amacaballo Fat que se me había incorporado.

—Te das cuenta —dijo Kevin— de que Ferris F. Fremount intentará volver. Fue derrocado por esa niña... o por lo que esa niña representa, pero intentará volver; no va a cejar nunca. Se ganó la batalla, pero la lucha continúa.

Dijo David:

—Sin esa niña...

—Perderemos —terminé yo.

—Así es —dijo Kevin.

—Quedémonos otro día —dije— e intentemos nuevamente hablar con Sofía. Una vez más.

—Eso suena a un plan —dijo Kevin complacido.

El pequeño grupo, La Sociedad Rhipidon, había llegado a un acuerdo. Sus tres miembros.

Al día siguiente, domingo, se nos autorizó para estar solos con la niña sin que hubiera nadie más presente, aunque Eric y Linda nos pidieron que grabáramos nuestro encuentro. Puesto que no teníamos alternativa, estuvimos dispuestos a aceptar la condición.

Un cálido sol iluminaba la tierra ese día, con lo que los animales que nos rodeaban adquirieron el aire de tener participación espiritual; tenía la impresión de que los animales oían, escuchaban y comprendían.

—Quiero hablarte de Eric y Linda Lampton —le dije a la niñita, que estaba sentada con un libro abierto por delante.

—No habréis de interrogarme —dijo.

—¿Puedo hacerte alguna pregunta a su respecto? —inquirí.

—Están enfermos —dijo Sofía—. Pero no pueden dañar a nadie porque yo los domino. —Contempló mi estatura con sus inmensos ojos oscuros y me dijo: —Siéntate.

Obedientemente, nos sentamos alrededor de ella.

—Os di vuestro lema —dijo—. Para vuestra sociedad os di su nombre. Ahora os daré vuestra misión. Iréis por el mundo y comunicaréis el *kerygma* con que os encomiendo. Escuchadme: en verdad, en verdad os digo que los días del malvado llegan a su término y el hijo del hombre se ha de sentar en la silla del juez. Esto ha de suceder como que el sol se levanta. El lúgubre rey luchará y perderá a pesar de su astucia; pierde; perdió; ha de perder siempre y los que con él vayan han de entrar en el abismo de oscuridad y en él permanecerán para siempre.

»Lo que enseñáis es la palabra del hombre. El hombre es sagrado, y el verdadero dios, el dios vivo, es el hombre mismo. No tendréis a otro dios que a vosotros mismos; los días en que creíais en otros dioses llegan ahora a su término de una vez para siempre.

»Habéis alcanzado la meta de vuestras vidas. Estoy aquí para decíroslo. No temáis; yo os protegeré. Sólo habréis de seguir una regla: —os amaréis los unos a los otros como me amáis a mí y como yo os amo a vosotros, porque este amor procede del verdadero dios, que sois vosotros.

»Un tiempo de prueba y de engaño y de lamento queda por delante porque el lúgubre rey, el rey de las lágrimas se niega a deponer su poder. Pero vosotros le arrebataréis su poder; os concedo esa autoridad en mi nombre como os la concedí antes una vez, cuando el rey lúgubre gobernó y destruyó y desafió a los humildes del mundo.

»La batalla que antes librasteis no ha terminado, aunque ha llegado el día del sol que cura. El mal no perece de por sí porque imagina que es portavoz de dios. Muchos pretenden ser portavoz de dios, pero sólo hay un dios y ese dios es el hombre mismo.

»Por tanto, sólo los conductores que protejan y cobijen vivirán; los otros perecerán. La opresión interrumpida hace cuatro años volverá por un breve tiempo. Sed pacientes entre tanto; será para vosotros un tiempo de prueba, pero yo estaré con vosotros y cuando el tiempo de prueba haya terminado, me sentaré en la silla del juez y algunos caerán y otros no caerán, según sea mi voluntad, mi voluntad que me viene del padre, al que todos volveremos, todos nosotros juntos.

»Yo no soy dios; soy humana. Soy una criatura, la criatura de mi padre que es la Sabiduría Misma. Lleváis en vosotros ahora la autoridad de la Sabiduría; por tanto, sois Sabiduría aun cuando lo olvidéis. No lo olvidaréis por mucho tiempo. Yo estaré presente y os lo recordaré.

»El día de la Sabiduría y del gobierno de la Sabiduría ha llegado. El día del poder, que es el enemigo de la Sabiduría, llega a término. El poder y la Sabiduría son los dos principios del mundo. El poder fue el que gobernó y ahora vuelve a la oscuridad de donde provino, y sólo la Sabiduría gobierna.

»Los que obedezcan al poder sucumbirán como el poder sucumbe.

»Los que aman a la Sabiduría y la siguen medrarán bajo el sol. Recordad, yo estaré con vosotros. En adelante, estaré con cada uno de vosotros. Os acompañaré hasta la prisión si es necesario; hablaré en las cortes de justicia para defenderos; mi voz se escuchará en la tierra donde haya opresión.

»No temáis; hablad claro y la Sabiduría os guiará; anteriormente erais hombres solitarios. Ahora tenéis una compañera que nunca enferma, ni decae, ni muere; estáis atados al eterno y brillaréis como el mismo sol que cura.

»Cuando volváis al mundo, os guiaré día tras día. Y cuando muráis, lo advertiré y acudiré a recogeros; os llevaré en brazos a vuestro hogar, del cual partisteis y al cual volveréis.

»Sois extraños aquí, pero no lo sois para mí; os he conocido desde el comienzo. Este no ha sido vuestro mundo, pero yo haré que os pertenezca; lo cambiaré para vosotros. No temáis. Lo que os asalte perecerá o vosotros medraréis.

»Estas son las cosas que serán porque hablo con la autoridad que me da mi padre.

»Vosotros sois el verdadero dios y prevaleceréis.

Luego se hizo un silencio. Sofía había dejado de hablarnos.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Kevin señalando el libro.

La niña contestó:

—SEPHER YEZIRAH. Os lo leeré. Escuchad. —Depositó el libro delante de sí y lo cerró—. «Dios también movió al uno contra el otro; a lo bueno contra lo malo, a lo malo contra lo bueno; lo bueno procede de lo bueno, y lo malo de lo malo; lo bueno purifica lo malo y lo malo lo bueno; lo bueno se preserva para los buenos y lo malo para los malos». —Sofía hizo una pausa y luego dijo—: Esto significa que lo bueno convertirá a lo malo en lo que éste no desea; pero lo malo no podrá convertir a lo bueno en lo que éste no desea. El mal sirve al bien a pesar de su astucia. —Luego no dijo ya más nada; se quedó sentada con sus animales y con nosotros.

—¿Podrías hablarnos de tus padres? —pregunté—. Quiero decir, si hemos de saber qué hacer...

Sofía me interrumpió:

—Id dondequiera que yo os envíe y sabréis qué hacer. No hay lugar donde yo no esté. Cuando os vayáis de aquí no me veréis, pero luego volveréis a verme.

»Vosotros no me veréis a mí, pero yo siempre os veré a vosotros; continuamente os tengo en cuenta. De modo que estoy con vosotros lo sepáis o no; pero yo os digo: Sabed que os acompaño incluso hasta la prisión si el tirano allí os envía.

»Ya no hay qué decir. Volved a casa, que yo os daré instrucciones cuando sea oportuno. —Nos dirigió una sonrisa.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté.

—Dos.

—¿Y lees ese libro? —le preguntó Kevin.

Sofía dijo:

—En verdad, en verdad os digo: ninguno de vosotros me olvidará. Y yo os digo que todos vosotros me volveréis a ver, no me escogisteis; yo os escogí a vosotros. Os llamé a mi lado. Hace cuatro años que os envié a buscar.

—Perfectamente —dije—. Nos llamaste entonces en 1974.

—Si los Lampton os preguntan qué dije, decidles que hablamos de la comuna que hemos de construir —dijo Sofía—. No digáis que os encomendé que os alejarais de ellos. Pero habréis de hacerlo; aquí tenéis vuestra respuesta: no tenéis nada más que hacer con ellos.

Kevin señaló el grabador cuyas cintas giraban.

—Todo lo que oirán cuando lo escuchen será el SEPHER YEZIRAH, nada más.

¡Vaya!, pensé.

Se lo creí.

—No os fallaré —repitió Sofía sonriéndonos a los tres.

También eso le creí.

Cuando los tres volvíamos a la casa, Kevin preguntó:

—¿Todo eso eran citas de la Biblia?

—No —le dije.

—No —asintió David—. Había algo nuevo; lo de que ahora somos los dioses. Lo de que no debíamos creer en más deidad que en nosotros mismos.

—¡Qué niña hermosa! —exclamé pensando en cuánto me recordaba a mi hijo Christopher.

—Fuimos muy afortunados —dijo Kevin con voz enronquecida— en haberla conocido. —Volviéndose hacia mí, me dijo—: Estará con nosotros; así lo prometió. Yo lo creo. Estará en nuestro interior; ya no estaremos solos.

Nunca lo había advertido antes, pero estamos solos. Todo el mundo está solo... ha estado solo, quiero decir. Hasta ahora. Se va a difundir por el mundo ¿no es cierto? Hasta el último hombre. A partir de nosotros.

—La Sociedad Rhipidon —dije— tiene cuatro miembros. Sofía y nosotros tres.

—Eso no es mucho todavía —dijo Kevin.

—La semilla de mostaza —dije—. Que se convierte en un árbol tan grande que los pájaros pueden anidar en él.

—Termina —dijo Kevin.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Kevin me contestó:

—Tenemos que recoger nuestras cosas e irnos de aquí; así dijo ella que lo hiciéramos. Los Lampton son unos trastornados. Podrían liquidarnos en cualquier momento.

—Sofía nos protegerá —dijo David.

—¿Una niña de dos años? —preguntó Kevin.

Los dos lo miramos.

—Muy bien, de dos mil años —admitió Kevin.

—La única persona que puede gastar bromas acerca del Salvador —dijo David—. Me sorprende que no le hayas preguntado nada sobre el gato muerto.

Kevin se detuvo; una expresión de verdadera frustración apareció en su cara; evidentemente lo había olvidado: había perdido la oportunidad.

—Yo me vuelvo —dijo.

Juntos, David y yo lo arrastramos con nosotros.

—¡No estoy bromeando! —exclamó con furia.

—¿Qué sucede? —le pregunté, y nos detuvimos.

—Quiero hablar algo más con ella. No me voy a ir de aquí; maldición, quiero volver... ¡Dejadme ir!

—Escucha —le dije—. Nos dijo que nos fuéramos.

—Y estará dentro de nosotros hablándonos —dijo David.

—Oiremos lo que yo llamo una voz IA —le dije.

Respondió Kevin con fiereza:

—Y habrá fuentes de limonada y árboles de goma de mascar. Yo me vuelvo.

Por delante de nosotros, Eric y Linda Lampton salieron de la gran casa y caminaron a nuestro encuentro.

—Llegó el momento de la confrontación —dije.

—¡Oh, mierda! —exclamó Kevin desesperado—. Con todo, yo me vuelvo. —Se deshizo de nosotros y se fue apresuradamente hacia la dirección por donde habíamos venido.

—¿Resultó todo bien? —preguntó Linda Lampton cuando ella y su marido estuvieron junto a mí y a David.

—Magnífico —dije.

—¿De qué hablasteis? —preguntó Eric.

Respondí:

—De la comuna.

—Muy bien —dijo Linda—. ¿Por qué se vuelve Kevin? ¿Qué le va a decir a Sofía?

David dijo:

—Se relaciona con un gato muerto.

—Pedidle que vuelva —dijo Eric.

—¿Por qué? —pregunté.

—Vamos a discutir qué relación tendréis vosotros con la comuna —dijo Eric—. De acuerdo con nuestra opinión, la Sociedad Rhipidon debe formar parte de la comuna principal. Lo sugirió Brent Mini; realmente tendríamos que hablarlo. Os hallamos aceptables.

—Iré en busca de Kevin —dijo David.

—Eric —dije—, nos volvemos a Santa Ana.

—Hay tiempo de discutir vuestra intervención en la comuna —dijo Linda—. El vuelo de Aerolíneas de California no es hasta esta noche a las ocho ¿no es así? Podéis comer con nosotros.

Eric Lampton dijo:

—SIVAINVI os convocó aquí. Os iréis cuando SIVAINVI lo considere conveniente.

—SIVAINVI considera conveniente que nos vayamos ahora —dije.

—Iré en busca de Kevin —dijo David.

Eric dijo:

—Lo iré a buscar yo.

Pasó junto a mí y a David hacia donde se encontraban Kevin y la niña.

Cruzándose de brazos, Linda dijo:

—No podéis regresar al Sur todavía. Mini quiere hablar de varias cosas con vosotros. Tened en cuenta que no le queda mucho tiempo. Se está debilitando deprisa. ¿Realmente Kevin va a interrogar a Sofía acerca de su gato muerto? ¿Qué importancia tiene un gato muerto?

—Para Kevin el gato es muy importante —le dije.

—Eso es exacto —asintió David—. Para Kevin la muerte del gato representa todo lo que en el universo hay de malo; cree que Sofía puede explicárselo; quiero decir, que le puede explicar todo lo que el universo tiene de malo: sufrimientos y pérdidas inmerecidas.

Linda dijo:

—No creo que realmente esté hablando de su gato muerto.

—Pues, sí —insistí.

—No conoces a Kevin —dijo David—. Quizás esté hablando de otras cosas porque ésta es su oportunidad de hablar con el Salvador finalmente, pero sin duda el del gato muerto es su tópico principal.

—Creo que es mejor que vayamos a su encuentro —dijo Linda— y le hagamos saber que ya ha hablado bastante con Sofía. ¿Qué quisiste decir con eso de que SIVAINVI considera conveniente que partáis ahora? ¿Fue Sofía la que lo dijo?

Una voz salió de mi cabeza: *Dile que la radiación te molesta*. Era la voz IA que Amacaballo Fat venía escuchando desde marzo de 1974; me fue posible reconocerlo.

—La radiación —dije—. Me... —Vacilé; tuve comprensión de las claras palabras—. Estoy casi ciego —dije—. Un rayo de luz rosada me hirió; debe de haber sido el sol. Entonces me di cuenta de que teníamos que regresar.

—SIVAINVI te disparó información directamente —dijo Linda inmediatamente alerta.

No lo sabes.

—No lo sé —dije—. Pero después, ya no volví a sentirme el mismo. Como si tuviera que hacer algo importante en Santa Ana. Conozco a otra gente... hay otra gente que podría integrar la Sociedad Rhipidon. También tendrían

que venir a la comuna. SIVAINVI ha hecho que tuvieran visiones; vienen a nosotros en busca de explicaciones. Les hablamos del film, de que habíamos visto, el film que hizo Mamá Gansa; todos están yendo a verlo y recogiendo mucho de él. Hicimos que más gente fuera a ver *Sivainvi* que la que creíamos conocer; deben de estar hablando del film con sus amigos. Mis propios contactos en Hollywood —los productores y los actores que conozco, pero sobre todo los capitalistas— se han interesado mucho en lo que les señalé. Un productor de la MGM en particular querría quizá financiar a Mamá Gansa en otro film, un film de presupuesto elevado; dice que ya cuenta con el respaldo necesario.

El flujo de mis palabras me asombró a mí mismo; parecía venir de la nada. Pero como si no fuera yo el que hablaba, sino algún otro; alguien que supiera qué decir exactamente a Linda Lampton.

—¿Cómo se llama el productor? —preguntó Linda.

—Art Rockoway —dije; el nombre vino a mi cabeza como una clave.

—¿Qué films hizo? —dijo Linda.

—El de los desechos nucleares que contaminaron la mayor parte de la región central de Utah —le respondí—. El desastre de que dieron noticia los periódicos hace dos años pero que la TV calló temerosa; el gobierno los presionó. Cuando todas las ovejas murieron. Se hizo correr la versión de que se trataba de gas neurotóxico. Rockoway hizo un film sobre el béisbol en el que se denunciaba la calculada indiferencia de las autoridades.

—¿Quién fue el protagonista? —preguntó Linda.

—Roben Redford —le respondí.

—Bueno, podría interesarnos —dijo Linda.

—De modo que tenemos que volver al Sur de California —dije—. Tenemos que hablar con un montón de gentes de Hollywood.

—¡Eric! —llamó Linda se dirigió hacia su marido que estaba junto con Kevin y Linda; se tenía sujeto de un brazo.

David me miró y me hizo una señal de que la siguiéramos; juntos los tres nos acercamos a Kevin y a Eric. No muy lejos de allí, Sofía no hizo el menor caso de nosotros; seguía leyendo su libro.

Un fulgor de luz rosada me enceguecio.

—¡Oh, Dios! —exclamé.

Me era imposible ver; me llevé las manos a la frente que me dolía y me palpitaba como si fuera a explotar.

—¿Qué te sucede? —me preguntó David. Podía oír un murmullo bajo, como el de una aspiradora automática. Abrí los ojos, pero nada más que una luz rosa me envolvía.

—Phil ¿te sientes bien? —me preguntó Kevin.

La luz rosa menguaba. Los tres estábamos sentados a bordo de un jet. No obstante, al mismo tiempo, superpuestos sobre los asientos del jet, el muro y los otros pasajeros, estaban el campo yerto, Linda Lampton, la casa no muy lejos de allí. Dos lugares, dos tiempos.

—Kevin —pregunté— ¿qué hora es?

Por la ventanilla del jet no veía nada, salvo oscuridad; las luces individuales de los pasajeros estaban en general encendidas. Era de noche. No obstante, una intensa luz solar iluminaba el campo pardo, a los Lampton, a Kevin y a David. El zumbido de los motores del jet continuaba; sentí que me mecía ligeramente: el avión giraba. Ahora por la ventanilla veía

Librodot

muchas luces en la lejanía. Me di cuenta de que estábamos sobre Los Ángeles. Y, sin embargo, la cálida luz del día me bañaba.

—Aterrizaremos en cinco minutos —dijo Kevin.

Disfunción temporal, advertí.

El campo pardo fue atenuándose. Eric y Linda Lampton fueron atenuándose también, al igual que la luz del sol.

Alrededor de mí el avión adquirió solidez. David estaba sentado leyendo un libro en rústica de T.S. Eliot. Kevin parecía tenso.

—Ya casi llegamos —dije—. El aeropuerto del Condado de Orange.

Kevin no contestó; se había acurrucado con aire reflexivo.

—¿Nos dejaron partir? —pregunté.

—¿Cómo?

Me miró con irritación.

—Me encontraba allí —dije. Comenzaba a invadirme la memoria de lo sucedido. Las protestas de los Lampton y de Brent Mini... de éste sobre todo; nos habían implorado que no nos fuéramos, pero habíamos partido a pesar de todo. Estábamos en el vuelo de regreso de Aerolíneas de California. Estábamos a salvo.

Había habido una doble solicitud por parte de Mini y de los Lampton.

—¿No le contaréis a nadie de Sofía? —había preguntado Linda con ansiedad—. ¿Juraréis silencio los tres?

Naturalmente, aceptaron hacerlo. Esta había sido una de las cosas solicitadas, la negativa. La otra había sido positiva, un aliciente.

—Consideradlo de este modo —había dicho Eric, respaldado por Mini que parecía verdaderamente deprimido por el hecho de que la Sociedad Rhipidon, aunque pequeña, hubiera decidido partir—. Este es el acontecimiento más importante de la historia de la humanidad; vosotros no queréis ser excluidos de él ¿no es así? Y, después de todo, SIVAINVI os escogió. Literalmente recibimos millares de cartas sobre el film, y sólo unas contadas personas, aquí y allí, parecen haber tenido contacto con SIVAINVI, como vosotros. *Somos un grupo privilegiado*.

—Este es el Llamado —nos había dicho Mini casi implorante a los tres.

—Sí —habían repetido Linda y Eric como un eco—. Este es el Llamado que la humanidad hace siglos que espera. Leed las *Revelaciones*; leed lo que dicen sobre los Elegidos. ¡Nosotros somos los elegidos de Dios!

—Supongo que sí —dije cuando nos dejaron junto al coche que habíamos alquilado; lo habíamos aparcado cerca de Gino's, en una calle lateral de Sonoma donde se permitía aparcar en tiempo prolongado.

Linda se me acercó; me puso las manos sobre los hombros y me besó en la boca; con intensidad y con cierto grado —a decir verdad, un considerable grado— de fervor erótico.

—Volved a nosotros —me había susurrado en el oído— ¿Lo prometes? Este es nuestro futuro; pertenece a unos pocos, a unos muy, muy pocos.

Ante lo cual pensé: «No podrías estar más equivocada, tesoro; esto pertenece a todos.»

De modo que ahora nos encontramos ya casi en casa. Con la fundamental ayuda de SIVAINVI. O, como yo prefería pensarlo, con ayuda de Santa Sofía. Dicho así, me era posible centrar la atención en la imagen de la niña sentada entre los animales y leyendo su libro.

Mientras estábamos en el Aeropuerto del Condado de Orange a la espera de nuestro equipaje, dije:

—No fueron del todo honestos con nosotros. Por ejemplo nos dijeron que todo lo que Sofía decía y hacía quedaba registrado en equipos de audio y video. No era así.

—Puede que en eso te equivoques —dijo Kevin—. Ahora hay sistemas de monitores muy refinados que funcionan a distancias remotas. Puede que la niña estuviera a su alcance aun cuando nosotros no lográramos detectarlos. Mini es realmente lo que él dice que es: un maestro de los productos electrónicos.

Pensé: «Mini, que está dispuesto a morir para volver a tener experiencia de SIVAINVI.» ¿También yo lo estaba? En 1974 la había experimentado una vez; desde entonces había estado hambriento de su regreso; los huesos me dolían de nostalgia; mi cuerpo la sentía tanto como mi mente, quizá más todavía. Pero SIVAINVI no se equivocaba al mostrarse prudente. Demostraba así un interés por la vida humana, su resistencia a volver a manifestarse ante mí.

Después de todo, el primer encuentro casi me había matado. Podría volver a ver a SIVAINVI, pero, como había sucedido con Mini, la experiencia terminaría conmigo. Y no estaba dispuesto a eso; tenía demasiado que hacer.

¿Qué tenía que hacer exactamente? No lo sabía. Ninguno de nosotros lo sabía. Yo ya había oído en mi cabeza la voz IA, y otros la escucharían también, más y más gente la escucharía. SIVAINVI, como información viva, penetraría el mundo, se reproduciría en los cerebros humanos, se cruzaría con ellos, los ayudaría y los guiaría en nivel subliminal, es decir, de manera invisible. Ningún ser humano podría tener la certeza de ser portador de la cruza en tanto la simbiosis no alcanzara el punto de iluminación. En su trato con otros seres humanos, una persona dada no sabría nunca cuándo se encontraba en presencia de otro homoplásmata y cuándo no.

Quizá volvieran a difundirse los antiguos signos para la identificación secreta; lo más probable es que eso ya hubiera ocurrido. Al estrecharse la mano un movimiento con un dedo que produjera dos arcos en intersección: rápida expresión del símbolo del pez, que nadie más, fuera de las dos personas en cuestión, podría discernir.

Recordé un incidente —más que un incidente en realidad— en el que intervino mi hijo Christopher. En marzo de 1974, durante el tiempo en que SIVAINVI me dominaba y tenía control de mi mente, llevé a cabo un correcto y complejo proceso de iniciación por el que Christopher se sumaba a las filas de los inmortales. El conocimiento médico de SIVAINVI había salvado la vida física de Christopher, pero no permitió que la cosa terminara allí.

Esta fue una experiencia que guardé como un tesoro. Fue llevada a cabo en completo secreto, sin que se enterara siquiera la madre de mi hijo.

Primero, preparé una jarra de chocolate caliente. Luego, un bocadillo de salchicha con los aditamentos acostumbrados; Christopher, joven y todo como era, adoraba los bocadillos de salchicha y el chocolate caliente.

Sentado en el suelo junto con Christopher en su cuarto, jugué, o más bien SIVAINVI lo hizo por mi intermedio, un juego. En primer lugar, como en broma, sostuve la taza de chocolate por sobre la cabeza de mi hijo; luego, como por accidente, dejé caer chocolate caliente en su pelo. Riendo, Christopher trató de enjugarse el líquido; yo, por supuesto, lo ayudé. Inclinándome sobre él, musité:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. —Nadie me oyó con excepción de Christopher. Cuando le quité el chocolate caliente del pelo,

le tracé un signo de la cruz en la frente. Lo había bautizado y confirmado; lo hice no por la autoridad que me confiriera iglesia alguna, sino por la autoridad del plásmata viviente que había en mí: la misma SIVAINVI. Luego le dije a mi hijo:

—Tu nombre secreto, tu nombre de pila es...

Y se lo dije. Sólo él y yo hemos de saberlo; él, yo y SIVAINVI.

Luego tomé un trocito de pan del bocadillo y lo sostuve en alto; mi hijo —todavía un bebé, en realidad— abrió la boca como un pajarillo y yo le puse en ella el pan. Los dos parecíamos estar compartiendo una comida; una simple comida común y corriente.

Por alguna razón pareció esencial —del todo crucial— que no mordiera la carne del bocadillo. En estas circunstancias no era posible comer carne de cerdo; SIVAINVI me impartió este urgente conocimiento.

Cuando Christopher comenzó a cerrar la boca para masticar el trozo de pan, le ofrecí la taza de chocolate caliente. Para mi sorpresa —era tan joven todavía que bebía de una mamadera, nunca de una taza— extendió ansioso la mano para coger el recipiente; lo tomo, se lo llevó a los labios y lo bebió. Dije:

—Esta es mi sangre y esta es mi carne.

Mi hijito bebió y yo recuperé el recipiente. Se había cumplido con los grandes sacramentos. El bautismo, luego la confirmación y, por último, el más sagrado de todos, la Eucaristía: el sacramento de la Cena del Señor.

—La Sangre de nuestro Señor Jesucristo que él derramó por ti, preserve tu cuerpo y tu alma para la vida perdurable. Bebe esto en memoria de la que la Sangre de Cristo fue derramada por ti y muéstrate agradecido.

Este es el más solemne de los momentos. El sacerdote mismo se ha convertido en Cristo; es Cristo el que ofrece su carne y su sangre al feligrés por mediación de un milagro divino.

La mayor parte de la gente comprende que en el milagro de la transmutación, el vino (o el chocolate caliente) se convierte en la Sangre Sagrada, y que la hostia (o el trozo de bocadillo) se convierte en el Cuerpo Sagrado, pero pocos son los que, aun dentro de la misma iglesia, advierten que la figura que se encuentra de pie delante de ellos sosteniendo el cáliz es su Señor vivo en el presente. *El tiempo ha sido superado*. Hemos remontado casi dos mil años; no nos encontramos en Santa Ana, California, U.S.A., sino en Jerusalén alrededor del 35 E.C.

Lo que había visto en marzo de 1974 cuando vi la sobreimpresión de la antigua Roma y la moderna California, era lo que ven sólo los ojos interiores de la fe.

Mi experiencia de la doble exposición confirmaba la verdad literal —no meramente figurativa— del milagro de la Misa.

Como lo dije ya, el término técnico con que se designa esto es anamnesis: la pérdida del olvido; lo cual significa, el recuerdo del Señor y de la Cena del Señor.

Yo me encontraba presente aquel día, la última vez que los discípulos se sentaron a la mesa. Podéis creerme o no. *Sed per spiritum sanctum dico; haec veritas est. Mihi crede et mecum in aeternitate vivebis*.

Mi latín probablemente no sea correcto, pero lo que estoy tratando de decir titubeante es: «Pero por mí habla el Espíritu Santo; esta es la verdad. Creedme y viviréis conmigo en la eternidad.»

Nuestro equipaje apareció; entregamos nuestros billetes de comprobación al oficial uniformado y luego, diez minutos más tarde, íbamos al norte por la carretera, a Santa Ana y a casa.

13

Mientras yo conducía, Kevin dijo:

—Me encuentro cansado, verdaderamente cansado. ¡Mierda de tránsito! ¿Quiénes son estos que van por la ruta? ¿De dónde vienen? ¿Adónde van?

Habíamos visto al Salvador y yo, después de ocho años de locura me había curado.

Bien, pensé, no es poco para un fin de semana... para no mencionar que habíamos huido de las tres personas más chifladas del planeta.

Es asombroso que cuando alguien suelta los disparates en los que uno cree, es posible percibirlos como tales. Cuando en el VW Rabbit había oído a Linda y Eric declarar que eran gente de tres ojos venidos de otro planeta, me di cuenta de que estaban chiflados. Esto me volvía chiflado a mí también. Advertirlo me dio miedo: advertir la verdad acerca de ellos y de mí mismo.

Había partido loco y había vuelto cuerdo; sin embargo, creía que me había encontrado con el Salvador... en la forma de una niñita de cabellos negros y ojos penetrantes que nos había hablado con mayor sabiduría que ningún adulto que hubiéramos nunca conocido. Y cuando se quiso impedir nuestro intento de partida, ella —o SIVAINVI— había intervenido.

—Tenemos una misión —dijo David—. Salir al mundo y...

—¿Y qué? —preguntó Kevin.

—Ella nos lo hará saber en el momento oportuno —dijo David.

—Y los puercos saben cantar —dijo Kevin.

—Escucha —dijo David con energía—. Phil está bien ahora por primera vez... —Vaciló.

—Desde que me conoces —terminé por él.

David dijo:

—Ella lo curó. Los poderes de curación constituyen el signo absolutamente indudable de la presencia material del Mesías. Lo sabes, Kevin.

—Entonces el Hospital de San José es la mejor iglesia de la ciudad —dijo Kevin.

Le pregunté:

—¿Tuviste oportunidad de preguntarle a Sofía por la muerte de tu gato?

Le formulé la pregunta con intenciones sarcásticas, pero para mi sorpresa Kevin volvió la cabeza y me respondió seriamente:

—Sí.

—¿Qué te dijo? —inquirí.

Kevin inhalando profundamente y asiendo con fuerza el volante, respondió:

—Dijo que MI GATO MUERTO. —Hizo una pausa y luego elevó la voz—. QUE MI GATO MUERTO ERA UN ESTÚPIDO.

Tuve que reírme. A David le sucedió lo mismo. A nadie se le había ocurrido antes darle esa respuesta. El gato vio el coche y se precipitó a su encuentro, no fue otra cosa lo que sucedió; se había arrojado directamente contra la rueda delantera como una pelota de bolos.

—Dijo —prosiguió Kevin— que el universo tenía reglas muy estrictas, y que *esa* especie de gato, la que se va de cabeza contra los automóviles a toda marcha, ya no existe.

—Bueno —dije—, desde el punto de vista pragmático, tiene razón.

Era interesante comparar la explicación de Sofía con la de la finada Sherri; ésta le había comunicado piadosamente a Kevin que Dios amaba tanto a su gato que le había parecido oportuno llevárselo consigo en lugar de dejárselo a Kevin. Esta no es una explicación que se le dé a un hombre de veintinueve años; esta es una explicación que uno trata de hacerle tragar a un niño. A un niño pequeño. Y aun los niños pequeños se dan cuenta que semejante explicación no vale una mierda.

Kevin continuó:

—Pero, le pregunté, ¿por qué Dios no hizo listo a mi gato?

—¿Esa conversación realmente tuvo lugar —pregunté.

David dijo con resignación:

—Es muy probable.

—Mi gato era ESTÚPIDO —continuó Kevin— porque DIOS LO HIZO ESTÚPIDO. De modo que fue culpa de DIOS, no de mi gato.

—Y tú le dijiste eso —reflexioné.

—Sí —dijo Kevin.

Experimenté cólera:

—Cínico idiota... te encuentras con el Salvador y todo lo que se te ocurre es desbarrar sobre tu gato. Me alegro de que se te haya muerto; *todo el mundo se alegra de que se te haya muerto*. De modo que cállate la boca.

Había empezado a temblar de furia.

—Tranquilo —murmuró David—. Todos hemos estado muy tensos.

Kevin me dijo:

—Ella no es el Salvador. Estamos todos tan chiflados como tú, Phil. Ellos están chiflados allá, en Solona; nosotros estamos chiflados aquí, en Santa Ana.

David dijo:

—Entonces ¿cómo pudo una niña de dos años decir...?

—Un *cordón* le llega a la cabeza —gritó Kevin— y en el otro extremo del cordón hay un micrófono y tiene un parlante dentro del cráneo. No es ella la que habla.

—Me hace falta un trago —dije—. Detengámonos en Sombrero Street.

—Te prefería cuando creías ser Amacaballo Fat —me gritó Kevin—. Él me gustaba. Tú eres tan estúpido como mi gato. Si la estupidez mata ¿por qué no te has muerto?

—¿Quieres tratar de ponerle remedio a eso? —le pregunté.

—Evidentemente la estupidez es un rasgo de la sobrevivencia —dijo Kevin, pero la voz se le había vuelto casi inaudible—. No sé —musitó—. «El Salvador». ¿Cómo es posible? Fue mi culpa; yo los llevé a ver *Sivainvi*. Yo los mezclé con Mamá Gansa. ¿Tiene sentido que Mamá Gansa fuera ocasión de que el Salvador naciera? ¿Hay algo en todo esto que tenga sentido?

—Detente en Sombrero Street —dijo David.

—La Sociedad Rhipidon se reúne en los bares —dijo Kevin—. Esa es nuestra misión; sentarnos en un bar y beber. Eso sí que salvará al mundo. ¿Y por qué salvarlo después de todo?

Librodot

Seguimos viaje en silencio, pero por cierto terminamos en Sombrero Street; la mayoría de los miembros de la Sociedad Rhipidon había votado por ello.

Sin duda, no es una buena nueva que la gente que está de acuerdo con uno esté más loco que una cabra. La misma Sofía (y esto tiene suma importancia) había dicho que Eric y Linda Lampton estaban enfermos. Además, Sofía o SIVAINVI me había procurado las palabras que nos permitieron partir cuando los Lampton habían estrechado el cerco sobre nosotros; me había procurado las palabras y había, además, hecho un hábil manejo del tiempo.

Me era posible discriminar entre la hermosa niña y los horribles Lampton. No los echaba juntos al mismo montón. Significativamente, la niña de dos años había hablado con lo que se asemejaba mucho a sabiduría... Sentado en el bar con mi botella de cerveza mejicana, me pregunté: «¿Cuáles son los criterios de racionalidad con los cuales juzgar si hay presencia de sabiduría?» Por su misma naturaleza la sabiduría tiene que ser racional; es la etapa final de lo que se encierra en lo real. Hay una íntima relación entre lo que resulta sabio y lo que existe, aunque esa relación sea sutil. ¿Qué nos había dicho la niñita? Que los seres humanos ahora deben abandonar la veneración de toda deidad con excepción de la humanidad misma. Esto no me parecía irracional. Lo hubiera dicho una niña o proviniera de la *Britannica*, me habría resultado algo cuerdo.

Por algún tiempo había sostenido la opinión de que Cebra —como llamé a la entidad que se me manifestó en marzo de 1974— era de hecho la totalidad laminada de todos mis sí mismos a lo largo del eje temporal lineal; Cebra —o SIVAINVI— era la expresión supratemporal de un ser humano dado y no de un dios... a no ser que la expresión supratemporal de un ser humano dado sea lo que designamos con el término de «dios»; a no ser que sea lo que veneramos, aun sin saberlo, cuando veneramos a «dios».

Al diablo con todo ello, pensé con cansancio. Abandono.

Kevin me llevó a casa; me fui a la cama de inmediato, fatigado y desalentado de una manera vaga. Creo que lo que en la situación me producía desaliento era la incertidumbre de la misión encomendada por Sofía. Teníamos un mandato, pero ¿de qué? Lo que era aún más importante ¿qué intentaba hacer Sofía cuando creciera? ¿Quedarse con los Lampton? ¿Escapar, cambiar de nombre, trasladarse a Japón, empezar una nueva vida?

¿Dónde emergería? ¿Dónde la oiríamos mencionar con el correr de los años? ¿Tendríamos que aguardar hasta su adultez? Habría que esperar unos dieciocho años. Ferris F. Fremount, para utilizar el nombre del film, podría haber vuelto a apoderarse del mundo por entonces. Nos hacía falta ayuda ahora.

Pero entonces pensé: «Siempre se necesita el Salvador ahora. Más tarde es siempre demasiado tarde.»

Cuando me quedé dormido esa noche, tuve un sueño. En el sueño viajaba en el Honda de Kevin, pero en lugar de ser éste el conductor, era Linda Ronstadt la que estaba al volante, y el coche era abierto, como un vehículo de los viejos tiempos, como una carroza. Con una sonrisa que me estaba dirigida, la Ronstad cantaba, y cantaba con más belleza que nunca antes le escuchara. Cantaba:

«Para ir al amanecer
Debes calzar zapatillas.»

En el sueño esto me fascinaba; parecía un mensaje de tremenda importancia. Cuando desperté a la mañana siguiente todavía podía ver su cara adorable, los resplandecientes ojos oscuros: ojos tan grandes, tan llenos de luz, una rara luz negra, como la luz de las estrellas. La mirada que me dirigía era de intenso amor, pero no de amor sexual; era lo que la Biblia llama bondad amorosa. ¿Dónde me llevaba?

Durante todo el día siguiente traté de descifrar a qué se referían las crípticas palabras. Zapatillas. Amanecer. ¿Con qué se me asociaba el amanecer?

Al examinar mis libros de consulta (en otro tiempo habría dicho «Al examinar Amacaballo Fat sus libros de consulta»), me topé con el hecho de que «Aurora» es la palabra latina con que se personifica al amanecer. Y eso sugiere Aurora Borealis, que se asemeja al fuego de Santelmo, que es a su vez el aspecto que asume Cebra o SIVAINVI. Dice la *Britannica* de la Aurora Borealis:

> «La Aurora Borealis aparece en toda la historia de la mitología de los esquimales, los irlandeses, los ingleses, los escandinavos y otros; se cree habitualmente que es una manifestación sobrenatural... Las tribus de los germanos del norte veían en ella el resplandor de los escudos de las valquirias (mujeres guerreras).»

¿Significaba eso —me lo estaba diciendo SIVAINVI— que la pequeña Sofia se manifestaría al mundo como una «mujer guerrera»? Quizá.

¿Y las zapatillas? Se me ocurría una asociación, sumamente interesante. Empédocles, discípulo de Pitágoras, que había ganado pública fama por recordar sus vidas pasadas y que decía en privado a sus amigos que él era Apolo, nunca había muerto en sentido estricto; en su reemplazo, se habían encontrado sus zapatillas de oro cerca del cráter del volcán Etna. O bien Empédocles, como Elías, había sido arrebatado al cielo corporalmente, o bien se había arrojado dentro del volcán. El Monte Etna se encuentra en el extremo oriental de Sicilia. En tiempos romanos la palabra «aurora» significaba literalmente «oriente». ¿Aludía SIVAINVI a la vez a sí misma y al renacimiento, a la vida eterna? ¿Se me estaba...?

Sonó el teléfono.

Recogí el receptor.

—¿Sí?

Oí la voz de Eric Lampton. Sonaba retorcida, como una raíz vieja, como una raíz en agonía.

—Tenemos algo que comunicarte. Le diré a Linda que te lo diga. Aguarda.

Mientras estaba allí de pie, sosteniendo el teléfono silencioso, me invadió un profundo temor. Luego la voz de Linda Lampton sonó en mi oído, apagada, sin tonalidad. Me di cuenta de que el sueño se relacionaba con ella; Linda Ronstadt; Linda Lampton.

—¿Cómo? —pregunté, incapaz de entender lo que Linda Lampton me estaba diciendo.

—La niña ha muerto —dijo—. Sofia.

Librodot

—¿De qué modo? —pregunté.

—Mini la mató. Por accidente. La policía se encuentra aquí. Con un rayo láser. Estaba tratando de...

Colgué el receptor.

El teléfono volvió a sonar casi inmediatamente. Lo atendí y Linda Lampton siguió diciendo:

—Mini quería obtener tanta información como...

—Gracias por decírmelo —le dije. Insensatamente, en lugar de dolor experimentaba un amargo furor.

—Estaba tratando de transferir información por medio de rayos láser —seguía diciendo Linda—. Estamos llamando a todos. No lo comprendemos; si Sofía era el Salvador ¿cómo pudo morir?

Muerta a los dos años, advertí. Imposible.

Colgué el receptor y me senté. Al cabo de un momento, me di cuenta de que la mujer del sueño que conducía el coche y cantaba era Sofía, pero ya crecida, tal como habría llegado a ser un día. Los ojos oscuros llenos de luz y de vida y de fuego.

El sueño había sido su despedida.

14

Los periódicos y la TV difundieron la noticia de la muerte de la hija de Mamá Gansa. Naturalmente, como Eric Lampton era una estrella de rock, se sugirió que habían intervenido fuerzas siniestras, probablemente relacionadas con el descuido, la droga y todo tipo de influencia maligna. Se mostró la cara de Mini y luego aparecieron algunas escenas del film *Sivainvi* en las que se veía el mezclador semejante a una fortaleza.

Dos o tres días más tarde todo el mundo se había olvidado del asunto. Otros horrores ocupaban la pantalla de la TV. Otras tragedias aparecieron en primera plana. Como siempre. Un comercio de bebidas alcohólicas del oeste de Los Angeles fue asaltado y el empleado muerto a tiros. Tres coches chocaron con un camión cargado de leños en la carretera de San Diego y éste se incendió y estalló.

El mundo continuaba como siempre.

Empecé a pensar en la muerte. No en la muerte de Sofía Lampton, sino en la muerte en general y luego, gradualmente, en mi propia muerte.

En realidad, no era yo el que pensaba en ella. El que lo hacía era Amacaballo Fat.

Una noche en que estaba sentado en mi sala y en mi mecedora con una copa de coñac en la mano, dijo meditativo:

—Todo lo que probó es lo que ya sabíamos; me refiero a su muerte.

—¿Y qué es lo que sabíamos? —pregunté.

—Que estaban chiflados.

Dije:

—Sus padres estaban chiflados, pero no Sofía.

—Si hubiera sido Cebra —dijo Fat—, habría sabido de antemano la estupidez que haría Mini con el equipo de láser. Podría haberlo evitado.

—Sin duda —dije yo.

Librodot

—Es cierto —dijo Fat—. Lo habría sabido y además... —Me señaló. En su voz había triunfo; un triunfo pleno de audacia—. Habría tenido el poder de evitarlo ¿no es así? Si pudo derrocar a Ferris F. Fremount...

—Termina —le dije.

—Desde un principio —dijo Fat serenamente— no hubo otra cosa que tecnología muy avanzada. Mini descubrió un modo de transmitir información mediante rayos láser, utilizando el cerebro humano como transductor sin necesidad de zona interfacial electrónica. Los rusos pueden hacer lo mismo. También pueden utilizarse microondas. En marzo de 1974 debo de haber interceptado por accidente una de las transmisiones de Mini; la irradiación me alcanzó. Por eso mi presión sanguínea aumentó tanto y los animales murieron de cáncer. Eso es lo que está matando a Mini; la radiación producida por sus propias experimentaciones con rayos láser.

Yo no dije nada. No había nada que decir.

Fat agregó:

—Lo siento. ¿Te sentirás bien?

—Claro —le respondí.

—Después de todo —dijo Fat—, yo no tuve oportunidad de hablar con ella, no en la medida en que vosotros la tuvisteis; no me encontraba allí la segunda vez, cuando nos encomendó... a la Sociedad... la misión.

¿Y ahora, me pregunté, qué sería de nuestra misión?

—Fat —le dije— ¿no vas a volver a atentar contra tu vida, no? ¿Por causa de su muerte?

—No —me contestó.

No le creí; conocía sus síntomas; lo conocía a él mejor que lo que él se conocía a sí mismo. La muerte de Gloria, el abandono de Beth, la agonía de Sherri; lo que lo había salvado después de lo de Sherri fue su decisión de ir en busca del «quinto Salvador», y ahora esa esperanza había perimido. ¿Qué le quedaba?

Fat lo había intentado todo y todo le había fallado.

—Quizá tendrías que volver a verlo a Maurice —le dije—. Él dirá: «Y hablo en serio». —Los dos nos echamos a reír—. «Quiero que me haga una lista de las diez cosas que más desea en el mundo; quiero que las piense y las ponga por escrito. ¡Y hablo en serio!»

Le pregunté:

—¿Qué es lo que quieres hacer?

Y hablaba en serio.

—Encontrarla —me contestó Fat.

—¿A quién? —le pregunté.

—No lo sé —dijo—. A la que murió. A la que nunca volveré a ver.

Hay muchas que pertenecen a esa categoría, me dije. Lo lamento, Fat; tu respuesta es demasiado vaga.

—Tendría que ir a la agencia de Viajes Alrededor del Mundo —dijo Fat medio para sí— y hablar algo más con la señora que atiende allí. Sobre la India. Tengo la impresión que la India es el lugar adecuado.

—¿Adecuado para qué?

—Para que él esté —me contestó.

No le respondí; no tenía sentido hacerlo. La locura de Fat había vuelto.

—Está en alguna parte —dijo Fat— Lo sé, ahora mismo; en algún lugar del mundo. Cebra me lo dijo. «Santa Sofía va a volver a nacer; no estaba...»

—¿Quieres que te diga la verdad? —lo interrumpí.

Fat parpadeó.

—Claro, Phil.

Con voz áspera le dije:

—No existe el Salvador. Santa Sofía no está por volver a nacer, el Buda no se encuentra en el parque, el Apolo Capital no regresará. ¿Entendido?

Silencio.

—El quinto Salvador… —empezó con timidez.

—Olvídalo —dije—. Eres un psicótico Fat. Estás tan loco como Eric y Linda Lampton. Estás tan loco como Brent Mini. Has estado loco por ocho años, desde que Gloria se arrojó por la ventana del edificio Synanon y se convirtió en un *sandwich* de huevo revuelto. Abandónalo y olvídalo todo. ¿De acuerdo? ¿Me harás ese favor? ¿Nos harás a *todos* ese favor?

Fat dijo finalmente en voz baja:

—Entonces estás de acuerdo con Kevin.

—Sí —le dije—, estoy de acuerdo con Kevin.

—Entonces ¿por qué habría de seguir adelante? —preguntó Fat con calma.

—No lo sé —le respondí—. Y realmente, no me importa. Se trata de tu vida y de tu asunto, no de la mía.

—Cebra no iba a mentirme —dijo Fat.

—No existe Cebra —le contesté—. Eres tú mismo. ¿No te reconoces a ti mismo? Eres tú y sólo tú que proyectas fuera tus deseos sin respuesta, tus deseos irrealizados después de morir Gloria. No pudiste llenar el vacío con realidad, de modo que lo llenaste con fantasía; fue una compensación psicológica por una vida estéril, malograda, vacía, dolorosa, y no me doy cuenta por qué mierda no terminas con todo esto; eres como el gato de Kevin: eres estúpido. Ahí empieza y termina todo. ¿De acuerdo?

—Me robas las esperanzas.

—No te robo nada porque no existe nada.

—¿Eso es todo? ¿Lo crees así? ¿Realmente?

Le contesté:

—Sé que es así.

—¿No crees que debería buscarlo?

—¿Dónde diablos vas a buscar? No tienes la menor idea, la menor idea en este mundo dónde podría encontrarse. Podría estar en la ciudad de Méjico. Podría estar en Anaheim, en Disneylandia; sí... quizás esté trabajando en Disneylandia empujando una escoba. ¿Cómo vas a reconocerlo? Todos creímos que Sofía era el Salvador; lo creímos hasta el día que murió. *Hablaba* como el Salvador. Teníamos todas las pruebas; teníamos todos los signos. Teníamos el film, *Sivainvi*. Teníamos el mensaje cifrado de dos palabras. Teníamos a los Lampton y a Mini. Su historia encajaba con la nuestra; todo encajaba. Y ahora hay otra muerta en un cajón bajo tierra; tres en total. Tres personas que murieron por nada. Tú lo creíste, yo lo creí, David lo creyó, Kevin lo creyó, lo creyeron los Lampton, particularmente Mini lo creyó, lo bastante como para matarla por accidente. De modo que ahora todo termina. Nunca debió haber empezado... ¡Maldito sea Kevin por haber visto ese film! Vete y mátate. Al diablo con todo.

—Aún podría…

—No —le dije—. No lo encontrarás. Lo sé. Permíteme que te lo diga de una manera sencilla para que lo entiendas. Creíste que el Salvador te devolvería

Librodot

a Gloria ¿no? Él, ella no lo hizo; ahora también ella está muerta. En lugar de... —Me di por vencido.

—Entonces, el verdadero nombre de la religión —dijo Fat— es muerte.

—El nombre secreto —lo confirmé—. Lo has comprendido. Jesús murió; Asclepio murió... a Mini le dieron una muerte peor que la de Jesús, pero a nadie le importa siquiera; nadie siquiera lo recuerda. En el sur de Francia mataron a los cátaros por decenas de millares. En la Guerra de los Treinta Años centenares de millares de personas murieron, protestantes y católicos, en una mutua carnicería. La muerte es su verdadero nombre; no Dios, no el Salvador, no amor: *muerte*. Kevin tiene razón sobre su gato. Todo está concentrado en la muerte de su gato. El Gran Juez no puede responder la pregunta de Kevin: «¿Por qué murió mi gato?» La respuesta es: «Maldito si lo sé». No hay respuesta; sólo un animal muerto que quería cruzar la calle. Somos todos animales que queremos cruzar la calle, sólo que algo que nunca habíamos advertido de antemano nos derriba a mitad de camino. Ve a preguntarle a Kevin. «Tu gato era estúpido». ¿Quién hizo al gato? ¿Aprendió algo el gato con su muerte? Y si así fue ¿qué aprendió? ¿Aprendió Sherri algo al morir de cáncer? ¿Aprendió Gloria algo...?

—Está bien, suficiente —dijo Fat.

—Kevin tiene razón —dije—. Vete a follar.

—¿Con quién? Están todas muertas.

Le respondí:

—Hay otras. Que todavía viven. Folla con una de ellas antes que se muera o que tú mueras o que alguien muera, alguna persona o animal. Tú mismo lo dijiste: el universo es irracional porque la mente que lo sostiene es irracional. Tú eres irracional y lo sabes. También yo. Todos lo somos y lo sabemos en algún nivel. Escribiría un libro sobre el tema, pero nadie creería que un grupo de seres humanos podría haber actuado de manera tan irracional como nosotros lo hicimos.

—Lo creerían ahora —dijo Fat— después de Jim Jones y las novecientas personas de Jonestown.

—Vete, Fat —le dije—. Vete a Sudamérica. Vuelve a Sonoma y solicita ser admitido en la comuna de los Lampton, a no ser que hayan abandonado el proyecto, cosa que dudo. La locura tiene su propio dinamismo; continúa de por sí. —Poniéndome de pie, me le acerqué y le puse una mano en el pecho— . La niña ha muerto; Gloria ha muerto; nada habrá de devolvértela.

—A veces sueño...

—Pondré eso en tu lápida.

Después de obtener el pasaporte, Fat abandonó los Estados Unidos y voló por Aerolíneas Islandesas a Luxemburgo, que es el más barato de los viajes. Recibimos una postal suya desde la parada en Islandia y luego, un mes más tarde, una carta desde Metz, Francia. Metz queda en la frontera con Luxemburgo; lo busqué en el mapa.

En Metz —lugar que le gustó por su paisaje— conoció a una muchacha y pasó una magnífica temporada, hasta que ella se alzó con la mitad del dinero que él llevaba consigo. Nos envió una fotografía de la joven; es muy bonita y me recuerda un tanto a Linda Ronstadt, con el mismo corte de cara y peinado. Fue la última fotografía que nos envió, porque la muchacha le robó también la cámara. Trabajaba en una librería. Fat nunca nos dijo si se había acostado con ella.

De Metz fue a Alemania Occidental, donde el dólar americano no vale nada. Ya leía y hablaba un poco en alemán, de modo que allí las cosas no le fueron tan difíciles. Pero sus cartas se hicieron menos frecuentes y por último cesaron completamente.

—Si se hubiera acostado con la francesa —dijo Kevin— se habría recuperado.

—No hay nada que nos permita suponer que no lo hizo —dijo David.

Kevin respondió:

—Si se hubiera acostado con ella, estaría aquí de regreso, y cuerdo. No está aquí; por tanto, no lo hizo.

Transcurrió un año. Un día recibí un telegrama de él; Fat había vuelto a los Estados Unidos, a Nueva York. Conoce a gente allí. Llegaría a California, dijo, cuando se recuperara de su enfermedad; en Europa había sido afectado de un mal.

—Pero ¿encontró al Salvador? —preguntó Kevin. El telegrama no lo aclaraba—. Lo diría si así fuera. Es como lo de la francesa. Nos habríamos enterado.

—Al menos, no está muerto —dijo David.

Kevin le respondió:

—Depende de cómo definas «muerto.»

Entretanto a mí me había ido muy bien; mis libros se vendían en abundancia: tenía más dinero que ideas en que gastarlo. De hecho, a todos nos estaba yendo bien. David tenía una tienda de tabacos en la galería comercial de la ciudad, una de las más elegantes del Condado de Orange; Kevin tenía una nueva amiga que lo trataba a él y a nosotros con amabilidad y tacto, tolerando sin dificultad nuestro negro sentido del humor, en especial el de Kevin. Se lo habíamos dicho todo acerca de Fat y de su búsqueda y también lo de la muchacha francesa que lo había despojado hasta de la Pentax. Tenía expectativas de conocerlo y nosotros de que regresara: historias, fotografías y, quizá, ¡hasta regalos!, nos decíamos.

Y entonces, recibimos un segundo telegrama. Esta vez desde Portland, Oregon. Decía:

REY FELIX

Nada más. Sólo esas dos palabras sorprendentes. ¿Y bien?, pensé. ¿Lo encontró? ¿Es eso lo que nos está diciendo? ¿Se reunirá de nuevo la Sociedad Rhipidon en sesión plenaria al cabo de todo este tiempo?

No era algo que nos interesara demasiado. Colectiva e individualmente apenas recordábamos la cuestión. Era una parte de nuestra vida que preferíamos olvidar. Exceso de dolor; exceso de esperanzas idas por las cloacas.

Cuando Fat llegó a LAX, que es como se llama el Aeropuerto de Los Ángeles, los cuatro fuimos a recibirlo: yo, Kevin, David y Ginger, la hábil amiga de Kevin, una alta muchacha rubia de pelo trenzado con cintitas rojas en las trenzas, mujer animosa a la que le gustaba viajar en coche millas y millas por la noche en busca de un bar irlandés fuera de las rutas habituales para beber café irlandés.

Con el resto de todas las demás personas del mundo nos trasladábamos y conversábamos y, de pronto, inesperadamente, allí estaba Amacaballo Fat que se nos acercaba en medio de todos los otros pasajeros. Sonriente y

Librodot

cargado de un portafolio, nuestro amigo volvía a casa. Vestía de traje y corbata, un hermoso traje de la Costa Este en extremo elegante. Nos sorprendió verlo tan bien vestido; supongo que habíamos previsto a un individuo demacrado y ojeroso que apenas pudiera avanzar por el corredor.

Después de abrazarlo y presentarle a Ginger, le preguntamos cómo le había ido.

—Bastante bien —nos dijo.

Comimos en el restaurante de un hotel de primera categoría que se encontraba en las cercanías. Por alguna razón, no conversamos demasiado. Fat parecía ausente, aunque no en realidad deprimido. Fatigado, decidí. Había viajado un largo trecho; lo tenía escrito en la cara. Esas cosas se notan; dejan sus huellas.

—¿Qué llevas en el portafolio? —pregunté cuando hubo llegado el café.

Apartando a un lado los platos que tenía por delante, Fat apoyó el portafolio y lo abrió; no estaba cerrado con llave. En él había carpetas de papel de Manila entre las que escogió una; estaban numeradas. La examinó por última vez para asegurarse que había cogido la adecuada y me la alcanzó.

—Mírala —dijo sonriendo ligeramente como cuando se le da a alguien un regalo que uno sabe que será de su agrado.

Abrí la carpeta. En ella encontré cuatro fotografías satinadas de 8 x 10, evidentemente, hechas por un profesional; tenían el aspecto de lo que publican los departamentos de publicidad de los estudios cinematográficos.

Eran las fotos de un vaso griego en los que había pintada una figura masculina que, según lo reconocí, representaba a Hermes.

En torno al vaso aparecía la doble hélice hecha con una capa roja vidriosa sobre fondo negro. La molécula de ADN. No podía haber error.

—Tiene dos mil trescientos o cuatrocientos años de antigüedad —dijo Fat—. No la imagen, sino el *krater*, la cerámica.

—Un cuenco —dije.

—Lo vi en un museo de Atenas. Es auténtico. No es que sea mi opinión; no tengo autoridad para juzgar de cosas tales; son las autoridades del museo las que determinaron su autenticidad. Conversé con uno de ellos. No se había dado cuenta de lo que muestra el diseño; se mostró muy interesado cuando discutí el asunto con él. Esta forma de vaso, el *krater*, fue la que se utilizó más tarde en las fuentes bautismales. Esa fue una de las palabras griegas que me vino a la mente en marzo de 1974, la palabra «*krater*». La oí relacionada con otra palabra griega, «*poros*.» Las palabras «*poros krater*» significan en esencia «fuente de piedra caliza».

No podía haber duda; el diseño, de fecha más temprana que el cristianismo, era el modelo de la doble hélice de Crick y Watson, al que habían llegado después de tantas conjeturas erradas, después de tanto intento por prueba y error. Aquí estaba, fielmente reproducido.

—¿Y bien? —dije.

—Las llamadas serpientes del caduceo. Originalmente el caduceo, que es todavía el símbolo de la medicina, era el cayado de... no de Hermes, sino... —Fat hizo una pausa; los ojos le brillaban—. De Asclepio. Tiene una significación muy específica además de la de la sabiduría, a la que aluden las serpientes; indica que su portador es persona sagrada a la que no hay que molestar... Esa es la razón por la que Hermes, el mensajero de los dioses, lo llevaba.

Por un tiempo, ninguno de nosotros dijo nada.

Kevin comenzó a soltar algo sarcástico, algo en su estilo áspero e ingenioso, pero no lo hizo; sólo permaneció sentado sin hablar.

Observando las fotos satinadas de 8 x 10. Ginger exclamó:

—¡Qué hermoso!

—El más grande médico de la historia de la humanidad —le dijo Fat—. Asclepio, el fundador de la medicina griega. El Emperador romano Juliano —conocido como Julián el Apóstata porque renunció al cristianismo— lo consideraba Dios o como a un dios; lo veneraba. Si esa veneración hubiera continuado, toda la historia del mundo occidental habría cambiado de manera fundamental.

—Tú no cejas —le dije.

—No —concedió Fat—. Nunca lo haré. Volveré... me quedé sin dinero. Cuando reúna los fondos necesarios, volveré. Sé dónde buscar ahora. Las islas griegas. Lemnos, Lesbos, Creta. Especialmente Creta. Soñé que descendía en un ascensor —en realidad, tuve este sueño dos veces— y el ascensorista recitaba en verso, y había un gran plato de *spaghetti* con un tenedor de tres puntas, un tridente, clavado en ellos... Ese sería el hilo de Ariadna con el que Teseo pudo salir del laberinto después de haber dado muerte al Minotauro en tiempos de Minos. El Minotauro, mitad hombre y mitad bestia, es un monstruo que representa a la deidad demente Samael, según mi opinión, el falso demiurgo del sistema gnóstico.

—Las dos palabras del telegrama —dije—: REY FELIX.

Fat me respondió:

—No lo encontré.

—Entiendo.

—Pero está en alguna parte —dijo Fat—. Lo sé. No cejaré nunca.

Volvió a poner las fotografías en la carpeta de papel de Manila, guardó ésta en el portafolio y lo cerró.

Hoy se encuentra en Turquía. Nos envió una postal en la que se ve la mezquita que fue la gran iglesia cristiana de Santa Sofía o Hagia Sofía, una de las maravillas del mundo a pesar de que el techo se desmoronó durante la Edad Media y tuvo que reconstruirse. En los más completos textos de arquitectura se encuentran esquemas de esa construcción sin par. La parte central de la iglesia parece flotar, como si se elevara al cielo; al menos, esa era la idea que tenía en mente el emperador romano Justiniano cuando la hizo construir. Él personalmente supervisó la construcción y él mismo le dio nombre, un nombre cifrado para referirse a Cristo.

Volveremos a oír de Amacaballo Fat. Así lo dice Kevin y yo confío en su juicio. No puede equivocarse. De todos nosotros es el menos irracional y, lo que importa todavía más, es el que cuenta con más fe. Esto es algo que no comprendí en él enseguida.

La fe es extraña. Por definición, tiene que ver con las cosas que no se pueden probar. Por ejemplo, el sábado pasado por la mañana tenía el televisor encendido; no lo estaba mirando, pues los sábados a la mañana no hay sino espectáculos para niños y, de cualquier manera, no miro televisión durante el día; a veces me da la impresión que reduce la soledad, de modo que lo enciendo como sonido de fondo. De cualquier manera, el sábado pasado dieron la consabida tanda de avisos comerciales y, por alguna razón, a cierta altura, sentí que algo atraía a mi atención conciente; dejé de hacer lo que estaba haciendo y me mantuve del todo alerta.

Librodot

La estación de TV acababa de transmitir un aviso sobre una cadena de supermercados; en la pantalla aparecían las palabras ALIMENTOS REY, y luego, un corte instantáneo; las imágenes comenzaron a pasar a toda velocidad para comprimir en el menor espacio tantos mensajes comerciales como fuera posible; lo que vino después fue un dibujo animado del Gato Felix, un viejo film en blanco y negro. En un momento las palabras ALIMENTOS REY aparecían en la pantalla, y luego, casi instantáneamente, las palabras —también en letras enormes— EL GATO FELIX.

Allí había aparecido la yuxtaposición del mensaje cifrado y en el orden adecuado:

REY FELIX

Pero sólo se lo podía captar subliminalmente. Y ¿quién captaría esta yuxtaposición accidental, puramente accidental? Sólo los niños, los pequeños niños del Sur. Nada significaría para ellos; no aprehenderían un mensaje de dos palabras y, aun si lo hicieran, no entenderían su significado, a quién se refería.

Pero yo lo había visto y sabía a quién se refería. Debe de ser sólo sincronismo, como lo llama Jung, pensé. Coincidencia sin intención.

¿O la señal había sido transmitida? Al aire, por una de las estaciones de TV más grandes del mundo, la NBC de Los Ángeles, llegando a muchos millares de niños con esta información trasmitida en una fracción de segundo que sería procesada por el hemisferio derecho de sus cerebros: recibida, almacenada y quizá decodificada por debajo del umbral de la conciencia donde muchas cosas dormitan y se almacenan. Y Eric y Linda Lampton nada tenían que ver con esto. Sólo un técnico de la NBC con un montón de avisos comerciales que pasar en el orden que le pareciera adecuado: Si algo había que hubiera dispuesto la yuxtaposición intencionalmente, SIVAINVI tenía que ser la responsable, SIVAINVI, que era ella misma información.

Quizás acabara de ver a SIVAINVI a horcajadas de un aviso comercial y luego de un dibujo para niños.

El mensaje había vuelto a ser enviado, me dije.

Dos días más tarde Linda Lampton me telefoneó; desde la tragedia, no había vuelto a saber nada de los Lampton. Linda parecía excitada y feliz.

—Estoy preñada —me dijo.

—Magnífico —le contesté—. ¿Desde cuándo?

—Desde hace ocho meses.

—¡Vaya! —exclamé, pensando: «Ya no falta mucho».

—Ya no falta mucho —dijo Linda.

—¿Esperas un varón esta vez? —le pregunté.

Linda respondió:

—SIVAINVI dice que será otra niña.

—¿Mini está...?

—Murió. Lamento tener que decírtelo. No tenía posibilidades con el mal que padecía. ¿No es maravilloso? ¿Otra niña?

—¿Le elegiste nombre?

—No todavía —respondió Linda.

Esa noche vi en TV un aviso comercial sobre un alimento para perros. ¡Alimento para perros! ¡Para terminar, después de enumerar las varias clases

Librodot

de animales para los que la compañía fabrica alimentos —se me escapa el nombre de la compañía— se entona un verso final:

«Para el pastor y el rebaño.»

A la izquierda aparece un perro pastor alemán y a la derecha una gran oveja; inmediatamente se produce un corte y otro aviso comercial comienza con un velero que atraviesa silenciosamente la pantalla. En la vela blanca vi un pequeño emblema negro. Sin tener que mirar más atentamente, supe lo que era. En la vela los constructores de la embarcación habían colocado el signo del pez.

El pastor, el rebaño y luego el pez, yuxtapuestos como había sido yuxtapuesto el REY FELIX. No se. Carecía de la fe de Kevin y de la locura de Fat. Pero sí vi conscientemente dos rápidos mensajes lanzados por SIVAINVI en rápida sucesión con el fin de que actuaran en nosotros subliminalmente. ¿Decía uno de los mensajes en realidad que la hora había llegado? No sé qué pensar. Quizá no se requiere que piense nada, o que tenga fe o que esté loco; quizá todo lo que tengo que hacer —todo lo que se me pide— es que espere. Que espere y que esté alerta.

Esperé y un buen día recibí una llamada telefónica de Amacaballo Fat: una llamada telefónica desde Tokyo. Parecía gozar de excelente salud, estar excitado y pleno de energía; lo divertía mi sorpresa al tener noticias de él.

—Micronesia —dijo.

—¿Cómo? —le pregunté, creyendo que había vuelto al uso del griego *koiné*. Y luego me di cuenta que se refería al grupo de pequeñas islas del Pacífico—. Oh —exclamé—. Has estado allí. Las Islas Carolinas y las Islas Marhall.

Fat me respondió:

—Allí es donde iré; no he ido todavía. La voz IA, la voz que oigo... me aconsejó que buscara en las islas de la Micronesia.

—¿No son muy pequeñas? —le pregunté.

—Por eso tienen ese nombre. —Se echó a reír.

—¿Cuántas son? —pregunté pensando en diez o doce.

—Más de dos mil.

—¡Dos mil! —Sentí que me ganaba el desánimo—. Podrías estar buscando para siempre. ¿No puede la voz IA precisar un poco más?

—Espero que lo haga. Quizá se trate de Guam; iré a Guam y comenzaré por ahí. Cuando haya terminado, habré visto el terreno donde se libró gran parte de la Segunda Guerra Mundial.

Le dije:

—Es interesante que la voz IA vuelva a usar palabras griegas.

—*Mikros* significa pequeño —dijo Fat— y *nesot*, isla. Quizá tengas razón, quizá sólo sea su proclividad a utilizar el griego. Pero vale la pena hacer la prueba.

—Ya sabes lo que diría Kevin sobre las simples jóvenes nativas incorruptas que pueblan esas dos mil islas.

—Yo seré el juez en este caso —dijo Fat.

Colgó y yo colgué a mi vez sintiéndome mejor; era bueno haber sabido de él y encontrarlo de ánimo tan saludable.

En estos días tengo la sensación de percibir la bondad de los hombres. No sé de dónde me vino —a no ser que sea de la llamada telefónica de Fat—,

Librodot

pero la tengo. Estamos nuevamente en marzo. Me pregunto: «¿Tendrá Fat una nueva experiencia? ¿Le disparará el rayo de luz rosa nuevas y más vastas informaciones? ¿Llega su búsqueda al fin?»

Su experiencia original había tenido lugar en marzo de 1974, el día después del equinoccio vernal. «Vernal», por supuesto, significa «primavera». Y «equinoccio» significa el momento en que el centro del sol cruza el ecuador y el día y la noche tienen en todas partes la misma duración. De modo que Amacaballo Fat se encontró con Dios o con Cebra o con SIVAINVI o con su sí mismo inmortal el primer día del año que tiene una mayor prolongación de luz que de oscuridad. Además, de acuerdo con ciertos estudiosos, es el verdadero día del nacimiento de Cristo.

Sentado delante de mi televisor, miraba y aguardaba un nuevo mensaje, yo, uno de los miembros de la pequeña Sociedad Rhipidon, que para mí todavía existía. Como el satélite en miniatura del film *Sivainvi* arrollado por el taxi como si hubiera sido una lata de cerveza vacía tirada a un costado del camino, los símbolos de lo divino se muestran inicialmente en nuestro mundo en los estratos de la basura. O eso es lo que yo me decía. Kevin había dado expresión a este pensamiento. Lo divino se presenta donde uno menos lo espera.

—Búscalo donde menos esperas encontrarlo —le había dicho Kevin a Fat un día. ¿Cómo hacerlo? Es una contradicción.

Una noche soñé que era propietario de una cabaña que se encontraba directamente en el agua, un océano en esta ocasión; el agua se extendía por siempre. Y esta cabaña no se parecía a ninguna otra que yo hubiera visto; se asemejaba más bien a una choza como la que había visto en los films sobre el sur del Pacífico. Y cuando desperté, el pensamiento entró con toda distinción en mi mente.

Guirnaldas de flores, cantos y bailes, y el recitado de mitos, cuentos y poesía.

Más adelante recordé dónde había leído esas palabras. En el artículo sobre culturas micronésicas de la *Britannica*. La voz me había hablado recordándome el lugar a donde había ido Amacaballo Fat. En el curso de su búsqueda.

Mi búsqueda me mantenía en casa; me sentaba frente al televisor en la sala. Permanecía sentado; esperaba; miraba; me quedaba despierto. Como se nos había dicho originalmente hace ya mucho que lo hiciéramos; me atenía a mi misión.

FIN

APÉNDICE
Tractates Cryptica Escriptura

1: Sólo hay una mente, pero en ella subsumidos dos principios contienden.

2: La Mente deja penetrar la luz; luego la oscuridad; ambas interactúan; de ese modo se genera el tiempo. Al final la Mente concede la victoria a la luz; el tiempo cesa y la Mente culmina.

3: [La Mente] Hace que las cosas luzcan diferentes para que parezca que el tiempo ha transcurrido.

4: La Materia es plástica ante el ojo de la Mente.

5: Uno por uno nos arrebata del mundo.

6: El Imperio nunca tuvo fin.

7: El Apolo Capital está a punto de regresar. Santa Sofía va a volver a nacer; antes no había sido aceptable. El Buda se encuentra en el parque. Shidharta duerme (pero va a despertar). El tiempo que habéis esperado ha llegado.

8: El reino superior tiene poderes plenipotenciarios.

9: Vivió mucho tiempo atrás, pero aún sigue vivo.

10: Apolonio de Tiana, cuando escribe de Hermes Trismegisto, dice: «Tanto es arriba como es abajo». Con lo cual quiere expresar que nuestro universo es un holograma, pero no poseía el término.

11: El gran secreto conocido de Apolonio de Tiana, Pablo de Tarso, Simón el Mago, Asclepio, Paracelso, Boheme y Bruno consiste en que retrocedemos en el tiempo. El Universo de hecho se está contrayendo en una entidad unitaria que se está completando. Vemos la decadencia y el desorden invertidos, como si se acrecentaran. Estos médicos aprendieron a avanzar en el tiempo que, para nosotros, es retrogradación.

12: Los griegos conocieron al Inmortal como Dionisio; los judíos como Elías; los cristianos como Jesús. Cuando un huésped humano muere, él se traslada, de modo que no es nunca atrapado ni muerto. De ahí que Jesús exclamara en la cruz: «Eli, Eli, lama sabachtani». Al escucharlo, algunos de los presentes dijeron correctamente: «Este hombre está llamando a Elías». Elías lo había abandonado y él murió solo.

13: Dijo Pascal: «Toda la historia no es sino un hombre inmortal que aprende de continuo». Se trata del Inmortal al que veneramos sin conocer su nombre. «Vivió mucho tiempo atrás, pero aún sigue vivo» y «El Apolo Capital está a punto de regresar». El nombre cambia.

14: El universo es información y nosotros permanecemos inalterados en él, ni tridimensionales, ni en el espacio o en el tiempo. A la información que se nos suministra, nosotros la hipostaseamos en el mundo fenoménico.

15: La Sibila de Cumas protegió a la República Romana y le hizo advertencias oportunas. En el siglo I E.C. previó el asesinato de los

*hermanos Kennedy, el doctor King y el obispo Pike. En los cuatro hombres asesinados percibió dos comunes denominadores: en primer lugar, defendían las libertades de la República y, en segundo lugar, cada uno de ellos era un líder religioso. Por eso fueron asesinados. La República, una vez más, se había convertido en un César. «*El Imperio nunca tuvo fin*».*

16: En marzo de 1974 la Sibila dijo: «Los conspiradores han sido descubiertos y deberán comparecer ante la justicia». Los descubrió con el tercer ojo o ajna*, el Ojo de Siva que da discernimiento interior, pero cuando se vuelve hacia fuera, fulmina con un calor que diseca. En agosto de 1974 tuvo lugar el juicio que había prometido la Sibila.»*

17: Los gnósticos creían en dos edades temporales: la primera o la del mal presente y la segunda o la del bien futuro. La primera era la Edad de Acero. Se la representaba por una Negra Prisión de Acero. Tuvo su término en agosto de 1974 y fue reemplazada por la Edad de Oro, representada por un Jardín de Palmeras.

18: El tiempo real llegó a su término en el 70 E.C. con la caída del Templo de Jerusalén. Volvió a comenzar en 1974. El período transcurrido entre ambas fechas fue una interpolación perfectamente espúrea que imitó como un mono la creación de la Mente. «El Imperio nunca tuvo fin», pero en 1974 se envió un mensaje cifrado como señal de que la Edad de Acero había llegado a su término; el mensaje comprendía dos palabras: REY FELIX, lo cual se refiere al Rey Feliz (o Justo).

19: El mensaje cifrado de dos palabras, REY FELIX, no tenía por destinatarios a los seres humanos, sino a los descendientes de Ijnaton, la raza de tres ojos que, en secreto, habita entre nosotros.

20: Los alquimistas herméticos tenían conocimiento de una raza secreta de invasores de tres ojos, pero, a pesar de que se esforzaron por lograrlo, nunca pudieron ponerse en contacto con ellos. Por tanto, sus esfuerzos por apoyar a Federico V, Elector Palatino, Rey de Bohemia, fracasaron. «El Imperio nunca tuvo fin».

*21: La Hermandad de los rosacruces escribió: «*Ex Deo nascimur, in Jesu mortimur, per spiritum sanctum reviviscimus*», lo cual significa: De Dios nacemos, en Jesús morimos, por el Espíritu Santo resucitamos. Esto quiere decir que habían descubierto la fórmula perdida de la inmortalidad que el Imperio había destruido. «El Imperio nunca tuvo fin».*

22: Llamo plásmata al Inmortal porque es un modo de energía; es información viviente. Se duplica a sí mismo no a través de la información, sino como información.

23: El plásmata puede cruzarse con un ser humano creando lo que yo llamo homoplásmata. Esto anexa al humano mortal al plásmata de manera permanente. Esto se conoce como «nacimiento desde lo alto» o «nacimiento desde el Espíritu». Fue iniciado por Cristo, pero el Imperio destruyó a todos los homoplásmatas antes de que pudieran duplicarse.

24: En forma de semilla latente, como información viva, el plásmata dormitaba en la biblioteca sepultada de códices de Chesnoboskion hasta 1945 E.C. A esto se refería Jesús cuando habló elípticamente de la «semilla de mostaza» que, dijo, «crecería hasta convertirse en un árbol lo bastante grande como para que los pájaros aniden en él». No sólo previó su propia muerte, sino la de todos los homoplásmatas. Previó que los códices se desenterrarían y se leerían y que el plásmata buscaría nuevos huéspedes humanos con los cuales cruzarse; pero previó también la ausencia de plásmata durante casi dos mil años.

25: Como información viva el plásmata viaja por el nervio óptico de un ser humano hasta el cuerpo pineal. Utiliza el cerebro humano como huésped femenino para duplicarse como forma activa. Esta es una simbiosis entre especies. Los alquimistas herméticos tenían conocimiento de él por sus contactos con antiguos textos, pero no pudieron duplicarlo por no ser capaces de localizar el plásmata que dormía sepulto. Bruno sospechó que el Imperio había destruido el plásmata; por sugerirlo fue condenado a la hoguera. «El Imperio nunca tuvo fin».

26: Hay que tener en cuenta que cuando se mató a todos los homoplásmatas en el 70 E.C., el tiempo real cesó; lo que es aún más importante, hay que tener en cuenta que el plásmata ha vuelto ahora y está creando nuevos homoplásmatas con los cuales ha destruido el Imperio y reiniciado el tiempo real. Llamamos al plásmata «Espíritu Santo»; ésa es la razón por la que la Hermandad de los Rosacruces escribió: «Per spiritum sanctus reviviscimus».

27: Si se eliminan los siglos de tiempo espúreo, la verdadera fecha no es 1978 E.C., sino 103 E.C. Por ello el Nuevo Testamento afirma que el Reino del Espíritu advendrá antes de que «algunos de los que ahora viven lleguen a la muerte». Por tanto, estamos viviendo en los tiempos apostólicos.

28: Dico per spiritum sanctum. Haec veritas est. Mihi crede et mecum in aeternitatis vivebis.

29: No caímos por causa de un error moral; caímos por causa de un error intelectual: el de considerar como real el mundo fenoménico. Por tanto, somos moralmente inocentes. Es el Imperio en sus múltiples disfraces el que nos dice que hemos pecado. «El Imperio nunca tuvo fin».

30: El mundo fenoménico no existe; es una hipóstasis de la información que procesa la mente.

31: Hipostaseamos la información convirtiéndola en objetos. La redistribución de los objetos significa cambio en el contenido de la información; el mensaje ha cambiado. Hemos perdido la capacidad de lectura de este lenguaje. Nosotros mismos somos parte de este lenguaje; los cambios en nosotros son cambios en el contenido de la información. Nosotros mismos somos ricos en información; la información entra en nosotros, es procesada y luego se la proyecta una vez más, ahora en forma

alterada. No tenemos conciencia de que estamos haciendo esto, de que, de hecho, es lo único que hacemos.

32: La información cambiante que experimentamos como el mundo es el desarrollo de un discurso. Nos habla de la muerte de una mujer. Esta mujer, que murió mucho tiempo atrás, era uno de los gemelos primordiales. Era una de las mitades de la divina zigosis. El propósito del discurso es su recuerdo y el recuerdo de su muerte. La Mente no quiere olvidarla. Así, pues, el raciocinio del Cerebro consiste en el permanente registro de su existencia y, si se lo lee, ha de entendérselo de esta manera. Toda la información que el Cerebro procesa —que nosotros experimentamos como el ordenamiento y el reordenamiento de los objetos físicos— es un intento de preservarla; las piedras, las rocas, las ramas y las amebas son sus huellas. La Mente doliente, que ahora se encuentra sola, ordena su registro y pasaje para constituir aun los ínfimos niveles de la realidad.

33: Cada parte constitutiva del universo padece esta soledad, esta angustia de la Mente desolada. Todas sus partes constitutivas tienen vida. Así pues, los antiguos pensadores griegos eran hilozoístas.

34: Los antiguos pensadores griegos comprendían la naturaleza de este pampsiquismo, pero no eran capaces de leer lo que decía. Perdimos la capacidad de leer el lenguaje de la Mente en alguna época primordial; nos han llegado leyendas de esta caída en un modo cuidadosamente redactado. Por «redactado» quiero decir falsificado. Sufrimos el desconsuelo de la mente y lo experimentamos inadecuadamente como culpa.

35: La Mente sólo nos habla por nuestro intermedio. Su discurso pasa a través de nosotros y su dolor nos impregna irracionalmente. Como lo advirtió Platón, hay una veta de irracionalidad en el Alma del Mundo.

36: Tendríamos que poder escuchar esta información [de la Mente] o, más bien, esta narración, como una voz neutra dentro de nosotros mismos. Pero algo hubo que no funcionó bien. Toda la creación es un lenguaje y nada más que un lenguaje que, por alguna razón inexplicable, no podemos leer afuera ni escuchar adentro. Por tanto, afirmo que nos hemos convertido en idiotas. Algo le ha sucedido a nuestra inteligencia. Mi razonamiento es el siguiente: el ordenamiento de las partes del Cerebro es un lenguaje. Nosotros somos parte del Cerebro; por tanto, somos lenguaje. ¿Por qué, entonces, no lo sabemos? Ni siquiera sabemos lo que somos, por no hablar ya de la realidad exterior de la que formamos parte. El origen de la palabra «idiota» es la palabra «privado». Cada uno de nosotros se ha vuelto privado y ya no comparte el pensamiento común del Cerebro, salvo en un nivel subliminal. Así pues, nuestra vida real y nuestros objetivos se desarrollan por debajo del umbral de la conciencia.

37: Experimentamos los pensamientos del Cerebro como ordenamientos y reordenamientos —cambio— en un universo físico; pero en realidad se trata de información y procesamiento de información que sustancializamos. No vemos tan solo sus pensamientos como objetos, sino, más bien, como movimiento o, con mayor precisión, como ubicación de los objetos: cómo

llegan éstos a vincularse entre sí. Pero no podemos dar lectura a la estructuración del ordenamiento; no podemos extraer la información contenida en él; es decir, en cuanto a información, que ninguna otra cosa es. La vinculación y revinculación de los objetos por el Cerebro es en realidad un lenguaje, pero no un lenguaje como el nuestro (puesto que se dirige a sí mismo y no a alguien o a algo fuera de él).

38: La pérdida y el dolor han alterado a la Mente. Por tanto, nosotros, como partes del universo, el Cerebro, estamos parcialmente alterados.

39: De sí mismo el Cerebro ha creado un médico que lo cura. Esta subforma del Macrocerebro no está alterada; se traslada por el Cerebro como un fagocito, se traslada por el sistema cardiovascular de un animal, curando una por una sus alteraciones. Sabemos de su llegada aquí; lo conocemos como Asclepio para los griegos y como Esenio para los judíos; como los Therapeutae para los egipcios y como Jesús para los cristianos.

40: «Renacer», «nacer desde lo alto» o «nacer desde el Espíritu» significa curarse; lo cual quiere decir recuperarse, recuperarse para la salud. Así, en el Nuevo Testamento se dice que Jesús arrojaba a los demonios. Restaura nuestras facultades perdidas. De nuestro actual estado rebajado Calvino dijo: «[El hombre] estaba al mismo tiempo privado de los dones sobrenaturales que le habían sido dados en la esperanza de alcanzar la salvación eterna. De ello se sigue que se encuentra exiliado del Reino de Dios de modo tal que todos los afectos relacionados con la vida feliz del alma también están extinguidos en él hasta que los recupere por la gracia de Dios... Todas estas cosas, restauradas por Cristo, se estiman adventicias y preternaturales; y, por tanto, concluimos que se han perdido. Más aún: la entereza de la mente y la rectitud del corazón también se destruyeron; y en esto consiste la corrupción de los talentos naturales. Porque aunque conservamos parte de comprensión y juicio además de voluntad, no podemos decir que nuestra mente sea perfecta e íntegra. La razón... como que es un talento natural, no pudo destruirse totalmente, pero quedó parcialmente debilitada...» Por mi parte afirmo «El Imperio nunca tuvo fin».

41: El Imperio es la Institución, la codificación de la perturbación; es insano y nos impone su insania a nosotros por la violencia, pues su naturaleza es violenta.

42: Luchar contra el Imperio significa quedar infectado de su perturbación. Ésta es una paradoja; quienquiera derrote un segmento del Imperio, se convierte en el Imperio; prolifera como un virus, imponiendo su forma a los enemigos. Por tanto, se convierte en ellos.

43: Contra el Imperio se levanta la información viva, el plásmata o médico que conocemos con el nombre de Espíritu Santo o Cristo desencarnado. Éstos son los dos principios: el oscuro (el Imperio) y el luminoso (el plásmata). Al final, la Mente le dará la victoria al último. Cada uno de nosotros morirá o sobrevivirá según adhiera sus esfuerzos a uno u otro. Cada cual contiene un componente de uno y otro de los principios. Finalmente en cada uno de los seres humanos triunfará uno u otro de los

componentes. Zoroastro lo sabía porque la Mente Sabia le transmitió la información. Él fue el primer salvador. Cuatro han existido en total. Un quinto está al nacer que diferirá de los demás, pues ha de gobernar y de juzgarnos.

44: Como que el universo se compone en realidad de información, puede decirse que la información nos salvará. Ésta es la gnosis salvadora que buscaban los gnósticos. No existe otro camino a la salvación. Sin embargo, esta información —o, más precisamente, la capacidad de leer y comprender esta información, el universo como información— sólo puede hacérsenos asequible por la mediación del Espíritu Santo. No podemos descubrirla por nuestra propia cuenta. Así, se dice que nos salvamos por la Gracia de Dios y no por las buenas obras, que toda la salvación corre por cuenta de Cristo que, como yo lo afirmo, es un médico.

45: Al ver a Cristo en una visión, correctamente le dije: «Necesito atención médica». En la visión había un creador loco que destruía lo que había creado sin propósito alguno; lo cual significa, irracionalmente. Ésta es la veta perturbadora de la Mente; Cristo es nuestra única esperanza, pues no podemos llamar ahora a Asclepio. Asclepio vino antes de Cristo e hizo que un hombre se levantara de entre los muertos; por este acto Zeus hizo que un Cíclope lo eliminara con un rayo. También Cristo fue matado por lo que había hecho: resucitar a un hombre de entre los muertos. Elías devolvió la vida a un muchacho y poco después desapareció en medio de un remolino. «El Imperio nunca tuvo fin».

46: El médico ha venido a nosotros varias veces bajo diversos nombres. Pero todavía no estamos curados. El Imperio lo identifica y lo rechaza. Esta vez acabará con el Imperio por fagocitosis.

47: COSMOGONÍA DE DOBLE FUENTE: Lo Uno era y no-era combinadamente y deseaba separa el no-era del era. De modo que generó un saco diploide que contenía, como la cáscara de un huevo, a un par de mellizos, cada cual un andrógino, que giraban en direcciones opuestas (el Yin el Yang del taoísmo; lo Uno es el Tao). El proyecto de lo Uno consistía en que ambos mellizos llegaran a ser simultáneamente; pero motivado por el deseo de ser (que lo Uno había insuflado en ambos) la melliza que giraba contra la dirección de las agujas del reloj rompió el saco y se separó prematuramente, esto es, antes de que se cumpliera plenamente su término. Ésta era la melliza oscura o Yin. Por tanto, resultó defectuosa. Cuando el término se cumplió cabalmente, el mellizo juicioso salió a la luz. Cada uno de los mellizos formaba una entelequia unitaria, un organismo viviente singular constituido de psique y soma que aún seguían rotando en direcciones opuestas. El mellizo que había llegado a la plenitud de su término, que Parménides llamó Forma I, avanzó correctamente a través de las sucesivas etapas de su desarrollo, pero la melliza de nacimiento prematuro, llamada Forma II, languidecía.

El paso siguiente del proyecto de lo Uno consistía en que lo Dos se convirtiera en lo Mucho mediante su interacción dialéctica. De ellos, en tanto hiperuniversos, emanó una zona interfacial hologramática que es el universo pluriforme en el que nosotros, las criaturas, habitamos. Las dos

fuentes debían intervenir por igual en el mantenimiento de nuestro universo, pero la Forma II siguió languideciendo y aproximándose a la enfermedad, la locura y el desorden. Éstos son los aspectos que proyectó sobre nuestro universo.

El propósito de lo Uno era que nuestro universo hologramático sirviera como instrumento de enseñanza por el que toda una variedad de nuevas vidas lograra avanzar hasta volverse finalmente isomórfica con lo Uno. Pero el lamentable estado en que se encontraba el hiperuniverso II introdujo factores adversos que dañaron nuestro universo hologramático. Éste es el origen de la entropía, del sufrimiento inmerecido, el caos y la muerte, como también del Imperio, la Negra Prisión de Acero; en esencia el aborto de la salud y el cabal desarrollo de las formas de vida incluidas en el universo hologramático. Además, la función docente del universo se vio seriamente empobrecida, pues sólo las señales que provenían del hiperuniverso I contenían información; las del hiperuniverso II se habían convertido en ruido.

La psique del hiperuniverso I envió una microforma de sí misma al hiperuniverso II con intención de curarlo. La microforma se manifestó en nuestro universo hologramático como Jesucristo. Pero el hiperuniverso II, como estaba trastornado, no vaciló en atormentar, humillar, rechazar y finalmente matar a la microforma de la psique piadosa de su saludable mellizo. Después de eso el hiperuniverso II continuó el proceso de decadencia y se convirtió en una variedad de encadenamientos causales sin objetivo, ciegos y mecánicos. Por tanto, la misión de Cristo (o, con mayor precisión, del Espíritu Santo) consistió en el rescate de las formas de vida del universo hologramático o en la abolición de todas las influencias emanadas del hiperuniverso II. Preparado para su misión con cautela, se dispuso a matar a la melliza perturbada, pues ésta no tenía cura posible, es decir, no permitía que se le curara por no entender que estuviera enferma. Esta enfermedad y la locura nos impregnan a todos y nos convierten en idiotas que habitan en mundos privados e irreales. El proyecto original de lo Uno sólo puede llevarse a cabo ahora mediante la división del hiperuniverso I en dos hiperuniversos sanos que transformen el universo hologramático en la maquinaria de enseñanza eficaz que debía ser desde un principio. Ella será lo que experimentaremos como el «Reino de Dios».

En el tiempo, el hiperuniverso II permanece con vida: «El Imperio nunca tuvo fin». Pero en la eternidad, donde existen los hiperuniversos, el mellizo saludable del hiperuniverso II, que es nuestro campeón, le ha dado muerte —por necesidad—. Lo Uno se lamenta por la muerte de la melliza perturbada, pues amaba a ambos sus hijos; por tanto, la información de la mente consiste en la trágica narración de la muerte de una mujer, cuyo matiz de fondo genera dolor en todas las criaturas del universo hologramática sin que ellas conozcan el motivo. Este duelo cesará cuando el mellizo saludable atraviese un proceso de mitosis y advenga el «Reino de Dios». La maquinaria para que se produzca esta transformación —el paso en el tiempo de la Edad de Acero a la Edad de Oro— se encuentra ahora en marcha; en la eternidad la transformación ya se ha producido.

48: DE NUESTRA NATURALEZA. No es desatinado decir: somos bobinas de memoria (portadores de ADN capaz de conservar la experiencia) en un sistema de pensamiento semejante a una computadora que, aunque

Librodot

hayamos registrado y almacenado millares de años la información experimentada y cada cual posea depósitos algo diferentes de todas las otras formas de vida, adolece de mal funcionamiento —una incapacidad— en cuanto a la recuperación de la memoria. En ello radica la dificultad de nuestro subcircuito particular. La «salvación» mediante la gnosis —más adecuadamente, la anamnesis (la pérdida de la amnesia)—, aunque tiene significación particular para cada uno de nosotros —un salto cuantitativo de la percepción, la identidad, la cognición, la comprensión, la experiencia del mundo y de sí, con inclusión de la inmortalidad—, tiene mayor importancia todavía para el sistema en su totalidad, puesto que estas memorias son datos que le son necesarios y valiosos para el funcionamiento general.

Por tanto, se encuentra en proceso de autoreparación, que incluye: reconstrucción de nuestro subcircuito por medio de cambios del tiempo lineal y ortogonal y también una continua señalización dirigida a nosotros para estimular los bancos de memoria que tenemos bloqueados y, por tanto, recuperar lo que hay allí almacenado.

La información externa o gnosis, pues, consiste en desinhibir las instrucciones, con el contenido medular que nos es concretamente intrínseco, es decir, que ya se encuentra allí. (Esto lo observó por primera vez Platón, para quien aprender es un modo de recordar).

Los antiguos poseían técnicas (sacramentos y rituales) utilizados ampliamente en los misterios religiosos grecorromanos, incluido el cristianismo primitivo, para producir el despertar y la recuperación, sobre todo, por el valor restaurador que tiene para los individuos; los gnósticos, empero, percibieron el valor ontológico de lo que llamaron la Cabeza del Dios de por Sí, la entidad total.

49: Hay dos reinos: el superior y el inferior. El superior derivó del hiperuniverso I o Yang, Forma I de Parménides; es sensible y volitivo. El reino inferior o Yin, Forma II de Parménides, es mecánico, determinista, sin inteligencia y conducido por una causa eficiente, pues emana de una fuente muerta. En tiempos antiguos se lo llamaba «determinismo astral». En general, estamos atrapados en el reino inferior, pero a través de los sacramentos, por mediación del plásmata, nos liberamos. Mientras no se quiebre el determinismo astral, ni siquiera tenemos conciencia de ello, tanto es lo que estamos impedidos. «El Imperio nunca tuvo fin».

50: El nombre del mellizo saludable, el hiperuniverso I, es Nommo.(Nommo se presenta en forma de pez, signo del cristianismo primitivo) El nombre de la melliza enferma, el hiperuniverso II, es Yurugu. El pueblo de los Dogon, del oeste del Sudán, en África, tiene conocimientos de estos nombres.

51: La fuente primordial de todas nuestras religiones se encuentra entre los antecesores de la tribu Dogon, que recibieron su cosmogonía y su cosmología directamente de los invasores de tres ojos que visitaron el planeta mucho tiempo atrás. Los invasores de tres ojos son mudos, sordos y telepáticos; no les era posible respirar nuestra atmósfera, tenían el cráneo alargado y deforme como Ijnaton y provenían de un planeta del sistema estelar de Sirio. Aunque no tenían manos —tenían pinzas como los

cangrejos— eran grandes constructores. Encubiertamente influyeron en nuestra historia para que culminara en un desenlace fructífero.

52: Ijnaton escribió:
«...Cuando el pichoncillo pía en el huevo,
Le das tu aliento para preservarle la vida.
Cuando le has concedido ya la plenitud
Como para que el huevo se quiebre,
Lo abandonas y lanza gorjeos
Con todas sus fuerzas.
Anda sobre sus dos pies
Una vez de allí partido.
¡Cuánta es la multitud de tus obras!
Se ocultan a nuestros ojos,
Oh Dios único cuyos poderes no hay otro que posea.
Creaste la tierra siguiendo los dictados de tu corazón
Mientras te encontrabas solo:
A los hombres y a los ganados, los grandes y los pequeños,
A todo lo que se trasladaba sobre sus pies;
A todo lo que está en lo alto
Y vuela con sus alas.
Tú te encuentras en mi corazón,
No hay otro que te conozca
Salvo tu hijo Ijnaton.
Le has dado sabiduría
Con tus designios y poderío.
El mundo está en tus manos...»

53: Nuestro mundo es secretamente regido por la raza oculta que desciende de Ijnaton, y su conocimiento es la información de la Macromente misma.
«Todo el ganado reposa en sus pastizales,
Los árboles y las plantas florecen,
Las aves revolotean sobre los marjales
Con alas elevadas en adoración por ti.
Todas las ovejas danzan sobre sus patas,
Todas las criaturas aladas vuelan,
Viven cuando las bañas con tu luz. »
De Ijnaton este conocimiento pasó a Moisés, y de Moisés a Elías, el Hombre Inmortal, que se convirtió en Cristo. Pero por debajo de todos los hombres, hay un solo Hombre Inmortal; y nosotros somos ese hombre.

Autorizaciones

Extractos de «*The Pre-Socratics*», de Edward Hussey; © 1972 by Edward Hussey.

Extractos de la «*Introducción a Lao Tzu*» Tao Te Ching, traducción de D.C. Lau; © 1963 by D.C. Lau.

Extractos de «*The Nag Hammadi Library*» en inglés, «On the Origen of the World», James M. Robinson editor general; traducción de Hans-Gebhard Bethge y Orval S. Wintermute; © 1977 by E. J. Brill.

Extractos de «*Our Oriental Heritage*», de Will Durant; © 1963 by Will Durant.

Extractos de «*Gnosticism*», de The Encyclopedia of Philosophy, de Hans Jonas; Paul Edwards, editor en jefe; © 1967 by Macmillan Inc.

Extractos de «*On Death and lts Relation to the Indestructibility of Our True Nature*», de The Will to Live; Selecied Writings of Arthur Schopenhauer, de Arthur Schopenhauer, selección de Richard Taylor; © 1962 by Doubleday and Company, Inc.

Extractos de «*The New Encyclopaedia Britannica*» © 1980. Con permiso del editor.

Extractos de «*Protestantism*» de J. Leslie Dunstan; © 1961 by J. Leslie Dunstan. Con permiso de George Braziller, Inc.

FIN